Memoria a 40 años



Pedro Milos
Editor

Genaro Arriagada
Jacques Chonchol
Ricardo Núñez
Carmen Gloria Aguayo
Iván Núñez
Eduardo Carrasco
Manuel Cabieses
Arturo Navarro
Claudio Di Girolamo
Óscar Muñoz
Julio Pinto
Manuel Antonio Garretón
Manuel Gárate
Mario Garcés
Francisco Tapia
Marcelo Casals
Joaquín Fernández
Claudio Rolle



MEMORIA A 40 AÑOS

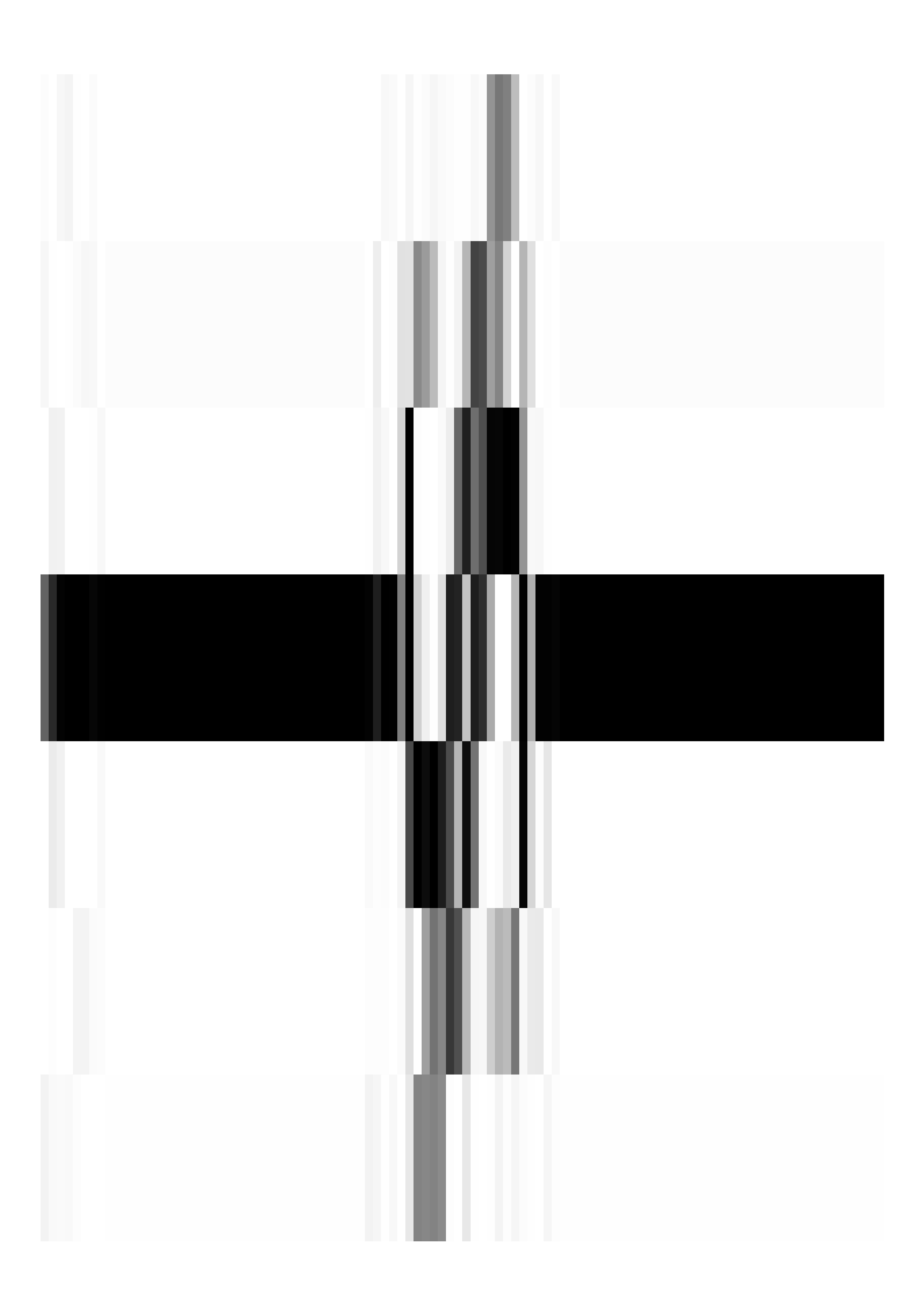


PEDRO MILOS
EDITOR

GENARO ARRIAGADA
JACQUES CHONCHOL
RICARDO NÚÑEZ
CARMEN GLORIA AGUAYO
IVÁN NÚÑEZ
EDUARDO CARRASCO
MANUEL CABIESES
ARTURO NAVARRO
CLAUDIO DI GIROLAMO
ÓSCAR MUÑOZ
JULIO PINTO
MANUEL ANTONIO GARRETÓN
MANUEL GÁRATE
MARIO GARCÉS
FRANCISCO TAPIA
MARCELO CASALS
JOAQUÍN FERNÁNDEZ
CLAUDIO ROLLE



MEMORIA A 40 AÑOS



CHILE 1970

EL PAÍS EN QUE TRIUNFA SALVADOR ALLENDE

Memoria a 40 años

Chile 1970

El país en el que triunfa Salvador Allende

Pedro Milos

Editor

Ediciones Universidad Alberto Hurtado

Alameda 1869– Santiago de Chile

mgarciam@uahurtado.cl – 56-02-28897726

www.uahurtado.cl

ISBN libro digital: 978-956-9320-43-9

Registro de propiedad intelectual Nº 234079

Diseño de portada

Francisca Toral

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

MEMORIA A 40 AÑOS

CHILE 1970

EL PAÍS EN QUE TRIUNFA SALVADOR ALLENDE

Pedro Milos

Editor

Autores

Genaro Arriagada

Jacques Chonchol

Ricardo Núñez

Carmen Gloria Aguayo

Iván Núñez

Eduardo Carrasco

Manuel Cabieses

Arturo Navarro

Claudio Di Girolamo

Óscar Muñoz

Julio Pinto

Manuel Antonio Garretón

Manuel Gárate

Mario Garcés

Francisco Tapia

Marcelo Casals

Joaquín Fernández

Claudio Rolle



EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

ÍNDICE

PRESENTACIÓN



MEMORIA A 40 AÑOS es un proyecto que se inició en 2010 con el Seminario Chile 1970, realizado con ocasión de los cuarenta años de la elección del Presidente Allende. De ahí en adelante, año a año, se fue siguiendo el desarrollo histórico de la experiencia de la Unidad Popular hasta su término en septiembre 1973. Esta ‘saga’ finalizó este año 2013 con el Seminario Chile 1973 y en total convocó a alrededor de sesenta personas, la mayoría de ellas actores o testigos directos de esos años, más algunos académicos. Los registros transcritos de esta rememoración colectiva dan lugar a cuatro volúmenes que hoy ven la luz pública, buscando constituirse tanto en testimonios de una memoria como en fuentes posibles para una nueva historia de este periodo. Este volumen es uno de ellos.

MEMORIA A 40 AÑOS responde a una hipótesis respecto del recuerdo que existe sobre este convulsionado período y sobre la relación entre memoria e historia. Tenemos la impresión de que en general cuando se menciona a la Unidad Popular o se habla de Salvador Allende, nuestra memoria colectiva activa distintos focos aglutinadores de recuerdos. Al menos cuatro. En primer lugar, se activa el recuerdo del proceso de esos tres años que corresponden al Gobierno de la Unidad Popular, haciendo de ellos un todo sin distinciones. Un segundo foco —tal vez el más recurrente— se relaciona específicamente con el golpe de Estado de 1973, asociando el recuerdo de la Unidad Popular y de Salvador Allende a ese acontecimiento, con la enorme carga emotiva y política que tiene para nuestro país. En tercer lugar, ese recuerdo se asocia a la vivencia de la dictadura, ya que buena parte de la experiencia autoritaria se vincula con lo sucedido en nuestro país a partir de 1970. Por último, una cuarta evocación está relacionada con el discurso y la vivencia democrática de los últimos veinte años, uno de cuyos pilares fue ‘recuperar’ la democracia que se había extinguido el año 1973.

En cualquiera de los cuatro casos mencionados, la memoria se muestra reticente a recordar de manera pormenorizada o ‘reconstructivamente’ aquello que, en términos más estrictamente históricos, representaron la Unidad Popular y la

figura de Salvador Allende. Y es comprensible y saludable que así sea porque no está en la naturaleza de la memoria ese tipo de reconstrucción ‘racional’ o pretendidamente objetiva. En efecto, la memoria entendida como práctica social a través de la cual los sujetos, individual o colectivamente, construyen sentidos respecto del pasado, opera de manera distinta a la historia. No es raro, entonces, que la memoria evoque distintos sentidos o construya significados diferentes para un mismo proceso. Sin embargo, en este caso, al hacerlo —y del modo como lo hemos caracterizado— creemos que como sociedad estamos retrasando una comprensión más ‘empática’ o comprensiva de este período tan gravitante en nuestras vidas personales como también en su dimensión colectiva.

MEMORIA A 40 AÑOS ha querido aportar, entonces, una práctica conmemorativa diferente. Busca potenciar la relación entre memoria e historia, por la vía de la interpelación de la memoria desde interrogantes propias de la historiografía: proponiendo un andamiaje temático y un marco temporal que ayuden a situar los recuerdos de un modo más cercano a los acontecimientos y a las fases del proceso. De allí el corte, por cierto arbitrario, entre cada año, progresivamente, y la identificación de temas que para cada uno de esos años se supone significativos. Un intento por reconstituir el ritmo y la cadencia del proceso, del modo lo más cercano posible a cómo lo vivieron los actores, o sea intentando no considerar el futuro de los hechos ni las consecuencias de sus propias acciones. Así, quienes fueron invitados a participar de este proyecto debieron realizar un ejercicio especial y, en cierto modo, artificial: recordar su experiencia en un año específico, sin olvidar que, en ese momento, no sabían lo que vendría después.

MEMORIA A 40 AÑOS, sin embargo, reconoce y asume otro sesgo: es una iniciativa que no ha buscado representatividad o ecuanimidad alguna en el sentido de convocar a partidarios y/o detractores de la Unidad Popular. Por el contrario, creemos haber invitado a actores que, de distintos modos y en distintas circunstancias, estuvieron comprometidos con el proceso que se buscaba rememorar. La mayoría de ellos con responsabilidades políticas, técnicas o sociales en esos años, próximas al gobierno o bien con posiciones relativamente afines o cercanas. Con una sola excepción: en cada una de las mesas en que se discutió el contexto político, se invitó a un dirigente o militante

democratacristiano activo en la época. En el caso de los académicos o analistas, en cambio, se invitó a quienes hubiesen realizado trabajos sobre los temas en discusión. Las razones de estas opciones son múltiples; tal vez la principal de ellas sea la dificultad de crear condiciones para un diálogo efectivo entre memorias tan disímiles y polémicas. Este es solo un primer paso.

MEMORIA A 40 AÑOS, cuatro volúmenes que contienen huellas de un pasado reciente, que cambió la línea de las vidas de millones de chilenos y chilenas. Una serie de testimonios que busca evitar que la brutalidad y el dramatismo del golpe de Estado de 1973 ensombrezcan el recuerdo y determinen el análisis del tiempo que lo precedió. Un conjunto de 'fuentes' que va más allá de esa fecha símbolo y que remonta su historia.

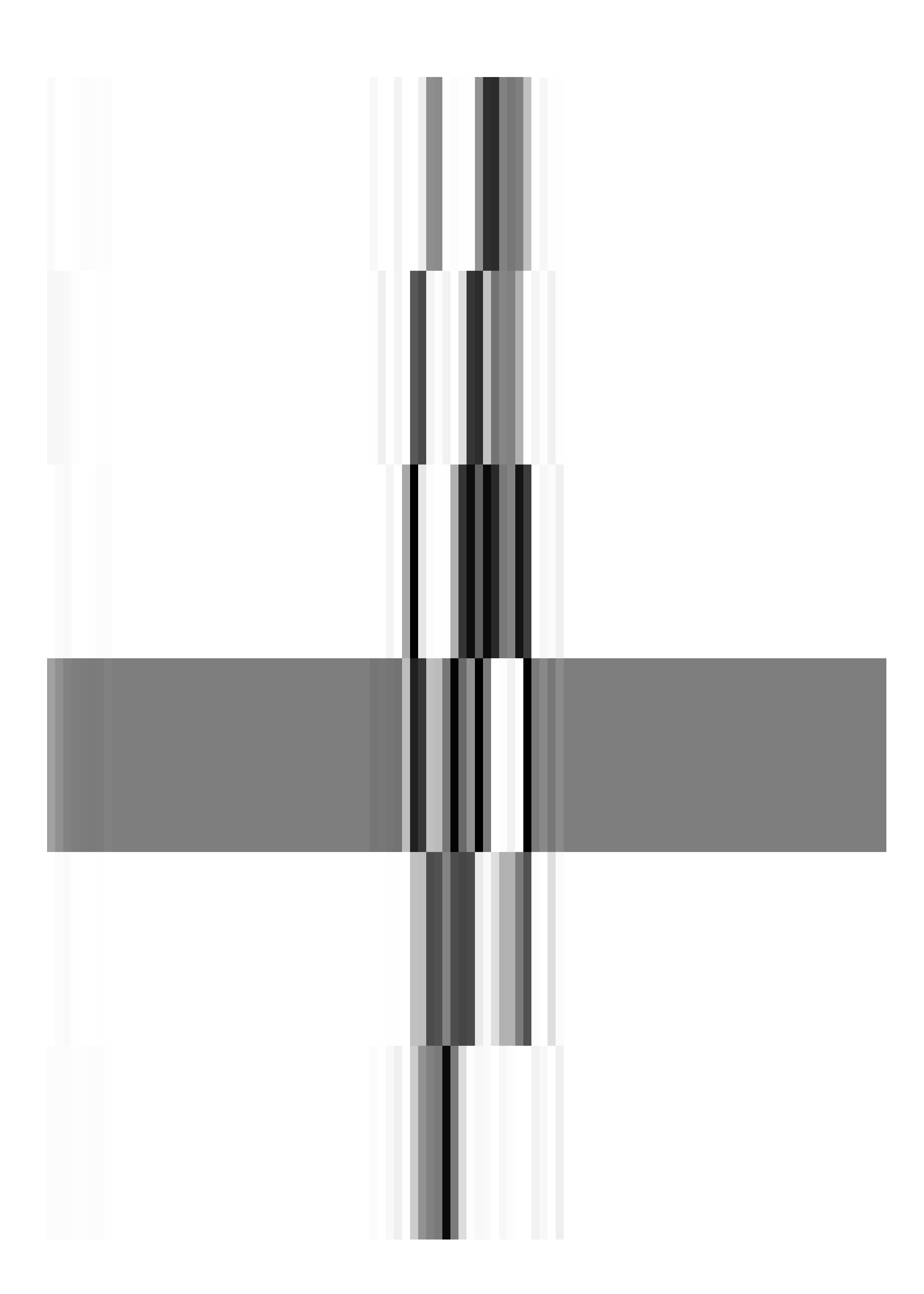
Memoria a 40 AÑOS, es también la publicación que inaugura la nueva serie de Documentos para la Historia del Chile Contemporáneo de la Colección Historia de la Universidad Alberto Hurtado, espacio editorial para la difusión de fuentes históricas que aporten a la comprensión de nuestro presente.

DEPARTAMENTO DE HISTORIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

INTRODUCCIÓN



Pedro Milos

El triunfo de la Unidad Popular y la elección de Salvador Allende como Presidente de la República, son acontecimientos que han quedado en la memoria colectiva como el inicio de uno de los períodos más intensos y dramáticos de la historia reciente de Chile. Intenso, porque ese triunfo condensó expectativas largamente forjadas por las clases populares, pero también porque avivó temores seculares en los grupos dominantes. Dramático, pues la historia en esos años avanzó al ritmo de los conflictos, hacia un final que, si bien todos anunciaban en palabras, pocos imaginaron con la crudeza que mostrarían los hechos posteriores.

¿Cómo, al momento de recordar —cuarenta años después— el triunfo de la Unidad Popular, situarlo en un horizonte de interpretación más amplio y comprensivo? ¿Cómo evitar que el recuerdo y la reflexión sobre la elección de Salvador Allende se vean limitados por el 'peso histórico' del golpe de Estado que puso fin a su gobierno? Estas fueron algunas de las preguntas que estuvieron detrás del Seminario Chile 1970, organizado en septiembre de 2010 por el Departamento de Historia de la Universidad Alberto Hurtado y del cual damos cuenta en esta publicación[1]. Fue una invitación a reconstruir las principales dinámicas que la sociedad chilena recorrió desde mediados de los años sesenta y que encuentran en la coyuntura de septiembre de 1970 la instancia propicia para marcar un momento de cambio en el pesado devenir histórico. Como un modo de comprender mejor su significación histórica.

La elección presidencial de septiembre de 1970, en efecto, va más allá de la elección misma. Responde a una dinámica histórica que puede entregar claves de comprensión de lo que sucedió después, tan interesantes como conocer los acontecimientos mismos que se desencadenaron a partir de 1970. ¿Qué estaba sucediendo en la sociedad chilena, en esos años, para que fuera posible el inicio de la 'vía chilena al socialismo'? ¿Por qué el triunfo de la Unidad Popular se da el año 1970 y no —con el FRAP— en los años 1964 ó 1958? En suma, ¿cómo era Chile —su sistema político, su cultura, sus relaciones sociales, sus relaciones económicas— hacia 1970?

“Chile 1970. El país en que triunfa Salvador Allende”, es el primer volumen de la serie MEMORIA A 40 AÑOS. Si bien la elección de Salvador Allende asombró al mundo, no resulta sorpresiva en la particular realidad de nuestro país. El Chile de la época estaba cargado de señales y presagios que anticipaban los cambios que vendrían. Existía no solo una gran mayoría por los cambios sino también claridad sobre el sentido y dirección de esos cambios. Los dieciocho autores reunidos en este libro muestran, desde sus particulares experiencias y visiones y sus diferentes especialidades, cómo era Chile en 1970. Y lo hacen, respetando el corte temporal que se les propuso: que en lo posible no avanzaran, en sus recuerdos, reflexiones o análisis, más allá de septiembre de 1970. Destacando aquellos rasgos que, a su juicio, pudiesen ayudar a comprender, en tanto antecedentes, los fenómenos que se desencadenarían a partir de septiembre de ese año.

Genaro Arriagada, Ricardo Núñez y Jacques Chonchol aportan a estas interrogantes como parte de la historia de esos años. Tanto Arriagada como Núñez aluden al contexto internacional en el que se inserta Chile y enfatizan en la crisis que comenzaba a vivir el ‘socialismo real’; de allí que la experiencia chilena fuese vista como una nueva esperanza. Destacan también el contexto de una América Latina que vivía cambios a los cuales Chile no podía escapar. Jacques Chonchol, por su parte, clarifica la importancia que los procesos internos de la Democracia Cristiana tuvieron para la constitución de la Unidad Popular; lo mismo que los avances del gobierno de Frei Montalva, inaugurando transformaciones que estarían a la base del proceso encabezado por Allende. Esta visón del contexto nacional se ve reflejada también en las presentaciones de Arriagada y Núñez, quienes ilustran cómo el sistema político chileno fue creando mayores espacios de participación, generando conflictos y tendencias que se expresaban al interior de las representaciones políticas más importantes; y cómo, desde el punto de vista económico y social, había necesidades pendientes, que se expresaban en una creciente movilización, politización y radicalización.

Los textos de Carmen Gloria Aguayo, Iván Núñez y Eduardo Carrasco, relevan

un conjunto de antecedentes de carácter cultural, en sentido amplio, sin los cuales difícilmente se comprendería la circunstancia de la elección presidencial de 1970. Es así como Carmen Gloria Aguayo nos relata los procesos sociales que se vivieron en los años sesenta y setenta en el ámbito poblacional, particularmente, en relación a las mujeres pobladoras y como ellos influyeron en las posiciones políticas de la época. Iván Núñez, por su parte, recrea la evolución histórica del sistema escolar desde los años veinte en adelante, destacando el rol del Estado en la ampliación de la oferta educacional. Respecto de los años previos a 1970, Núñez destaca la importancia de la reforma educacional impulsada por Frei Montalva, el rol jugado por el magisterio y las reformas que sacudieron las anquilosadas estructuras universitarias. Eduardo Carrasco, finalmente, sitúa el clima cultural de la época dentro de un contexto global de revoluciones y movimientos de liberación diversos. Analiza, para ello, algunas de las características de las prácticas sociales y culturales del período, como el ‘latinoamericanismo’, la politización y el compromiso. Todo ello habría generado un espíritu heroico y épico, que —a su juicio— no debiese ser idealizado por la juventud actual.

Manuel Cabieses, Arturo Navarro y Claudio Di Girolamo abordan la realidad de los medios de comunicación en el mismo período. Manuel Cabieses declara y aclara que los periodistas siempre han estado muy lejos de participar del control de los medios de comunicación y que, en la víspera de la elección de Salvador Allende, era la ‘guerra psicológica’ la que comandaba los grandes medios, como una forma de frenar el movimiento social y político que impulsaba los cambios y transformaciones en esos años. Arturo Navarro, por su parte, aporta un completo mapa de los medios que en la época protagonizaron una ‘lucha ideológica’, que se habría constituido en el eje que dio sentido a la prensa desde fines de los sesenta hasta el inicio de los setenta. Finalmente, Claudio Di Girolamo, en un registro más testimonial, da cuenta del surgimiento y desarrollo de la televisión universitaria como herramienta cultural masiva, en el marco de las reformas que atravesaban la vida estudiantil y nacional.

Las condiciones económicas, políticas y sociales del Chile de 1970 son abordadas por Óscar Muñoz, Julio Pinto y Manuel Antonio Garretón, quienes

cumplen a cabalidad y de modo complementario su tarea. En efecto, Óscar Muñoz se remonta a los años veinte y treinta para comenzar a tirar el hilo de los desafíos económicos y sociales de la segunda mitad del siglo XX: inflación y lento crecimiento, vigor político y debilidad económica, expectativas frustradas. La visión estructuralista de la economía desplaza —temporalmente al menos— a la monetarista: es tiempo de reformar las estructuras agrarias y mineras y de distribuir. Julio Pinto nos dibuja cómo era el Chile de 1970, 'casi otro planeta' para los jóvenes de hoy: más pequeño en población; más rural, aunque iniciándose la Reforma Agraria; con mayor mortalidad infantil y menor expectativa de vida; más analfabeto. Un país más pobre, pero menos desigual y con un mayor sentido de pertenencia o de comunidad. Mirando más al Estado, menos tolerante a la diferencia, pero más abierto al cambio. Cambio que, según Manuel Antonio Garretón, ya es, en la época, un fenómeno cultural, que va a ser procesado políticamente como solo Chile podía hacerlo: por la vía política institucional. Aunque se demorara tres años en darse cuenta que no era realmente posible.

Manuel Gárate, Mario Garcés y Francisco Tapia son los encargados de 'mapear' el estado de los movimientos sociales en el inicio de los años setenta: la juventud, los pobladores y los trabajadores organizados sindicalmente. Los movimientos juveniles de los 60 en Chile, señala Gárate, preceden a los de otras latitudes, levantan nuevas demandas y serán la base de movimientos políticos que renuevan el cuadro existente hasta el momento. Para Mario Garcés, 1970 es un año bisagra entre la energía liberada por las reformas impulsadas por el gobierno democratacristiano y las expectativas que los movimientos populares depositan en el proceso que se inicia. Es una época en que la acción del Estado ha creado oportunidades políticas para el desarrollo del movimiento de pobladores, aunque también ha significado límites, lo que anticipa una crisis entre Estado y sociedad civil. Desde el punto de vista de la legislación laboral, los años sesenta fueron, según Francisco Tapia, de grandes cambios, como los que implicaron la ley de sindicalización campesina y la ley de estabilidad en el empleo. El año 1970, encuentra un sindicalismo fortalecido, con un marco legal más adecuado y reconocido como actor político.

Este esfuerzo por reconstituir el contexto previo a la elección presidencial de septiembre de 1970, termina con un análisis y reflexión de la campaña electoral de ese año, a cargo de Marcelo Casals, Joaquín Fernández y Claudio Rolle. Los dos primeros, al unísono, analizan la campaña del 70 como una entre las tantas que protagonizó Salvador Allende, mientras Claudio Rolle trae los ecos de las canciones e himnos que la caracterizaron. Casals y Fernández se centran en la figura de Allende, en su liderazgo, en cómo él da cuenta de la evolución de la izquierda pero, al mismo tiempo, logra ir más allá de ella. Con un discurso marxista, pero también nacional y popular, republicano y liberal. Es una campaña lúdica, festiva, pero articulada en torno a un programa de cambios profundos, en la que las brigadas muralistas aportan un sello y estética propios. Claudio Rolle refuerza la idea de una campaña especial, en donde la gráfica, los afiches y las canciones configuran un nuevo escenario. Himnos, un tanto mesiánicos, que hablan de no dar un paso atrás, de volver y de vencer. El canto y la esperanza del pueblo están puestos en septiembre y en Allende. Complementariamente, cada volumen incorpora uno o más documentos de la época; en este caso se ha escogido el "Programa de Gobierno de la Unidad Popular", que se encuentra al final del libro.

En suma..., a la luz de "Chile 1970. El país en que triunfa Salvador Allende", el primer volumen de la serie MEMORIA A 40 AÑOS, puede afirmarse que ese país no solo estaba abierto, sensible, dispuesto, mayoritariamente, al cambio sino que lo requería. Era una necesidad. En un contexto internacional en el que las particulares características del sistema político chileno y de la izquierda, representaban un aire fresco y renovador para el socialismo real tanto como inquietante para el dominio capitalista en América latina. Había base social para pensar que la unidad del pueblo era posible; una base social que, incluso, podía ser más amplia que la Unidad Popular. Sin embargo, ello hubiese requerido de una unidad política que la historia de los años precedentes a 1970 no permitía. Por eso es que junto con reconocer la clarividencia de quienes en esos momentos hablaron de la necesaria 'unidad social y política del pueblo', hay que conceder que ella, históricamente, era muy difícil de alcanzar. La unidad social tal vez estaba más cercana, pero la unidad política, entendida ésta como un acuerdo entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, no era posible. Todo lo que el proceso de reformas llevado adelante por la DC de Frei Montalva jugaba a favor de la unidad social, lo jugaba igualmente en contra de la unidad política. El proyecto político del centro no era el de la izquierda ni viceversa;

lamentablemente, en ese momento histórico no eran proyectos que pudieran sumarse.

El ‘cambio’, como sinónimo de transformaciones sociales y económicas profundas, estaba en la ‘orden del día’ de la sociedad chilena en 1970. Los movimientos sociales lo encarnaban desde hacía ya algunas décadas de manera creciente y progresiva; en su doble dimensión: como factores de cambio y como receptores de dichos cambios. En 1970, el ‘cambio’ era —como lo sostiene uno de los autores— un fenómeno cultural, una necesidad, parte del sentido común mayoritario. Su alcance, en tanto cambio estructural, sin embargo, requería de condiciones políticas especiales y ser interpretado políticamente. Lo que había a la mano para llevar adelante los cambios, en el sentido de aquello que era conocido y que acomodaba a los actores políticos, era el sistema institucional, la democracia representativa en la cual todos se habían desenvuelto. El problema era que esa institucionalidad, en la que se hubiese requerído crear una mayoría política que respaldara los cambios, era la misma en la que los actores competían por la representación política. La elección presidencial de 1970 demuestra ambas cosas: existía una mayoría por los cambios tanto como existía una competencia, excluyente, por liderar esos cambios.

Salvador Allende se definía a sí mismo como ‘un luchador social’, como alguien que solo aspiraba a ser ‘intérprete’ de grandes anhelos de justicia del pueblo chileno. En 1970, esa lucha social es coronada políticamente por el reconocimiento de su condición de ‘intérprete’ por una parte del electorado, en base a una estrategia de cambios por la vía institucional. Esa realidad marca tres de los designios más importantes que van a verificarse en los años siguientes: no poder transformar ese triunfo electoral parcial en una mayoría política; no poder abandonar la vía institucional ni combinarla con una vía insurreccional; no poder lograr que la oposición institucional a su gobierno se impusiera por sobre la estrategia insurreccional en su contra. Estos tres elementos quedaron, de algún modo, sellados en septiembre de 1970.

Como cualquier iniciativa de la naturaleza de MEMORIA A 40 AÑOS, su

viabilidad depende de múltiples factores y de muchas voluntades. En el caso de este primer volumen, un primer reconocimiento es para Cindy Iriarte y Cristina Quezada —ambas formadas en nuestro Departamento de Historia de la Universidad Alberto Hurtado— por su valiosa colaboración en la preparación e implementación del Seminario de 2010, así como en la transcripción de las presentaciones que componen este libro. Igualmente, un agradecimiento a Liliana Bravo, Marcos Fernández, Paulina Orrego y Soledad Zárate, miembros del Departamento de Historia que condujeron las mesas del mencionado Seminario. Y, por supuesto, a los autores y autora de este volumen, sin cuyas presentaciones nada de esto hubiese sido posible.

PEDRO MILOS

EDITOR

1 Los textos que se incluyen en este volumen han sido redactados y editados a partir de los registros de las intervenciones orales de este Seminario, realizado el 1 y 2 de septiembre de 2010 en la Universidad Alberto Hurtado. El trabajo de edición ha respetado, rigurosamente, la estructura y el contenido de dichas presentaciones. Como complemento a cada texto, bajo el título de 'Notas del debate', se han seleccionado — con un criterio de pertinencia temática— algunas intervenciones que los autores realizaron en el marco del debate y de las preguntas del público. La responsabilidad última de los textos, así como de las notas a pie de página, es del editor.

CHILE EN 1970

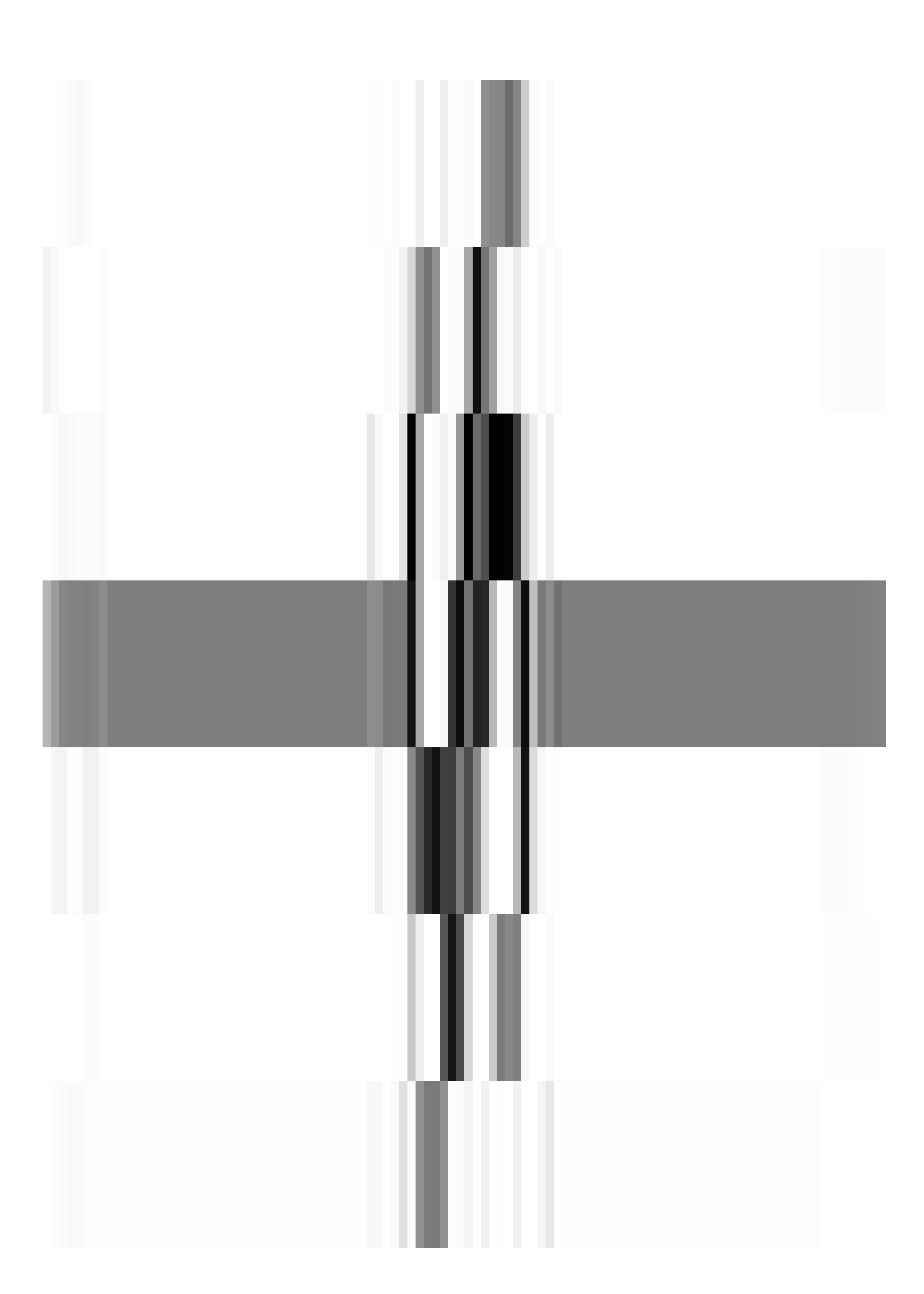


Genaro Arriagada

Jacques Chonchol

Ricardo Núñez

PRESENTACIÓN DE GENARO ARRIAGADA



Muchísimas gracias por la invitación. Para mí es muy grato estar en este seminario con Jacques Chonchol y Ricardo Núñez porque, en esos años y de maneras distintas, convivimos bastante. Con Ricardo Núñez, en el tiempo en que él estaba en la Universidad; después, naturalmente, nos fuimos separando en la medida en que el conflicto social fue tomando volumen. Con Jacques Chonchol también, aunque yo llegué a la Democracia Cristiana prácticamente cuando Jacques se iba; yo llegué el 63 y Jacques se debe haber ido el 67. En consecuencia, para mí ambos son dos personas por las cuales tengo respeto intelectual y por su compromiso político.

Mi visión de ese momento histórico es la de una persona de centro. No voy hablar desde el punto de vista de mi filiación política –de hecho hace como siete años que estoy fuera de la política partidista– sino que voy hablar de cómo una persona que era centrista, democratacristiano, miró la oportunidad histórica que significaba el gobierno de Salvador Allende.

Me voy a centrar en dos grandes hechos o ramas y materias: una es que Salvador Allende llega al gobierno en el año 1970 cuando el socialismo empieza a ser minado muy fuertemente por la desesperanza. Hacia el año 1970, el socialismo está, desde el punto de vista de su esperanza, bastante demolido. Es cierto que va a durar diecisiete años más hasta la caída del muro de Berlín, diecisiete años después de la muerte de Salvador Allende, pero ya en esa época estaba muy cuestionado… y desde adentro. Sin embargo, cuando Salvador Allende llega a ensayar una experiencia socialista en Chile, hay razones que llevan a pensar que la experiencia chilena puede ser una recuperación de esa esperanza. Y esos son los temas a los cuales me voy a referir.

Hacia el año 1970, la crítica a los socialismos reales era bastante activa, señalando que eran un orden burocrático, ineficiente y despótico. A eso había contribuido fuertemente, desde fines de las década del 50, primero, la denuncia a los crímenes de Stalin en el XX Congreso del Partido Comunista en la Unión

Soviética[1]; luego, después, en el año 1956, ocurrió el aplastamiento de la revolución húngara. Recuerdo en esa época una frase de Jean Paul Sartre, que no fue un crítico habitual del Partido Comunista, que decía que en los momentos en que los tanques de la Unión Soviética ocupaban Hungría sus disparos hacían estallar en pedazos el socialismo. En los años 60, algo se recupera de esa esperanza con la idea de una revolución inédita, que es la Revolución cubana[2]. Aparece como algo que viene a sacudir un socialismo esclerosado por personas jóvenes llenas de idealismo. Sin embargo, a mi juicio, hacia el año 1970, diez años después, la Revolución cubana había frustrado muchas de sus mayores esperanzas. Quiero señalar que, por ejemplo, en el año 1965, un libro de Albán Lataste, un economista del Partido Comunista, explicaba que las metas de crecimiento de la economía cubana eran de un 16,5 por ciento acumulativo, anual[3]. Y que se esperaba que en una década Cuba fuera en América Latina el primer productor per cápita de acero, de cemento, de electricidad, de tractores. En fin, todo eso se fue evaporando y, peor, la Revolución cubana fue caracterizándose cada vez más por la misma rigidez política y falta de democracia y libertades básicas.

Por esos mismos años, fines de los cincuenta comienzo de los sesenta, el socialismo también había experimentado un traspié no menor en la escisión de la visión del mundo entre el comunismo chino y el comunismo soviético. Y, posteriormente, con un hecho muy lamentable, como fue la ‘revolución cultural’[4], que significó un grado de violencia y persecución feroz.

En el año 1968, el socialismo va a sufrir un nuevo golpe y muy dramático: el aplastamiento de la ‘Primavera de Praga’, que va a provocar una reacción a nivel mundial y al interior del campo socialista. Van a haber críticas muy fuertes respecto de lo que fue el aplastamiento de la revolución checoslovaca en el año 1970, la caída de Dubcek y todo lo que ello significó[5]. Se va a producir el desembarco o distanciamiento de un grupo notable de intelectuales de gran peso, algunos provenientes del propio Partido Comunista; por ejemplo, Roger Garaudy[6] o Jean Paul Sartre, que si bien nunca fue comunista en los períodos más duros en contra de la Unión Soviética le dio una mano, así como al Partido Comunista francés, dado su enorme prestigio intelectual.

Yo creo que en el año 1970 el socialismo estaba herido de muerte, estoy hablando de los socialismos reales, no estoy hablando de las ideas socialistas. Y creo que sobrevivió los próximos dieciséis años como un experimento rígido que iba cayendo gradualmente hasta que se desplomó en el año 1989; dieciséis años después de la muerte de Salvador Allende.

Ahora, en el año 1970, sin embargo, se produce el hecho insólito de que en un pequeño país, distante geográficamente pero que tenía características muy especiales, triunfa a través de un procedimiento electoral indubitado Salvador Allende. En ese momento, un sector significativo de la sociedad chilena, pero sobre todo del mundo exterior, mira la experiencia de Allende como una que puede salvar esta historia de constantes fracasos y frustraciones que había experimentado el socialismo. En ese sentido, siempre tratando de atenerme al contexto previo que se nos ha solicitado, el contexto internacional del socialismo era malo en el año 1970; no así el contexto que daba la realidad chilena, que aparecía como esperanzador desde el punto de vista de los que creían en el socialismo. Y las razones de esa esperanza eran varias.

La primera es que Chile era una economía relativamente industrializada, comparada con las naciones en las cuales se intentaron los socialismos; esto era importante porque la gran excusa a los fracasos del socialismo había sido que se había inaugurado en naciones agrarias, como agraria era Rusia en el año 1917 o como agraria era China en el año 1948. Y, en consecuencia, se decía: “Aquí estamos en presencia de un país que tiene un grado de industrialización incipiente pero donde efectivamente hay un proletariado”; en Chile no solo había un campesinado sino que había también un proletariado. Para ponerlo en un ejemplo: en Chile en esa época, en el año 1969, había 76 empleos industriales frente a 100 empleos agrícolas; sin embargo, en Polonia, al iniciarse la experiencia socialista había 20 ocupaciones industriales comparada con 100 ocupaciones agrícolas, y las cifras en Hungría eran de 35 a 100. Entonces, se decía: “Bueno, aquí se va a ensayar el socialismo en un país donde hay efectivamente un desarrollo industrial incipiente, donde existe un proletariado de larga data”.

En segundo lugar, se decía: “En Chile existe un capitalismo monopolista de Estado”. En esa época, aunque teníamos muchas diferencias, me tocó trabajar con Óscar Guillermo Garretón; yo estaba haciendo una tesis sobre la oligarquía patronal chilena y Óscar Guillermo estaba escribiendo su libro sobre la concentración de la riqueza. Y Garretón decía: “La economía chilena es tan concentrada que con 248 empresas se controlan todos los sectores y subsectores de la economía, y con 144 empresas industriales se controlan todos los sectores y subsectores de la industria”. De ahí surgió la idea de las 90 empresas[7]; vale decir, 90 empresas que significaban que el Estado tomaba el control de este capitalismo monopolista de Estado y se transformaba en un orden socialista. En ese momento, en el año 1970, el 40 por ciento del producto interno bruto (PIB) era generado por el Estado; un 50 por ciento de la inversión era inversión estatal; y un 70 por ciento era inversión o estatal o con apoyo estatal. Las grandes empresas que hoy día aparecen como privadas, eran empresas públicas: LAN, Entel, Endesa, CAP, en fin.

En consecuencia, aquí estábamos frente a un Estado que tenía un control de la economía tan fuerte, que verdaderamente el cambio al socialismo no pasaba por el hecho de salir de una sociedad agraria, tener que crear una sociedad industrial para, a continuación, esa industrialización capitalista transformarla en socialista. Quiero mencionar un dato más: el Banco del Estado, en la época, tenía exactamente la misma dimensión que todos los demás bancos sumados, vale decir, el 50 por ciento del total de las colocaciones; hoy en día, escasamente llega al doce por ciento.

La economía chilena en la época, es cierto que no había funcionado muy bien, pero tenía, bajo el gobierno de Frei Montalva, una tasa de crecimiento promedio del 4 por ciento y una tasa de inflación que, aunque insoportablemente alta, era histórica: 35 a 40 por ciento. Pero la economía estaba relativamente sana, las reservas que quedaron al término del gobierno de Frei equivalían, más o menos, a seis meses del total de las importaciones del país.

Chile no lo inventó Pinochet –de más está decirlo–. Chile tenía un buen nivel educacional. En el año 1970 era el tercer ingreso per cápita de América Latina, siendo superado solo por Argentina y, de algún modo, por Uruguay. Teníamos una democracia que, relativamente, tenía niveles de participación muy altos. En el año 1925, un 7 por ciento de la población votaba, en el año 1964 un 35 por ciento de la población votaba; vale decir, la participación electoral en Chile era fuerte y la tasa de sindicalización era muy grande. Cuando Eduardo Frei Montalva llegó al gobierno había 2.000 personas que estaban sindicalizadas en el agro y, gracias a la actividad de Indap del cual era jefe Jacques Chonchol, pasamos, al término del gobierno de Frei, a más de 120.000 campesinos sindicalizados, surgiendo un movimiento campesino fuerte y potente. En seis años logramos pasar de la hacienda tradicional y del inquilinaje a un cuadro de participación muy grande, así como el desarrollo de los sindicatos en el rubro industrial era también elevado. Al año 1970, el 30 por ciento de la población estaba sindicalizada, hoy en día debe llegar, difícilmente, al 10.

Pero, además, esta sociedad políticamente era desarrollada. Chile siempre ha sido definido como un país económicamente frustrado pero políticamente más desarrollado, es decir, el desarrollo político aquí ha ido más alto que el desarrollo económico. Creo que eso puede estarse revirtiendo en estos tiempos, pero en esos años ésta era una sociedad democrática, pluralista, que tenía, un sistema de partidos políticos que funcionaba. El partido Comunista chileno, por ejemplo, era el tercer partido comunista más importante del mundo, referido a la población, solo comparable al de Francia y al de Italia y, además, un partido Comunista que representaba una subcultura muy marcada dentro de la sociedad chilena. Y el Partido Socialista, bueno a los socialistas les gusta decir que nacieron por allá por el año 33 del siglo pasado, pero los socialismos en Chile parten en el año 1910, por ahí, entonces los socialistas tienen 100 años. Y, de nuevo, esos partidos estaban unidos, primero en el FRAP pero después en la Unidad Popular, en una alianza en torno al marxismo-leninismo. En consecuencia, estamos hablando de una fuerza poderosa, que tenía enorme fuerza intelectual, moral, universitaria, un gran poder en los sindicatos y una representación parlamentaria no menor: 40 por ciento del Parlamento, más o menos, estaba en manos de esos dos partidos de izquierda. Había una Democracia Cristiana que, a diferencia de todas las demás democracias cristianas, es y ha sido de centro izquierda; todos los partidos democratacristianos del mundo son de centro derecha, salvo la Democracia

Cristiana chilena, que en ese entonces tenía rasgos de sectarismo, como sin duda los teníamos todos. Y, finalmente, había una derecha que, a diferencia de otras en América Latina, y aquí cito de memoria a Régis Debray, en ese entonces el pontífice de la ultraizquierda cuando en su célebre entrevista a Salvador Allende[8], la califica diciendo que no obstante tener un alto sentido de clase, no es una derecha de "horca y cuchillo".

En consecuencia, existía una posibilidad de juego político en la sociedad chilena de la época. Pero en el lado malo de la ecuación, la derecha, el centro y la izquierda, que representaba cada uno alrededor de un tercio del electorado, todos se habían embarcado en posiciones políticas irreconciliables. Los democratacristianos no querían saber nada con la izquierda ni con la derecha; la izquierda no quería saber nada con la Democracia Cristiana y la derecha; y no quería saber nada ni con una ni con la otra. Pero aún considerando este hecho, el sistema político chileno era avanzado y sólido.

Finalmente está el tema de Estados Unidos y para no ser unilaterales y parciales, el tema de la Guerra Fría pues durante los años 60 y 70 en Chile va a estar muy activa la intervención de la CIA, pero también de la Unión Soviética y de Cuba. Pero en lo que es la perspectiva de esta presentación, Chile nunca fue una dependencia norteamericana, aunque la CIA financiara de manera importante las campañas presidenciales de Jorge Alessandri y Eduardo Frei, como lo prueban documentos oficiales de esa agencia. Sin embargo, lo que siempre he creído, porque conocí mucho a don Eduardo, es que efectivamente él no lo supo y como toda operación encubierta, ellas se hacen de un modo clandestino. El propio informe del Senado norteamericano dice que, en el caso de la campaña de Frei, estos fondos fueron canalizados a través de un tercer país y hechos aparecer en Chile como provenientes de empresas privadas. Pero, el caso es que no estamos discutiendo aquí si don Eduardo supo o no supo, lo que sí sé es que la CIA estuvo actuando en Chile por décadas. Pero, cuidado: en el año 1964 Eduardo Frei Montalva, ya sabiendo de su triunfo, dispuso el restablecimiento de las relaciones con Cuba. Y en el año 1965, el gobierno de la Democracia Cristiana condenó vivamente la invasión norteamericana en Santo Domingo[9] y, bajo la cancillería de Gabriel Valdés, en el año 1968, encabezábamos lo que se llamaba el Consenso de Viña del Mar, que aspiraba a tener una voz latinoamericana

común frente a Estados Unidos[10]. Ciertamente, la Democracia Cristiana era mucho más cercana a Estados Unidos que al bloque socialista, sin duda, y todavía más cercana a la Alemania y a la Italia democratacristiana, pero lo que estoy diciendo es que la política chilena no era reducible a una dependencia norteamericana y que eso era un nuevo factor que posibilitaba, con limitaciones, la experiencia de Allende.

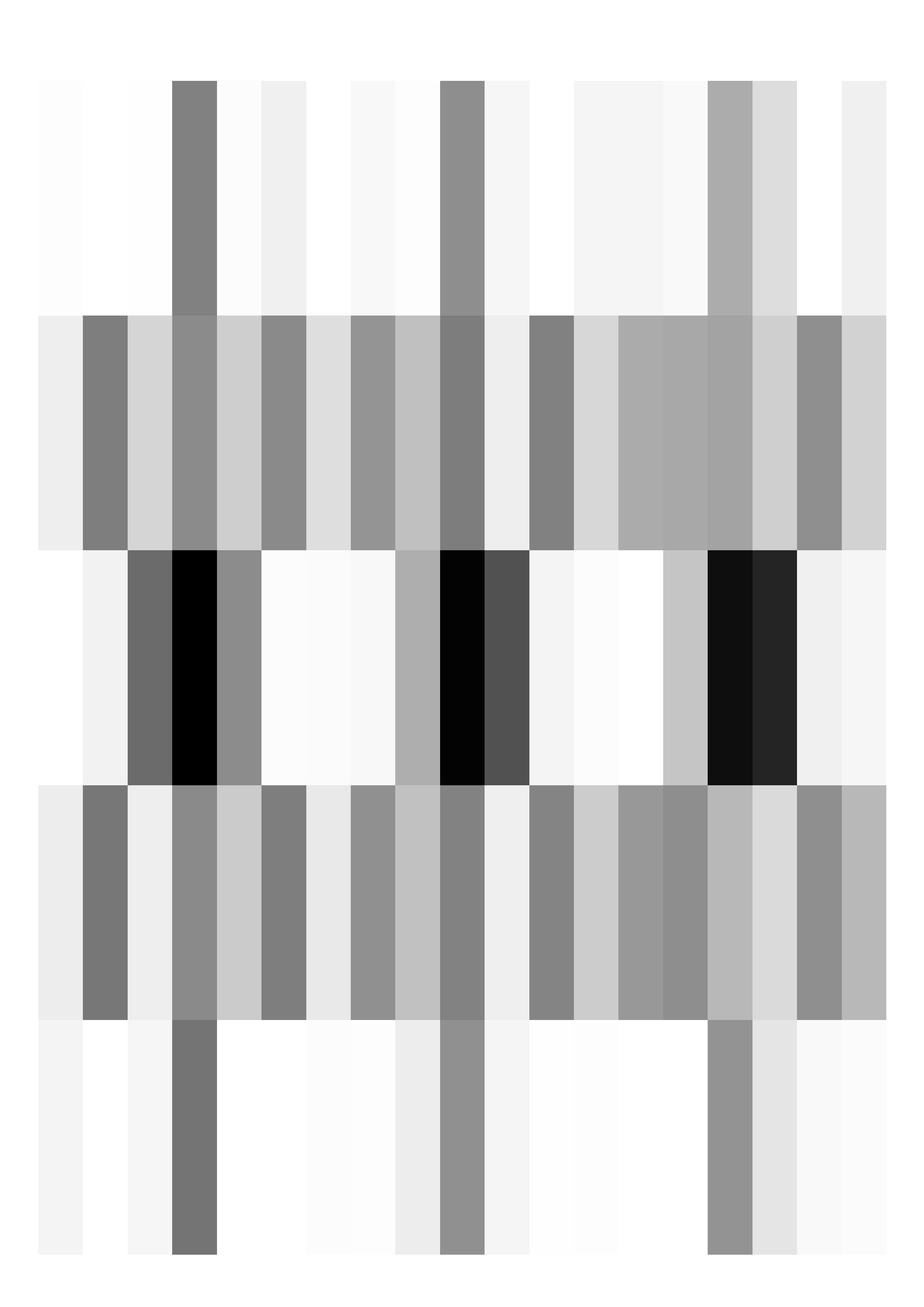
Y, finalmente, está el tema de las Fuerzas Armadas. Las Fuerzas Armadas chilenas, no obstante la brutalidad de su accionar el día del Golpe y los años siguientes, es necesario reconocer que ellas, al inicio gobierno de la Unidad Popular, eran un nuevo factor que posibilitaba, con limitaciones, la experiencia de Allende pues con altos y bajos, aseguraban un cierto espacio de maniobra, porque su tradición era el sometimiento al poder político civil legítimo. Es cierto que habíamos tenido una dictadura como la de Ibáñez, cierto es también, como lo he probado en uno de mis libros, que el anticomunismo en las Fuerzas Armadas es anterior en muchos años a la creación del primer Partido Comunista en Chile. Todo eso es cierto, pero también es cierto que estas Fuerzas Armadas tenían tradiciones de sometimiento al poder político civil legítimo, que eran altamente profesionales y no deliberantes lo que creaba importantes márgenes de maniobra, incluso a un gobierno como el de Salvador Allende.

Para resumir: si por un lado el mundo socialista venía desesperanzado, y perdiendo esperanza producto de los hechos que he narrado, que están en la historia, por el otro lado, desde el punto de vista de la viabilidad de una experiencia socialista, parecía que Chile reunía, más que muchos otros países, condiciones que permitieran intentar una experiencia inédita. Esos factores son los que he señalado y que resumo muy brevemente: una economía relativamente industrializada, con la existencia de un proletariado; un capitalismo monopolista de Estado; una economía que no estaba en ruinas sino funcionando; niveles de educación y participación política muy elevados una sociedad políticamente desarrollada; un juego de partidos políticos, que creaba oportunidades de maniobra; una dependencia de Estados Unidos, que sin duda la había, pero también con cierta autonomía; y unas Fuerzas Armadas que, no obstante todo lo que ha sucedido, eran de un profesionalismo y un sometimiento al poder civil que no veíamos en otros países de América Latina.

En ese cuadro fue donde se da esta contradicción entre un socialismo que a nivel mundial va perdiendo esperanza y, por otro, la esperanza de muchos socialistas del mundo, de que la experiencia de Salvador Allende iba a ser exitosa e inédita. Esa es mí visión del contexto: un socialismo desesperanzado y, al mismo tiempo, una posible esperanza para el socialismo, en el marco de las realidades del Chile de esa época.

Notas del debate

A finales de los sesenta se vive un proceso general de radicalización –que creo que Ricardo Núñez ha descrito muy bien[11]– del que forman parte las guerrillas, la fuerte radicalización de la Iglesia católica y la 'hipermovilización' social. El país está bastante descontrolando hacia fines del gobierno de Eduardo Frei. Por la época, hay una editorial de The Economist que se llama "El país de las mil huelgas". Cuando uno tiene que explicar las causas de la debacle que se va a producir luego, hasta el año 73, hay un hecho que es claro: hay un proceso de 'hipermovilización', que tal vez ningún gobierno hubiera podido resistir. En ello, hay una responsabilidad no menor del Partido Comunista, del Partido Socialista y de la Democracia Cristiana, que radicalizan el movimiento social en torno a demandas que no solo el gobierno de Allende sino que cualquier gobierno no habría podido resistir. Creo que lo que ha señalado Ricardo Núñez, respecto a tomas, tomas de predios agrícolas, número de huelgas, todo un conjunto de cosas de ese tipo, evidencia un grado de 'hipermovilización', que luego contribuyó poderosamente a las dificultades del gobierno de Salvador Allende.



Respecto a lo que digan los norteamericanos, no es un asunto del cual tenga que hacerme cargo o defender. Yo creo que es efectivo –como una vez lo dijo Luis Corvalán– que en la política uno, del enemigo, tiene que esperar lo peor. A mí no me cabe la menor duda que Estados Unidos quería, activamente, la derrota de Salvador Allende en 1970, el fracaso de su gobierno y un golpe militar. Ricardo Núñez ha planteado con justa razón –él con más fuerza, en general, y yo también respecto a la Democracia Cristiana– que aquí hubo una participación de la CIA y de Estados Unidos, incluso al interior de la Democracia Cristiana. Esos son hechos que están, pero cuidado con reducir el problema a ese solo factor.

1 El 20º Congreso del Partido Comunista de la URSS se realizó en febrero de 1956 y constituye un hito ya que el comunismo soviético inició el proceso de crítica respecto al periodo en que Stalin ejerció su liderazgo. En adelante todas la notas son del editor, salvo cuando se indica que son del autor.

2 El movimiento rebelde 26 de julio, encabezado por Fidel Castro, toma el control de La Habana, en Cuba, el 1 de enero de 1959.

3 Se refiere a "Cuba. ¿Hacia una nueva economía política del Socialismo?", Alban Lataste Hoffer, editorial Universitaria, 1968.

4 Conocida como el proceso iniciado en 1966 por Mao Tse Tung en la República Popular China, con el fin de controlar posibles deviaciones capitalistas al interior del Partido Comunista, entre sus dirigentes y también en círculos intelectuales. Los efectos de la 'Revolución cultural' se mantienen hasta la muerte de Mao en 1976.

5 La irrupción de las tropas soviéticas en Checoslovaquia se produjo en el mes

de agosto de 1968; Alexander Dubcek, quien había dirigido el movimiento, fue finalmente expulsado del Partido Comunista en 1970.

6 Destacado filósofo y político francés, estudioso de las relaciones entre el marxismo y la religión, que abandona el PC francés tras la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968.

7 El Programa de Gobierno de la Unidad Popular contemplaba la expropiación de 90 empresas consideradas estratégicas desde el punto de vista económico.

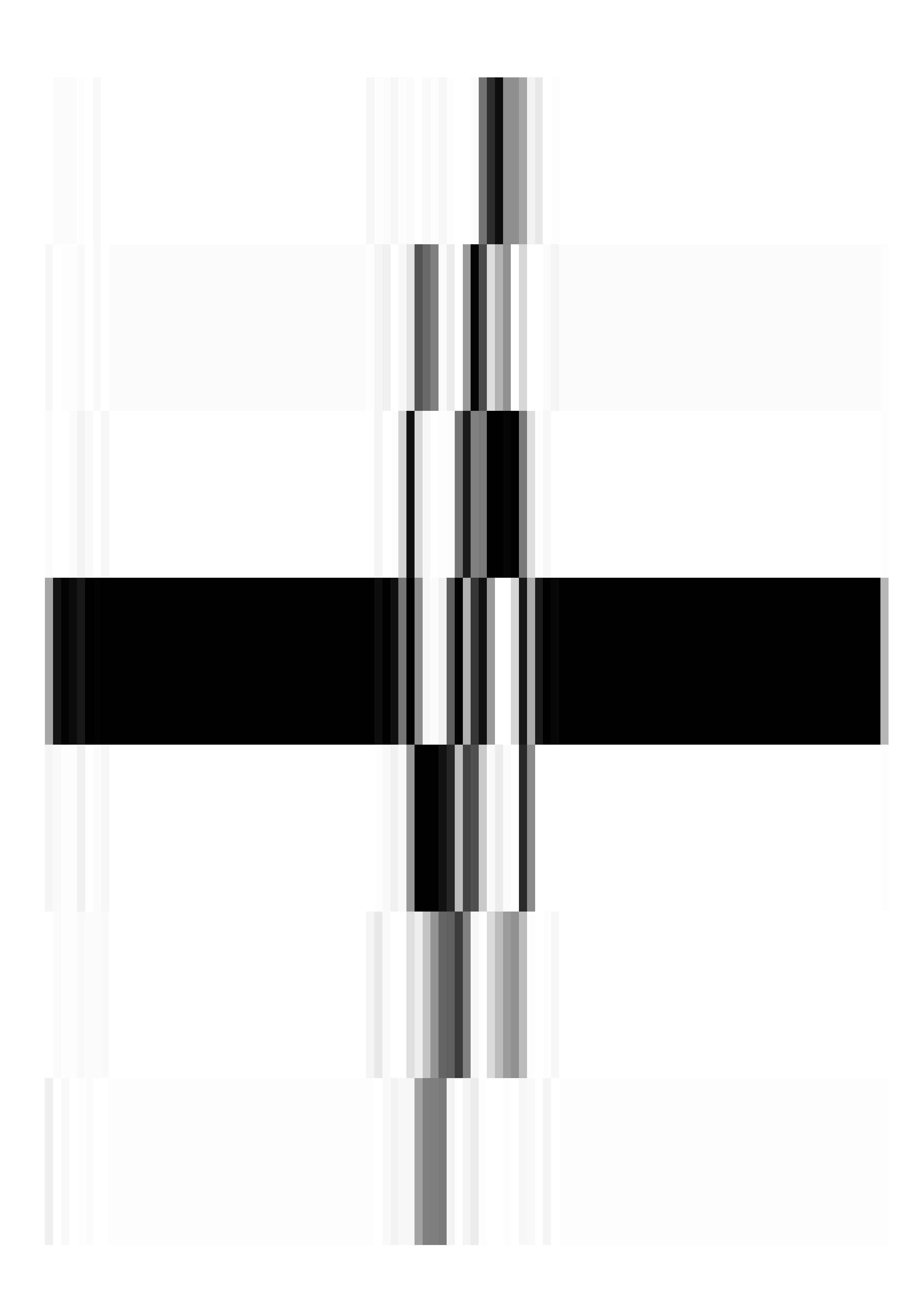
8 Esta entrevista forma parte de un amplio reportaje que Debray realizó sobre el Presidente Allende entre diciembre de 1970 y enero de 1971. El escritor y periodista francés acababa de recobrar la libertad luego de haber estado preso en Bolivia por sus vinculaciones con la guerrilla del Che Guevara en ese país.

9 Intervención militar norteamericana, ordenada por el Presidente Lyndon Johnson en abril de 1965 y que se extendió hasta septiembre del año siguiente, 1966. Estados Unidos temía una segunda Cuba en Centroamérica.

10 Documento aprobado el 17 de mayo de 1967, como resultado de la reunión realizada en Viña del Mar, en que los cancilleres de los países latinoamericanos exigían al Presidente Nixon nuevas políticas de Estados Unidos hacia la Región, con mayor participación local, tras el fracaso de la Alianza para el Progreso.

11 Ver presentación de Ricardo Núñez, pp. 49-59.

PRESENTACIÓN DE JACQUES CHONCHOL



Creo que es difícil explicar el contexto de la elección de la Unidad Popular en el año 70 sin tener en cuenta lo que venía pasando a fines de los años 60, en que gobernaba Chile un solo partido, que era el Partido Democratacristiano. Eduardo Frei Montalva estaba terminando su Gobierno, fue elegido en el 64 y terminaba en el 70, momento en el que correspondía una nueva elección. Frei había triunfado con una alta proporción de votos —el 56 por ciento—, no solo con el apoyo de la Democracia Cristiana sino que con el apoyo de los partidos de derecha —Liberal y Conservador—, que se vieron frustrados en la posibilidad de llevar a un candidato propio, por aquello que en la época se llamó ‘el naranjazo’: una elección complementaria de diputados que tuvo lugar en Curicó donde la derecha dominaba y que ganó un médico socialista[1]. Eso desarmó la coalición que había gobernado con Alessandri, que eran los radicales, los liberales y los conservadores. Y por lo tanto, en ese contexto, Frei Montalva se lanzó solo con un programa que se llamó ‘revolución en libertad’.

El término ‘revolución en libertad’ fue acuñado por varios de nosotros en el Departamento Técnico de la Democracia Cristiana, para distinguirlo fundamentalmente de lo que era la Revolución cubana. O sea, era una revolución, pero distinta, desde el punto de vista de las libertades públicas, de lo que venía pasando en Cuba en ese momento. Y Frei creo que es uno de los pocos casos en la historia de Chile de un Presidente que gobernó, prácticamente, todo su período con un solo partido. Aquí siempre ha habido coaliciones, pero el gobierno de la Democracia Cristiana del 64 al 70 fue un gobierno unipartidario, con un solo partido. Ahora, como no tenía mayoría en el Parlamento, a pesar de que en las elecciones del 65 logró el 42 por ciento de los votos y una amplia representación parlamentaria, para sacar sus leyes tenía que aliarse o con la derecha o con la izquierda. La Ley de Reforma Agraria, por ejemplo, que fue una ley muy importante en el Gobierno de Frei, aprobada en el 67, se hizo con el apoyo de la izquierda[2]. La ley de ‘chilenización’ de las compañías del cobre[3] se hizo con el apoyo de la derecha; o sea, había cierta ambigüedad, había que negociar hacia un lado o hacia otro según fuera la naturaleza del proyecto. Pero, con todo, el Gobierno prácticamente se manejaba solo.

Lo anterior hizo que durante el Gobierno de Frei las transacciones fueran constantes, lo que agudizó una pugna en el interior del partido. Yo era democratacristiano en esa época, estábamos divididos en tres tendencias: una, que se llamaba los rebeldes; otra, los terceristas; y otra los oficialistas, los más cercanos a la política de Frei propiamente tal. Normalmente los rebeldes y los terceristas estaban aliados y querían una acción más importante de cambios. Lo que ya había hecho Frei era muy importante, pero indudablemente los militantes querían mucho más, porque estaba en el programa y porque consideraban que era fundamental poder hacerlo. Los cuadros medios, por lo tanto, y muchos militantes del partido, querían una acción de cambios más aguda y más rápida que lo que estaba dispuesto a hacer el Gobierno de Frei. Esto producía dificultades constantes, lo que condujo a disminuir su representación en las elecciones municipales del 67; del 42 por ciento de la votación nacional, que había logrado, bajó de un modo importante[4]. De todas maneras seguía siendo un partido mayoritario, pero indudablemente estaba perdiendo fuerza.

Esto planteó, en un debate interno del partido, la necesidad de ver qué había que hacer para adelante. Y el partido creó una comisión que se llamó 'político técnica', formada por siete militantes, entre los que me contaba, para hacer una proposición para adelante. Y ahí salió un informe que se llamó "La vía no capitalista de desarrollo"[5]. Mucho se ha discutido sobre "La vía no capitalista de desarrollo" pero en el fondo fue un informe preparado al Partido Democratacristiano que fue aprobado por la Junta Nacional del Partido, para poder desarrollar, hacia delante y de un modo más eficaz, los cambios de transformación revolucionaria que quería hacer el Gobierno de Frei. Esto, indudablemente creó un conflicto con el Gobierno. Yo recuerdo muy bien cuando se firmó la Ley de Reforma Agraria, estábamos en La Moneda con el Presidente. Él tenía que firmar la ley y proclamarla y estaba también Rafael Agustín Gumucio, que era el nuevo presidente del partido, que había sido elegido para aplicar esta política, y hubo una discusión terrible entre Gumucio y Frei y nosotros que estábamos ahí, porque Frei decía: "No puede haber dos cabezas, o manda el gobierno o manda el partido, pero indudablemente aquí no puede haber dos cabezas y dos cabezas que piensan distinto". Entonces, eso creaba una serie de conflictos, de manera que una parte importante del esfuerzo que hizo Frei fue desbancar a esa directiva y no aplicar ese informe, que era el informe mayoritariamente aprobado por el partido y que debía conducir el Gobierno propiamente tal.

Se aproximaban las elecciones del 70 que, como pasa siempre en Chile, se empiezan a preparar desde mucho antes. Para esas elecciones del 70, en marzo del 69 el Partido Demócrata Cristiano reunió una asamblea nacional con la finalidad de decidir la que iba ser su posición hacia el futuro. Había dos alternativas: o el camino propio, que propendía Frei y la gente que estaba más cerca de él, o buscar una alianza con los partidos de izquierda. Se decía, por parte de los rebeldes y terceristas: “No podemos profundizar la revolución si no buscamos una alianza más amplia que el propio partido y esa alianza no se puede hacer con la derecha, tiene que hacerse con los partidos de izquierda”, que eran fundamentalmente socialistas y comunistas. Esa alianza no estaba dada, pero había que buscarla.

Y en esa decisión, en esa disyuntiva, por un escaso margen de votos ganó Frei en una junta que tuvo lugar en Peñaflor[6], en la que inclusive tuvo que intervenir dos veces y volver el día siguiente, porque su voto iba a perder; pero, sin embargo, logró imponerlo. Eso creó, por cierto, un gran conflicto dentro del Partido ya que el candidato, todo el mundo decía dentro del Partido, iba a ser Radomiro Tomic. Y al respecto quiero hacer un testimonio: Radomiro Tomic era un hombre de izquierda y él se sentía de izquierda. Tengo aquí una carta que me dirigió personalmente el 28 de noviembre del 68 en la que me decía:

“Para tu archivo personal te incluyo copia de mi carta del 6 de agosto, a Frei, con ocasión de tu primera renuncia a raíz de la junta nacional de julio. No te la envié antes porque precisamente al escribirla no me movía ningún propósito de índole personal ni mucho menos el deseo de comprometerte conmigo, pero creo que es conveniente que en tu dossier tengas esta carta”. Y dice más adelante: “Pocos conocen, como tú, mi pensamiento, en el partido. Bien sabes que no tengo ninguna identificación con la visión derechista del orden social, de la estructura económica del país o de la estrategia impulsada por la Democracia Cristiana, no solamente el 70 o 69, sino también el 63. Seguramente recuerdas que a raíz del voto presentado por mí en la Junta, pidiendo la convocatoria a una convención de fuerzas políticas y sociales de izquierda, tú presentaste un voto más moderado aunque de la misma tendencia. Esta posición ha sido siempre la mía, también

después de la victoria de Frei. Tienes constancia de ello en nuestro intercambio de correspondencia mientras fui embajador en Washington y en mi continua identificación con el trabajo que tú hacías en Indap".

O sea, el candidato nadie lo discutía; el Partido era, en ese contexto, como se dice, 'el peso de la noche'. Tomic aparecía como el hombre que tenía que suceder a Frei, pero indudablemente tenían posiciones políticas distintas.

Ahora bien, después de esta Junta ¿qué pasó? Vino una gran desilusión en el Partido, por lo menos de la juventud, que constituía un grupo relativamente importante; de algunos parlamentarios; de líderes sindicales; etc. Y se produjo una serie de renuncias en el Partido, no solamente de la juventud sino que de muchos de estos parlamentarios, y, como se quería seguir buscando la unidad con la izquierda, se decidió crear un movimiento que se llamó MAPU[7]. Que no es "mapu", en el sentido de las tierras mapuche, sino MAPU, Movimiento de Acción Popular Unitaria, para buscar la integración de la gente que venía del sector cristiano con los partidos de izquierda. Y el MAPU, entonces, se presentó como un nuevo movimiento, empezó a conversar con los partidos de izquierda; con el Partido Socialista, con el Partido Comunista, se comenzó a producir una alianza y esa alianza condujo prácticamente a la candidatura de la Unidad Popular.

Antes de pasar a eso, sin embargo, quiero aclarar lo siguiente: al Gobierno de Frei hay que reconocerle históricamente que, a pesar de su tendencia algo conservadora, fue un Gobierno que hizo muchas reformas tradicionales, importantes en la historia de Chile. Hizo, por ejemplo, la Ley de Reforma Agraria, que si uno la mira con el criterio conservador de Chile actual aparecería como ultra comunista, porque con la Ley de Reforma Agraria de Frei se estableció un límite a la propiedad: nadie podía tener más de 80 hectáreas de riego base y el que tuviera más era expropiado de su exceso. Además, la ley establecía lo siguiente: que todo predio mal explotado era expropiable por mala explotación. En seguida, que a todos los predios en que el Estado hiciera obras públicas para riego por intervención, se les expropiaban las tierras de secano y se

les devolvía el equivalente a las 80 hectáreas en tierras de riego y, simultáneamente, se pagaban en bonos de la Reforma Agraria. Para ello hubo que hacer una reforma constitucional muy importante, porque la Constitución establecía que había que pagar en dinero y al contado; una reforma constitucional que permitía pagar en bonos a 25-30 años. O sea, era una ley muy radical si uno la mira con los términos actuales, pero muy correspondiente a lo que era el pensamiento de Chile en esa época.

Al mismo tiempo, el Gobierno de Frei hizo una ley de sindicalización campesina, del mismo año 67[8], que hacía que prácticamente bastara que cien campesinos de una comuna —hasta ese momento no había sindicatos de campesinos en Chile— se pusieran de acuerdo, llegaran ante la Inspección del Trabajo y constituyeran un sindicato y automáticamente quedaban inscritos. Y podían constituirse cuantos sindicatos quisieran, lo que permitió un enorme impulso del desarrollo sindical en Chile. Hizo también la 'chilenización' del cobre, que ya he mencionado. Y en materia de educación, el país avanzó mucho en términos cuantitativos aunque no en términos cualitativos, que es un problema que todavía no lo podemos resolver después de todo lo que ha pasado. Prácticamente, tenemos una alfabetización del 100 por ciento, tenemos estudios secundarios y universitarios que llegan a un alto porcentaje de la población, pero el problema de la calidad de la educación siempre ha sido el cuello de botella de todos los gobiernos de Chile, de todo el sistema. Frei Montalva no pudo hacer mucho en eso, pero consiguió mucho en términos de mejoramiento de la educación.

En cuanto al sector agrario —a mí me tocó trabajar en el Indap, Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario, que, junto con la CORA, eran los dos principales organismos de la Reforma Agraria— se hizo mucho por la sindicalización campesina, por la organización de los campesinos como pequeños agricultores, por otorgar créditos, dar asistencia técnica e inclusive por la alfabetización. Tuvimos la suerte en esa época que llegara a Chile, exiliado de Brasil, un gran pedagogo brasilero que se llamaba Paulo Freire[9]. Él había comenzado a desarrollar sus métodos de alfabetización popular en el nordeste de Brasil, pero tuvo que salir, expulsado por la dictadura brasilera. Se vino a Chile, trabajó con nosotros en Indap y después en el Ministerio de Educación y

desarrolló mucho los sistemas de educación popular a través de nuevas pedagogías, que fueron de una gran importancia. En síntesis, todo esto, que había sido hecho por el Gobierno de Frei, era bastante significativo y así hay que reconocerlo.

En esa época también hay otro hecho que no hay que olvidar, que no tiene nada que ver con la Democracia Cristiana, pero que sí fue muy importante en el clima nacional: se trata de la revolución estudiantil del 68, que comenzó en Francia, se extendió por toda Europa, llegó a los Estados Unidos y se extendió en América Latina. En México tuvo una importancia muy grande, que condujo a la famosa matanza de Tlatelolco, que siempre le van a echar en cara al Gobierno de Echeverría, en esa época, en que cientos de estudiantes fueron asesinados[10]. Y aquí, en Chile, significó que en una universidad privada que dependía del Vaticano, la más conservadora, que era la Universidad Católica, prácticamente se la tomaron los estudiantes con una gran pancarta que decía “El Mercurio miente”; se apropiaron de la Universidad, forzaron a la autoridad a hacer una reforma universitaria y eligieron como rector a Fernando Castillo Velasco quien le dio un enorme impulso a las transformaciones en las universidades chilenas[11]. Y ahí empezó a hacerse la reforma en otras universidades. O sea que, también en el contexto del 60, no hay que olvidar la importancia que tuvo ese movimiento estudiantil propiamente tal.

Se aproximaban las elecciones del 70, a las que en definitiva se presentaron tres candidatos: Jorge Alessandri, que volvió a ser el candidato de la derecha, de los partidos Liberal y Conservador; Radomiro Tomic, que a pesar de su reticencia aceptó y fue el candidato de la Democracia Cristiana; y Salvador Allende, que después de muchas dificultades en su propio partido llegó a ser el candidato único de la izquierda. Hubo una alianza entre socialistas, comunistas, MAPU, API y Socialdemocracia, en que se pusieron todos de acuerdo en un programa común y cada uno proclamó un precandidato: por los socialistas fue Allende; por los comunistas era Pablo Neruda; por los radicales, Alberto Baltra; por el API y la Socialdemocracia Rafael Tarud; y por el MAPU me proclamaron a mí. Después de muchas negociaciones, todo el mundo se convenció que el candidato más indicado era Salvador Allende y, por lo tanto, fue propuesto como candidato de la Unidad Popular.

Ganó finalmente Allende por un estrecho margen sobre Jorge Alessandri. El Congreso lo reconoció, porque había una tradición chilena que decía lo siguiente: la primera mayoría relativa es la mayoría legítima que debe ser reconocida, aunque la Constitución permitía poder elegir a la primera o a la segunda. Pero la Democracia Cristiana aceptó ese hecho, hubo un pacto entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana y fue elegido Allende.

Esos dos meses, entre septiembre y noviembre del 70, fueron realmente terribles. ¿Por qué? Porque se produjo toda una campaña en Chile, había publicidad de que iban a llegar los tanques soviéticos, que les iban a robar los niños a las madres, lo que produjo gran fuga de dólares. Fue un clima terrible e inclusive condujo, por parte de un grupo de ultraderecha, al asesinato del general Schneider —que era el Comandante en Jefe del Ejército y un hombre constitucionalista— con el objeto de bloquear la posibilidad de que el Congreso eligiera a Allende[12]. Fracasó esa maniobra y Allende fue elegido Presidente de la República y empezó a gobernar a partir de noviembre del 70.

Creo que debo pararme aquí porque hay muchas cosas para decir sobre la Unidad Popular pero no en esta oportunidad.

Notas del debate

En el caso agrario, en el que a mí me tocó trabajar más cerca, había tres razones para las ocupaciones.

Uno, el movimiento mapuche: la Ley de Reforma Agraria no contemplaba nada especial para los indígenas, sino que los consideraba campesinos igual a cualquier otro. Por lo tanto, en la medida en que hay un fundo expropiado y hay

indígenas que son inquilinos, ellos se van a beneficiar de la Reforma Agraria, pero no había nada específico que se refiriera al pueblo mapuche. Y había una antigua reivindicación de tierras usurpadas en toda la región de la Araucanía muy fuerte, de lo cual se aprovechó mucho el MIR. El MIR se venía constituyendo en ese momento a partir de universitarios de la Universidad de Concepción, que no tenían fuerza en otras partes del país, pero se fueron a la Araucanía con el lema “Arauco vuelve a la lucha”. Incentivaron las ocupaciones de tierra de los mapuche de un modo muy importante, para poder obtener la aceleración de la Reforma Agraria. Lo que hizo que cuando Allende fue elegido, era tal el número de huelgas que tuvimos que ir con el Presidente a Temuco, donde hubo una gran concentración en el estadio de Temuco y le plantearon la necesidad de acelerar la Reforma Agraria para restituir las tierras mapuche. Y Allende me ordenó que trasladáramos el Ministerio de Agricultura a Temuco, lo que se hizo a comienzo del 71 por dos o tres meses, que aplicáramos la ley Reforma Agraria y que cada vez que había tierras usurpadas se les devolviera a los indígenas propiamente tal, lo que no resolvió el problema pero ayudó a temperarlo.

Segundo fenómeno que explica también las ocupaciones agrarias: la Ley de Reforma Agraria contemplaba que eran expropiable las tierras y las mejoras adheridas a la tierra, o sea las plantaciones, las casas, las construcciones, pero no el capital de explotación. Entonces cuando en el Gobierno de Frei se expropiaba un predio, eso se expropiaba pero no se podía expropiar el capital de explotación, o sea, la maquinaria, los animales, etc., y por lo tanto el propietario se lo podía llevar. Entonces se descapitalizaba el fundo y los campesinos se quedaban sin poder trabajarlo. Muchas ocupaciones eran para impedir la salida de ese capital de explotación y para pedir, por parte de los campesinos, que no se dejaran las reservas; porque la Ley de Reforma Agraria contemplaba la posibilidad de una reserva cuando el propietario había sido prácticamente un buen explotador de la tierra.

Y tercero, al final del Gobierno de Frei la propia dinámica de la Reforma Agraria fue creando un movimiento social cada vez más fuerte. Yo creo que hay una cosa que no hay que olvidar nunca: los cambios sociales no se hacen en el vacío, no se hacen en un laboratorio, se hacen en una sociedad con tensiones, con

conflictos. Entonces, como en el Gobierno de Frei se empezó por primera vez una Reforma Agraria, pero no se hizo con la intensidad que los campesinos querían, porque se hablaba de 100.000 campesinos que iban a recibir la tierra y solamente la recibieron 30.000, se fue creando una dinámica en el movimiento campesino de ocupar más tierras para pedir la aceleración del proceso. Y esas fueron las razones que explican un poco esta situación que se fue planteando y que se da a través de las ocupaciones.

1 En efecto, el triunfo que obtuvo el candidato socialista Óscar Naranjo Arias, en esa elección complementaria realizada en marzo del año 1964, auguraba un posible triunfo de la izquierda en las elecciones presidenciales de ese año.

2 Ley 16.640, aprobada en julio de 1967.

3 Ley 16.425 aprobada en enero de 1966, de acuerdo a la cual el Estado chileno adquirió una parte de las grandes empresas que explotaban el cobre en Chile.

4 En efecto, en las elecciones parlamentarias de 1965, la DC había obtenido un 42% de los sufragios. En estas municipales, llevadas a cabo en el mes de abril de 1967, la Democracia Cristiana alcanza el 35,6% de los votos. La derecha, por su parte, 'estrenó' su nuevo Partido Nacional, logrando un 14,3%.

5 El informe de la Comisión Político Técnica, bajo la autoría de Jacques Chonchol, se conoció como "Proposiciones para una acción política en el período 1967-1970, de una vía no capitalista de desarrollo" y fue aprobado por la Junta Nacional del PDC, realizada en julio de 1967 en Peñaflor.

6 La mencionada Junta Nacional del mes de julio estuvo prácticamente

controlada por ‘rebeldes’ y ‘terceristas’, encabezados por Rafael Agustín Gumucio.

7 Conformado principalmente por el sector ‘rebelde’ de la DC, su constitución se formaliza el 19 de mayo de 1969, bajo la conducción de Rodrigo Ambrosio. Jacques Chonchol fue su primer secretario general.

8 La Ley 16.625 de Sindicalización Campesina fue aprobada por el Congreso el 29 de abril 1967.

9 Paulo Freire (1921-1997), educador brasileño que vivió en Chile entre 1965 y 1971, colaborando con el Ministerio de Educación, especialmente en el área de educación de adultos y con el Ministerio de Agricultura, específicamente con Indap y con CORA, en programas de alfabetización de adultos y de capacitación campesina.

10 Matanza que se produce en octubre de 1968, en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, en Ciudad de México, en el marco del movimiento que encabezan estudiantes de la UNAM. Los militares dispararon sobre la multitud, al término de una concentración. Los muertos oficiales fueron 68, aunque se estima que el número real puede haber alcanzado varios cientos.

11 Nominado interinamente en reemplazo de monseñor Alfredo Silva Santiago, es elegido luego rector de la Universidad Católica de Chile, por el claustro universitario en el marco del proceso de reforma que se inició ese año 1967.

12 Ocurrido el 25 de octubre de 1970, a manos de un grupo de ultraderecha con el fin de alterar el proceso institucional que llevaría a la asunción de Salvador

Allende como Presidente de Chile.

PRESENTACIÓN DE RICARDO NÚÑEZ



Es bueno que en esta oportunidad podamos discutir sobre uno de los episodios más importantes de la historia de Chile en los últimos cincuenta años. Yo estudié en el Pedagógico de la Universidad de Chile y no tengo información si en él se han realizado investigaciones destinadas a estudiar con detención y objetividad un período tan trascendente para la vida nacional.

El contexto en el que la Unidad Popular llegó al poder, encabezada por Salvador Allende, era extremadamente complejo y difícil para el país. Tanto Jacques (Chonchol) como Genaro (Arriagada) ya han señalado cuestiones fundamentales en relación a ese periodo. Por mi parte, quisiera referirme, en términos muy generales, a lo que ocurría en el mundo, es decir a las contradicciones y dificultades que atravesaban la situación política en el campo internacional. Como se sabe, después del año 1949 se desató la llamada Guerra Fría. Producto de aquello, en 1953 se inició un violento conflicto en la península de Corea que involucró a China, EE.UU., e indirectamente a la URSS[1].

La Guerra Fría estuvo presente en el mundo occidental y también en el llamado mundo socialista durante prácticamente cuarenta años. La disputa entablada entre Estados Unidos y la Unión Soviética fue una disputa política que se dio en todos los planos y rincones del mundo. Durante el Gobierno de la Unidad Popular prácticamente todos los días ella se hacía sentir en la dura confrontación que dividía a los chilenos. Como ha quedado demostrado con las investigaciones que ha hecho el propio Congreso de Estados Unidos, la CIA participó directamente no solo con el golpe de Estado de 1973 sino que antes que Allende asumiera la presidencia, en el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército de Chile, General René Schneider, perpetrado por un grupo de jóvenes derechistas.

América Latina ha vivido varias revoluciones. Durante el siglo XX tres de ellas fueron especialmente importantes: la Revolución mexicana entre los años 1915 y 1918; la Revolución boliviana del año 1952; y la Revolución cubana en 1959. En los hechos, esta es la única que subsiste. Con todas las dificultades y problemas

que ha señalado Genaro Arriagada, la Revolución cubana significó un proceso de transformación en la izquierda latinoamericana que no se había experimentado desde la Revolución mexicana. Esta también impactó, aunque de manera diferente, a la izquierda latinoamericana, al punto que Allende permanentemente la defendía, entre otras razones por la amistad y admiración que sentía por Lázaro Cárdenas, uno de los grandes líderes de esa revolución. A propósito de la Revolución cubana, John Fitzgerald Kennedy propuso, para detener el avance del comunismo y del subdesarrollo de la América Latina, la denominada Alianza para el Progreso[2]. Uno de los países que recibió más recursos en virtud de esa medida fue Chile.

La disputa entre la Unión Soviética y Estados Unidos impactó también a la llamada carrera espacial. La Unión Soviética lanzó, para prestigio de sus científicos e ingenieros, el primer satélite que dio vuelta al planeta, cuestión que hizo que Estados Unidos acelerará sus propios planes espaciales y dispusiera de enormes medios con el fin de que esa carrera no la ganara la URSS.

En China, por su lado, se llevaba a cabo la 'revolución cultural', una de las revoluciones más escabrosas que hemos conocido en la humanidad. En América Latina no se conocía lo que estaba ocurriendo bajo el régimen de Mao Tse-Tung, ni se sabía de los millones de seres humanos que sucumbieron por la brutalidad usada por sus dirigentes para llevar a cabo los fines que perseguía esa revolución. Varios movimientos guerrilleros del continente fueron inspirados por esa revolución; las FARC colombianas[3], por ejemplo, no nacieron inspiradas por la Unión Soviética, como podría creerse. Ellas, que todavía se encuentran en las montañas de Colombia, nacieron inspiradas por el Partido Comunista chino.

Con la excepción de Uruguay y Chile, durante ese periodo los movimientos guerrilleros rurales aparecieron en todo el continente: en Bolivia; en Ecuador; en Perú; en Brasil, al sur; en Argentina en el norte, en la zona de Salta y Córdova; en Venezuela; en Colombia; en Centroamérica; en el sur de México. En Uruguay y Chile los movimientos guerrilleros tuvieron más un carácter urbano; los Tupamaros en Uruguay y el MIR en Chile fueron expresión de aquello.

América Latina, por tanto, era un hervidero, un continente que estaba a punto de estallar, no solamente inspirado por la existencia de una revolución victoriosa como la Revolución cubana, sino que, además, por las situaciones de extrema fragilidad económico-social de la mayoría de los países, afectados por la injusticia, la pobreza y el abandono.

Desde el punto de vista político, la unidad de la izquierda en Chile se produjo el año 57, con la unidad entre el Partido Comunista y el Partido Socialista. No siempre esos partidos se habían puesto de acuerdo. Durante la década de los cuarenta, socialistas y comunistas tuvieron disputas políticas violentas especialmente en los centros mineros, en las salitreras. Ello, debido al distanciamiento que desde un principio tuvo el Partido Socialista de la experiencia de la Unión Soviética. Más allá de que posteriormente el Partido Socialista haya adoptado visiones marxista-leninistas, lo cierto es que desde el año 1947 había tomado distancia de lo que era la experiencia soviética encabezada por Stalin. Sin embargo, como está dicho, el año 1957 ambos partidos tomaron la decisión de unirse para impulsar, primero, la creación del Frente de Acción Popular (FRAP) y, luego, años más tarde, la Unidad Popular (UP). Allende fue el líder más importante de estas coaliciones. Este, junto con Eduardo Frei, Arturo Alessandri Palma, son líderes que marcan el siglo XX de manera muy significativa. Otro, Carlos Ibáñez del Campo, también lo hizo aunque su vida política fue más controvertida. Antes de 1970, Allende fue varias veces candidato a la presidencia: el año 1952, el año 1958, el año 1964. Solo porque la derecha inventó al cura de Catapilco, esta logró impedir que el FRAP ganara las elecciones presidenciales de 1958. El mentado cura obtuvo exactamente 32.800 votos, los mismos que le faltaron a Allende para ser elegido[4]. ¿Qué habría pasado —y esto es ciencia ficción o historia ficción— si no hubiese existido el cura de Catapilco y hubiese ganado Allende? Por cierto, la historia de Chile a lo mejor habría sido muy distinta.

Al interior de la Democracia Cristiana, Jacques Chonchol lo ha dicho, se produce un conflicto que marca al conjunto del sistema político chileno, que concluyó con la división de ese partido y la creación del MAPU. Lo interesante

es que un sector de ese partido no se adscribe a visiones ideológicas cercanas al mundo cristiano, como era de esperar. Rodrigo Ambrosio, uno de sus principales líderes, influido por la experiencia de la Revolución China, marca sensiblemente al MAPU. Esto implicó que ya no solamente es el Partido Socialista el que se declara marxista-leninista —el Partido Comunista lo venía siendo ya, prácticamente, desde la década de los treinta— sino que junto al MAPU, al Partido Radical y especialmente su juventud, adhieren al marxismo. Por primera vez en la historia de Chile cuatro partidos políticos se declaran marxistas.

Por insólito que parezca, lo anterior es importante para entender lo que ocurría en la izquierda chilena por los años 70. Todo militante que se sentía de izquierda se declaraba marxista, no solamente porque se leía Althusser, se leía lo que decía Fidel Castro todos los días, o a Régis Debray, sino porque también se leía a nuestros propios teóricos. Como el ‘marxólogo’ alemán André Gunder Frank, que hacía clases en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, y el propio asesor de Allende, el socialista español Joan Garcés[5].

En América Latina la radicalización ideológica se extendió a diversos ámbitos. En Medellín se lleva a cabo un encuentro de dignatarios de la Iglesia católica cuya declaración final enfatiza su opción preferente por los pobres[6]. Camilo Torres, cura guerrillero, muere combatiendo en las montañas colombianas[7]. La Conferencia Episcopal Latinoamericana, Celam, se transforma en un factor importante para entender la radicalidad del mundo cristiano de América Latina en esos años. Es decir, no son solamente las fuerzas de las izquierdas tradicionales, sino que también el mundo católico se radicaliza ideológicamente.

Las explicaciones son múltiples. América Latina se debatía en medio de una pobreza generalizada. La dependencia de los centros hegemónicos era total y nuestro país no escapaba de esa realidad. Surge un movimiento que se denomina cristianos por el socialismo, que se toma la iglesia Catedral de Santiago[8]. Al igual que los jóvenes reformistas de la Universidad Católica, que en un acto atrevido pusieron en el frontis de esa universidad un lienzo que decía: “El Mercurio miente”, en la Catedral se levantó otro que decía “Cristianos por el

Socialismo”.

El Partido Socialista es la organización de izquierda en Chile que mas se radicaliza. Influido por la Revolución cubana y por la fuerte presencia de una corriente trotskista en su interior, el año 1967 —después del trauma que significó la derrota de Allende el año 1964 y considerando el cuadro mundial que se había generado, particularmente en América Latina— toma una opción que le marcaría por varios años: en un congreso realizado en la ciudad de Chillán sostiene que la violencia es un camino legítimo para llegar al poder[9]. Igualmente, por esos años, aparece el MIR; al comienzo como una escisión de la juventud socialista, pero al poco tiempo toma fuerza en el movimiento estudiantil universitario y en el movimiento campesino[10].

Desde el punto de vista económico, se producen también fenómenos que explican el cuadro y el contexto dentro del cual fue posible que llegara Allende y la Unidad Popular a gobernar el año 1970. En materia de inflación, las metas que se había fijado el Gobierno del Presidente Frei para el año 65 era tener una inflación del 25 por ciento y fue del 26 por ciento; el año 1966 la meta era del 15 por ciento y ella fue de 17 por ciento; el año 1967 la meta era del 10 por ciento y llegó al 22 por ciento; para los años 1968, 1969, 1970 se esperaba tener 0 por ciento de inflación, pero ella alcanzó el 27, 29 y 35 por ciento, respectivamente. Es decir, una inflación desatada, imposible de manejar. Estas cifras no son mías, son del Fondo Monetario Internacional, página 35 del informe del año 1971. En la industria manufacturera, Chile fue el tercer país que menos creció en el desarrollo industrial: creció solamente un 3,3 por ciento y el año 1970 tuvo un crecimiento industrial negativo de -0,3 por ciento. El año 1965, el porcentaje del producto bruto del sector industrial representaba el 26,3 por ciento, el año 1968 representaba el 25,6 del producto. Son cifras de la Cepal.

La deuda interna del año 1964, era de mil ciento veintisiete mil millones de dólares, lo que significaba que cada chileno tenía una deuda de 104 dólares per cápita. El año 1970 ella alcanzó la cifra de cinco mil quinientos sesenta seis miles de millones de dólares, lo que significaba que cada chileno estaba

endeudado con 276 dólares per cápita. Esto, según cifras del Banco Interamericano de Desarrollo, BID, del año 1972.

El cobre tuvo un buen precio durante los seis años del Gobierno de Frei, lo que le significó al Estado un ingreso importante. Si bien la 'chilenización' del cobre, emprendida por su Gobierno, fue un logro, lamentablemente perdió la oportunidad de nacionalizarlo. La chilenización significó que el Estado llegó a tener el 51 por ciento de las cuatro grandes empresas mineras, mientras el 49 por ciento restante quedó en manos de las empresas norteamericanas. A pesar de esto, el cobre entregó al fisco mil setecientos millones de dólares de ganancia, para un país donde el 79 por ciento de sus exportaciones era cobre.

En materia de huelgas, según los datos de la Dirección del Trabajo en 1971-72, la situación durante los sesenta era la siguiente: el año 1963 hubo 642 huelgas y el año 1966, 712 huelgas; pero el número de ellas se dispara el año 1967 llegando a 2.177 huelgas, implicando que más de 380.000 chilenos se paralizaran, lo que significó una pérdida de 2.254.000 horas hombre para la economía del país. El año 1969 estas huelgas disminuyeron a 977, parando 275.000 trabajadores. Esta disminución se explica, en parte, porque los dirigentes de la Central Única de Trabajadores, CUT, dominada fundamentalmente por los Partidos Comunista y Socialista, deseaban que el año 1970 hubiera efectivamente elecciones, ya que dada la situación económica que vivía el país era altamente posible que en ellas ganara la izquierda. Por lo tanto, la CUT disminuyó su capacidad de movilización en materia de huelgas.

En relación con las huelgas agrícolas, el año 1960 tuvimos solamente tres huelgas, pero el año 1967, con la Reforma Agraria de la cual nos hablaba Jacques, se dieron 693 huelgas y nueve predios tomados. El año 1969 estallaron 1.127 huelgas y 148 predios agrícolas fueron tomados por campesinos. El año 1970 hubo 1.580 huelgas y 456 predios agrícolas tomados por sus inquilinos, según un trabajo elaborado por Emilio Klein, de ICIRA, el año 1972[11]. Igualmente, la organización sindical creció notablemente, un dato no menor pues indica el grado de efervescencia que tenía la sociedad chilena en la época, según

los estudios de Flacso[12].

Las ocupaciones, ya sea de terrenos o de establecimientos e instituciones, fue un tema que destacó por su crecimiento exponencial. La ocupación de terrenos urbanos por pobladores sin casa fue una de las aristas. Así, el año 1968 en Santiago fueron tomados 8 terrenos; el año 1969, esta acción subió a 73 terrenos ocupados; y el año 1969, a 220 ocupaciones, algunas de ellas violentamente reprimidas. El sector industrial fue igualmente conmocionado; los establecimientos ocupados por obreros el año 1969 fueron 24; al año siguiente, 1970, las industrias tomadas por sindicatos y trabajadores fueron 123. Ocupación de fundos tomados por campesinos: el año 1968, 16 fundos fueron tomados; el año 1969, 121; y el año 1970, 368 predios o fundos fueron ocupados por inquilinos y trabajadores agrícolas. Ocupación de establecimientos estudiantiles: el año 1968, en medio de efervescencia de la reforma universitaria tanto en la Universidad Católica como en la Universidad de Chile y en la Universidad Técnica del Estado, 166 establecimientos estudiantiles fueron tomados. Las ocupaciones sucedieron en prácticamente todas las universidades, comprometiendo a todas las facultades y todas las escuelas. El año 1969 la ocupación disminuyó a diez solamente, para luego crecer el año 1970 a 102.

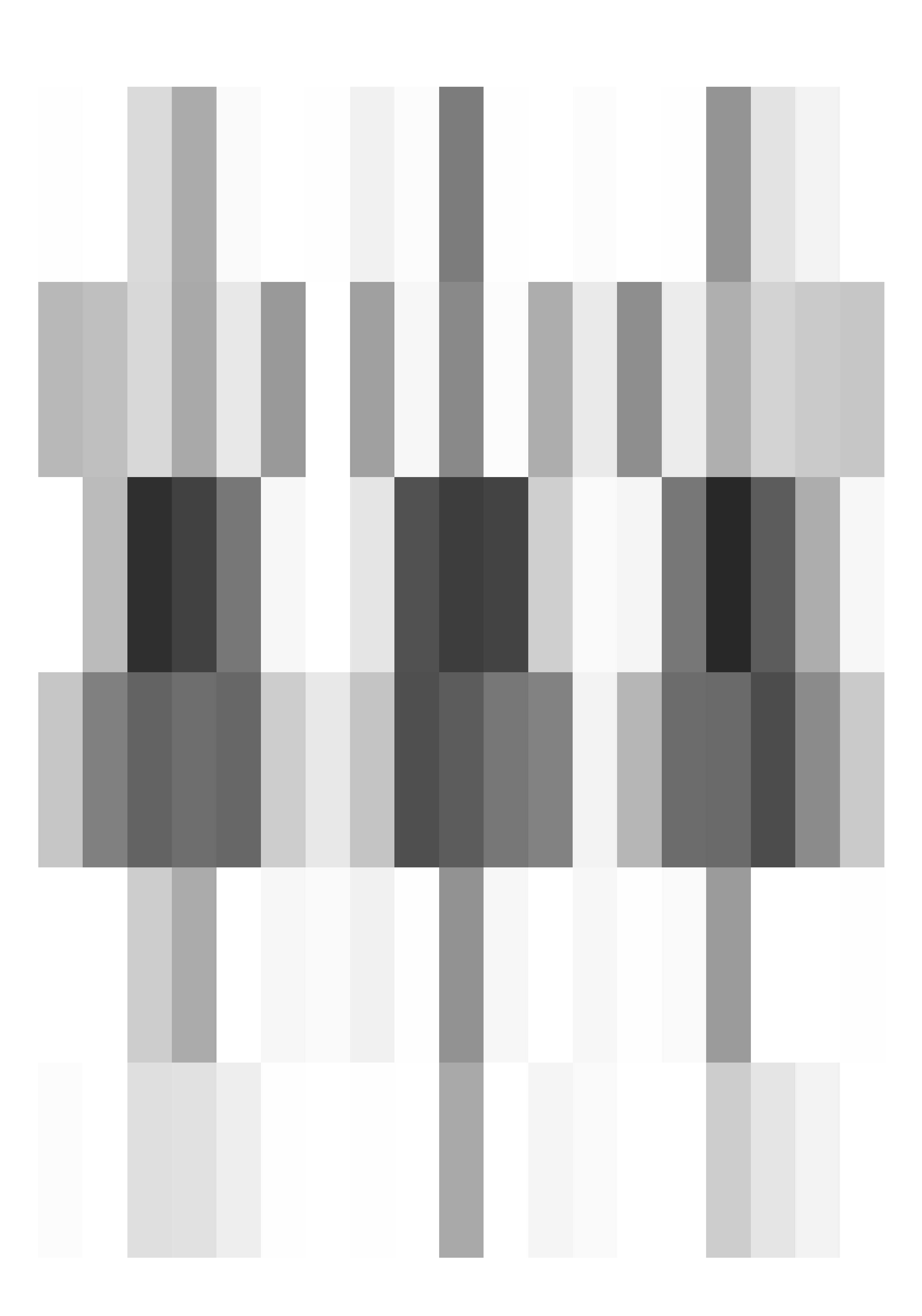
La llegada de Salvador Allende y la Unidad Popular al Gobierno, hemos visto, fue posible por varios factores, especialmente por el deterioro que sufrió la experiencia democratacristiana y las esperanzas frustradas que sufrieron los sectores populares. Pero su triunfo, además, se debió a la capacidad que se tuvo para organizar 15.000 Comités de la Unidad Popular, conocidos como CUP, a través de todo el país, y a la decisión de defender el triunfo entre el 4 de septiembre y el 4 de noviembre. Sin los CUP en todo el país, en todas las escuelas universitarias, en todas las fábricas, en todos los centros agrícolas del país, muy difícilmente Allende habría logrado ser elegido, como lo fue, posteriormente, por el Parlamento. Las presiones en contra de que asumiera Salvador Allende, por parte de las fuerzas fácticas de la época, incluyendo a Estados Unidos, fueron tremendas, como lo ha reconocido el propio Congreso estadounidense. La movilización popular que las evitó fue la expresión clara de una sociedad convulsionada, política e ideológicamente muy radicalizada, de movimientos políticos y populares que hablaban de la revolución socialista, no

solamente en la izquierda. Los sectores cristianos vinculados a la Democracia Cristiana, por su parte, hablaban del socialismo comunitario.

En consecuencia, estamos frente a un proceso político-histórico extremadamente interesante, que marcó al país y acerca del cual creo debemos seguir investigando aún más.

Notas del debate

La derecha se desarticula, fundamentalmente, por el triunfo de Eduardo Frei el año 64. Prácticamente, quedan con una representación parlamentaria muy menor. El Partido Liberal y el Partido Conservador eran partidos que ya venían en declinación, no solamente ideológica sino también social, muy profunda. La Iglesia católica deja de tener como referente político al Partido Conservador y la Democracia Cristiana aparece mucho más cercana a la iglesia que lo que habían sido los conservadores durante casi todo el siglo XIX y XX. La Democracia Cristiana copa gran parte de lo que había sido ese sector de la derecha; a tal punto lo copa, que efectivamente hay sectores muy de derecha dentro de la Democracia Cristiana, que venían de sectores de derecha más tradicional y se rearman, solamente, cuando Frei y la Democracia Cristiana toman distancia de la derecha.



En tiempos del Presidente Frei, el hecho de que él haya gobernado solamente con su propio partido, dejó fuera las posibilidades de entendimiento con la derecha. La derecha se siente muy particularmente afectada por la Reforma Agraria, tanto así que en algún momento se unen la derecha con la izquierda. 'La izquierda y la derecha unida jamás serán vencidas', se ha dicho… La izquierda se une con la derecha para efectos de impedir un viaje de Eduardo Frei a Estados Unidos. Pero quien llevaba la fuerza, fundamentalmente, era la izquierda, socialistas y comunistas; la derecha estaba muy escasamente representada en el Parlamento. La recuperación de la derecha se produce a mitad del Gobierno del Presidente Frei y luego, por cierto, se rearma psicológica, ideológica y políticamente durante la dictadura.

1 La guerra de Corea se inicia en junio de 1950 cuando Corea del Norte invade a su vecina Corea del Sur. La primera apoyada por China y la Unión Soviética, la otra por Estados Unidos y la ONU. El conflicto dura tres años, hasta 1953.

2 Como parte de la política para evitar que América latina siguiese el ejemplo de Cuba, el Gobierno de John Kennedy propuso el programa de ayuda económica y social conocido como Alianza para el Progreso, que fue aprobado por los países miembros de la OEA en 1961, en la conferencia de Punta del Este, en Uruguay.

3 Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, movimiento guerrillero surgido en 1964.

4 Antonio Zamorano Herrera, exsacerdote, se presenta como candidato en la elección presidencial de 1958, obteniendo 41.304 votos, poco más del 3% de la votación. La diferencia entre Jorge Alessandri y Salvador Allende fue de solo 2,7%, lo que en votos representó alrededor de 34.400 sufragios.

5 André Gunder Frank, sociólogo y economista alemán, es uno de los creadores de la 'teoría de la dependencia', de fuerte influencia en América Latina en los años 60-70, tanto en el ámbito político como económicosocial. Joan Garcés, abogado y cientista político español, que fue asesor directo del Presidente Allende entre 1970 y 1973.

6 II Conferencia del episcopado latinoamericano, organizada por el Celam (Consejo Episcopal Latinoamericano) y realizada en Medellín, Colombia, en agosto de 1968. Su finalidad fue analizar la realidad regional a la luz del Concilio Vaticano II realizado en 1965 y sus conclusiones influyeron fuertemente en el compromiso que la Iglesia católica asumió con el cambio social en América Latina en esos años.

7 Cura católico colombiano, sociólogo, miembro del Ejército de Liberación Nacional de su país, que muere en febrero de 1966, en combate con el ejército regular.

8 Ocupación llevada a cabo por el movimiento Iglesia Joven, ocurrida el 11 de agosto de 1968.

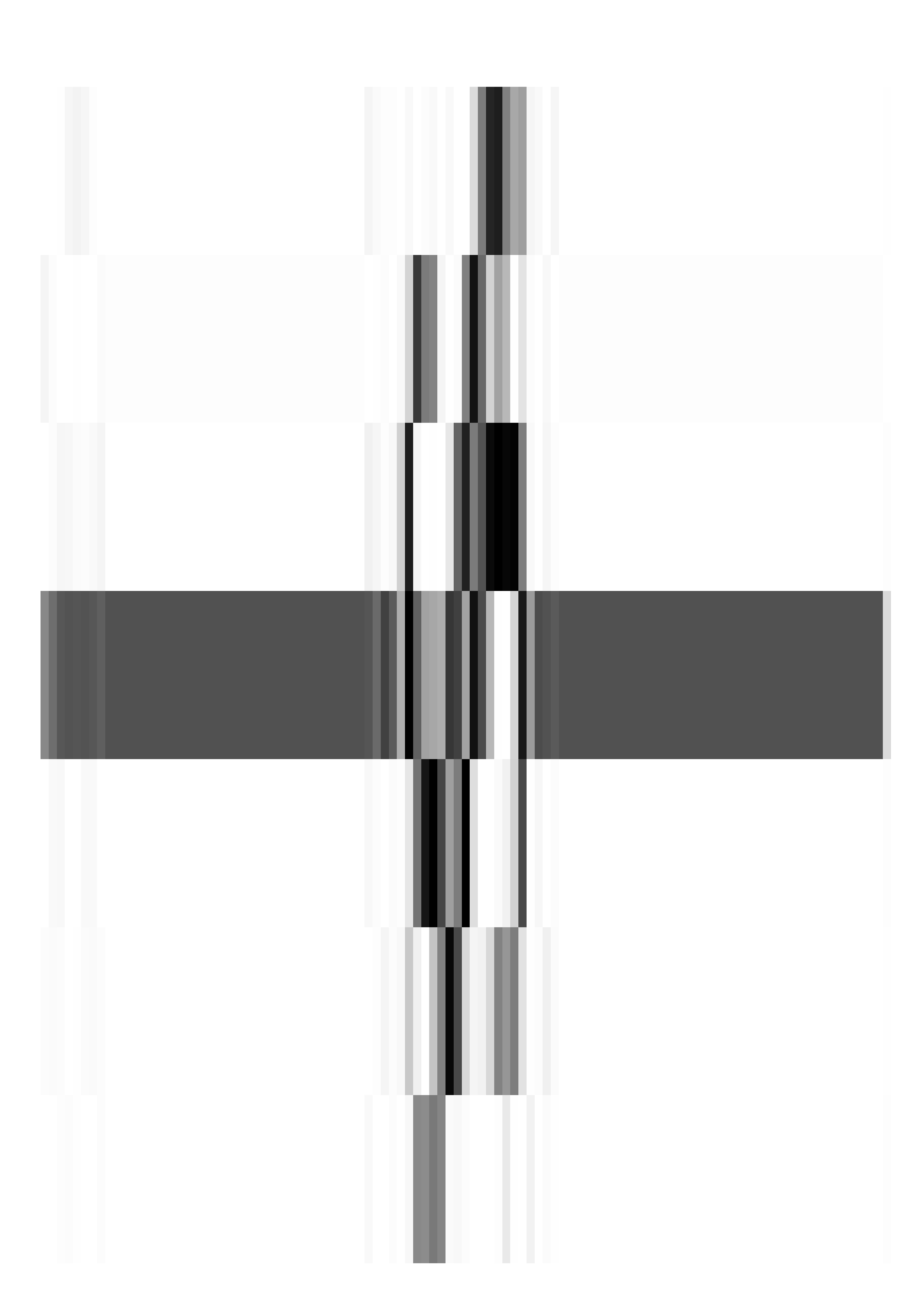
9 El XXII Congreso del Partido Socialista de Chile se realizó en noviembre de 1967, en la ciudad de Chillán.

10 El Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, fue creado en agosto de 1965, confluyendo allí dirigentes estudiantiles de la Universidad de Concepción y militantes de otras organizaciones políticas, principalmente del Partido Socialista.

11 Probablemente: “Movimiento Campesino Chileno”, Almino Affonso, Sergio Gómez, Emilio Klein y Pablo Ramírez, ICIRA, Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria, Proyecto del Gobierno de Chile/ FAO- Tomo I y II, Santiago de Chile, 1970.

12 Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

EDUCACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD

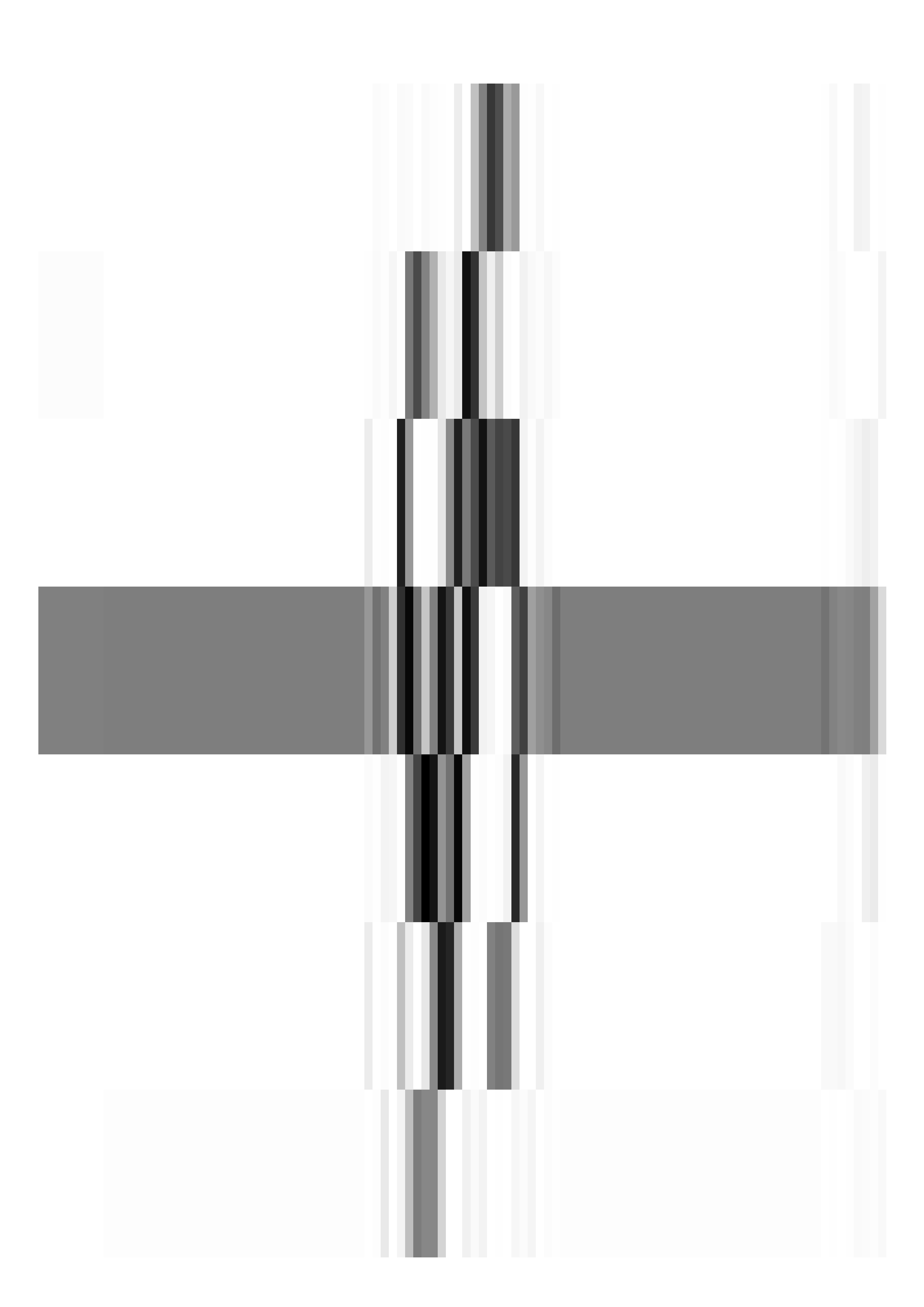


Carmen Gloria Aguayo

Iván Núñez

Eduardo Carrasco

PRESENTACIÓN DE CARMEN GLORIA AGUAYO



Les voy a contar una pequeña historia, porque en este Seminario me están presentando como la exministra de la Familia y yo quiero contarles lo que sucede en relación con esto. Lo que pasa es que el proyecto del Ministerio de la Familia, que fue un proyecto muy simbólico y muy importante para Salvador Allende, siempre fue un proyecto. Entró a trámite en el Parlamento y a fines del 72 estaba ya aprobado en el senado y listo para pasar a la Cámara de Diputados, pero ahí quedamos. Sería largo contarles la historia de qué pasó con ese proyecto, pero lo que importa es que siempre fue un proyecto. Y durante todo ese tiempo se decía que yo iba a ser la Ministra de la Familia, entonces yo era la futura Ministra de la Familia. Luego, llegados al exilio en Francia, organizábamos actos para denunciar la dictadura y para pedir la solidaridad de los franceses. Cuando me hacían hablar me presentaban como la exministra de la Familia y yo empezaba siempre explicando, para ser honesta, que yo nunca había sido la Ministra de verdad, yo era la futura Ministra, y explicaba la historia. Hasta que los organizadores del acto me dijeron: "Déjese de tonteras, compañera, los franceses no entienden nada de esta historia y es más importante para el acto que usted sea la ancienne —como decían los franceses— Ministra de Allende". Entonces, yo pasé de ser la futura ministra a la exministra… Yo creo que es un caso único y todavía ando con este título y por eso quería explicarles primero.

Ahora, quiero empezar también diciéndoles que me ha gustado mucho esta invitación, porque normalmente se habla mucho de lo que pasó en nuestro tiempo, de la Unidad Popular, pero se piensa poco en esto, en lo que hubo antes, en lo que dice la convocatoria de ustedes, en lo que hizo posible la emergencia de todas esas expectativas en el pueblo chileno. Entonces, ha sido importante y me gusta mucho poder hacerlo y para mí ha sido naturalmente la ocasión, también, de hacer recuerdos y eso ha sido interesante.

Ahora, esto empezó antes, claro que no empezó con la Unidad Popular.

¿Cómo empezó antes?

Primero con las luchas de los partidos de izquierda y las organizaciones populares, aunque para mí empezó en la época de la Democracia Cristiana; empezó porque íbamos a hacer la revolución en libertad. Con esta revolución en libertad empezó la campaña de Frei en el año 64 y con ese slogan nosotros ganamos esa elección. Ganó la Democracia Cristiana con esa idea y de ahí, de esa revolución en libertad pasamos, claro, a la vía chilena al socialismo, con empanadas y vino tinto, como decía el Presidente Allende. Ese es el principio y para los que teníamos inspiración cristiana, eso era un deber, porque la Iglesia hablaba mucho de justicia social en ese tiempo. Habían las encíclicas en esos años, entonces todo esto lo sentimos como un deber de justicia[1]. Y por qué, se podrán preguntar, sobre todo los jóvenes que nunca han visto y no saben cómo era la situación del país de ese tiempo, los jóvenes que nunca han visto niños sin zapatos —digo yo— porque en ese tiempo había un estado de injusticia que es casi inconcebible en el Chile de hoy.

En ese tiempo había 50 por ciento de los niños con algún grado de desnutrición. Hoy, estaba leyendo el otro día las cifras, hay un 0,5 por ciento y con una posibilidad de riesgo de desnutrición, un 2,9 por ciento. En ese tiempo la esperanza de vida era de 50 años. En ese tiempo el 32 por ciento de la gente vivía en poblaciones callampa. Poblaciones callampa llamábamos cuando se juntaba la gente a vivir en cualquier lugar, de cualquier manera, en algún sitio que estuviera desocupado. Yo conocí una muy grande, a la orilla del Mapocho, donde está ahora Vitacura con Costanera, la población de Los Areneros se llamaba. Cinco mil personas vivían sobre las piedras de la orilla de Mapocho, con un pilón donde las mujeres iban a buscar el agua, iban a hacer la cola.

Entonces, la situación en esa época era muy distinta, era muy flagrante la injusticia, la Iglesia la denunciaba, el padre Hurtado lo denunciaba. Ustedes se acordarán de ese libro ¿Es Chile un país católico?, en esta universidad lo deben haber estudiado; era una denuncia del estado de injusticia y nosotros sentíamos que era un deber hacer algo[2].

Y ¿por qué una revolución? Porque queríamos un cambio verdadero, no queríamos cosas de a poco, queríamos un cambio profundo. Y las revoluciones tienen, cada una, sus cosas… empezando por la Revolución francesa, con su grito de libertad; después la Revolución soviética, que en ese tiempo era un modelo que buscaba la igualdad; la Revolución cubana, triunfante contra la dictadura de Batista. Todas estas revoluciones eran, de alguna manera, nuestro modelo; nosotros queríamos hacer eso. Y así fue como hicimos esa campaña ofreciendo la revolución en libertad. Y aprovecho de contarles que esta fórmula en la Democracia Cristiana, de decir así 'revolución en libertad' para decir un cambio profundo pero cuidando la libertad, justicia con libertad, saben quién la inventó, pues Jacques Chonchol que está aquí y que ayer habló delante de ustedes[3]. Él es el creador de la fórmula.

De esa manera nosotros estábamos luchando en todas partes, en relación a la vida de la mujer sobre todo. Yo quiero hablar especialmente de las mujeres, porque parece que soy la única que va a intervenir en esta mesa redonda. La vida de la mujer con que yo trabajé en las poblaciones era especialmente dura. Fíjense que la mujer pobladora en esos años, entre los años sesenta, fines de los sesenta, tenía un término medio de seis hijos y la campesina de nueve hijos, pasaban la vida cuidando las guaguas, criando guaguas, cocinando. Y en sus ratos libres iban a restregar la ropa en la artesa, porque delante de cada casita —o chocita más bien— había siempre una artesa; la gente de más edad puede acordarse, siempre una artesa donde estaba la ropa, ahí a medio restregar con la escobilla, y cuando había un rato libre iba la mujer y se ponía a lavar un poco, y al lado había un fogón para calentar el agua. Y la vida de ella pasaba así; el trabajo más numeroso de las mujeres pobladoras, de la mujer pobre, era ser lavandera. Lavar ajeno se llamaba. Y el segundo trabajo era, naturalmente, ser empleada doméstica.

Y estas mujeres que vivían en la población tenían esta vida de rutina permanente, muy encerrada en sus casas. Fue la Iglesia la que comenzó a crear talleres, unos talleres para darles oportunidad de aprender a coser y tener un pequeño mercado; que por alguna vez ganaran un poco de plata de ellas y no del marido, del

compañero o del que fuera que le tenía que traer la plata a la casa y del que dependían completamente. Esos talleres no fueron muchos, naturalmente, porque era difícil tener mercado, tener maquinas de coser, pero tuvieron una cosa muy importante, ahí aprendieron las mujeres a organizarse, fue la semilla. Había un reglamento, ellas elegían por votación una presidenta, una secretaria, una tesorera, apuntaban en un cuaderno los nombres de 'las socias', que se llamaron, y ahí, entonces, nació la organización, en el pueblo.

¿Quieren saber cómo nació este despertar, el despertar de las mujeres? Nació en buena parte en esto que se llamaron los centros de madres y que aparecían casi también como callampas, porque cada vez se iban creando más. Bastaba con que se juntaran unas pocas mujeres en una casa con vecinas, se organizaban, se ponían presidenta, secretaria, se ponía el nombre del centro de madres y bordaban un estandarte, porque les encantaba tener estandartes con hartos flecos; entonces, ya, ellas se habían organizado. Así fue que despertó la solidaridad, porque descubrieron ellas que las vecinas tenían sus mismos problemas, empezaron a hablar. Yo siempre digo que el centro de madres fue la escuela de la mujer pobladora chilena, porque, sobre todo, aprendieron a hablar. De verdad a hablar, no tenían vocabulario ni con quién hablar, entonces no tenían vocabulario y ahí empezaron a compartir y ahí nació este despertar, esta solidaridad de las mujeres.

Bueno, por eso mismo, en ese tiempo también usábamos nosotros —no sé si alguno de ustedes lo conocieron— una metodología de un profesor brasilero, de un maestro brasilero, de Paulo Freire, que justamente nos enseña que el oprimido no tiene conciencia de su situación y que cuando despierta, cuando toma conciencia —eso lo llamábamos la concientización— ya está listo para cambiar esa situación, para luchar por cambiarla. Entonces, trabajábamos con esto y yo me acuerdo que iba por las poblaciones diciéndoles a las mujeres: "Vamos a crear una sociedad distinta, una sociedad donde todos vamos a ser hermanos, donde los medios de producción van a estar en manos de los que trabajen —la tierra para los que la trabajan, decía la Reforma Agraria—, todos vamos a ser iguales, no habrá más patrones ni empleados". Yo vi viejitas que lloraban de emoción, "Dios la oiga, señorita", me decían. Nosotros creíamos: por eso es que nos creían. Y así fue que Frei ganó por una enorme cantidad de votos la elección

del 64. Allende ganó en los votos de hombre en ese entonces, tuvo más hombres que votaron por él, pero perdió por las mujeres.

Bueno, así fue como llegamos a los años setenta. Llegamos a los setenta y entre medio se habían empezado a agudizar los problemas dentro de la Democracia Cristiana. Había grupos que querían seguir haciendo reformas paulatinas, de a poco, y otros que éramos más rebeldes y que queríamos avanzar más rápido. Y así fue como a fines del 69 se quebró el Partido, nació primero el MAPU y luego la Izquierda Cristiana y nos fuimos a crear la Unidad Popular, a unirnos a la Unidad Popular con los partidos de izquierda, con los partidos Socialista, Comunista, una parte de los Radicales, los socialdemócratas y el API. Y ahí, entonces, la Izquierda Cristiana y el MAPU entramos a formar parte de este proyecto de gobierno[4].

La campaña en 1970 fue muy difícil. Hoy parecen absurdos, pero se usaron todos los argumentos, en el exterior y al interior de Chile, para asustar, sobre todo a las mujeres, para que no tuviéramos ese apoyo de las mujeres. Esa campaña del terror fue realmente una cosa muy fuerte, parece increíble hoy día cómo se usaba la radio y todos los medios, sobre todo la radio que era lo popular en esos años, para meter miedo. Cómo se decía que íbamos a quitarle los hijos a las madres para mandarlos a la Unión Soviética; se decía que íbamos a matar a los curas; se hacían entrevistas en los barrios de clase media empadronando cuantas piezas había en las casas y cuanta gente vivía ahí, para meter miedo y decir que les íbamos a meter gente en la casa. Yo me acuerdo de un afiche que apareció en la calle donde había un niño apuntando a su madre con un fusil, todo era posible. Incluso un santito que repartieron en las calles, en el que había una Virgen del Carmen, la gente pisoteaba el santito y por detrás venía la propaganda de todo lo que iban a hacer los comunistas, todas estas cosas tremendas que iban a pasar en Chile.

Fue una campaña muy dura y no sabíamos cómo enfrentarla. Y de ahí nació la idea del Ministerio de la Familia, porque queríamos mostrar simbólicamente que la sociedad socialista no era esa que se iba a comer a los niños sino que todo lo

contario, esta sociedad era la que protege a sus miembros más débiles. La sociedad socialista iba a proteger a las mujeres y a los niños, iba a proteger a los ancianos, iba realmente a ser todo lo contrario a lo que estaban diciendo, y entonces de ahí la idea fue crear un Ministerio de la Familia. Salvador Allende, candidato, asumió fuertemente esta idea, le gustó mucho y lo anunciaba en todas las concentraciones, y claro, como era muy popular, lo aplaudían mucho. Entonces este Ministerio se convirtió en esta especie de símbolo de la nueva sociedad que íbamos a crear.

Así fue como llegamos al Gobierno. El Ministerio de la Familia tenía la intención de juntar distintos organismos que se ocupaban de políticas sociales, que estaban en distintos ministerios, para armonizar, para poder trabajar bien en todo lo que era la protección social. Pero, como no lo podíamos hacer —porque ustedes saben que en Chile para crear un ministerio tiene que ser aprobado en el Parlamento— porque como era tan largo, se comenzó a trabajar con lo que ya existía. Había, en la época del Presidente Eduardo Frei, una institución que dependía de la Presidencia de la República que se llamaba Promoción Popular[5], entonces tomamos esa institución con toda su planta, le cambiamos el nombre y la llamamos Desarrollo Social. Ahí trabajó conmigo otra persona que estuvo también ayer, Ricardo Núñez[6], que estaba a cargo de la planificación social en nuestro Desarrollo Social.

Ahora, yo no les voy a contar todo lo que hicimos ahí, porque no es el tema de esta reunión. Pero ya que yo soy —como decía— la única mujer que va a estar aquí, quería hablarles un poquito a propósito del tema de la familia, de la enorme importancia que le daba Salvador Allende al tema de la mujer. Porque en ese tiempo no había todavía este conocimiento que hay hoy de la importancia de la mujer en política ni del feminismo; estábamos muy lejos aún de tener una presidenta mujer. En cambio, Allende le daba mucha importancia. Y por eso yo quería leer —traje un papelito, pero es cortito, no se asusten los que van a hablar después— algo de lo que dijo Allende cuando firmó el proyecto del Ministerio de Familia, porque va a mostrarles lo que era la importancia de la mujer y cómo muchas de estas cosas se fueron haciendo luego —o se están haciendo ahora— como gran novedad.

Dice así: “Queremos igualdad jurídica para la mujer chilena, igualdad de oportunidades, igualdad de derechos ante la ley. Queremos igualdad para sus hijos, que no haya persecuciones a la madre soltera. Que no haya hijos ilegítimos o naturales, que todos los hijos tengan los mismos derechos”. Yo creo que esto se consiguió en el tiempo de (Ricardo) Lagos, me parece que ahí se acabaron los hijos naturales. Así que ahora se han ido haciendo las cosas que eran nuestras metas.

“Queremos que se investigue la paternidad, que se abran para la mujer los horizontes de la cultura y de la educación, que haya miles y miles de guarderías infantiles y miles de jardines para los niños de las mujeres del pueblo”. Esto lo ha venido a hacer Michelle Bachelet, recién.

“Queremos que la mujer que no trabaje sepa que para nosotros es justo que tenga una previsión por ser dueña de casa, queremos aumentar el periodo de lactancia porque no hay mejor alimento para el niño que la leche de la madre”. Ahora estamos justo, recién, en este asunto del posnatal, como si fuera idea de ellos, digo yo.

“Queremos que la mujer chilena sienta, entienda y comprenda que aquí en las filas del pueblo está su perspectiva y su futuro, queremos que con la acción de la persuasión y del diálogo la mujer sepa que en la barricada popular está clavada la bandera de la emancipación”.

Quería leerles esto para explicarles.

Y, por último, terminar también diciéndoles que en la persona misma de Allende, este interés por la mujer era por sobre todo porque tenía una gran sensibilidad

por la mujer pobre. Les hablaba con una gran cercanía, yo lo escuché, por ejemplo, en las concentraciones decirles: “Ustedes, compañeros, tienen que llevarle la plata a la compañera y no quedarse en la cantina tomando”. Él era un hombre —yo creo que por su formación de médico a lo mejor— que tenía una gran cercanía con la gente. Y esto, para terminar, me hace pensar cómo al momento de su despedida, de ese discurso tan tremendo en la radio que escuchamos cuando iba a morir, pensó también en la mujer y dice así: “Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la que supo de nuestra preocupación por los niños”. Hasta el final había esta palabra sobre la mujer, que, a mí por lo menos, me llega mucho.

Y ahora termino agradeciendo que me hayan invitado porque esto me ha hecho recordar muchas cosas de ese tiempo, me ha hecho revivir esta historia que también es una historia mía.

Y por eso yo les digo a ustedes y a los organizadores muchas gracias.

Notas del debate

Respecto del medio litro de leche y del efecto que produjo, la verdad es que el medio litro de leche sirvió casi como de motivo para un cambio muy importante, que fue darles desayuno y almuerzos en las escuelas a los niños más pobres. Hay que pensar lo que eso era cuando muchas familias pasaban el día solo con una taza de té; entonces, el saber que el niño comía en la escuela fue muy importante. El medio litro de leche sobrepasó eso, fue mucho más allá. Preparábamos monitoras de salud que se hacían cargo de una manzana, en su población, para recorrerla enseñando cómo preparar las mamaderas, cómo luchar contra las moscas, todo ese tipo de cosas que pueden parecer tan simples, tan primarias. Sin embargo, eso hizo que la mortalidad infantil disminuyera de una manera tan drástica. Teníamos, al inicio, 12 por ciento de niños muertos antes de

un año y ese índice se bajó enormemente por todo este tipo de cosas. O sea, el medio litro de leche fue más que el medio litro de leche.

1 Dos ‘encíclicas sociales’, marcaron la discusión en esos años: “Pacem In Terris”, sobre la paz entre los pueblos, la verdad, la justicia, el amor y la libertad, de Juan XXIII, publicada en abril de 1963; y “Populorum progressio”, sobre el desarrollo de los pueblos, de Pablo VI, publicada en marzo de 1967.

2 Publicado en Chile en 1941.

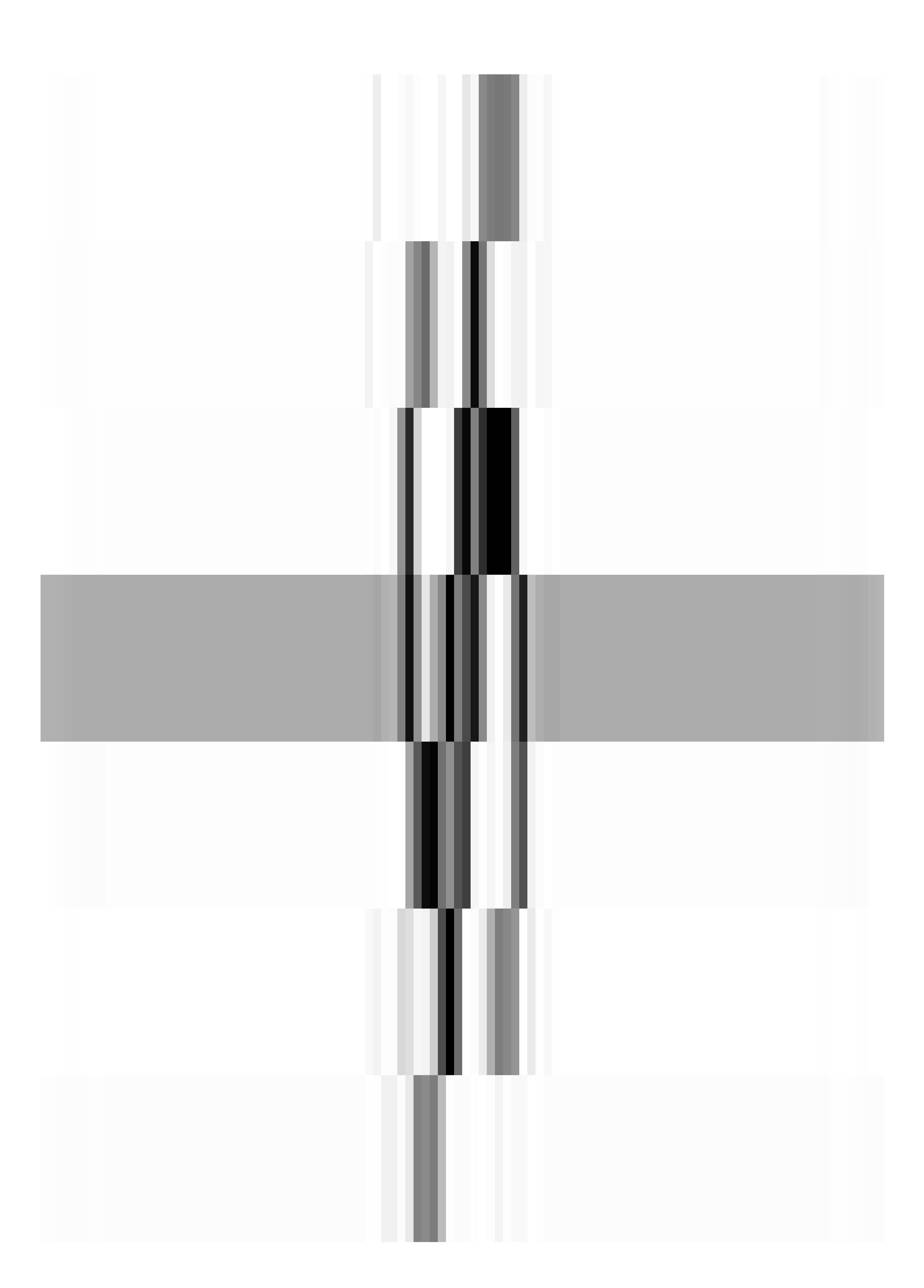
3 Ver presentación de Jacques Chonchol, pp. 38-48.

4 En realidad, la creación de la Izquierda Cristiana se produce un poco más tarde, en el año 1971, en que un grupo de la DC y otro del MAPU, dejan sus partidos, para conformarla. Allí se integran a la UP y al Gobierno.

5 Creada en virtud de la Ley 16.880, sobre juntas de vecinos y demás organizaciones comunitarias, de agosto de 1968, la ‘promoción popular’ buscaba crear una red de asociaciones de base o locales e instituciones y programas gubernamentales, con el fin de enfrentar organizada y comunitariamente la vida social.

6 Ver presentación de Ricardo Núñez, pp. 49-59.

PRESENTACIÓN DE IVÁN NÚÑEZ



Primero una distinción de género. No puedo yo comunicar emociones como las que nos ha hecho sentir Carmen Gloria (Aguayo) en este momento[1], por el hecho cultural de que los hombres estamos hechos de esta manera y somos débiles en ese aspecto. Lo reconozco. Y probablemente mi intervención tenga mucho más de racional y, por tanto, de aburrida, que la que hemos escuchado en este momento.

Yo soy un poco especialista en lo que pasó antes, en lo que venía, lo que hubo antes, a eso me dedico, incluso me pagan por encontrar aquello que pasó antes y ponerlo en el conocimiento público.

En educación, ¿qué pasó antes o qué pasaba antes del 70?

Creo que empobreceríamos la mirada si dijéramos qué pasó solo entre 1965 y 1970, sobre todo en este campo de la educación en donde una característica del desarrollo, del movimiento de lo educacional, es que tiene un movimiento largo, es que tiene tendencias que se despliegan lentamente en el tiempo. Y claro, hay también en esos procesos momentos de retroceso, de avances, momentos de cambio acelerado, etc. Pero no entenderíamos mucho el pasado educacional si lo limitáramos a los años muy inmediatamente anteriores. Pero no se puede ir tampoco hasta el infinito de los tiempos pasados. ¿Qué estaba pasando —digamos— en los últimos tiempos antes del triunfo de Allende el 70?

Primero, creo que hubo una gran expansión de la demanda, del interés, de la presión por educar. Hay que recordar, al respecto, que en 1920 hubo que dictar una ley que hiciera obligatoria la educación primaria[2], porque por diversas razones la mayor parte de quienes no tenían acceso a ella no se interesaban porque sus niños adquirieran este bien, y hubo que acudir a las penas corporales y al esfuerzo de los carabineros para que los niños empezaran a concurrir a las escuelas. No era el caso de estos años o estas décadas anteriores a 1970, en ya se

había despertado este interés, esta voluntad de acceder e incluso de exigir el derecho a la educación. Pero, como siempre, esta mejor disposición a la educación no se produjo homogéneamente entre todos los sectores de la sociedad chilena. Los que primero quisieron y lucharon por incrementar su acceso y capital educacional fueron, por supuesto, las capas medias de la sociedad, porque en ello se les iba la vida. En gran medida las capas medias existen porque son educadas. Luego, la clase obrera industrial y, muy tardíamente, tal vez, los campesinos. Pero, en su conjunto, la sociedad quería más educación, y además había ocurrido que hasta los sectores que históricamente se habían opuesto a que los pobres tuvieran acceso a la educación, llegó un momento en el que se neutralizaron frente al tema y ya no hicieron la oposición que sí hicieron a comienzos del siglo XX.

Entonces, se había abierto en Chile esta enorme presión por ampliar las oportunidades educativas. Y, además, el Estado chileno, que a esas alturas ha merecido el calificativo de Estado benefactor, un Estado que intervenía también en lo social así como en lo económico y que era un Estado que al menos tenía un discurso democrático, estaba respondiendo a esta demanda desde antes del Gobierno de Frei Montalva, incluso. Yo creo que aún en el Gobierno del empresario Jorge Alessandri[3] hubo avances significativos en ese sentido, no solo en los indicadores respecto a cuantos accedían a los distintos niveles del sistema educativo, sino que también en la instalación de mecanismos, de políticas que pudieran facilitar un acceso creciente a los distintos niveles de la educación. Se estaba en presencia de una demanda que ya comenzaba su curso y de una satisfacción de esa demanda que también avanzaba. Por supuesto, había siempre un desnivel, había una tensión entre lo que se pedía y la capacidad de ofrecer. Este Estado benefactor, a la 'chilensis', en realidad estaba a su vez complicado por una serie de presiones que le dificultaban ofrecer fácil y rápidamente todo lo que se pedía en educación. No obstante, el Gobierno de Alessandri yo diría que inició o aportó honorablemente una mayor apertura a la educación, especialmente a la educación básica, a la educación primaria, como se llamaba en ese tiempo todavía.

Quiero señalar dos o tres cifras, muy rápidamente.

A inicios de los 60, en el conjunto del sistema escolar, tomando todos los niveles desde kindergarten a la universidad, en ese sistema, con esos límites, estaba presente el 62,8 por ciento de los niños, adolescentes y jóvenes de las edades que correspondían; o sea un 62 por ciento de los que en principio debieran estar atendidos, lo estaba ya. En 1970, llegaron a estar atendidos un 81,9, digamos un 82 por ciento de niños de primera infancia, de niños propiamente, de adolescentes y de jóvenes; llegaron a estar incluidos en el sistema de educación formal. Esta cifra gruesa, naturalmente, tenía distinto desarrollo en los diversos niveles. En el nivel primario, que ya tenía una tendencia expansiva más antigua, en el año 60 estaba el 80 por ciento de los niños y el año 70 un 96,5 por ciento de los niños. Es decir, al momento de asumir Salvador Allende, la escolarización en primaria era bastante alta, muy cercana a la de nuestros días, aunque con problemas, por supuesto, porque una cosa es estar dentro de la escuela pero otra cosa es en qué curso estamos dentro de la escuela, ese es otro cuento que nos llevaría muy lejos. Pero, en fin, había atención a la población en edad escolar primaria.

En educación media o secundaria, lo más sorprendente es que en el 60 un 14 por ciento de los adolescentes estaban atendidos en los liceos y en las instituciones de educación técnicoprofesional; solo un 14 por ciento. Siempre hay una imagen del pasado republicano, como una época en que los jóvenes de las edades de 13 a 18 años tuvieron acceso al liceo republicano, donde nos educábamos todos juntos, etc. Cuidado, ese era un acceso muy limitado todavía: 14 por ciento en el año 60. Una década después, en 1972 era todavía limitado: pero ya un 33 por ciento de los jóvenes de esas edades estaba en liceos y centros de educación técnica. Y, por lo tanto, el salto fue mucho mayor en la educación media; digamos, pasar de 14 a 33 por ciento, está más allá de una duplicación del volumen de los incorporados en la educación, en diez años. Y en la educación superior, en 1960 teníamos 24.000 estudiantes, distribuidos solamente en las ocho universidades que había en el país; en 1970 se pasa a 76.000, es decir, se había triplicado en diez años la cifra de jóvenes que ingresaban a la educación superior.

Había entonces demanda, había presión y había respuestas también del Estado por satisfacer esa demanda. En el Gobierno de Frei Montalva se produce una de las obras más significativas por las que se recuerda siempre ese Gobierno, la reforma de la educación; así, dicho en grueso, es la gran reforma de la educación[4]. Uno de cuyos ámbitos era este, de continuar haciendo lo humanamente posible por abrir, por ampliar la oferta y en eso fue muy significativo el salto adelante que se dio, sin negar lo que venía acumulado desde antes, pero destacando ese gran salto que se dio. Sin embargo, la reforma educativa de Frei no se produjo solo en el ámbito de las cantidades, sino que también en aspectos cualitativos. Desde luego, hubo una modificación significativa del curriculum, de aquello que se enseña y se aprende al interior de las instituciones del sistema escolar; se avanzó hacia un curriculum mucho más significativo, mucho más cercano de lo que hoy día se postula como la buena enseñanza y el buen aprendizaje; una enseñanza mucho más actualizada, más viva, más cercana a los intereses de los niños y jóvenes. Otro tipo de enseñanza, con otras formas de obtenerla también, con otra visión de los aprendizajes y de cómo enseñar. La reforma fue también muy significativa en ese sentido. En lo que yo creo se quedó un poco paralizada, la reforma, fue en la modificación de las estructuras educacionales, de las instituciones. La institucionalidad, como se dice hoy día, quedó entrampada en marcos muy del pasado; no logró el Gobierno de Frei avanzar en ese terreno.

Señalo, como algo que tal vez no todo el mundo sabe, que durante ese Gobierno se produce un cambio en la organización de los estudios —no sé cómo decirlo en términos que no sean tan técnicos— en que se pasa de la formula “6-6” a la fórmula “8-4”. ¿Qué quiere decir esto? De seis años de primaria y seis años de secundaria, antes, se pasa a ocho años de primaria, que además pasó a llamarse básica, y a cuatro años de secundaria, que pasó a llamarse enseñanza media. Esa nueva organización favoreció, efectivamente, no solo la ampliación sino que también la continuidad de estudios de los niños y jóvenes. Y es un logro, una conquista, que hasta el día de hoy persiste. Digo hasta el momento, porque en la actual Ley General de Educación se ha legislado la vuelta a la fórmula “6-6”, aunque en condiciones que no va a ser dañoso, sino que, al contrario, va a ser positivo.

Siempre en el ámbito del sistema escolar —más adelante me referiré a las universidades— este gran esfuerzo, esta significativa gran reforma, que incluso la dictadura durante la primera parte de su desarrollo apenas tocó y que ha persistido en muchos aspectos durante el tiempo, fue posible, primero, porque el alfabetismo y la escolarización se habían venido legitimando y se habían ido convirtiendo a una conciencia de derechos, como ya lo anticipaba. Pero este hecho se vio también facilitado, en segundo lugar, por el proceso de urbanización que se observó desde los años 40, desde los años 50, en adelante, que permitió que capas más pobres de la sociedad, carentes de educación, al vivir en las ciudades estuvieran en mejores condiciones de ser atendidos educacionalmente. Tanto desde el punto de vista de sus posibilidades individuales, de tener una escuela cercana, como desde el punto de vista del sistema para poder derramar la educación cuando se está más cerca geográficamente. El mismo ascenso de las clases medias, su empoderamiento en los años posteriores a 1938-40, hizo también posible que se llegara a los logros que tuvo el Gobierno de Eduardo Frei Montalva, porque las capas medias son requirentes de educación y son también portadoras de educación. En su interior, parte importante de su composición la constituyen los profesores; el profesorado fue un agente que se multiplicó, que se empoderó durante esa década y fue posible contar con él para la realización de la reforma.

El esfuerzo educacional que hizo el Gobierno de Frei se vio también facilitado por el hecho —políticamente importante— de que fuera gobierno de un solo partido; eso le dio un ideal, le dio coherencia y facilitó la capacidad de ofrecer lo que se ofreció y lograr lo que se logró. La reforma contó también con apoyo internacional, los cambios que se implementaron estaban, por así decirlo, en la lógica internacional de la época. Y esto admite dos lecturas: una, en la lógica de la Alianza para el Progreso, de lo que proponía ‘el imperialismo norteamericano’, como decíamos en aquel tiempo[5]. Había una cierta empatía entre la reforma y las políticas del imperialismo, sin embargo, creo que más allá de esta cuestión propia del contexto de Guerra Fría, la reforma estaba muy en la lógica de algo más amplio, de tendencias internacionales en el mundo entero y sobre todo de lo que propiciaba la Unesco, que tenía una mirada mucho más amplia. Había capacidades internacionales para apoyar con experticia lo que se estaba haciendo en Chile y eso se aprovechó. Había un respaldo científico, técnico, a lo que significó esta reforma.

Y, por último, en este orden de cosas, la Iglesia jugó un factor favorable. Carmen Gloria Aguayo adelantó en qué pie estaba la Iglesia en aquel momento; ella, que había sido obstáculo en los comienzos de siglo y en el siglo XIX para ampliar la educación, en esta oportunidad contribuyó también a favorecer esta empresa de cambio.

Se hizo la reforma, no sin obstáculos, ya que el Estado benefactor en su evolución entraba a un ciclo económicamente complicado. La disponibilidad de recursos fiscales era exigua, la inflación era la gran enfermedad que carcomía nuestra economía y también nuestra vida social, y eso tenía su eco en educación. La carencia de mayoría del Gobierno de Frei en el senado también lo complicó, así como la cuestión magisterial. En efecto, el profesorado desde los gobiernos radicales venía organizándose como una de las fuerzas sociales más coherentes, mejor estructurada y con mayor capacidad de presión, y ejerciendo esa fuerza en demanda de mejoramientos salariales y mejores tratamientos por parte del estado. Y también fue un gran agente que fomentó, que ayudó a la lucha por la ampliación de la educación, porque siempre puso en sus programas la necesidad de ir multiplicando las aulas, los desayunos, los libros, los textos, etc. El gremio del magisterio fue un agente de la expansión también.

En este período, en los sesenta y particularmente en el Gobierno de Frei, la demanda salarial de los profesores fue mucho más intensa que antes, porque la inflación fue también mucho más fuerte que antes y hacía que cada mejoramiento, que cada acuerdo conseguido después de largas huelgas, se hiciera agua a los pocos meses y de nuevo hubiera que volver al conflicto y a la presión. En el año 67 ocurrió la más larga y dura huelga del magisterio de todo el período desde los años cuarenta a esa fecha. Y como había otro clima social en el país, más álgido, esta huelga larga de 1967 fue particularmente impactante, complicada de resolver sobre todo porque al interior del propio magisterio había un sector que era parte del partido de gobierno y que no acompañó, necesariamente, la huelga. Esto debilitó esa capacidad magisterial que antes se había ejercido y obligó a los gremios de maestros a endurecer y utilizar estrategias de presión como las tomas de establecimientos, por ejemplo, que

nunca antes se habían utilizado o se habían utilizado poco, o incluso la toma de los establecimientos no por los profesores sino por los alumnos de educación media. Algo muy distintivo de ese momento fue llevar el conflicto magisterial a la calle y al escenario social general de ese tiempo. Yo creo que ese conflicto contribuyó, en cierto sentido, a deslegitimar y debilitar la capacidad política del gobierno de partido único. Y, en el caso de educación, deslegitimó la reforma, le hizo perder el impulso que tomaba y eso explica que no haya podido cumplir plenamente su programa en los años que llevaba.

Por último, una referencia breve a universidad. La reforma universitaria fue también parte de este panorama; debo decir, más bien, 'las reformas universitarias' porque cada una de las ocho universidades tuvo su propio proceso con sus peculiaridades, y resulta un poco difícil englobarlas como si fuera un solo proceso. Solamente decir dos o tres cosas: una primera, decir que la reforma universitaria no fue una iniciativa del Estado ni del Gobierno, fue fruto de tensiones y de procesos que ocurrieron espontáneamente al interior de las propias universidades y probablemente eco de lo que se estaba viviendo también en el conjunto de la sociedad chilena. Pero, claramente, no fue un efecto de una política de Gobierno. Las universidades venían también cambiando lentamente en las décadas anteriores; había una cierta expansión, pero es claro que desde 1967 y sobre todo el 68 hubo una explosión en que ya se puede hablar de reformas bastante radicales de las universidades. Lo que se disputa son los problemas del poder universitario, de la participación de los distintos actores al interior de la universidad, se disputa respecto a modelos de organización y a cómo llevar a cabo la tarea universitaria. Y se discute y se vocea acerca de que la universidad se convierta en la conciencia crítica de la sociedad, como se dijo en su tiempo. Esa aspiración tenían los universitarios: sacar la universidad del enclaustramiento, sacarla del retraso respecto del desarrollo del conocimiento y convertirla en una herramienta al servicio del cambio social, en la medida de que la universidad era el espacio donde se podía expresar mejor esto de la conciencia crítica de la sociedad.

Así, en esos últimos años del Gobierno del Frei, al llegar al setenta, está dándose con bastante fuerza este significativo proceso de cambio, con muchos otros efectos sobre la cultura, sobre la sociedad, sobre las elites políticas, más allá de

los que tuvo también en el mundo escolar.

Notas del debate

La gratuidad escolar no fue un problema en ese período, ya estaba instituida, formalmente o de hecho, y lo que sí importaba era complementar y hacer factible los efectos de la gratuidad con la disponibilidad efectiva de escuelas cercanas, de escuelas con matrículas, del medio litro de leche, de zapatos, de disponer de profesores, etc. Eso fue lo que se peleó y por lo que la izquierda se jugó en este período, más que por el problema mismo de la gratuidad.

1 Ver presentación anterior de Carmen Gloria Aguayo, pp. 63-72.

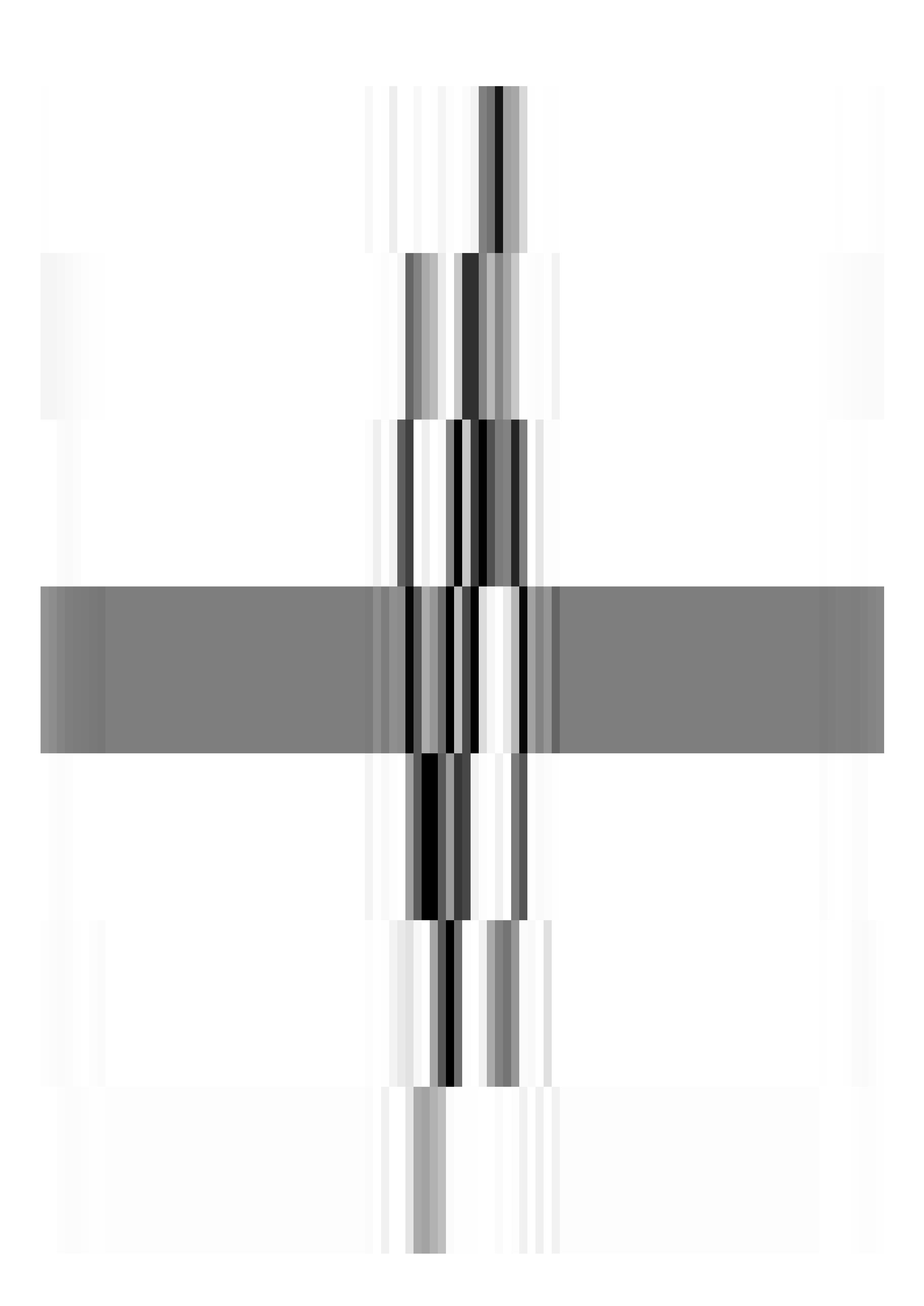
2 Ley N° 3.654, de Instrucción Primaria Obligatoria, publicaba el 26 de agosto de 1920.

3 Gobierno de Jorge Alessandri Rodríguez, quien gobernó entre 1958 y 1964, con el apoyo de liberales, conservadores y radicales.

4 El Decreto de Educación Nº 27.952, del 7 de diciembre de 1965, modificó la estructura del sistema educacional fijando los lineamientos centrales de la reforma educativa impulsada por el Gobierno de Eduardo Frei Montalva.

5 Este programa de ayuda económica y social hacia América Latina, impulsado por Estados Unidos a partir de 1961, buscaba comprometer una serie de reformas sociales y económicas, entre ellas reformas educativas.

PRESENTACIÓN DE EDUARDO CARRASCO



Quisiera comenzar con dos observaciones que me surgieron escuchando a Carmen Gloria Aguayo[1]. La primera es el sentimiento esperanzador que uno tiene —uno ya bastante viejo— cuando escucha a Carmen Gloria (Aguayo) explicar a los jóvenes presentes lo que es una población callampa. Me parece que eso marca también un hecho muy importante, en el sentido de que hay una enorme distancia entre esa época que nosotros estamos tratando de comprender y la época actual. Para nosotros una población callampa era una cosa cotidiana, que veíamos todos los días o divisábamos desde la micro al pasar, y era el dolor de la gente, de los pobladores, la miseria, cosas terribles que por supuesto nos conmovían a todos. La segunda cosa en la que estoy muy de acuerdo con ella, es en entender el Gobierno de Frei y el Gobierno de Allende como partes de un gran proceso que hay que comprender como un proceso unitario. Si nosotros consideramos que la Democracia Cristiana en esa época representaba más o menos el tercio de la votación y proponía a nuestro pueblo la revolución en libertad y, por otra parte, la izquierda le proponía también a nuestro pueblo la revolución socialista, nos damos cuenta de que el 70 por ciento de los chilenos en esa época estaban buscando la revolución[2]. La intención, por supuesto, el contenido quizás que había detrás de esta palabra cambiaba, pero el hecho de que se usara en ambos casos denota que había un tremendo anhelo de cambios, que era como el motivo principal de nuestra historia en esa época.

Ahora bien, yo creo que cuando se piensa la historia en términos locales, por ejemplo la historia de Chile, hay enormes distorsiones que surgen ya que la verdad es que no vivimos solo una historia sino muchas historias simultáneamente. O sea, la historia es como círculos concéntricos que estamos viviendo constantemente, porque así son las cosas: no estamos encerrados en nuestro pequeño mundo sino que al mismo tiempo estamos viviendo diversos mundos.

En la época que estamos analizando no se puede comprender a Chile sin el fenómeno de la Guerra Fría[3]; es muy importante, es el motivo central que permite explicar la mayoría de los acontecimientos, incluso locales. Después, hay varias otras cosas que ocurrían en el mundo y que nos ocurrían a nosotros

también en forma muy intensa. Uno de esos fenómenos fue la Revolución cubana, que generó unas expectativas enormes en todo el continente latinoamericano y que en nuestro país repercutió fuertemente en todo sentido: en el terreno de la política, en el terreno de las ideas, en el terreno de la cultura. O sea, fue un fenómeno que tiene que ver directamente con nuestra realidad, a pesar de que ocurrió tan lejos de nosotros. Después, están todas esas revoluciones que ocurrieron en el mundo en aquella época, que también representaban, en cierto modo, esta necesidad de cambio. Ahí uno ve el lazo tan íntimo que hay entre lo que nosotros vivíamos en Chile y lo que se estaba viviendo en todo el mundo. Por ejemplo, esta revolución libertaria, la revolución sexual; el hipismo; todas estas cosas que surgieron en esa época, que también tuvieron sus representantes locales y que era un fenómeno, no sé si mundial pero por lo menos europeo-occidental. La revolución sexual, por ejemplo, muy importante. La liberación tiene que ver con la liberación de la mujer, o sea, con cambios profundos que se produjeron en la sociedad y que se estaban viviendo simultáneamente en distintos lugares, con connotaciones distintas, claro, pero que eran fenómenos mundiales, globales como se dice hoy.

También el movimiento estudiantil. Mayo del 68 en Francia, fue como la decantación de un proceso que en el fondo ocurría en todas partes, ocurrió en México y condujo a la terrible matanza de Tlatelolco; ocurría en Argentina, ocurría en todas partes y también, por supuesto, en Chile.

Otra cosa que hay que considerar y que caracteriza a esa época, es esa especie de ola histórica que llevaba a los países latinoamericanos hacia diferentes formas de dictaduras, debido a políticas de Estados Unidos, producto de la Guerra Fría, que intentaba intervenir en los distintos países y debido también a las confrontaciones internas que ocurrían en estos países. Empezaron a surgir dictaduras, tal vez en parte, como respuesta al “peligro cubano”, a que el modo de régimen cubano se extendiera hacia los demás países latinoamericanos. Entonces la solución que se buscó fue detener todo esto a través de dictaduras, que comenzaron a instalarse en Brasil, Argentina, en Centroamérica, en fin. Llega un momento, creo, en que todos los países latinoamericanos estaban viviendo bajo dictaduras. Por lo tanto, también es importante considerar esos aspectos.

Ahora, naturalmente, todos estos fenómenos y otros más que probablemente olvido, tenían una expresión, una repercusión en la cultura. La cultura no es impermeable, no es algo que exista aislada del resto de la sociedad, sino que todas las manifestaciones culturales siempre están íntimamente vinculadas a los procesos históricos. Sea esto producto de una conciencia de los artistas, de una actitud que abiertamente se toma o simplemente como un aspecto que toma la cultura espontáneamente y que de alguna manera refleja o expresa lo que está ocurriendo en otros aspectos de la vida. Esta situación que uno puede describir, que yo someramente enuncio, generaba en nosotros —todas las personas que vivimos en esa época— varias cosas que tienen directamente que ver con la cultura pero también con otros aspectos de nuestra vida.

Por ejemplo, esta es una época de un gran voluntarismo, una época en que era muy fácil creer y convencerse de que todo era posible. El ejemplo de Cuba fue muy fuerte en ese sentido, o sea, que un grupo pequeño de militantes desembarcara de repente en la isla, empezara a organizar a los campesinos y, a través de guerrillas, fuera creciendo este movimiento hasta lograr derrotar a una dictadura[4]. Este hecho, que efectivamente había tenido lugar, despertó una especie de locura política en el sentido de que se empezó a ver que eso era posible. Y muchos grupos dentro de distintos países de América Latina se lanzaron también en esta aventura, lo que dio lugar a guerrillas que surgieron en distintas partes. Incluso también en Chile surgieron estos grupos, como el MIR, que tenían esta perspectiva guerrillera, porque parecía posible que con una buena dosis de voluntad y valentía se iba a poder cambiar el mundo. Eso es un aspecto importante que influyó mucho en la cultura, en la medida en que generó un espíritu heroico, un espíritu épico. Recuerden ustedes la figura del Che Guevara y cómo esta figura, o la figura de los guerrilleros, cómo estas figuras inspiraron distintos aspectos de las obras artísticas en esa época.

Después, otro fenómeno que también atravesó nuestro continente y que culturalmente tuvo una importancia enorme, diría que es casi el factor más interesante, fue lo que podríamos llamar el ‘latinoamericanismo’. O sea, el espíritu bolivariano, el rompimiento de las fronteras culturales, la apropiación —

así muy fácil y espontánea— de todas las obras y todas las iniciativas artísticas que surgían en esa época. Por ejemplo, para las personas que vivimos en esa época, lo central, probablemente, de nuestra lectura era lo que se llamó el ‘boom latinoamericano’, y leíamos a Borges, a Cortázar, a García Márquez, por supuesto, como si fueran nuestra propia literatura. Si comparamos la situación anterior al surgimiento de este espíritu latinoamericanista con esta nueva situación, vemos el enorme cambio; el carácter tan local, quizás nacionalista en un sentido restringido, de la literatura anterior y esta otra literatura que, además, tenía como una especie de dirección no localista o, si ustedes quieren, localista, pero en un sentido latinoamericano. Cien años de soledad, yo creo que es uno de los mejores ejemplos de esto, pero por supuesto también tenemos el Canto general de Neruda y otras obras[5]. Toda esta visión continental y esta especie de patriotismo latinoamericano que surgió en esta época fueron tremendamente importantes.

Otro fenómeno que me parece importante señalar, que tiene que ver también con el voluntarismo, es la politización. O sea, el hecho de que la política pasara a jugar un rol central en la vida de las personas y que todas las cosas comenzaran a verse desde una perspectiva política. Eso generó aquello que se llamó el compromiso, la necesidad de definirse, la necesidad de que los artistas, los intelectuales, asumieran un rol explícito dentro de la lucha social y de la lucha política. Y que, por lo tanto, se vincularan con partidos políticos, con movimientos sociales y cumplieran un rol tanto en la lucha antiimperialista como también en las luchas por las reivindicaciones sociales nacionales.

Eso marca la época como una época en la cual se sentía con una fuerza extraordinaria la urgencia de la transformación. La urgencia de la transformación era tan grande, que no solo puede verse en la cultura latinoamericana o en la cultural chilena, sino que también en expresiones mundiales, llamémoslas así. Por ejemplo, en la canción, fenómenos como The Beatles representan exactamente esa urgencia de la transformación, y si ustedes ven la película de los Beatles, que se llamaba El submarino amarillo[6], se darán cuenta que hay ahí todo un impulso, que es muy parecido al impulso revolucionario que sentíamos nosotros en los países latinoamericanos; solo que en el caso de The Beatles esto está más matizado y no está vinculado con un proceso estrictamente político. Sin

embargo, sí tiene que ver con el antiautoritarismo, con reivindicaciones de ese tipo.

Los movimientos reformistas universitarios de la época, si bien también se vinculan con ese antiautoritarismo, expresan un aspecto que tiene que ver con la posición que los jóvenes se dan a sí mismos dentro de la sociedad. Es decir, el rol protagónico que buscan tener los jóvenes a diferencia de épocas anteriores donde la juventud prácticamente no jugaba ningún rol. En los años sesenta, en cambio, empieza a haber una moda juvenil, una manera de vestirse, una manera de hablar de los jóvenes y también una cultura juvenil, una música de los jóvenes. En fin, fenómenos que fueron también impulsados por la industria y tuvieron amplias repercusiones en todos los planos.

Otro aspecto importante es lo que yo llamaría la masividad que adquirió el movimiento social. Nosotros nos hemos alejado enormemente de ese fenómeno. Hoy ningún partido político sería capaz de juntar en la Alameda 500.000 personas, como lo hacían los partidos de aquella época, tanto de derecha, de izquierda o de centro, en sus manifestaciones o cuando había candidaturas o campañas. Había estas grandes manifestaciones de masas, gigantescas, donde acudían miles y miles de personas a participar. Y uno ve en las películas, por ejemplo, tremendos desfiles que duraban un día completo, donde la gente se expresaba políticamente y donde se mostraba esta fuerza masiva de los movimientos políticos.

Ahora, en el terreno de la cultura, todas estas cosas tuvieron consecuencias. En Chile, uno de los movimientos que —podríamos decir— representa de una u otra manera todas estas características que he señalado —probablemente olvido alguno— es, justamente, la Nueva Canción Chilena. Quilapayún resulta característico de todas estas cosas, pues en él encontramos el antiautoritarismo, el voluntarismo, el latinoamericanismo, etc.[7] Me faltó una cosa, que es el economicismo, en el sentido de ver las medidas económicas como la salvación de la situación y también una cierta centralidad que la economía empieza a jugar en la política. De alguna manera eso sigue, aunque, por supuesto, de modo

mucho más matizado y con otros aspectos que han ido modificando lo que en esa época era mucho más radical.

Ahora, después de comentar estas cosas, estos aspectos, quisiera terminar señalando una cosa especialmente dirigida a los jóvenes. Algo que es importante tener en cuenta y es que esta época, la de los años sesenta —y especialmente por parte de los jóvenes— se la ve como una época muy positiva, muy energética. Y mucha gente piensa —yo lo veo con mis alumnos en la universidad— y me comenta: "Ustedes sí que tuvieron una vida interesante porque vivieron en toda esta época tan movida y con tanta cosa que sucedió", etc. Entonces, se tiende a idealizar un poco los años sesenta, lo que yo creo sumamente peligroso. Porque, si bien esa época tuvo muchos aspectos positivos, muy esperanzadores, parecía que todo era posible y de hecho se transformaron efectivamente muchas cosas y hubo logros, fue, sin embargo, una época muy idealista, muy poco realista. Muchas veces se propusieron cosas que era imposible conseguir, o por lo menos era imposible conseguir por la vía que se propuso. Hay mucha gente que murió, uno diría tonta e inútilmente, porque murió arriesgando su vida por cosas que estaban destinadas al fracaso, cosas que se hacían de muy mala manera. En la historia de la ultraizquierda chilena podemos encontrar muchos ejemplos de este tipo de cosas. Por otra parte, fue una época muy sectaria, porque la situación de la Guerra Fría empujaba, en cierto modo, a tomar partido de forma radical y eso hacía, entonces, que hubiera muchas confrontaciones que atravesaron las familias, los matrimonios, las amistades. Se puso el compromiso político, muchas veces, por encima de valores que, en realidad, se ha visto con el tiempo, eran superiores. Por lo tanto, el sectarismo es algo peligroso y es algo que puede conducir a la violencia y, de hecho, yo creo que en Chile así sucedió.

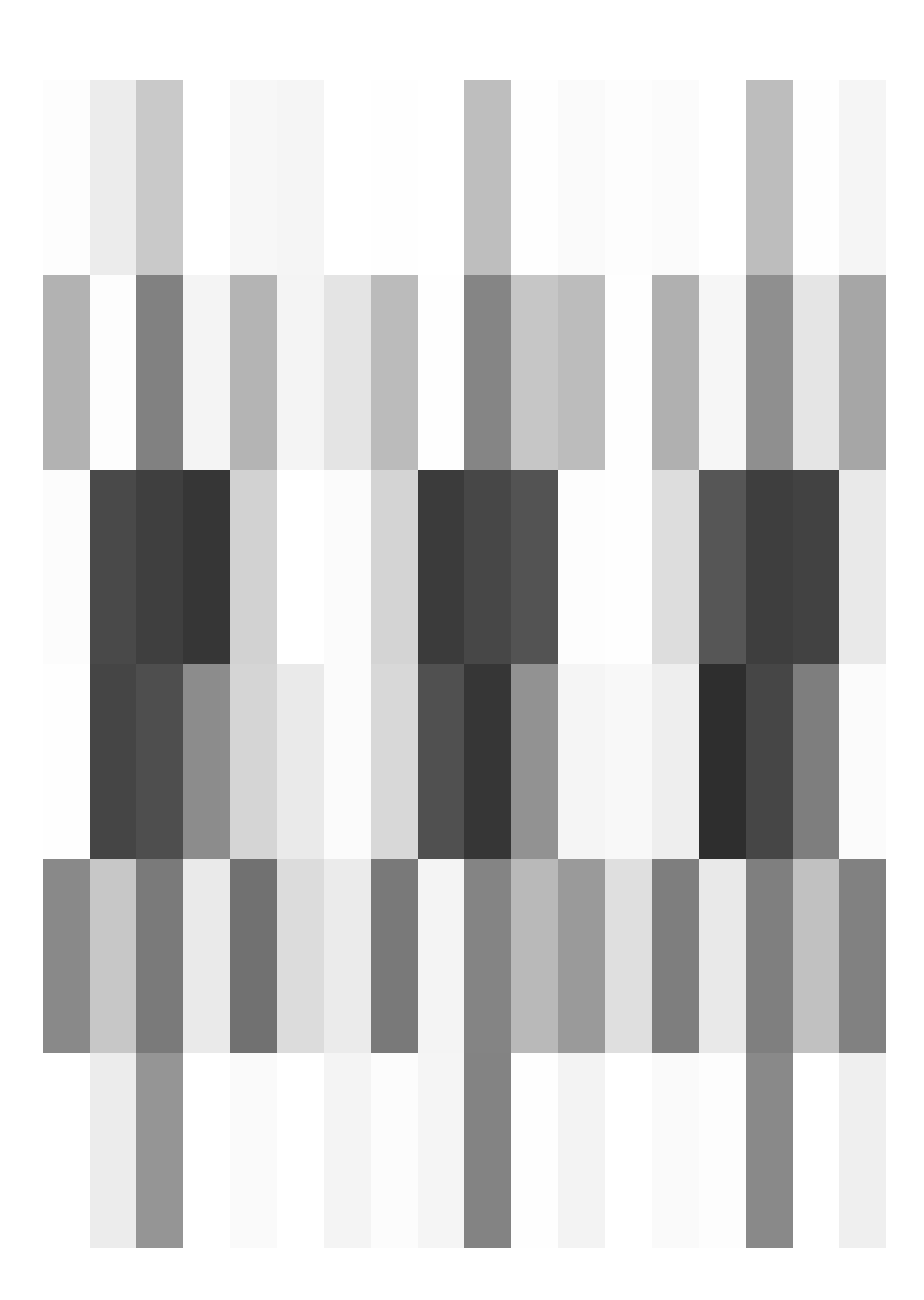
Fue una época, además, de muchas confrontaciones. Quizás algunas necesarias, pero otras fueron inútiles e incluso torpes. Creo que la perspectiva con la cual hay que mirar esta época, debe ser lo más objetiva posible. Por una parte, comprendiendo por qué se produjeron estas cosas, comprendiendo de dónde surgió este ímpetu revolucionario, comprendiendo también por qué esto fracasó. O sea, hasta qué punto estas cosas se vieron enfrentadas a poderes que fueron mucho más fuertes, más grandes que estos poderes de cambio. Y, por otra, yo diría que hay que tener un cierto espíritu de comprensión hacia el pasado. Hay

muchos intelectuales jóvenes, que son muy despiadados en el juicio contrario frente a esto; se han hecho películas, novelas, un poco para denunciar lo que se considera como los excesos de esta época.

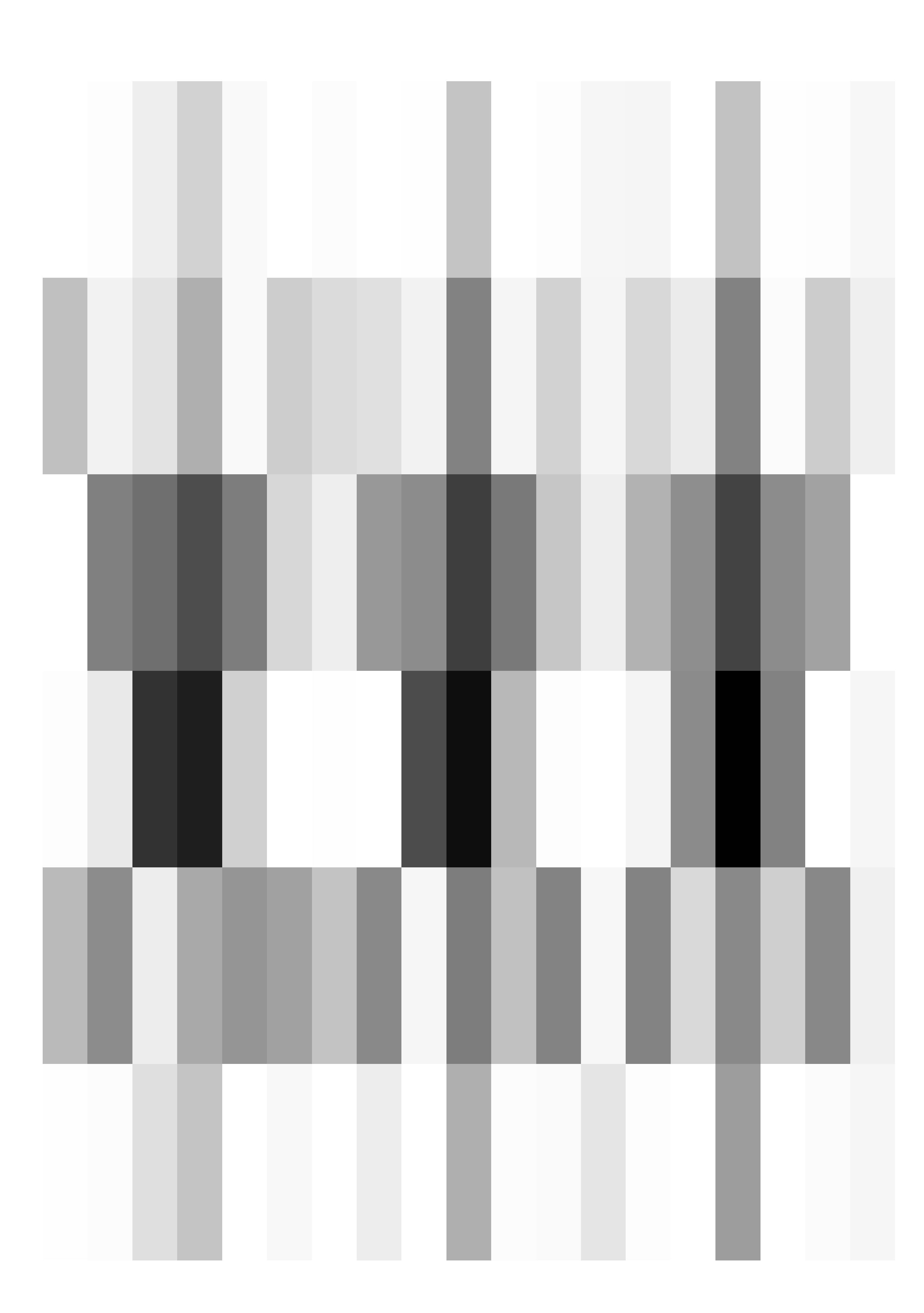
Yo creo que hay que tomar distancia en un sentido tanto como en el otro; es decir, buscar, mirar las cosas con serenidad, con equilibrio. Solo de esa manera vamos a poder tener una visión que verdaderamente nos sirva a nosotros en el presente, y que nos permita proyectarnos hacia el futuro con realismo y con alguna posibilidad de salir adelante en nuestras iniciativas.

Notas del debate

Una de las cosas que me faltó decir, es que nosotros –no solo nosotros, el mundo vivió y nosotros al interior de lo que vivió el mundo en esos años– vivimos un proceso durante los años sesenta e incluso después, en que entendimos el compromiso de una manera equivocada. Pensábamos que teníamos que hacer un arte al servicio de los movimientos políticos. Y, efectivamente, muchos lo hicimos y yo creo que muchas de las cosas que hicimos fueron exitosas, estuvieron bien. Sin embargo, había una equivocación en el sentido de que al poner el arte al servicio de la política se invierte la relación natural que debería existir entre el arte y la política ¿Y cuál es esa relación natural? La política al servicio del arte y no el arte al servicio de la política. La política al servicio del arte, en el sentido de que la finalidad de la vida humana tiene que ver con aspectos como la creatividad, la inteligencia, la imaginación. Cuando nosotros decimos ‘quiero vivir mejor’, no estamos diciendo quiero tener más comida o más ropa, estamos diciendo ‘quiero que mi vida sea objetivamente mejor, que sea más entretenida, que sea más feliz’. Y eso tiene que ver, entonces, con esos aspectos del arte y de la cultura.



Si queremos poner las cosas de la manera en que efectivamente nos conviene ponerlas a todos los seres humanos, entonces tendríamos que poner la política y la economía al servicio de la cultura. Eso es lo que nosotros descubrimos, después de muchas desilusiones, de muchos conflictos y de muchas discusiones; y a esa época la llamamos ‘la revolución y las estrellas’. Se podría decir que la revolución y las estrellas no es solamente la revolución social y económica, sino que es la revolución cultural, pero no en el sentido de Mao Tse Tung, sino en el sentido de la revolución al servicio de la cultura, la revolución al servicio de la imaginación, al servicio de la inteligencia, al servicio del saber. Eso es lo que nosotros llamamos la revolución y las estrellas, hicimos un disco, en fin.



Se podría decir que si éramos utópicos cuando luchábamos por la revolución socialista, pasamos a ser todavía más utópicos con la revolución y las estrellas. Se nos puede reprochar que este nuevo discurso de la revolución sea una tontera, que no conduce a nada, que la gente no se va a organizar para eso y que los partidos políticos son indiferentes frente a eso; todo eso es cierto. Pero eso, aunque sea una locura, es mucho más consecuente que lo que hacíamos antes. Es mucho más maduro y creo que es mucho más fiel a nuestro propósito artístico. Por eso es que vamos a seguir afirmando la revolución y las estrellas, aunque sea una tontera y aunque a ustedes no les parezca. Si a la mayoría de las personas les parece una chifladura, nosotros estamos por esa chifladura.

1 Ver presentación de Carmen Gloria Aguayo, pp. 63-72.

2 En porcentajes, los votos de Radomiro Tomic y de Salvador Allende en la elección presidencial de 1970, sumados, alcanzan un 64,7 por ciento.

3 Como se conoce el conflicto latente que desde los años 50 se manifestaba entre el mundo capitalista, encabezado por los Estados Unidos, y el mundo socialista, liderado por la Unión Soviética.

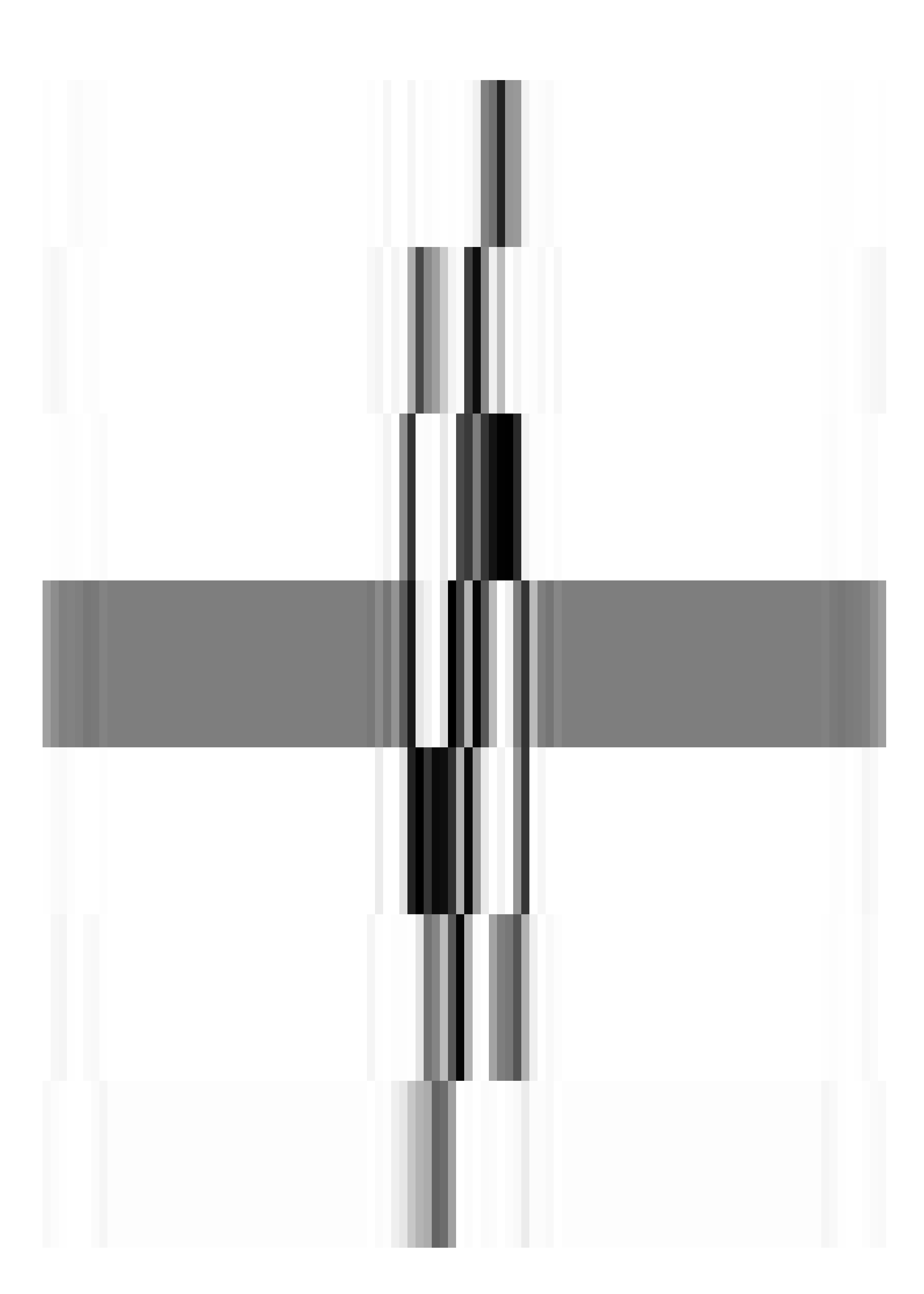
4 En alusión al desembarco del Granma, con Fidel Castro y ochenta seguidores a bordo, en las costas cubanas, en diciembre de 1956, lo que sería la base del movimiento guerrillero de Sierra Maestra.

5 Canto general de Pablo Neruda fue publicado en 1950 y Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez, en 1967.

6 Película animada producida en 1968, en base a una canción de The Beatles del mismo nombre dirigida por George Dunning.

7 Quilapayún, grupo musical creado en 1965, fue uno de los principales exponentes de la Nueva Canción Chilena. El autor, Eduardo Carrasco, fue uno de sus tres primeros integrantes. El grupo sigue vigente hasta la actualidad.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN A FINES DE LOS AÑOS 60

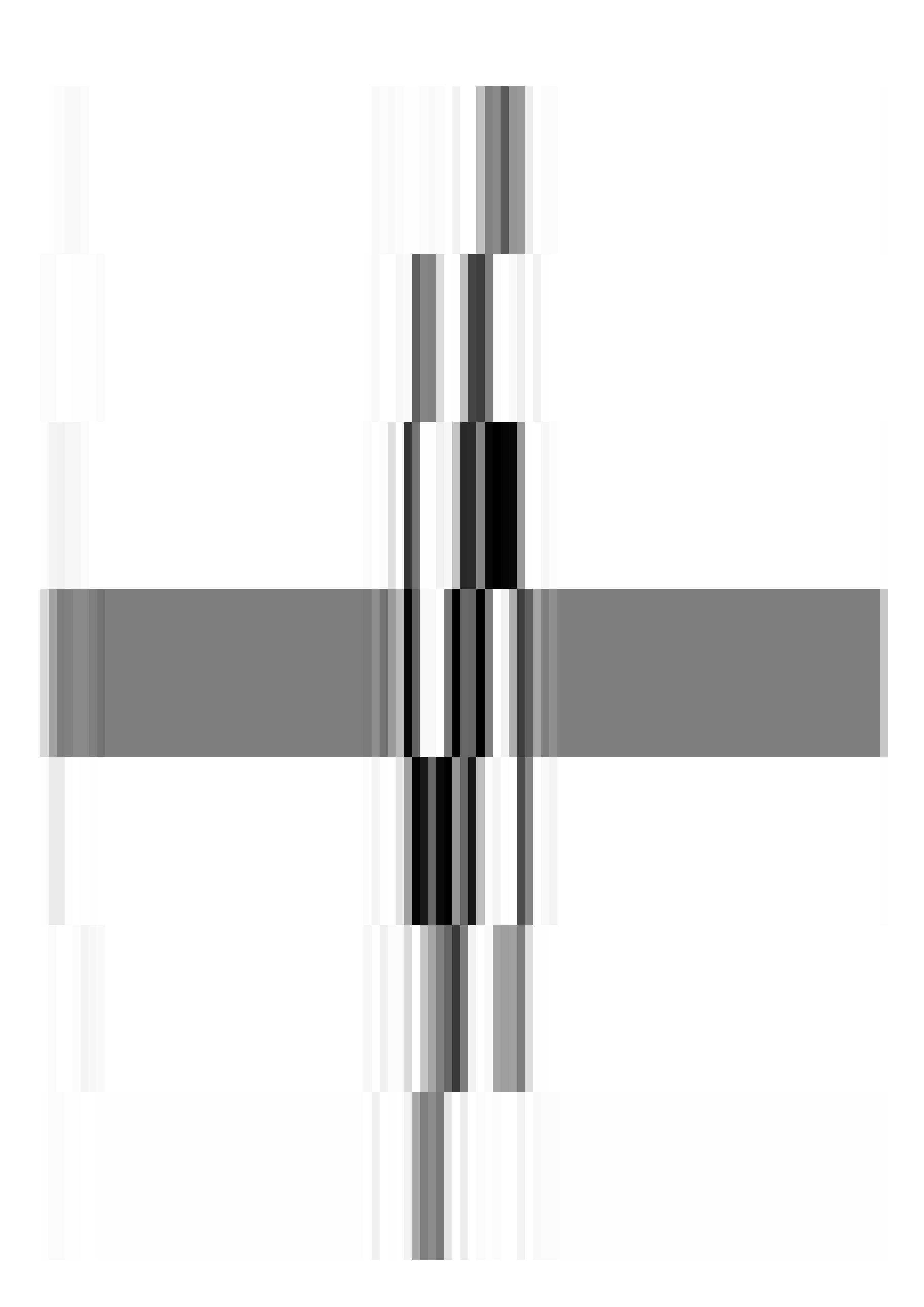


Manuel Cabieses

Arturo Navarro

Claudio Di Girolamo

PRESENTACIÓN DE MANUEL CABIESES



Aunque pudiera pensarse que para mí este, el de los medios de comunicación a fines de los años sesenta, es un tema fácil, es bastante complejo, bastante difícil. No solo por los años que han transcurrido, que obligan a hacer un esfuerzo de memoria tremendo, sino también por todos los acontecimientos que han mediado entre aquellos años y estos, en la vida de cada uno de nosotros y, en particular, de quien habla. Y, por otra parte, porque se supone —o yo quiero suponer— que probablemente mi participación aquí es en mi condición de periodista de casi toda la vida.

Esta mesa trata de los medios de comunicación en los años sesenta, hasta llegar a la eclosión social y política del 70, con la elección del Presidente Salvador Allende. Yo, en realidad, creo que el tema concreto, que tiene que ver con los medios de comunicación, o sea con la 'propagandización' de determinadas ideas, es el que refiere a cómo se construye un arquetipo cultural-político en un país, lo que, como lo demostró el caso chileno, no se da necesariamente con los instrumentos, las normas las reglas, los procederes, del periodismo.

En alguna época lejana, se nos calificaba aquí en Chile a los periodistas, al periodismo en general, como el quinto poder, y la verdad es que no teníamos nada de poder y seguimos sin tenerlo, por lo demás. El poder de propagar ideas, de 'propagandizar' ideas, de construir ese perfil de pensamiento de un país, está dado por otros elementos, por otros factores. No somos los periodistas los que administramos los medios de comunicación, son otros los que administran los medios de comunicación. En un diario, en una emisora que "se respete", hay que hablar con el gerente, no con el director, para conseguir determinado objetivo.

Pues bien, en el caso de Chile, en la época que me toca analizar en este momento, lo que creo ver, más que hablar de los medios propiamente tal, es la irrupción —a partir de los sesenta con más claridad, aunque estaba presente antes, desde luego— de las formas de trabajo de la guerra psicológica; de los instrumentos y de las técnicas que tienen más que ver con la guerra psicológica

que con el noble oficio del periodismo. Que son parientes, que se entroncan, que tienen relaciones, eso es cierto. Pero, en Chile —y la misma experiencia ya se había presentado en muchísimas partes— es en los años sesenta-setenta, que estamos aquí recordando, cuando en los medios de comunicación aparece la guerra psicológica con toda su intensidad. Y con la participación, por supuesto, de especialistas en la guerra psicológica, con medios, financiamiento, etc., que acompañaban el desarrollo de esas técnicas.

El desarrollo de la guerra psicológica a través de los medios de comunicación y a través de otros instrumentos colaterales, viene a culminar con la elección de Salvador Allende y ello se explica a la luz del examen de esa situación, de la intensidad que alcanzó, llegando esa guerra psicológica al extremo.

Se dio el caso, recuerdo, que un día antes, quizás me equivoco pero no fue más de dos días antes del 4 de septiembre, una prestigiosísima agencia norteamericana de encuestas, Gallup, dio a Salvador Allende como tercero y como ganador a Jorge Alessandri, el expresidente y empresario que, como todos sabemos, competía en esa elección. El orden de llegada de Gallup —que en materias de encuestas era algo así como hablar del Vaticano en materia de fe— era: Alessandri con un 40 por ciento; Tomic, 30 por ciento; y Allende, a la cola, con un 26 por ciento, algo así.

Se recurrió también a la llamada ‘campaña del terror’, aunque tengo la impresión, en este momento, que la primera campaña del terror, que fue para la elección del 64, fue más dura, más brutal, que la del año 70. Estoy recordando afiches, publicaciones, tanques soviéticos, envíos de familias completas a Rusia, etc., todo ese tipo de, llamémosle, “argumentos”, que son típicos mecanismos de la guerra psicológica. Es decir, de amedrentar, crear pánico en la población frente a determinado proyecto político, que en este caso encarnaba Allende.

Si embargo, finalmente, pasó lo que pasó y Allende ganó.

En ese contexto, habría que analizar cómo los medios de comunicación en Chile, fundamentalmente aquellos que dominaban lo que antiguamente llamábamos la opinión pública, estoy hablando de El Mercurio, de La Tercera, cómo aquellos medios fueron contribuyendo también al triunfo de Salvador Allende. De alguna manera, pienso yo, por medio de la exacerbación de los métodos de la guerra psicológica. Porque en Chile ya se venía dando un proceso de repunte social, político, cultural, que llevaba un buen tiempo, que había sido estimulado, de algún modo, por el gobierno de la Democracia Cristiana, del Presidente Frei Montalva, con la Reforma Agraria y otras iniciativas, con las organizaciones que se dieron en aquella época en los sectores poblacionales, en los sectores urbanos pobres de la ciudad. Esto había venido generando una efervescencia, en crecimiento, una toma de conciencia, que es lo que producen las efervescencias sociales. En algunas partes puede ser incluso automática, darse de la noche a la mañana, esas son las grandes revoluciones; o, lentamente, van incubando y van produciendo resultados como los que se vieron en Chile.

En los medios de comunicación, en general, en esa época había una diversidad mayor de medios. Ustedes saben, por ejemplo, el Partido Comunista tenía un diario, el diario El Siglo, que salía todos los días y tenía bastante influencia, tenía también una radio. La televisión estaba en pañales en aquella época. Había también otros sectores, la Democracia Cristiana, por ejemplo, con sus medios; había varias corrientes, revistas. Pero los medios defensores del statu quo, los defensores de la situación imperante, los defensores de los intereses dominantes, a través, repito, de métodos no propios del periodismo y por supuesto reñidos con sus principios, fueron puestos al servicio de una tremenda máquina que intentaba aplacar, desviar, el proceso social y político que venía desarrollándose en Chile desde los años cincuenta, aproximadamente, con más fuerza. Hay que recordar la segunda elección en la que participa Allende, que estuvo muy cerca del triunfo, en el año 58[1]. Y esos medios en su conjunto se articularon, en algunos casos —más adelante— bajo la dirección de expertos extranjeros, para intentar bloquear este proceso que se veía avanzar con mucha fuerza, que venía manifestándose, institucionalmente en el seno de los partidos políticos de la institucionalidad.

Dentro de la Democracia Cristiana, por ejemplo, comenzaban a fermentar aquellas tendencias que después van a producir el MAPU y la Izquierda Cristiana. En el Partido Socialista se producían escisiones hacia la izquierda que adquirían cierta consistencia. Aparecía el MIR y, en fin, otros sectores políticos y sociales que se iban organizando en pos, llamémoslo en términos generales, de un programa como el que iba a representar posteriormente Salvador Allende. Un programa que recogía cuestiones que ya habían hecho carne en la conciencia de nuestro pueblo, como la Nacionalización del cobre, por ejemplo, u otras medidas, como la radicalización de la Reforma Agraria, que eran exigencias que el pueblo chileno venía haciendo. Mientras los grandes medios de comunicación, los de mayor circulación, de mayor influencia, de mayor presencia y, por supuesto, con un financiamiento mayor, hacían todo lo posible por obstaculizar esto.

La verdad es que, comparativamente, en capacidad de llegar a grandes sectores, había una correlación de fuerzas bastante desfavorable a los medios de izquierda. Que además, como toda izquierda que se precie, estaba fracturada. Por lo tanto, había distintas visiones y distintos planteamientos respecto al acontecer político. Entonces, lo que quiero señalar, es que —que yo recuerde— no hubo ninguna concertación de los medios de izquierda como para encarar la ofensiva de la derecha. Indudablemente, en los casos que dependían de un solo partido, por ejemplo del Partido Comunista, por supuesto que ahí se hacía algo, pero en el conjunto no se hacía. Era una improvisación que, a mi juicio, se tuvo que pagar bastante caro.

Pero lo más importante de todo, para cuando llegamos al 70, que es el tema de hoy, es que se siguieron aplicando —repito— los métodos de la guerra psicológica para intimidar, atemorizar, para fijar en la mente de la mayoría de los chilenos que votar por Salvador Allende significaba el caos en este país, incluidos los discursos de un Ministro de Hacienda de la época[2]. En ese momento, a esa altura, la consistencia para frenar la acción de la derecha, y en este caso del Gobierno norteamericano que estaba metido hasta el cogote como hoy se sabe en esas operaciones, estuvo, básicamente, no en los medios de comunicación, sino en la conciencia de la gente.

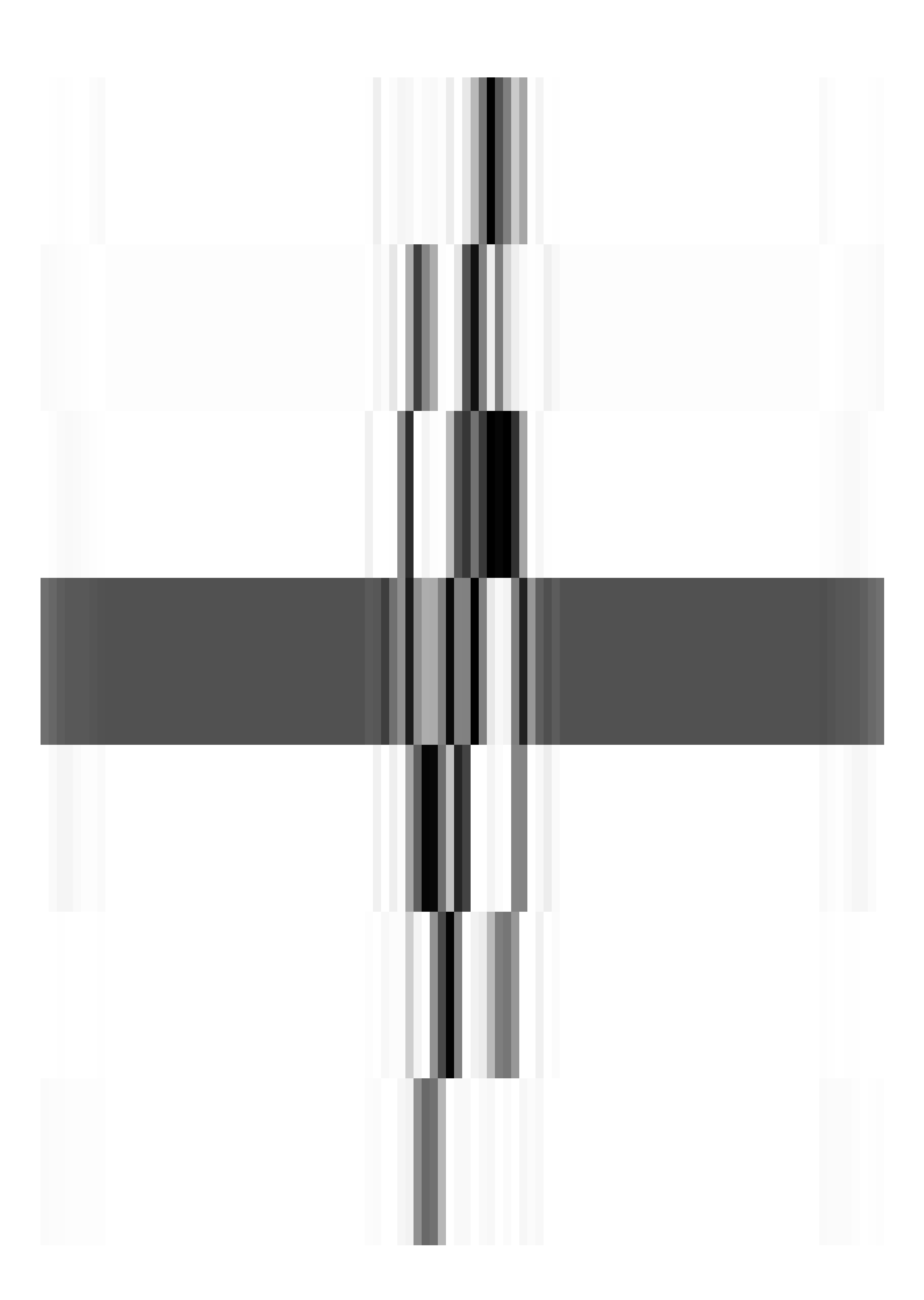
Finalmente, todo ese instrumental, todos los medios de comunicación puestos a disposición de este propósito de impedir el avance de los sectores populares en Chile, la intervención de asesores extranjeros, las enormes cantidades de dinero que Estados Unidos aportó tanto a las candidaturas del 64 de Frei como a la de Alessandri posteriormente, cuestiones que hoy están debidamente documentadas; todo aquello, toda la iracundia de la clase dominante de este país se vio finalmente sobrepasado. Pretendían calmar la situación, incluso con falsas encuestas como la de Gallup, quiero decir encuestas absolutamente erróneas como la de Gallup, pero todo aquello se vio desbordado el 4 de septiembre de 1970 por el triunfo del pueblo de Chile, en su lucha por alcanzar la libertad y la dignidad, que eran los aspectos fundamentales que encarnaba la candidatura de Salvador Allende.

Quiero insistir en que en ese periodo de los sesenta se fue fortaleciendo la organización popular en Chile. Las organizaciones sociales crecieron y también se fortalecieron las organizaciones políticas. Hubo una radicalización del pensamiento, fruto de lo que era toda una experiencia histórica en este país. A lo que voy, en definitiva, es que al llegar el 4 de septiembre del 70, al ir la gente a votar ese día 4, no eran los mismos chilenos del 64, eran chilenos que iban a depositar su confianza en dos opciones de avanzada y progresistas. Porque lo curioso de la elección de 1970 es que, por un parte, en la votación de Allende y, por otra, en la votación del candidato de la Democracia Cristiana, Radomiro Tomic, que proclamaba en su campaña que su idea matriz era el socialismo comunitario, se observaba una cuota de chilenos mayoritariamente inclinados por el socialismo. Ya sea, a la chilena o con vino tinto y empanadas, como decía Salvador Allende, o comunitario, como lo llamaba Tomic, quizás un poquito más ‘light’ para el gusto de algunos como el que habla, pero socialismo al fin y al cabo.

1 Efectivamente, en la elección presidencial de 1958, la segunda en que participara Salvador Allende, después de la de 1952, obtuvo el segundo lugar a solo 33.000 votos de Jorge Alessandri.

2 En referencia a las declaraciones que, en septiembre de 1970, hiciera Andrés Zaldívar señalando los riesgos económicos que implicaba la elección de Salvador Allende.

PRESENTACIÓN DE ARTURO NAVARRO



Hoy día, en la prensa de inicios del siglo XXI, predomina el eje de la competencia: El Mercurio versus La Tercera, La Cuarta versus Las Últimas Noticias, Ya versus Mujer, Caras versus Cosas, Qué Pasa versus Sábado, y una larga lista de etcéteras. Sin embargo, no siempre fue así. Hubo otro momento, previo al actual y que quizás lo explica: es el eje en que se movía la prensa a contar del 11 de septiembre de 1973, que no era el A versus B, sino que era una opción sin salida. "Clausura o censura" fue el eje que se instauró el año 73. Mis alumnos del Master en Gestión Cultural de la Universidad de Chile acaban de descubrir esta joyita: "El 13 de septiembre del año 73 el diario La Estrella de Valparaíso publica un listado de revistas suspendidas para circular en el país por considerarlas 'de tipo marxistas, extremistas y otras de carácter político', según un comunicado oficial de la Comandancia en Jefe de la Zona Naval. Sin embargo, esta suspensión también afectó publicaciones de un marcado color derechista como: PEC, SEPA, Patria y Libertad" [1] . Bueno, ustedes se imaginarán cuales eran las otras 22 revistas, donde Punto Final ocupaba un lugar destacado. Pero eso es lo que ocurría antes del momento de hoy.

Si seguimos viajando hacia atrás en la historia y caemos en el tiempo que enfoca nuestro seminario, la prensa de fines de los sesenta estaba caracterizada no por los ejes actuales ni el de la dictadura, sino que por el eje de la lucha ideológica. En la década de los sesenta, los medios de comunicación estaban al servicio de la disputa ideológica que embebía a toda la sociedad, lo que era explicito y aceptado por todos los involucrados: "Existía libertad para emitir, sin censura previa, opiniones y noticias de cualquier medio de comunicación. No era delito sustentar cualquier idea política" [2] .

Esa era la característica de los años sesenta, y para que lo grafiquemos, dos ejemplos de dos diarios muy distintos de un mismo día, el 5 de septiembre del año 70.

Uno, graficado por un personaje muy controvertido, que cometió un crimen por

las calles París o Londres y que después se convirtió en un personaje símbolo del diario Puro Chile. El “enano maldito”, que tenía una caricatura todos los días y que el 5 de septiembre de 70, el día después del triunfo de Allende, profería, a toda portada, muy gráficamente lo siguiente: “Les volamos la ra…ja ja ja ja ja je je je ji ji ji…”.

El otro diario, de aquellos que estaban en la otra barricada, La Tercera, señalaba cautamente: “Allende ganó por 39 mil votos”, pero, cosa muy curiosa era otro titular de la misma portada: “Llegaron tanques a La Moneda”. Lo cual era la estupidez más grande que uno podía imaginarse, pero que se entiende en el marco de la campaña del terror que se había hecho antes de la elección de Salvador Allende, cuando se publicaban avisos a toda página denunciando que iban a llegar los tanques rusos. Evidentemente, lo que debe haber pasado, como había elecciones, como había cómputos, es que debe haber llegado un par de tanquetas de Carabineros, se pasearon por ahí, debe haber sido alguna actividad relativamente habitual en un día de elección, pero que fue destacada en la portada. La asociación es obvia: llega este caballero, Allende, que —en foto de portada— besa a su mujer, que gana apenas, pero, por otra parte, ya empezó el despelote, “ya llegaron los tanques”.

¿Cómo se dio esta lucha ideológica? ¿Con qué instrumentos en el terreno de los medios de comunicación?

A continuación, un listado de medios escritos, de elaboración propia, por lo que cualquier error se me debe reprochar exclusivamente a mí.

Prensa en Chile y lucha ideológica a comienzos de los setenta [3]

La prensa de oposición a la UP	La prensa afín al nuevo Gobierno

1. El Mercurio (n1900)	1. El Siglo (n1940)
2. TRIBUNA	2. Puro Chile (n1970)
3. La Segunda	3. Última Hora
4. La Tercera (n1950)	4. Clarín
5. El Sur de Concepción	5. Diario Color de Concepción
6. PEC, SEPA, PORTADA, QUÉ PASA	6. Punto Final, Causa ML, PLAN
7. Ercilla	7. Ahora
8. Ritmo	8. Onda, RAMONA
9. Vea	9. Mayoría
10. Paula	10. Paloma
11. Historietas Disney	11. Historietas Q
12. Sucesos	12. Hechos Mundiales
13. Desfile	13. Chile Hoy
Visión	Cabrochico
La Prensa	La Chiva - La Firme
Las Últimas Noticias	La Quinta Rueda

En el cuadro, pretendí poner en paralelo a los dos grandes bloques de prensa que existían en ese momento, desde el punto de vista de la lucha ideológica. Les explico las claves del cuadro: los medios numerados con similar cifra, son los medios que uno podría decir son empatados (Ercilla y Ahora, es el caso más evidente, dos revistas que siguen el mismo tipo de periodismo, pero con ideologías diferentes); los medios que no están numerados son otros medios que no significa empatarse con el del frente; los que están en cursiva son medios que en los años setenta, incluso antes en el caso de los que existían desde antes, se imprimían en las prensas de Zig-Zag/Quimantú [4] .

Y los medios en negrita eran editados por Quimantú, que es un protagonista muy relevante en esta lucha ideológica, porque se constituye en el principal antagonista, podríamos llamarlo así en el sentido de opuesto, a la prensa de oposición al Gobierno de Allende [5] .

Entre los cabeza de serie tenemos, por un lado, a El Mercurio, un diario creado en Valparaíso en 1812 pero que se instaló en Santiago en 1900 y, por otro, a su gran contrapeso como “prensa seria” que era El Siglo, creado el año 1940. Lo cual era muy normal; yo, por ejemplo, junto con leer Punto Final, leía El Mercurio y leía El Siglo y con todo eso uno tenía, más o menos, una visión equilibrada de lo que ocurría en el país.

Después había lo que se llama los diarios de combate, de titulares de portada. El diario Tribuna, que era del Partido Nacional, con titulares en la línea de lo que se acostumbraba en esa época, y el Puro Chile, creado para la campaña de Allende en 1970. Normalmente, en las elecciones presidenciales en aquella época, se fundaban diarios como se producen los yogures, con fecha de vencimiento; eran diarios instrumentos de una campaña electoral. Ese era el caso del Puro Chile, que fue creado el año 70 y culminó su labor con éxito, de acuerdo a lo ilustrado en aquella portada del 5 de septiembre de ese año. Lo mismo podría decirse de Tribuna, con similar objetivo exitoso de la campaña contra Allende, solo que sin

mediar proceso electoral alguno.

En la tarde, después del almuerzo, la lucha ideológica era entre La Segunda y La Última Hora. La Segunda era un diario de la cadena de El Mercurio, La Última Hora era un diario de un grupo de intelectuales de izquierda, la mayoría de ellos vinculados al Partido Socialista, como Clodomiro Almeyda o José Tohá.

Después teníamos el diario La Tercera, que había sido creado el año 50, y que, del lado de la prensa que en el 70 estaba con el Gobierno, encontraba como par al diario Clarín, el diario más popular, el diario de mayor venta en Chile, un diario nacionalista de izquierda conocido por su lema “Firme junto al Pueblo”, que usa actualmente The Clinic.

Esta lucha también se daba en algunas provincias de la época (actualmente regiones). En la ciudad de Concepción, por ejemplo, existía el diario El Sur, que pertenecía a una familia muy tradicional de la zona —la familia Lamas—, y el Diario Color que pertenecía al Partido Socialista.

Después, había una pléyade de revistas ideológicas.

En términos de la prensa de oposición, estaba la revista PEC, que significaba Política, Economía y Cultura, dirigida por Marcos Chamudes; la revista SEPA; y la revista Portada, que era de grupos más integristas, tradicionalistas católicos, parte de los cuales dio origen a la revista Qué Pasa, que en esos días era un revista de sectores vinculados a Jaime Guzmán y al movimiento gremial de la Universidad Católica, y que hoy día es una cosa muy distinta. Entre las revistas del otro sector, del sector de gobierno, aunque algunas de ellas no necesariamente compartían completamente la política del Gobierno, estaba Punto Final, que tenía una importante presencia en sectores jóvenes; Causa ML (marxista-leninista) que era ‘pekinista’, partidaria del maoísmo; y la revista Plan,

más vinculada al Partido Comunista.

Y luego viene la irrupción de revistas de Quimantú que actuó, en gran parte, en el tema revistas, como un espejo respecto a la realidad, para dar la lucha ideológica en cada uno de los terrenos a los cuales se dirigían las otras revistas. Existía Ercilla, en formato Time, con el viejo cuento del ‘periodismo interpretativo’ (ni informativo ni de opinión), del cual casi todos los que somos periodistas en Chile hemos escuchado a Abraham Santibáñez, y que en medio de la lucha ideológica, se divide: los periodistas de izquierda de la revista Ercilla se retiran, se van a trabajar a Quimantú comandados por Fernando Barraza, y fundan la revista Ahora, que fue una Ercilla de izquierda, de corta vida probablemente debido a la contradicción que encerraba su propio origen.

Existía también la revista Ritmo, que era la revista juvenil, de las portadas de farándula, que solía presentar a hermosas ‘misses Ritmo’ , Quimantú, crea, para competirle, la revista Onda, dirigida por Wilson Tapia. El Partido Comunista, sin embargo, no se sentía representado por la revista Onda, hallaba que era una revista pequeño burguesa, por lo que decidió crear una revista para los jóvenes, pero los jóvenes de sectores populares, lanzando la revista Ramona. Que, en verdad, era una revista dirigida por el Comité Central de las Juventudes Comunistas y que buscaba ampliarse hacia sectores más allá de ese partido.

Después, en lo que serían las revistas más ‘top’, las revistas de policía, existía la revista VEA, que en ese entonces, a diferencia de hoy, era policial y seguía casos famosos, como el ‘crimen de Dardignac 81’. Y Quimantú crea Mayoría, que era una revista con formato tabloide, igual que VEA. Existía también la revista Paula que, entre paréntesis, hoy día está de fiesta: la revista donde escribía Isabel Allende, Premio Nacional de Literatura [6] anunciado hace pocos minutos. En esa época, las chicas de Paula firmaban con el apellido del marido, Delia Vergara de Huneeus, era su directora, una revista más bien rupturista pero dentro de ciertos márgenes. Quimantú le crea, para competir, la revista Paloma, que dirigió Cecilia Allendes, que nace con una venta espectacular porque era un revista muy popular, muy práctica y que llegaba a los sectores femeninos populares y

medios.

Existían las Historietas Disney que se imprimían en Quimantú y se siguieron imprimiendo religiosamente en Quimantú hasta el 11 de septiembre del 73, sin ningún inconveniente, a las que se le crearon las Historietas Q (que significa Quimantú), que eran El Manque, El Intocable, y una serie de personajes que pretendían participar en esta lucha ideológica. El Manque era un agitador campesino, El Intocable lo mismo, pero comenzó como un Tarzán. Los obreros de Quimantú, con mucha gracia, le decían a los sociólogos que hicieron esto: "Estos son los que vistieron al Intocable", porque le pusieron ropa a un tipo que era como Tarzán, que vivía en los árboles y lo convirtieron en un agitador que recorría los campos difundiendo la revolución.

Después, Zig-Zag tenía una revista que se llamaba Sucesos, que era muy profunda, monográfica. Quimantú, le cambió de nombre y le puso Hechos Mundiales, que dirigió, en un primer momento, Edwin Harrington y luego un periodista comunista, que todavía es un detenido desaparecido: Guillermo Gálvez.

Existe también en esa época la revista Desfile, que dirigió Raquel Correa algún tiempo, también en formato tabloide, más seria que VEA. Y desde el lado del Gobierno de la UP, después de un tiempo, aparece la revista Chile Hoy, creada por Marta Harnecker y un grupo más vinculado al Partido Socialista; era una revista tabloide que, sin ser de Quimantú, se imprimía en los talleres de Quimantú.

También, desde su comienzo, el Gobierno ingresó en sectores donde la prensa del otro sector no había ingresado, como es el caso del sector infantil. La revista Cabrochico, ustedes recordarán, era la revista donde la Caperucita Roja cantaba el 'Venceremos' y el Gato con Botas denunciaba al Marqués de Carabás como un explotador; la revista La Firme que fue la continuidad de una revista de los hermanos Vivanco, que se llamaba La Chiva. En La Chiva, antes del 70, ellos

denunciaban que lo que ocurría era pura chiva; cuando sale Allende, se cambia a La Firme; también era una revista Quimantú.

Otro gran esfuerzo, en el campo de las revistas culturales, fue La Quinta Rueda, una revista muy seria en término de cultura y políticas culturales, área en la cual el sector opositor tampoco incursionaba. Pero sí existía otra prensa, la revista Visión también impresa en Quimantú, era una revista más bien norteamericana, en castellano.

Y, volviendo a la prensa, estaba Las Últimas Noticias, que era también como hoy un diario de la cadena de El Mercurio y el diario La Prensa, el diario de la Democracia Cristiana, continuador del viejo Diario Ilustrado del Partido Conservador.

En el marco de este panorama general, se puede identificar también aquella prensa que podríamos denominar 'ideológicamente neutra', expresada en revistas aparentemente 'inofensivas' que existían a fines de los sesenta, tales como, en el caso de las revistas femeninas, Rosita, Cine amor, Confidencias, Eva o Vanidades; revistas masculinas como Pingüino, Viejo verde y Estadio; revistas para la familia, como Condorito, Mampato, Telecran o Selecciones del Reader's Digest.

Quiero aclarar que cuando hablo de "aparentemente inofensivas", estoy totalmente consciente sobre el papel 'alienador' de las Selecciones del Reader's Digest, por ejemplo. Diferente a Mensaje, que tuve la inquietud respecto a cómo clasificarla; evidentemente lo que pasa es que en ese momento histórico no había espacio para no estar en uno de los dos bandos, lo cual fue muy malo, pero así fueron dándose las cosas. Pero, sin duda, la posición de Mensaje era muy distinta a la de SEPA o PEC.

De las revistas que expuse aquí, no quise poner sus tiradas, que eran un desastre. Lo que quiero mostrar un poco, si estábamos hablando de lucha ideológica, es cuál era el ambiente que se vivía. El contexto era que nosotros creíamos que la Onda le hacía cosquillas al Ritmo, pero si uno miraba las tiradas, el impacto era muy distinto [7] . Yo creo que se abre un posible proyecto para empezar a investigar eso.

Frente a esta situación de los medios que hemos reseñado, comparándola con la de hoy, 40 años después, surge la pregunta, la terrible duda: ¿Qué hacer? pregunta que ya se hizo Lenin; ¿qué hacer respecto a las comunicaciones, respecto al futuro? Yo, como ustedes podrán haberlo advertido, en general, soy un optimista, pero en este caso, no. Creo que en el eje en el que estamos, de la competencia, como veíamos al inicio, estamos complicados porque la única manera de acceder a los grandes medios sería que viniera un golpe de suerte y la izquierda se pudiera comprar La Tercera, o El Mercurio, pero el sistema le impediría desarrollar un medio ideológico o con posiciones de ese tipo. Entonces, estamos en un callejón sin salida respecto a poder ingresar con fuerza al mercado de la comunicación impresa, es muy difícil. Lo veo así, lamentablemente. Ahora, si pensamos en los medios electrónicos como internet y la redes sociales, eso, es otra cosa. Afortunadamente.

Notas del debate

Me interesa el tema de la diferencia entre el 64 y el 70. El año 64 era el FRAP, que eran puros partidos marxistas de izquierda, y el año 70 era la Unidad Popular que contenía, como decía Allende, a “los compañeros cristianos”, que para él era algo muy importante. Porque siempre yo recuerdo el famoso ‘movimiento católico allendista’ del 58 al 64, que no era verosímil. Pero cuando llega una fracción de dirigentes del peso y el tonelaje político de Jacques Chonchol, de Rodrigo Ambrosio, en fin, ya no es lo mismo. No es que haya sido una gran cantidad de votos, pero era ponerle a la Unidad Popular un componente de formación cristiana, de origen cristiano, de origen profesional, de alto nivel educacional, que no tenía la Unidad Popular. Y creo que eso fue muy importante,

marcó la diferencia.

1 “Cultura en Chile, durante los años de dictadura”. Gloria Aguayo y otros, trabajo para el curso de Políticas Culturales de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Agosto 2010. Nota del autor.

2 Arturo Navarro, “El sistema de prensa en Chile bajo el Gobierno militar (1973-1984)”. En: CENECA, Seminario Internacional, Santiago, 1985, p. 1. Nota del autor.

3 Cuadro elaborado por el autor en base de las publicaciones existentes a comienzos de los años 70.

4 En febrero de 1971, la Editorial Zig-Zag es comprada por el Estado de Chile, pasando a integrar el área de propiedad social bajo el nombre de Editora Nacional Quimantú.

5 Como se observa, el repertorio de medios incorpora aquellos que fueron creados a inicios del período de la Unidad Popular, con lo que el foco del análisis va un poco más allá del escogido para el seminario, cual fue fines de los años sesenta, en la víspera del triunfo de Allende en 1970.

6 Premio otorgado el día 2 de septiembre de 2010.

7 En la presentación realizada en el seminario, el autor desarrolló un interesante análisis sobre la lucha ideológica que, ya durante el Gobierno de la Unidad

Popular, se dio al interior de la izquierda y de la oposición, expresada en los medios de la época. Esa parte no está incorporada en esta publicación, tanto por razones de espacio como para mantener el análisis dentro del período foco del seminario: fines de los 60 y 1970.

PRESENTACIÓN DE CLAUDIO DI GIROLAMO



Quisiera empezar con algo que sucedió —hace exactamente poquitos días— más de 43 años atrás, que fue la toma de la Universidad Católica[1]. Creo que es un hito muy importante de todo lo que sucedió antes del año 70, antes del triunfo de la Unidad Popular, porque fue casi el detonante de muchas cosas que sucedieron entre el 67 y el 70. Yo me acuerdo de ese día en que se puso el famoso letrero en el frontis de la Universidad Católica: “Chileno, El Mercurio miente”. Y me acuerdo de Miguel Ángel Solar[2], quien de repente, al salir a la calle y mirar el letrero, el lienzo, dijo “pucha, ¿no se nos habrá pasado la mano?”. Yo creo que no se les pasó la mano, porque sigue siendo lo mismo hoy día. Creo que esa gesta fue importante, porque significó, en definitiva, que una revuelta de estudiantes universitarios lograra echar un arzobispo de la rectoría de la Universidad Católica y poner a Fernando Castillo Velasco como rector, un laico[3]. Eso, que hoy día puede parecer normalísimo, en ese entonces fue un detonante muy importante.

¿Por qué me refiero a eso?

Porque dos años después me llama el rector Fernando Castillo y me dice: “Claudio, yo quiero que tú te hagas cargo del canal de la Universidad Católica”. Para tener un poco de contexto de lo que significó el canal de televisión de la Universidad Católica en ese momento, es necesario recordar que por ley —cosa muy extraña, pero no se extrañen mucho, eran cosas que sucedían en otra época — por ley la televisión tenía que estar en manos de las universidades exclusivamente, porque eran las únicas instituciones que garantizaban el carácter cultural de la televisión. Entonces, fue muy impactante para mí esa invitación, porque, además, fue algo que se juntó con otra cosa. El Ictus ya existía hacía casi diez años y resulta que llamaron a Jaime Celedón a dirigir el Canal 9, y a mí el Canal 13, y hubo incluso varios artículos en la prensa alegando como que nosotros habíamos allanado, poco menos, todos los canales de televisión[4]. Lo que se sentía, sobre todo la gente de derecha, era una suerte de allanamiento de la izquierda frente a la televisión.

En ese momento, cuando me hice cargo del canal, ya existía un trabajo previo; hacía casi diez años que se había creado el canal y la dirección había estado en manos de Eduardo Tironi[5]. Y Fernando Castillo, entonces, sacó de la dirección del canal a Eleodoro Rodríguez que ya estaba hacía un par de años, porque, según él, ya había arreglado las finanzas y era bueno que el canal volviera a su carácter de canal cultural universitario. Lo que significó, inmediatamente, hacerme de muchos enemigos, sin tener arte ni parte, que veían en mí una suerte de revolucionario de bolsillo, que venía a cambiar todas las leyes del marketing, en un canal que ya estaba empezando a autofinanciarse. Esto es algo sobre lo que habría que hablar con mucha más profundidad en otro momento, porque cuando llegó la idea del autofinanciamiento a los canales es cuando empezaron a entrar en la competencia del 'rating', del marketing, para poder subsistir. Al comienzo, era la universidad la que financiaba los canales de televisión; las universidades, porque la Universidad Católica de Valparaíso, la Universidad Católica de Santiago y la Universidad de Chile fueron las primeras que tuvieron canales de televisión. Yo, respecto a eso, entré en el año 69; fui director del canal durante el 69, el 70 y hasta el 71, cuando la derecha de la universidad logró sacarme del canal por "comunista".

Para mí fue muy importante lo que se pudo hacer en el canal, porque en ese momento existía ya la Escuela de Artes de la Comunicación, sin la cual no se puede entender realmente lo que sucedió en la Universidad Católica, manejada por David Benavente que tomó la comunicación como algo realmente importante. Ya existían la Escuela de Periodismo y la Escuela de Cine, pero él agarró en una sola escuela todas las disciplinas que tenían que ver con la comunicación. Él tenía un lugar muy claro dentro de la estructura del canal, que era toda la parte social donde experimentaba cosas importantes para la gran masa.

Yo llegué al canal cuando ya existía "Sábados Gigantes", para que se den cuenta cuanto lleva eso. Y me acuerdo que había mucha presión por parte de la gente de izquierda, que estaban ya dentro de la universidad, para que sacara "Sábados Gigantes". Hasta que fui un día con Mario Kreutzberger[6] a una población y vi realmente lo que significaba a nivel popular ese programa, lo que significaba como un posible contacto para poder llegar a un público mucho más masivo.

Entonces llegué al acuerdo con Kreutzberger, con “Don Francisco” —para que entendamos quien era ya el señor Kreutzberger— de que pudiera yo todos los días sábado llevarme una grabadora a mi casa y grabar el programa, y nos juntábamos los días lunes en la mañana a revisar el programa, para hacer algo con más contenido cultural. Y tengo que decir que, en ese momento, a “Don Francisco” lo encontré una persona muy llana a aceptar las cosas, lo que también creó una ira increíble en la gente de izquierda más extrema de la universidad, que hallaba que yo, poco menos, estaba vendido a la derecha económica.

Entonces, hubo ahí una cosa que, realmente, tenemos que tomar en cuenta. Creo que en ese momento, en el campo de los medios de comunicación, la televisión —yo nada más puedo hablar de televisión— creo que tenía la posibilidad histórica de haber seguido un rumbo para llegar a ser realmente una televisión cultural. Yo tengo una definición, digo que la televisión, con el tiempo, pasó de universitaria a “comercitaria” para luego llegar a ser comercial, y que es en lo que estamos metidos hoy. Recuerden una cosa: la televisión estuvo en manos de las universidades por diez años hasta que el Estado pudo tener su primer canal de televisión, que fue el Canal Nacional, que nació el año 69. Yo me acuerdo que durante mi dirección pudimos llegar a un acuerdo —fue al comienzo del año 70 — con el Canal Nacional y el Canal de la Universidad de Chile, con Jaime Celedón, de tener el jueves una noche cultural donde llegar a una competencia leal entre los tres canales; que los tres hiciéramos programas culturales, para que la audiencia pudiera elegir cuál le llamaba más la atención desde el punto de vista cultural.

Ahora bien, ¿por qué pasó esta cosa de los cambios dentro de las universidades?

Ya Iván Núñez[7] se refirió a algo que me pareció súper importante: que con la reforma universitaria de la Universidad Católica surgió el lema de “la universidad como conciencia crítica de la sociedad”. Que no es como hoy, en que, en el fondo, es un peldaño más para llegar a tener un lugar más apetecible, más expectante, en el mercado del trabajo; sino que era algo que tenía que ver claramente con las necesidades culturales de la comunidad y con lo que podían

hacer las universidades para acrecentar el patrimonio cultural de la nación. Los canales universitarios tenían que ser reflejo de eso, hasta que llegó el problema de lo prohibitiva que se volvió la posibilidad de seguir con el autofinanciamiento y, entonces, se llegó al compromiso —que empezó diciéndose que era un compromiso por mientras— de tener propaganda. Fíjense que antes no existía tanda de avisos en los canales, se manejaba todo esto sin recurrir a los que hoy día, que son los avisadores, prácticamente manejan los canales de televisión.

Por último, quisiera referirme a lo que sucedió en un día muy especial, hace exactamente 40 años, en el canal de televisión de la Universidad Católica, el día de la elección de Allende, en 1970. Recuerdo que, dos o tres días antes, estábamos felizmente preparando todo lo que significaba la organización de la cobertura de este acontecimiento tan importante, viendo todas las implicancias que eso tenía.

Nosotros teníamos un problema muy importante, pues desde el año 67 ya existía una fuerte incidencia del gremialismo dentro de la universidad, con Jaime Guzmán a la cabeza, donde la FEUC empezó ya a estar en manos de la derecha, con Hernán Larraín, con Cabrera (sic.), con toda esa generación. Entonces, había una presión tremenda para ver exactamente qué se hacía con la elección. Y me acuerdo que pude conseguir una de las mejores personas que existía, un técnico en elecciones, que era un señor Tassara (sic.), que tenía un sistema bien interesante: él ponderaba las mesas según el lugar donde estaban, según los barrios, sobre todo en el gran Santiago, para calcular qué incidencia tenía esa mesa en el conjunto del país, entonces iba dando los porcentajes en la medida en que llegaban las noticias.

Me acuerdo que según los datos del canal, había una tendencia donde Allende iba ganando por muy poco, pero ganando y de repente me llaman por teléfono y me dicen: “Claudio te llaman”. “¿Quién?”. “El candidato Salvador Allende”. Digo: “Mire, Salvador ¿qué pasa?”. Y me contesta: “Usted está dando que voy ganando y usted puede armar un guerra civil porque nosotros tememos que estamos perdiendo”. Digo: “Mire, nosotros tenemos clarísimo que esto es así y,

al revés, yo creo que puede armarse algo grande si nosotros llegamos a último momento diciendo que usted va ganado, porque para nosotros es verdad".

Fue tal la batahola que se armó, que me acuerdo que Fernando Castillo tuvo una decisión muy drástica y tomó él el mando de todo el asunto de la elección, hasta que terminara el proceso eleccionario, que dio, efectivamente, el resultado que nosotros decíamos. Tengo que reconocer que, como siempre ha sido, Fernando fue de una lealtad y de una dignidad tremenda y en una reunión del Consejo Superior, después, me pidió disculpas respecto a eso, porque él sentía que me había pasado a llevar no creyendo que yo podía llevar bien el asunto.

¿Con eso qué quiero decirles? Que eran otros tiempos, otros momentos, en los cuales uno estando en esos ambientes, en esos medios, podía realmente tener el pulso de la situación real. Tenía la posibilidad de hacer algo realmente por el país, tenía la posibilidad de poder aumentar y ensanchar el nivel cultural del país.

Recuerdo que llegó un momento en el cual se estaba dando "A esta hora se improvisa" —y creo que esto es bueno dejarlo aclarado históricamente — y la decisión y la clave del golpe fue dada por Ruiz Danyau en la emisión del domingo, y el martes se produjo el golpe de Estado[8]. Entonces, con eso quiero decirles que nosotros, los que estuvimos en ese momento en la televisión, pensamos, creímos, a lo mejor desde un punto de vista romántico, como decía (Eduardo) Carrasco. Pero yo no me arrepiento de haber soñado y de soñar un país diferente.

Me quiero dirigir en este momento, para terminar, a los estudiantes que están presentes, a los jóvenes: cuidado con el sistema, que les ha quitado los sueños, que los está llenando de cosas. Nada es imposible si uno quiere hacerlo. Y creo que la palabrita sistema es muy peligrosa, porque a veces tendemos a pensar que el sistema es algo informe, algo que no tienen rostro, una máquina que se maneja sola. El sistema es gente y nosotros tenemos el voto para cambiar la gente. Y

creo que es muy importante eso, la decisión está en manos de nosotros también. ¿En qué sentido? En que, si uno piensa, cuando se dice que todo lo maneja el rating, todo es tremendo, todo es en base a lo cuantitativo, pero el otro día vi un estudio que me pareció muy decidor. ¿Saben lo que significa un punto de rating? 70.000 personas. Yo quisiera ver qué periódico, qué revista, tiene 70.000 copias que llegan a la gente, directamente a la gente. Entonces ojo, lo cuantitativo está tratando de esconder lo cualitativo. Creo que los medios 'pobres' siguen siendo los más eficaces, los más eficaces si queremos llegar a la gente.

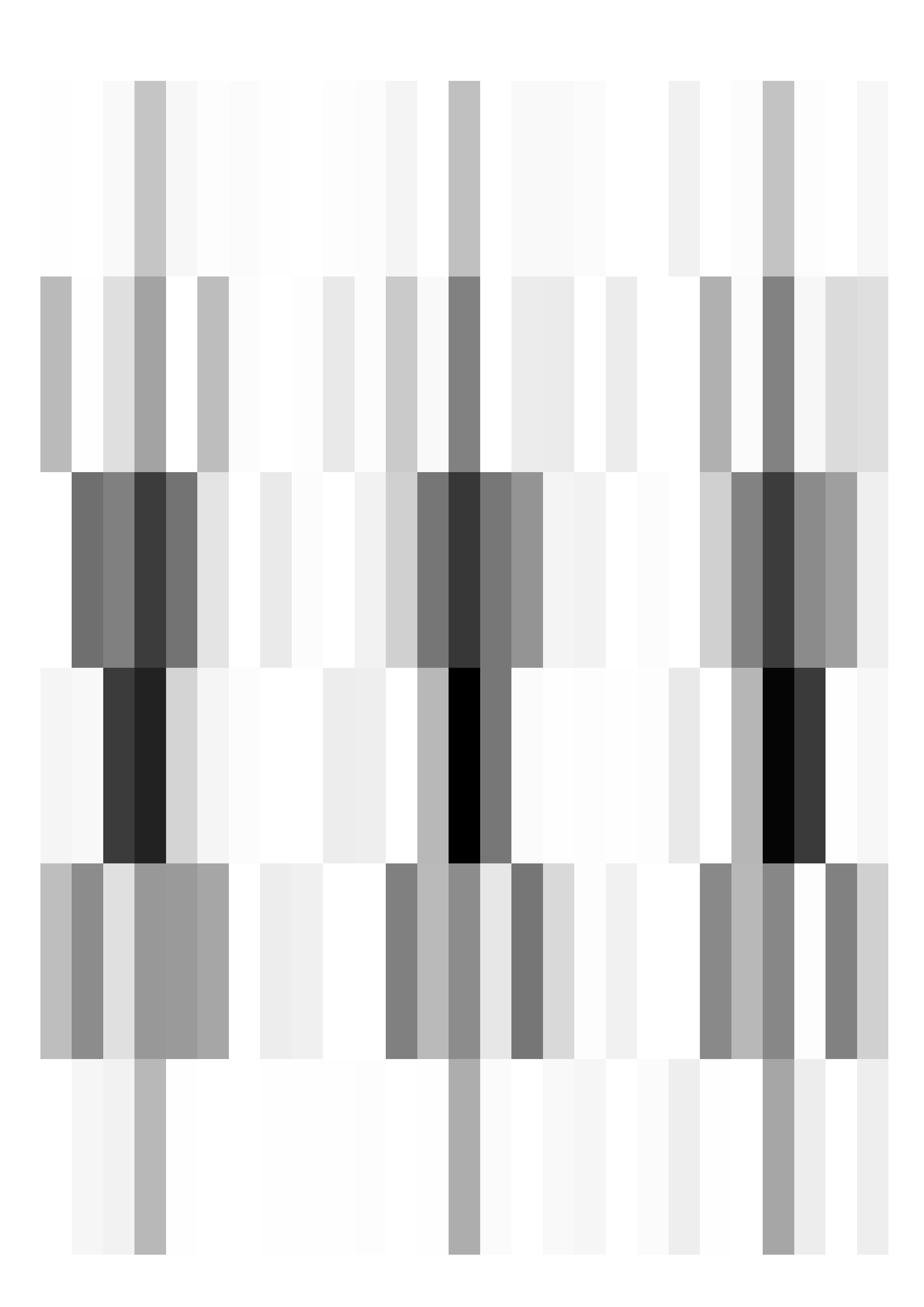
La cultura tiene un sentido absurdamente diferente a la ley del menor esfuerzo, mayor rendimiento. La cultura es al contrario, del mayor esfuerzo, menor rendimiento, porque va en profundidad y crea raíces de verdad. Nunca nos encandilemos con la rapidez, nunca nos encandilemos con la eficacia, nunca nos encandilemos con todo lo que significa hacer las cosas rápidas, en 90 días como se quieren hacer hoy día. Tengamos la valentía y la fuerza de perder tiempo pensando, no haciendo cosas al tuntún. En este sentido, y lo digo porque estamos en una universidad, la universidad tiene que volver a pensar, a repensarse como país, a repensarse como identidad y cada joven tiene que volver a pensarse de nuevo, de ver qué tiene que hacer en este mundo, por qué está y para dónde va.

Los sueños son lo único subversivo que nos va quedando, entonces traten de mantener siempre los sueños. Yo tengo 80 años y sigo soñando, sigo soñando un país mejor, un país en el cual podamos tener igualdad, podamos tener libertad y podamos tener equidad para todos los chilenos. Nunca se olviden de eso por favor. No piensen en la carrera como algo que sirve para correr detrás de un sueldo mejor, de una mejor expectativa laboral, piensen en la vocación que tienen, piensen en lo que quieren hacer para mejorar el mundo.

Notas del debate

Yo no quiero con esto criticar a nadie que está en esta mesa ni mucho menos,

pero yo creo mucho más en lo que se dijo el año 68 en París: “Sean realistas, pidan lo imposible”. Cuando nosotros en el Ictus inventamos la televisión alternativa, que para mí era ‘alterativa’ no alternativa, llevándola a las poblaciones y llevándola a los sindicatos durante la dictadura, teníamos poca gente pero llegábamos directamente con un mensaje a la gente. Además filmábamos los foros, los mandábamos a otras comunidades y empezaban a crearse redes entre ellos para reflexionar sobre lo que se les entregaba, una verdad real y no lo que la prensa decía y lo que decía la televisión.



La cultura tiene un sentido absurdamente diferente al de la ley del menor esfuerzo, mayor rendimiento. La cultura es del mayor esfuerzo, menor rendimiento porque va en profundidad y crea raíces en verdad. Nunca nos encandilemos con la rapidez, nunca nos encandilemos con la eficacia, nunca nos encandilemos con todo lo que significa hacer las cosas rápidas en 90 días como se quieren hacer hoy día; tengamos la valentía y la fuerza de perder tiempo pensando, no haciendo cosas al tuntún. Creo que nosotros, sobre todo estando en una universidad, la universidad tiene que volver a pensar, a repensarse como país, a repensarse como identidad y cada joven tiene que volver a pensarse de nuevo, de ver qué tiene que hacer en este mundo, por qué está y para dónde va.

1 Ocurrida en agosto de 1967, encabezada por la FEUC, exigiendo cambio de autoridades, reformas en la universidad y mayor participación estudiantil.

2 Presidente de la FEUC en 1967 y uno de los principales dirigentes del movimiento estudiantil de reforma universitaria en la época.

3 Como resultado de la presión de los estudiantes, es creado el cargo de prorrector, con el mandato de convocar a un claustro que eligiera un nuevo rector, en reemplazo de monseñor Alfredo Silva Santiago. Fernando Castillo asume la prorrectoría y luego es elegido rector.

4 La compañía de teatro Ictus fue fundada en 1955 por estudiantes de tercer año de actuación del Teatro Ensayo de la Universidad Católica, entre ellos, Di Girólamo, a los que se suman el mencionado Celedón, así como Nissim Sharim, Julio Jung y Delfina Guzmán, entre otros actores y dramaturgos.

5 El canal de televisión de la Universidad Católica había iniciado sus

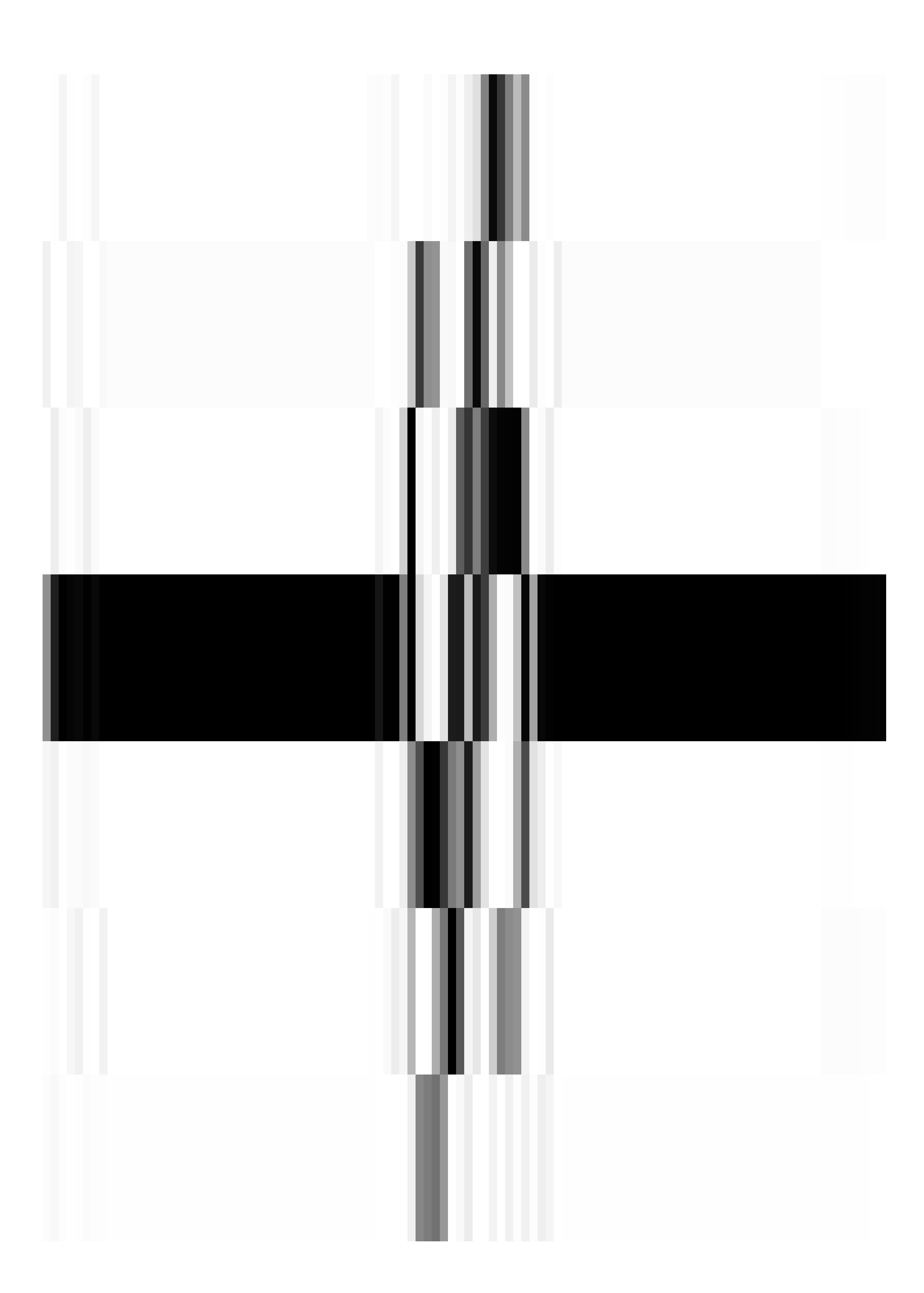
transmisiones oficiales en agosto de 1959, año en que Eduardo Tironi Arce asume como su director ejecutivo.

6 Creador y animador del programa televisivo Sábados Gigantes desde el año 1962.

7 Ver presentación de Iván Núñez, pp. 73-82.

8 César Ruiz Danyau renuncia en el mes de agosto de 1973 a su cargo de Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, tras lo cual es invitado al programa televisivo "A esta hora se improvisa", de gran audiencia por los debates que se producían entre invitados de distintas corrientes políticas.

CONDICIONES ECONÓMICAS, POLÍTICAS Y SOCIALES

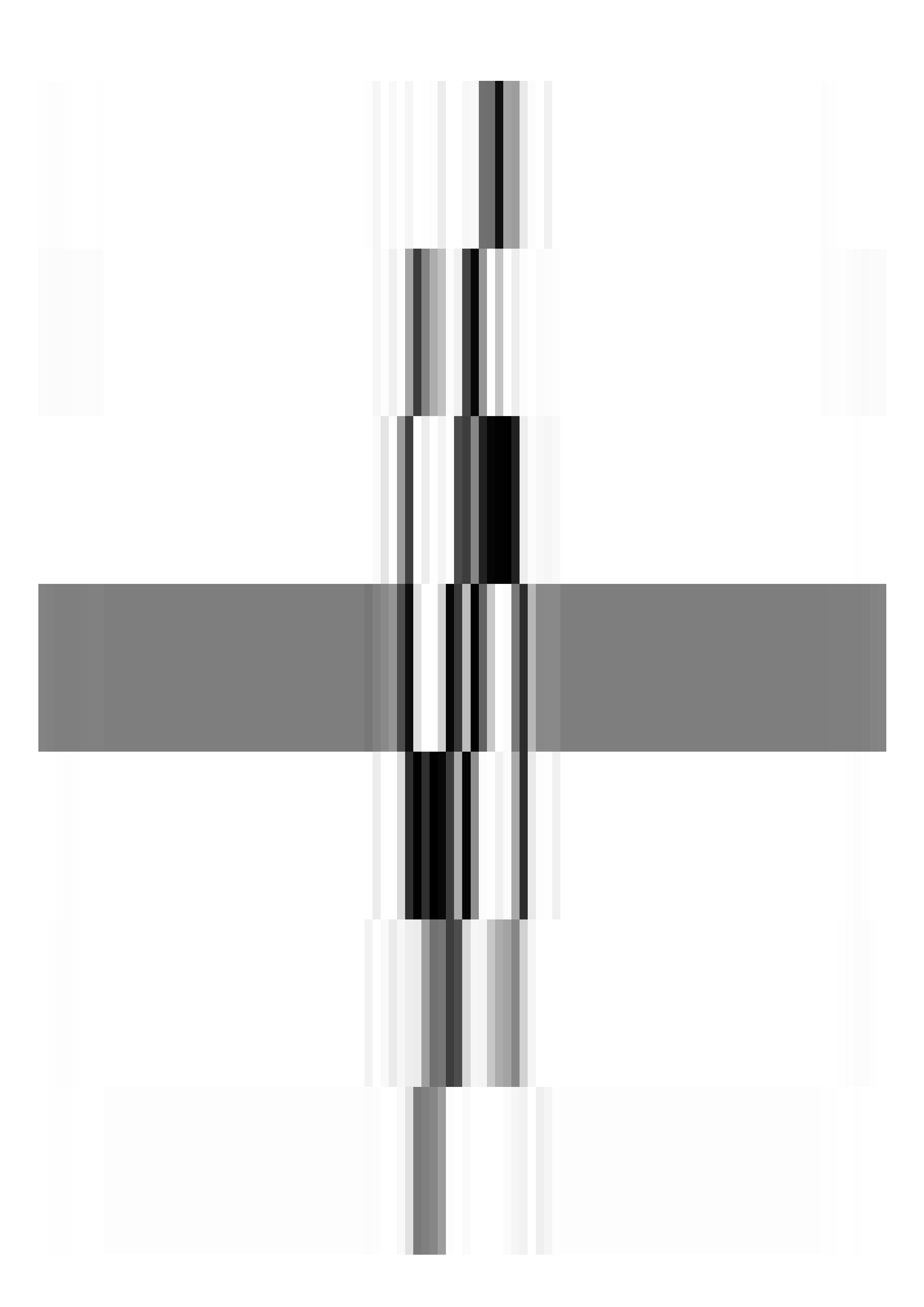


Óscar Muñoz

Julio Pinto

Manuel Antonio Garretón

PRESENTACIÓN DE ÓSCAR MUÑOZ



Mi planteamiento, con respecto a la situación que vivió el país hacia 1970, es que la inflación fue un protagonista principal manifestando, por cierto, desequilibrios económicos y sociales de mucha mayor profundidad. Creo que para entender bien los acontecimientos de 1970, desde el punto de vista de la economía, hay que remontarse varios años atrás; en particular, hacia mediados de los años cincuenta, cuando se produjo una aceleración inflacionaria que detonó reacciones de largo alcance.

Dejemos consignado, como contexto general, que la economía chilena estaba basada en un modelo de desarrollo centrado en la industrialización, con alta protección comercial y con un Estado interventor, empresario, muy centralista y muy gravitante en toda la economía, como planteaban ayer Genaro Arriagada y los demás panelistas[1]. Esta industrialización entró en una fase crítica, que requería ajustes importantes pero que las autoridades fueron incapaces de implementar, por la atención que exigían los desequilibrios de corto plazo y que se expresaban en la aceleración inflacionaria. En forma concomitante, el sistema político experimentó un desarrollo intenso, pero crecientemente polarizado y competitivo. Como consecuencia, se profundiza un estado de ánimo colectivo pesimista y dominado por la frustración, ante la incapacidad de los sucesivos gobiernos para estabilizar la economía y acelerar su ritmo de crecimiento, como plantearan —en su momento y en forma tan clarividente— economistas como Jorge Ahumada, Aníbal Pinto y Osvaldo Sunkel[2]. Pero al mismo tiempo, es un período de formación de nuevas expectativas de cambio, aunque ahora en forma más radical. Es el tiempo en que emergió, con mucha fuerza, el debate sobre el estructuralismo, que enfrentó intelectualmente al llamado monetarismo de la ortodoxia económica.

Esa frustración era de larga data, por lo demás. Para ponerle una fecha de inicio, surge en los años treinta con la gran depresión mundial que, como es sabido, afectó enormemente a la economía chilena, provocó un desempleo altísimo y colapsó el sistema de comercio exterior y de pagos internacionales. Otro efecto, muy claro, fue la intensificación de la inflación. Es cierto que este proceso se había originado a fines del siglo XIX, pero se mantuvo en torno a niveles entre el

cinco y el diez por ciento por año, aproximadamente. Pero es a partir de los años treinta que se acelera espectacularmente, como consecuencia de la escasez de bienes importados, producto de las dificultades para exportar. Y después viene la segunda guerra mundial, que intensifica los problemas de abastecimiento de bienes.

A mediados de los años cincuenta, entre el año 54 y 55, la inflación llega casi al 85 por ciento y el Gobierno de la época, presidido por el general Carlos Ibáñez, se declara incapaz de estabilizar la economía y contrata una misión extranjera, la Misión Klein-Saks, para que propusiera un plan de estabilización y de reformas económicas[3]. El resultado de estas políticas fue mediocre, ya que no logró el objetivo principal, excepto una disminución inflacionaria a algo menos de la mitad, pero al costo de un estancamiento de la economía y aumento del desempleo. En el ámbito político se produjo gran efervescencia y agudización de los conflictos sindicales.

Desde el punto de vista del crecimiento de la economía, también se experimentaba una gran frustración. Una autoridad en estadísticas mundiales de crecimiento, como es Angus Maddison, nos aporta una interesante información comparativa. Desde 1913 al 50, la economía chilena creció aproximadamente al mismo ritmo que la economía mundial, esto es, en torno al uno por ciento per cápita anual. Pero en el período siguiente, que va de 1950 al 73, si bien el crecimiento aumenta a un 1,3 por ciento per cápita, a nivel mundial es un período de extraordinario progreso económico, que casi triplica el crecimiento per cápita chileno. Este período lo han llamado muchos analistas “la edad de oro del capitalismo”, que es cuando se supera el período inmediato de post guerra y, a partir de los años 50, se inicia un crecimiento muy alto de Europa occidental, de Estados Unidos, de Japón, donde se produce el llamado milagro económico japonés. De manera que la economía mundial experimentó un gran boom económico en esos años, y la economía chilena, si bien aceleró un poco su ritmo, no estuvo ni por mucho cerca de lo que era el promedio mundial o el promedio latinoamericano. En efecto, si lo comparamos con el promedio de América Latina, Chile estaba creciendo a la mitad que el resto de la región y, desde luego, mucho menos que Suecia, por ejemplo, que a inicios del siglo XX era considerado un país subdesarrollado dentro del contexto europeo.

Estos dos hechos: una inflación que se descontrola y un crecimiento que no logra despegar, crean esta sensación de crisis, de que el país andaba mal y algo había que hacer. Se fue creando un consenso de que ambos fenómenos, la aceleración inflacionaria y el lento crecimiento, estaban relacionados y, a su vez, respondían a una estructura económica con muchas distorsiones. Hubo algunos intentos por controlar la inflación en el Gobierno de Ibáñez. Ese Gobierno aplicó varios planes de estabilización desde que asumió en el año 52, pero terminaron en el fracaso. De manera que hacia el año 55 se contrata a la mencionada misión norteamericana de asesores, que vinieron a hacer una propuesta de estabilización. No es que en el país no se supiera cómo hacerlo, ya que había buenos técnicos, pero a esas alturas iba quedando claro que el problema fundamental era político. La inflación no se podía enfrentar porque la economía iba siendo cada vez más subordinada al contexto y a las confrontaciones políticas. En realidad, la inflación era una válvula de escape a conflictos de intereses, que no se podían solucionar políticamente. Se pensó que, quizás, una misión extranjera podría ser más neutral, más ajena a los intereses locales y, por lo tanto, podría estar en mejores condiciones para proponer un plan que fuera aceptable.

Este plan operó básicamente de acuerdo a lo que han sido tradicionalmente las recetas del Fondo Monetario[4], es decir, se orientó a la contención del gasto y del sistema monetario, del crédito y a efectuar devaluaciones importantes para ajustar el precio de la divisa, planes que se calificaron como eminentemente monetaristas. Durante un par de años se logró bajar la inflación, a un rango del 30 o 40 por ciento por año, pero tuvo como efecto secundario que la economía entró en una recesión el año 56, aumentó del desempleo y esos impactos se hicieron políticamente intolerables. La misión terminó, y el Gobierno de Ibáñez finalizó también su período en un Estado de bastante ingobernabilidad.

Posteriormente, vino el Gobierno de Jorge Alessandri, quien fue elegido en 1958. Alessandri propuso un nuevo plan de estabilización, esta vez basado en un enfoque muy parecido al que aplicó el Ministro Sergio de Castro durante la dictadura militar[5]. Este plan se basó en el congelamiento del tipo de cambio, la

apertura comercial de la economía y el estímulo a los flujos de capital y de créditos externos, de manera que financiaran la balanza de pagos durante un período de transición hasta que la economía lograra estabilizarse. Ese plan funcionó relativamente bien durante dos o tres años, pero luego fracasó. Los ingresos de capitales externos estimularon el gasto interno, la economía creció, pero también lo hicieron las importaciones y a un ritmo muy superior. Se generó un fuerte déficit de balanza de pagos, cayeron las reservas internacionales y, finalmente, el Gobierno se vio obligado a una devaluación muy traumática, a fines del año 62. La inflación nuevamente recobró su fuerza y el país quedó más endeudado que nunca. Fue un anticipo, en menor escala, de lo que ocurriría 20 años después.

A raíz de estos hechos, y en particular de estos fracasos de las políticas de estabilización, surge un debate que fue extraordinariamente importante, que abrió el camino a una nueva visión sobre los problemas de la economía y a esos nuevos estados de ánimo que señalaba al principio. Es lo que se ha conocido como el "debate monetarista-estructuralista".

Un grupo de economistas muy destacados en esos años, entre quienes estaba Jorge Ahumada, autor de un libro muy influyente en ese tiempo, En vez de la miseria; Aníbal Pinto, que publicó su libro Chile un caso de desarrollo frustrado; Osvaldo Sunkel, con un artículo muy importante llamado "La inflación chilena, un enfoque heterodoxo" y que fue publicado en Chile y en México[6]. Habría que señalar también a un economista británico, Nicolás Kaldor, que fue invitado por la Cepal para venir a hacer un análisis de la economía chilena. Este economista era de la tradición neokeynesiana, es decir, se diferenciaba en sus enfoques metodológicos y teóricos de los que eran los enfoques neoclásicos monetaristas[7]. Su diagnóstico, desde la Cepal, enfatizó la gran desigualdad que había en Chile en la distribución del ingreso y cómo esta desigualdad influía negativamente en la tasa de ahorro y de inversión. Esto, porque —sostuvo él observando los números— los grupos de altos ingresos tenían una muy baja propensión a ahorrar y, por lo tanto, la mala distribución del ingreso influía en una baja tasa de ahorro y eso, a su vez, contribuía al lento crecimiento de la economía.

Estos economistas cuestionaron los enfoques convencionales que enfatizaban los aspectos monetarios de la inflación y plantearon un enfoque alternativo. Sostuvieron que la raíz de los males de la economía chilena, del lento crecimiento y de la alta inflación, era estructural. El libro En vez de la miseria, de Ahumada, fue clarísimo al respecto. Usando un lenguaje muy simple, muy claro y muy lúcido, explicó los distintos factores que incidían en esta situación. Uno era la estructura agraria, la estructura de tenencia de la tierra. La alta concentración de la propiedad de la tierra había incidido, en décadas anteriores, en un lento crecimiento de la producción agrícola. Se aludía también a la escasa diversificación de las exportaciones, ya que un 80 por ciento de las exportaciones provenía del cobre. La minería y la industria del cobre, en particular, también se mantenían en un estado de letargo.

Tanto la producción agrícola como la producción minera crecían a la mitad que el producto interno bruto. El crecimiento del producto interno ya era lento, como dijimos, alrededor del cuatro por ciento anual cuando América Latina lo hacía al seis por ciento. Pero la producción agrícola y minera chilena, peor aún, crecían en torno al 2 o al 2,5 por ciento. De manera que eran factores de freno a la expansión económica general. El bajo crecimiento agrícola, a su vez, influía en una presión al alza de los precios de esos bienes, que no siempre se manifestaba, por la política de control de precios que ejercía el Gobierno. Por su parte, el lento crecimiento de la industria del cobre y de sus exportaciones creaba presiones a la devaluación de la moneda, factor de propagación de la inflación.

Otros factores mencionados por esos economistas eran la estructura monopólica industrial; el déficit fiscal, por la incapacidad de los gobiernos para aumentar los impuestos; la desigual distribución del ingreso; etc. Estos factores estaban en la base de las presiones estructurales de la inflación pero, además, se amplificaban por los llamados “factores de propagación”, tales como el déficit fiscal, que exigía financiamiento del Banco Central; los reajustes de sueldos y salarios, en la carrera por mantener el poder adquisitivo de los trabajadores; o las continuas devaluaciones del peso dada la tendencia a la sobrevaluación del mismo. A partir de este diagnóstico, Aníbal Pinto planteó su conocida tesis de que, mientras Chile tenía un desarrollo político muy vigoroso (aumento de la población electoral, del sindicalismo, desarrollo de los partidos políticos), la economía se

mantenía en un estado de subdesarrollo. Esto provocaba un desequilibrio muy peligroso, que podría desembocar en un quiebre de la democracia chilena.

A mediados de los años sesenta, en la elección presidencial de fines de 1964, triunfa Eduardo Frei con su programa de revolución en libertad que, básicamente, propone dos grandes ejes: una nueva política económica, en que busca conciliar estabilización monetaria con crecimiento y redistribución del ingreso, simultáneamente; y, en segundo lugar, un programa de reformas estructurales a la propiedad, en particular la nacionalización pactada del cobre y una Reforma Agraria enfocada principalmente a estimular el uso productivo de la tierra y a permitirles a los campesinos acceder a la propiedad de aquella. Con respecto a la nacionalización pactada de la industria del cobre, el objetivo fue llegar a acuerdos con las compañías extranjeras, considerando que el conocimiento del mercado internacional de este metal, la gestión de las empresas y la información sobre los canales de distribución internacional eran algo muy difícil de aprender en un período corto de tiempo por parte de los técnicos chilenos, que se iban a hacer cargo de la industria. Adicionalmente, se requerían nuevas inversiones en el sector, de manera de acelerar el crecimiento de su producción, la “viga maestra” de la economía según Frei. La idea que sustentó ese enfoque fue que, en la medida en que hubiera una sociedad del Estado chileno con las compañías norteamericanas, se podría tener un período de transición y de traspaso ordenado de la gestión a la administración chilena. Como etapa posterior, se podría avanzar a la nacionalización total.

Desde el punto de vista de las políticas de estabilización, el programa de Frei se apartó de los enfoques monetaristas de ese entonces. El planteamiento central fue evitar un tratamiento de choque, de contener la inflación de una vez, sino hacerlo gradualmente. En la medida en que hubiera crecimiento y que se estimulara el incremento de la productividad, este se podría convertir en una inflación decreciente y en reajustes de salarios que no serían carcomidos. Por otro lado, esto debería ser complementado con una apertura comercial programada, basada en acuerdos regionales de integración latinoamericana y una política de tipo de cambio programado, es decir, hacer mini devaluaciones periódicas, en vez de las bruscas y grandes devaluaciones como ocurría hasta entonces.

¿Cuáles fueron los resultados? Frei había heredado una inflación altísima, cercana al 44 por ciento y su objetivo fue reducirla gradualmente, como se ha dicho. Esto se logró aproximadamente en los dos primeros años de su Gobierno. Sin embargo, ya estaba desatada la carrera política y por profundizar las reformas a la propiedad entre el bloque democratacristiano y el bloque de izquierda, que era mucho más radical en cuanto a sus propuestas. Por otra parte, la política de salarios se convirtió en un campo de batalla, en la confrontación entre estos dos bloques, con la consecuencia de que el crecimiento de los sueldos y salarios de los trabajadores organizados, sobrepasó por mucho la inflación en prácticamente todos los años del Gobierno de Frei. Por ejemplo, en el año 66 la inflación fue casi del 20 por ciento, pero el aumento de sueldos y salarios llegó al 38 por ciento. Esa relación se mantuvo durante casi todo ese período, excepto al final, y contribuyó fuertemente, entonces, a que esa estrategia de controlar gradualmente la inflación fuera perdiendo fuerza y vigencia, porque las presiones de costos eran muy fuertes.

Las conclusiones que a mi juicio se pueden sacar y que coinciden mucho con las que ya se han planteado, es que tenemos un contexto político muy polarizado en los años sesenta y con reformas en curso a las estructuras de propiedad agraria y minera.

La Democracia Cristiana, que se había convertido en el eje político, sufrió quiebres internos como el desprendimiento del MAPU y, después, de la Izquierda Cristiana. Por su parte, la derecha se reorganiza y entra en un proceso de recuperación electoral. En la izquierda, su expansión electoral fue notable, asociada por cierto con un sindicalismo muy combativo. Esto lleva a una radicalización de demandas por más reformas y por reformas más profundas, y una pérdida de capacidad de control y de gobierno por parte de la Democracia Cristiana.

Bueno, como se observa a fines de los sesenta, hubo avances pero también hubo

retrocesos en la política económica y en el resultado de la economía en general. El contexto de 1970 está marcado, entonces, por una inflación que volvió a acelerarse y el lento crecimiento volvió a ser parte del panorama normal de la economía chilena.

1 Ver presentaciones de Genaro Arriagada, Jacques Chonchol y Ricardo Núñez, pp. 27-37, 38-48 y 49-59, respectivamente.

2 Destacados economistas que marcaron fuertemente la reflexión y orientación económica del país a fines de los años 50 y durante los 60. El autor vuelve sobre ellos, más adelante.

3 Esta misión, compuesta por un grupo de expertos norteamericanos, visitó el país a partir de 1956, analizó su situación económica y propuso una serie de recomendaciones orientadas hacia la liberalización de la economía.

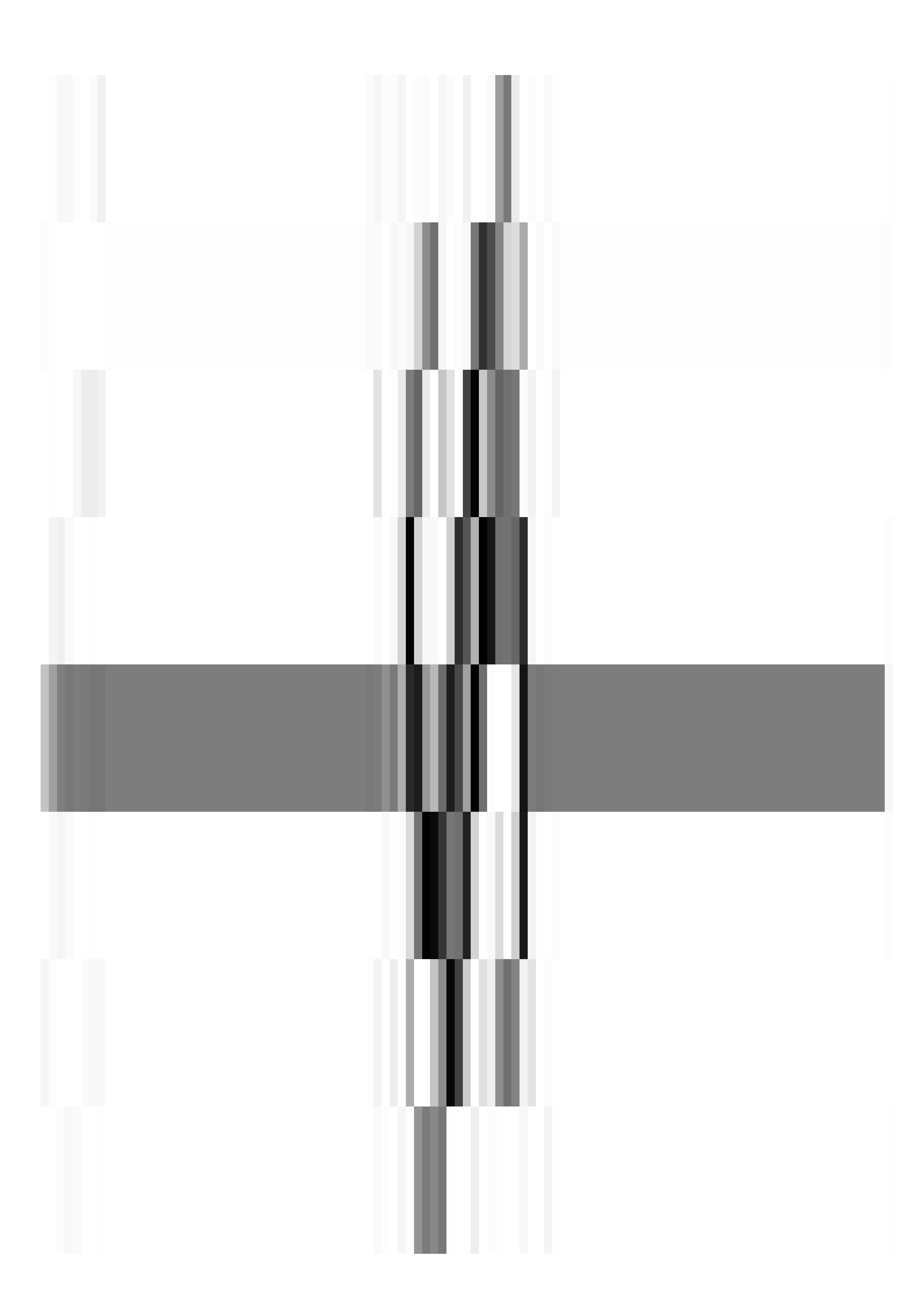
4 El Fondo Monetario Internacional es una institución financiera de carácter internacional, que existe desde 1945 con el fin de fomentar los intercambios monetarios, otorgando créditos y orientaciones de política económica a los países afiliados.

5 Artífice el proyecto económico de la dictadura de Augusto Pinochet, siendo su Ministro de Economía en los años 1975 y 1976 y de Hacienda en los años 1976 y 1982.

6 La obra de Ahumada y el artículo de Sunkel son de 1958, en tanto el libro de Pinto es de 1959.

7 Kaldor, economista húngaro, visitó Chile en 1956, ocasión en la cual publicó un reconocido artículo titulado "Problemas económicos de Chile".

PRESENTACIÓN DE JULIO PINTO



Mirándolo desde el presente, como necesariamente debe hacerlo la historia, el Chile de 1970 era un país muy distinto, muy extraño, casi otro planeta, tal vez, para ustedes que no habían nacido en su mayoría en esa fecha.

Era, desde luego, un país más chico: el censo de 1970 arrojó una población total de 8 millones 800 mil y fracción de habitantes, casi lo que hoy sumarían Santiago y el gran Valparaíso, excluyendo Viña del Mar y otras comunas aledañas. La población estimada para ahora, 2010, a un par de años del próximo censo es de unos 17 millones; por tanto, el Chile de 1970 era algo así como la mitad del Chile actual.

Era un Chile más rural también, el mismo censo de 1970 arroja una población campesina de un 25 por ciento aproximadamente, hoy o más bien al censo del 2002 —hoy puede ser menos— esa población había disminuido al 13 por ciento. En el campo chileno del 70 todavía subsistía lo que José Bengoa ha denominado una de "las estructuras de más larga duración de la historia chilena", que era la hacienda. Todavía había en Chile latifundios a la antigua, como los que ha registrado nuestra literatura; subsistían en ellos relaciones de tipo inquilinal, cuasi servil. Si bien es cierto que ya el campo estaba en proceso acelerado de transformación, ya se había iniciado la primera etapa de la Reforma Agraria y se estaba en vísperas de la radicalización de ese proceso. Podríamos decir, entonces, que el último legado visible del Chile colonial, del Chile tradicional, que era justamente la gran hacienda, el latifundio, estaba en vías de desaparición, pero aún existía, aún era una memoria o una realidad viva para quienes habitaban el Chile de 1970.

Era un país más pobre en términos globales. No conseguí el dato para 1970, pero para la década de 1980 —hay que considerar que ahí se vive una crisis económica tal vez de las más graves del siglo XX— el ingreso per cápita en Chile era de unos 5.000 dólares. Las últimas cifras que conseguí para el momento actual, se acercan a los 14.000 dólares. Entonces Chile era un país más

pobre.

Algunos indicadores, tal vez más propios de lo social, señalan que en Chile en 1970 había una tasa de mortalidad de 82 por mil, o sea, de mil niños que nacían vivos 82 morían antes del año de vida, casi un diez por ciento. Era una de las cifras más elevadas de la época y nos convertía, por lo menos en eso, en uno de los países con mayores índices en el mundo. Teníamos por lo menos ese privilegio de ser primeros en algo, en la mortalidad infantil. Esa cifra para 2007 se había reducido a 8,3 por mil, o sea, de 82 a 8. En el Chile del 70 morían muchos más niños que en el Chile actual. La expectativa de vida en 1970 al nacer era de 63,6 años, o sea toda chilena o chileno que nacía en esa época tenía la expectativa de llegar a los 63 años. Las últimas cifras que tengo están desagregadas por sexo, en los hombres es de 79 años al nacer y en las mujeres 86 años. El analfabetismo en 1970 era de un 11 por ciento aproximadamente, la última cifra que tengo, que es del año 95, hace ya bastante tiempo, indica que era del 4,6 por ciento; sospecho que hoy debe ser mucho menor[1]. Aquí hay expertas en el tema que me podrán corregir.

Por tanto, Chile era un país, en números gruesos, bastante más pobre que el país que ustedes conocen. Sin embargo, era un país menos desigual que el actual. Si bien es cierto, como nos decía Óscar Muñoz[2], que Chile a fines de los sesenta ya se destacaba a nivel mundial por la desigualdad de sus ingresos, esa desigualdad era menor que la que existe hoy. Los demógrafos y los economistas ocupan básicamente dos indicadores para dar cuenta de esto.

Uno, el índice o el coeficiente de Gini, que ustedes habrán conocido, es una medida que va de cero a uno donde cero es igualdad perfecta y uno es la desigualdad total. El Chile de 1970 presentaba un índice de Gini de 0,47, o sea, era un poquito más igual que desigual, lo cual hacia 1973 se había reducido a 0,45. El Chile del 2009, que es el dato más reciente que tengo, ha aumentado el índice de Gini a 0,55, o sea, nos hemos desplazado diez puntos hacia la desigualdad. Se genera más plata en Chile, pero ella está más injustamente distribuida.

Otra forma, tal vez más visible de identificar esta diferencia, es la proporción entre los quintiles más pobres y los más ricos; quintil, ustedes saben lo que es. Pues bien, el 20 por ciento de la población más rica en 1970-73 ganaba 12 veces y fracción más que el quintil más pobre, 1 a 12 el más pobre al más rico. Hacia el año 2000, que son las cifras más cercanas que tengo, esta diferencia había aumentado a 17,5; o sea, el quintil más rico ganaba 17,5 veces más que el quintil más pobre. Hay un dato más reciente pero que está expresado en deciles, vale decir, en franjas de 10 por ciento, y que dice que en Chile hoy, es un dato de este año, 2010, el decil más rico gana 29 veces más que el decil más pobre. Lo cual nos pone nuevamente en una posición de liderazgo a nivel mundial y continental. El país que más se acerca a Chile en cuanto a desigualdad no es Brasil, como podría pensarse, es Colombia, y —en esos parámetros— en Colombia es de 1 a 25, mientras en Chile es de 1 a 29. En los países de la OCDE, los países desarrollados a los cuales queremos asimilarnos —o nos hemos asimilado, por lo menos en términos administrativos— esa diferencia es de 1 a 9. Vale decir, en los países desarrollados los más ricos ganan nueve veces más que los más pobres; en nuestro país los más ricos ganan 29 veces más que los más pobres.

Chile era entonces un país más pobre pero menos desigual. Y eso redunda en otra diferencia importante, que quisiera señalar y que tal vez va a llamar la atención. Esto es más subjetivo, desde luego.

Pienso que el Chile de 1970 era un Chile donde el sentido de pertenencias colectivas o, si ustedes quieren, el sentido de comunidad, estaba mucho más vivo que en el Chile del 2010. Esto parecerá paradojal, cuando estamos hablando de un país que en esos años estaba radicalizándose aceleradamente y donde, en poco tiempo más, iba a generarse una situación de cuasi guerra civil, objetivamente, en que unos y otros estábamos dispuestos a matarnos. Entonces, ustedes dirán, ¿cómo un país con mayor sentido de cohesión o de comunidad, en que cada tercio quisiera matar a los otros dos tercios? Tal vez proyectado a nivel nacional eso sea así, pero si uno lo reduce al ámbito de convivencia más inmediata, a la localidad, al barrio, a la ciudad, estoy convencido que la

sensación de pertenecer a un colectivo, a un espacio social de referencia más amplio estaba muy grabado en la cotidianeidad de cada uno de los chilenos y de las chilenas. Y esto a nivel de todas las clases sociales, los vecinos, la gente del barrio, la gente de la localidad no eran unos perfectos desconocidos para los chilenos esa época, como sí lo son hoy en la mayoría de los casos. El punto de referencia no era el individuo, sino que era el grupo.

Cuando uno lee el prólogo de Labradores, peones y proletarios, ve que Gabriel Salazar levanta como una de sus grandes tesis —y que atraviesa su obra— la persistencia de la solidaridad, como uno de los rasgos formantes de la identidad popular; claramente, y él lo dice, está pensando en la población Huamachuco[3] en la cual él se crió en los años 50, fines de los 40, también de los 60, para que no crean que le estoy cargando años al maestro Salazar. Me pregunto si hoy, en la población Huamachuco la realidad le permitiría a un nuevo Salazar o a algunos de ustedes levantarse como el Salazar del siglo XXI y llegar a una conclusión similar. Me temo, con bastante pena, que no. En ese sentido, entonces, sostengo que el de 1970 era un país más cohesionado, al extremo que el ya nombrado y citado José Bengoa ha titulado una trilogía, que ha venido produciendo en los últimos 20 años, como La comunidad perdida. Para Bengoa, el gran déficit de este Chile de transición al siglo XXI es la pérdida de los lazos de pertenencia social, y yo estaría tentado a estar de acuerdo con él en ese punto.

Tal vez por lo mismo, por este sentimiento de comunidad más fuerte, el Chile de 1970 era más estatista, refiriéndome en esto a la subjetividad de los sujetos sociales chilenos. Miraban al Estado como una suerte de 'gran padre' que, en tanto representante de la comunidad nacional, tenía no solo la posibilidad sino que la obligación de atender muchas de las necesidades y de las urgencias fundamentales de todos los chilenos. Desde luego en materias como la salud, la educación o la previsión, que nadie discutía que correspondía a una obligación del Estado. "Obligación o deber preferencial" decía la Constitución que entonces regía, en el caso de la educación por lo menos. Materias que para nosotros, que llevamos muchos años o que hemos nacido, en el caso de ustedes, en el Chile neoliberal, parecen casi aberrantes. El Estado no solo protegía, no solo educaba, no solo sanaba, sino que también debía ofrecer trabajo, debía producir. Y esta era una creencia y una expectativa que atravesaba distintas capas sociales; incluso el

empresariado, salvo grupos muy pequeños, no le hacía ningún asco a que el Estado los protegiera a través de la vía de los subsidios, del control de precios, de las barreras arancelarias, de una serie de mecanismos que hacían del Estado el gran socio, el gran protector del sector privado. Este prurito de privatización radical y absoluta en el cual nosotros nos movemos hoy, como parte de la normalidad, era algo que solo se escuchaba en ciertos círculos, muy cerrados, de los futuros conductores de la economía, que ya habían adquirido el virus 'chicagoense' y que estaban preparando el plan económico que se iba a poner en marcha después de 1973.

Era el Chile de 1970 un Chile también más aislado del mundo, más provinciano, podríamos decir, lo cual derivaba en algunas conductas tal vez no muy elogiables. Era un Chile menos tolerante de la diferencia, éramos mucho menos aceptadores de lo que no se ajustaba a la norma; era, por lo demás, muy extraño ver en las calles de cualquier ciudad chilena personas de raza negra, de raza asiática. En las relaciones internas de la sociedad, eso también se reflejaba en que era un país mucho más machista. Es sabido —con la excepción de quienes me rodean en esta mesa— de la contradicción de la izquierda revolucionaria de los sesenta, donde las compañeras debían unirse a la lucha pero solamente para los efectos de pintar las pancartas y servirle el café a los compañeros, que estaban deliberando. Para qué decir la aceptación a las diferencias sexuales: eso, en el Chile de 1970, era, incluso para los sectores más progresistas y más avanzados, casi inaceptable.

Sin embargo, pese a esa cerrazón, podríamos decir mental, Chile era un país más abierto a la posibilidad del cambio, y no el cambio en un sentido cosmético, como hemos estado más acostumbrados a conocer últimamente, sino el cambio de verdad. Las reformas estructurales a las cuales aludía Óscar Muñoz, eran una reivindicación de todos los sectores de la opinión política. La gran disputa entre los distintos sectores políticos del Chile de los sesenta era quién hacía cambios más profundos; y, ante la ciudadanía, quien se presentaba con mayores posibilidades de triunfo era aquel que prometía cambios más radicales. Y esto incluiría —estoy dispuesto a argumentarlo— también a la derecha, como nos lo han demostrado, entre otros, los estudios de Verónica Valdivia[4]. La derecha de los sesenta, ya desde la refundación que se vive en 1965, se inserta también en

una lógica de cambios radicales de la sociedad y de la economía, no en la dirección que quería la izquierda o el centro, pero cambios radicales al fin y al cabo.

Entonces, era un país con mayor sentido de la plasticidad de las estructuras sociales, de la posibilidad de cambiarlo todo; por eso era un país que, en alguna medida, por ejemplo, celebraba a la juventud. Ser joven en los sesenta era casi una condición privilegiada, porque en los jóvenes estaba la posibilidad de llevar a cabo y protagonizar estos cambios. Se privilegiaba la creatividad, no por nada los sesenta son un período de gran dinamismo en lo cultural: la Nueva Canción Chilena, la poesía de Enrique Lihn, el cine de Raúl Ruiz, etc. Entonces, era un país donde a pesar de su mayor pobreza, de su mayor provincianismo, era también un país más abierto a la posibilidad de que todo cambiara, un país con un mayor sentido del protagonismo histórico de los sujetos.

Concluyo.

No quiero enredarme aquí en una suerte de ejercicio nostálgico de que todo pasado fue mejor y todo presente es malo, y que ustedes, como jóvenes, son lo peor del mundo y nosotros, los viejos, sí que vivimos en un país en el cual valía la pena vivir. No me interesa incurrir en ese gesto. La distribución de las luces y las sombras en el Chile del 70 y el Chile del 2010, como he tratado de mostrarlo a través de esta rápida pasada por el Chile del 70, no favorece unilateralmente a un lado por sobre el otro.

Hay cosas del Chile del 70 que —yo al menos— no quisiera revivir: esa mayor pobreza, la desnutrición infantil, los niños a pie pelado en la calle, lo que eran las poblaciones callampas del 70, que están a años luz de lo que son las poblaciones de hoy; el machismo, la homofobia, etc., son cosas que no me interesa recuperar. Por lo demás, como ustedes saben y como toda persona que se interesa en la historia debería saberlo: el pasado es irrecuperable, aunque uno quisiera hacerlo no se puede.

Creo, sin embargo, que hay ciertos valores y ciertos principios de convivencia social del año 70 que sí podrían servirnos, son fuente de inspiración para humanizar este Chile del 2010. Enumero rápidamente: la justicia social, la solidaridad, el sentido de pertenencias colectivas, pero, por sobre todo, y aquí hablo como cultor de la historia, la sensación de que la historia no es algo ajeno, algo extraño que se nos impone por leyes abstractas, por el funcionamiento automático del mercado, o por los poderes fácticos que nos sobrepasan enormemente, sino que la historia es un recurso de sentidos.

La historia es un atributo, es una tarea de todas y de todos nosotros, vale decir, que nosotros somos quienes hacemos la historia. Los chilenos del 70, esos, se la creían, los chilenos del 2010 me temo yo, lamentablemente, que no nos la creemos.

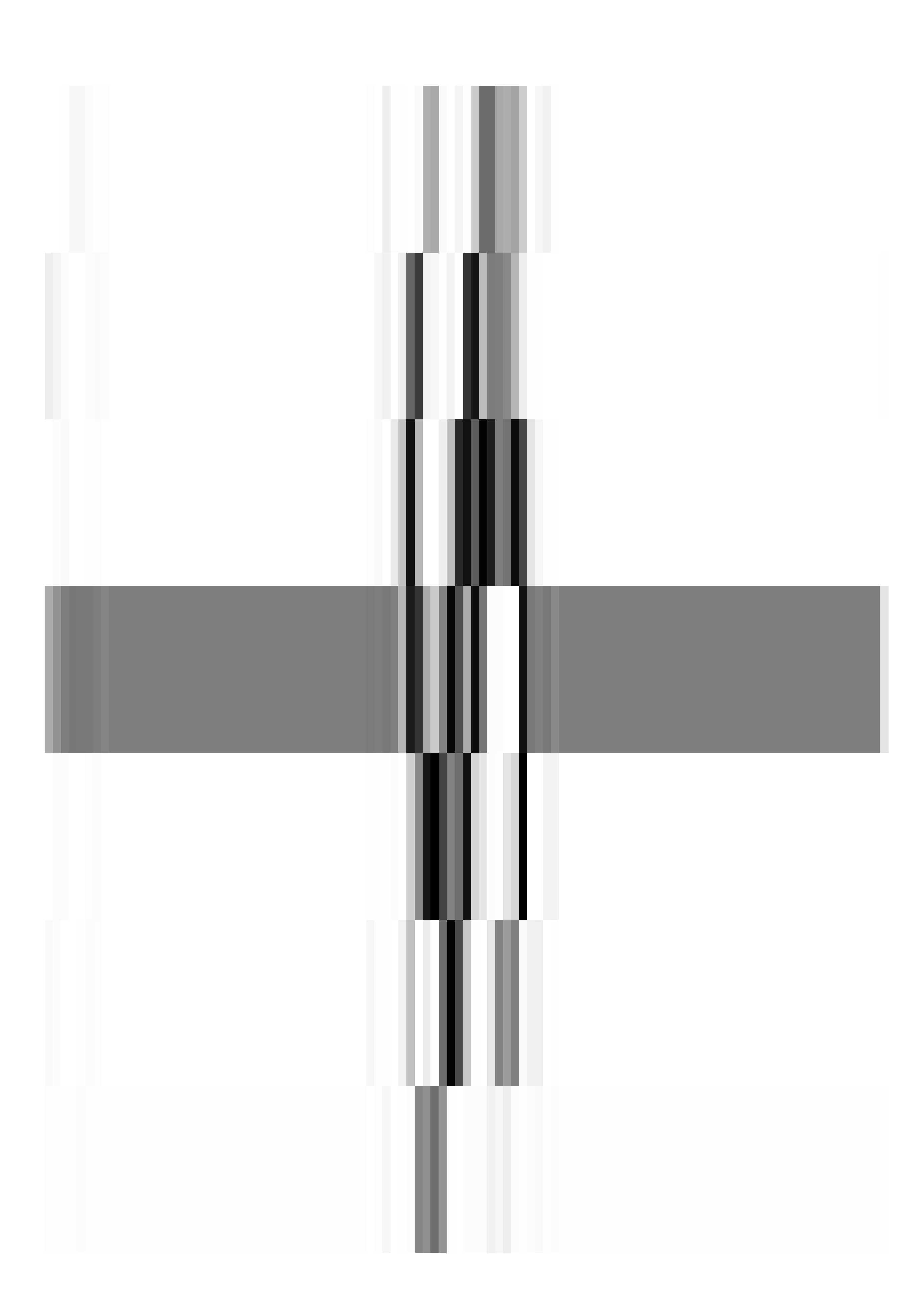
1 Para el año 2010, la Unesco y el Ministerio de Educación cifraban en 480.865 los analfabetos absolutos en Chile, lo que correspondía al 4,3% de la población mayor de 15 años del país.

2 Ver presentación de Óscar Muñoz, pp. 123-131.

3 Barrio popular ubicado en la comuna de Renca, al norponiente de la ciudad de Santiago.

4 En efecto, la historiadora Verónica Valdivia Ortiz de Zárate ha publicado, en otros, Nacionales y gremialistas el parto de la nueva derecha política chilena, Santiago: LOM, 2008.

PRESENTACIÓN DE MANUEL ANTONIO GARRETÓN



Quisiera comenzar con un par de adendas a lo que ha señalado Julio Pinto en una exposición que a mí me parece excelente en términos de la comparación del país[1].

Una primera, respecto a lo social en los sesenta, donde se observa un Chile de niños y jóvenes, en contraposición, luego, al de la dictadura. El Chile de los sesenta era un Chile donde, en efecto, la juventud está más presente, pero el concepto 'jóvenes' era igual a decir estudiantes; eso creo que es importante considerar. La otra cosa que señaló Julio al pasar, haciéndose cargo de un tema interesante, y que aunque él lo ve como paradoja a mí no me parece una paradoja, es el tema de la cohesión social y la posibilidad de guerra civil. O sea, un país que no tiene cohesión social no tiene ninguna posibilidad de guerra civil, como es el caso chileno actual. Un país con mucha mayor cohesión social, pero donde se plantean disputas por aquello que se siente que el otro tiene y que yo debiera tener, es un país que se acerca mucho más a las posibilidades de guerra civil. No quiero con esto hacer, en ningún caso, una apología de la guerra civil, Dios nos libre de ello, pero lo que quiero decir es que un país sin cohesión social es un país sin conflictos. Es un país, que es lo que nuestro Presidente dice, o el Presidente de ellos dice, es un país de oportunidades, un territorio. O sea no hay país, no hay comunidad política.

Dicho eso, déjenme señalar una cuestión que me parece central, quizás el rasgo fundamental de la década del sesenta y, por lo tanto, del comienzo de los setenta, que es la traducción política de un fenómeno cultural.

El fenómeno cultural, Julio Pinto lo ha señalado, lo ha aludido al abordar el tema del cambio. Cuando se nos decía que Joaquín Lavín era el cambio, uno decía: "Pero ya este cuento uno lo oyó durante toda una época". Y ahí, en esa otra época, sí que el concepto de cambio era un cambio duro, porque partía de la siguiente idea: el mundo se puede cambiar. Eso lo decía tanto la Iglesia católica como lo señalaba también, claramente, la Revolución cubana para toda América

Latina, cuyo impacto en la política latinoamericana y mundial, dicho sea de paso, en términos de Guerra Fría, nunca se exagerará. Entonces, el mundo se puede cambiar. Pero es una cosa inmediata, el mundo se puede cambiar y se puede cambiar no rezando, no trabajando, se puede cambiar a través de la política. La política vertebraba a los actores sociales, era el modo de constitución de los actores sociales y con una particularidad —para el caso chileno— que se exacerba en la década del sesenta, que es la política partidaria.

Para todos los países de América Latina —alguien diría, para todos los países constituidos desde el Estado— la política es importante, pero para países como Chile la política se expresaba, fundamentalmente, por razones que no es el momento analizar, a través del sistema de partidos. Tanto así que el sistema de partidos, o izquierda, centro y derecha o cada partido individual, era de algún modo determinante de las identidades individuales. La música que escuchaba alguien, la manera como se vestía y —con el perdón de esta institución— hasta la manera cómo se hacía el amor, probablemente, dependía o, más bien, tenía que ver con las identidades político partidarias. Esto es muy importante de señalar, porque le va a dar un aspecto, que es básico, a la política chilena, que es el aspecto institucional. Cosa que no tienen las otras formas de política en América Latina, salvo la uruguaya y la mexicana, pero la mexicana sin pluralidad. Es decir, si ustedes toman el caso argentino verán que, obviamente, la política sigue siendo una cuestión fundamental, pero no es la política partidaria, es la política mucho más emocional referida, por ejemplo, al liderazgo carismático o personal del líder populista. Entonces, este primer elemento me parece fundamental: el mundo se podía cambiar y se cambiaba principalmente, fundamentalmente, gracias a la política. Por lo tanto, hay aquí un fenómeno cultural, pero un fenómeno cultural que se politiza, y este es el tema crucial a partir del cual voy a desarrollar lo que quiero decir.

Cuando, en marzo de 1970 yo vuelvo de hacer mis estudios de Doctorado en París —yo había sido presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC) y se suponía que me iba a integrar como profesor a la universidad— la primera actividad que hago dos días o tres días después que llego, es una actividad insólita. Marzo de 1970. En el salón de honor en el Campus Oriente se le daba el Doctorado honoris causa a Eduardo Frei Montalva,

que citaba nada menos que a Marcuse en aquella época. La federación de estudiantes había rechazado apoyar ese Doctorado honoris causa y, en cambio, había organizado una manifestación para darle una especie de Doctorado honoris causa alternativo a Víctor Toro. ¿Quién era Víctor Toro? Era un dirigente poblacional del MIR, que ya se había caracterizado por varias tomas de poblaciones. Las tomas tenían una larga historia en Chile, pero se habían exacerbado a partir de 1967, año que varios historiadores señalan como el año que marca la bisagra, más que el año 1970. Y las tomas se habían masificado, comenzando con la toma misma de la Universidad Católica, siguiendo con la toma de la Catedral al año siguiente, pero, sobre todo, con una gran cantidad de tomas de poblaciones. ¿Qué ve uno ahí? Ahí uno ve la metáfora de lo que va a pasar en la política: se trata de la búsqueda de un contenido alternativo radical, donde un dirigente poblacional es opuesto al Presidente de la República, para un Doctorado honoris causa. Y, por otro lado, en el marco de una institucionalidad que si bien no da para ese contenido alternativo, no queda, obviamente, cuestionada. Es en el marco de 'esa' institucionalidad que interesa desarrollar un contenido alternativo.

Entre paréntesis, quiero dejar marcada mi distancia con un concepto que pareciera que ayer fue consensual, el de 'hipermovilización' (término no lo suficientemente explicado), porque obviamente quién está pensando en él, está pensando en que es demasiado y quien está pensando que es demasiado, está pensando que tendría que haber una movilización controlada[2]. Bueno, eso se hizo en la dictadura militar, que encontró que estaba 'hipermovilizado' todo y, entonces, lo desmovilizó. O sea, quiero decir que el concepto de 'hipermovilización' es muy cercano al concepto de gobernabilidad, que fue desarrollado, precisamente, en torno a la sociedad chilena de los años 70-73 y que creo es un profundo error.

Entonces, retomando, en 1970 se presenta un escenario político a partir de esta idea central de que el mundo se puede cambiar y que es posible hacerlo a través de la política.

¿Cuáles son las opciones políticas que se presentan en 1970? Y, una de las preguntas que se nos hacía en la convocatoria, ¿por qué esas opciones no se habían presentado en 1964?

La diferencia entre el 70 y el 64 es muy importante desde el punto de vista eleccionario. En 1970 ya se ha desarrollado un gobierno reformista, en el sentido más profundo del término, de enorme envergadura y alcance; un gobierno que hace la transformación más importante de Chile desde su independencia, que es la Reforma Agraria. Ahora, un dato al respecto para que nos demos cuenta cómo se configuraba la política. Entre 1967 y 1972 se sindicalizan entre 200.000 y 250.000 nuevos campesinos, por primera vez; antes habían sindicatos muy pequeños. En cualquier país del mundo —esto significa más o menos una población de tres millones de personas— eso habría significado la creación de partidos: el Partido Campesino, el Partido de la Reforma Agraria o el que fuera. En Chile, cada uno se va a una federación, cada sector campesino del Partido Comunista, del Partido Socialista, de la Democracia Cristiana, incluso de la Derecha, cada cual tenía una federación para recibir a los campesinos y pequeños propietarios. Quiero decir, con esto, que la estructuración era en términos de partidos.

Entonces, en 1970, ya tenemos la experiencia de un gobierno reformista, transformador, que ya ha hecho sus transformaciones, sus proyectos de modernización y de democratización, completando lo que hoy día llaman ‘reformismo incompleto’, desde 1938 para adelante; y lo ha hecho manteniendo el marco del capitalismo. Y, por otro lado, la izquierda ha sufrido un golpe importante con la derrota de 1964, no puede reivindicar o realizar las mismas reformas que el gobierno democratacristiano; está en deuda ideológica, si ustedes quieren, con la idea de la revolución, que la Revolución cubana instauró como posible, necesaria y deseable para América Latina.

Entonces, la única alternativa posible al reformismo, y por supuesto al capitalismo imperante, es un proyecto socialista, que no estuvo en 1964. El programa del FRAP, Frente de Acción Popular de comunistas y socialistas del

año 1964, dice expresamente: “No tenemos vergüenza en decir que no aspiramos a una sociedad socialista”. El programa de la Unidad Popular del año 70 dice exactamente lo contrario.

¿Qué había pasado entremedio? Había estado este proceso del reformismo y había estado, por supuesto también, la deuda ideológica que se siente con el significado de la Revolución cubana. Esto era especialmente importante en el seno de uno de los partidos, del Partido Socialista, lo era mucho menos en el Partido Comunista. El Partido Comunista, por sí mismo, no cambia nada de su línea hasta 1980; mantiene la misma línea de los años 1930 o 1940, solo que privilegia por encima de todo la alianza con el Partido Socialista, por una razón muy simple: queda profundamente aislado en su componente clasista. El carácter ‘nacional’ se lo da el Partido Socialista y la brújula política la da el Partido Comunista. Entonces, el Partido Socialista plantea como condición de la alianza con el Partido Comunista el proyecto socialista; y el Partido Comunista acepta esta condición sujeta a que se incorporen sectores de clase media o reformistas. Los mismos sectores de clase media o reformistas que los habían expulsado a Pisagua en el año 1947. Pero esa es la condición que se pone y esto es lo que da origen a la Unidad Popular, cuyo proyecto socialista era, salvo la retórica, un proyecto socialista convencional clásico: expropiación por parte del Estado de los grandes monopolios, de modo que, por un lado, se reoriente la economía hacia bienes de consumo popular y, por otro lado, se utilice el excedente en proyectos redistributivos.

El resto del programa, el ‘hombre nuevo’ y todas esas otras cosas, incluso la ENU que vino después, son cosas a las cuales nadie le daba mucha importancia. El punto central, nodal, era la expropiación del capital monopólico imperialista y nacional, y la definición del enemigo, del terrateniente, la burguesía, la gran burguesía y el gran capitalismo norteamericano. En 1970, este proyecto tiene un enorme atractivo para el mundo de izquierda, pero al mismo tiempo, no es tan distinto al proyecto que va a desarrollar o plantear la candidatura democratacristiana.

El mundo se cambia a través de la política, pero ¿qué es ‘el mundo’? El mundo es capitalista, y por lo tanto, se cambia a través del socialismo o de la lucha contra —nadie lo había oído nombrar nunca— el ‘neocapitalismo’. Lo del ‘neocapitalismo’, Radomiro Tomic lo trae de Estados Unidos, donde había sido embajador, donde empiezan los primeros estudios sobre la globalización, la transnacionalización, los conglomerados, que, por otro lado, coincidían con investigaciones que se habían hecho en Chile, por primera vez, donde aparece la denuncia de los grupos económicos, de los conglomerados nuevos, tipo ‘pirañas’, etc. Entonces, Tomic se plantea contra Frei: “Frei ha hecho el mejor gobierno del mundo, pero no ha hecho la revolución; Tomic hará la revolución”, esa era la frase. Él plantea el tema de que había que superar el capitalismo y el ‘neocapitalismo’.

Estamos, entonces, frente a una materialización —en candidaturas presidenciales, lo que es propio de la política chilena— de una de las alternativas planteadas en la década del sesenta en América Latina y en Chile, que es la alternativa de la revolución. Y, en este caso, hay dos candidaturas, que están en ese mismo polo. ¿Cuál es ese polo? Continuar y profundizar los procesos de democratización social, rompiendo el carácter mesocrático, ya mencionado por autores como Aníbal Pinto, pero sustituyendo el modelo de desarrollo capitalista. La otra alternativa está planteada por la derecha. La derecha había sufrido un cambio importante en la década del sesenta, al cual aludía también Julio Pinto. El año 1964 la derecha no presenta candidato, se pliega detrás de la candidatura democratacristiana, por el temor a Allende. Es ella la que organiza y financiera mediáticamente la campaña del terror contra Allende, que fue bastante importante en el triunfo de Eduardo Frei. Aunque no es la campaña de Frei, es la campaña de los que apoyan a Frei.

Esa derecha se siente totalmente traicionada y en 1970 no era infrecuente escuchar: “Yo prefiero votar por Allende que votar por Tomic”, porque efectivamente se sentía traicionada por la Democracia Cristiana. Fundamentalmente, porque la derecha chilena es incompresible sin la matriz de la hacienda, sin la matriz oligárquica, sin la matriz del latifundio y es eso lo que el Gobierno de Eduardo Frei había roto, o intentado romper. Por lo tanto, la derecha va primero a reunificarse, supera la división liberales-conservadores,

crea el Partido Nacional el que va a hacer una propuesta fundacional. Por eso la idea del cambio, que, en este caso, la expresaba la candidatura de Jorge Alessandri.

¿Por qué una idea fundacional? Porque, para profundizar el capitalismo se trata de romper con los procesos integrativos, redistributivos, con el populismo, si ustedes quieren, y darle el poder a los hombres de trabajo, como decía en aquella época Sergio Onofre Jarpa[3]. De lo que se trata, es de generar un nuevo modelo capitalista, desligado de los procesos de interferencia 'redistributivista'. Y eso se va a expresar en que el programa de Jorge Alessandri se va a denominar La Nueva República: ¿han visto algo más fundacional que la "Nueva República"? ¿Y quién dirige el programa de Jorge Alessandri? Lo dirige Pablo Barahona que luego será Ministro de Economía de los Chicago Boys, en dictadura. Es decir, se plantea el único programa capitalista posible, en ese momento, para la derecha, que era un programa de profundización capitalista revirtiendo los procesos de democratización. Ahora bien, sabemos que ese programa no podría haber sido llevado a cabo dentro de los marcos democráticos.

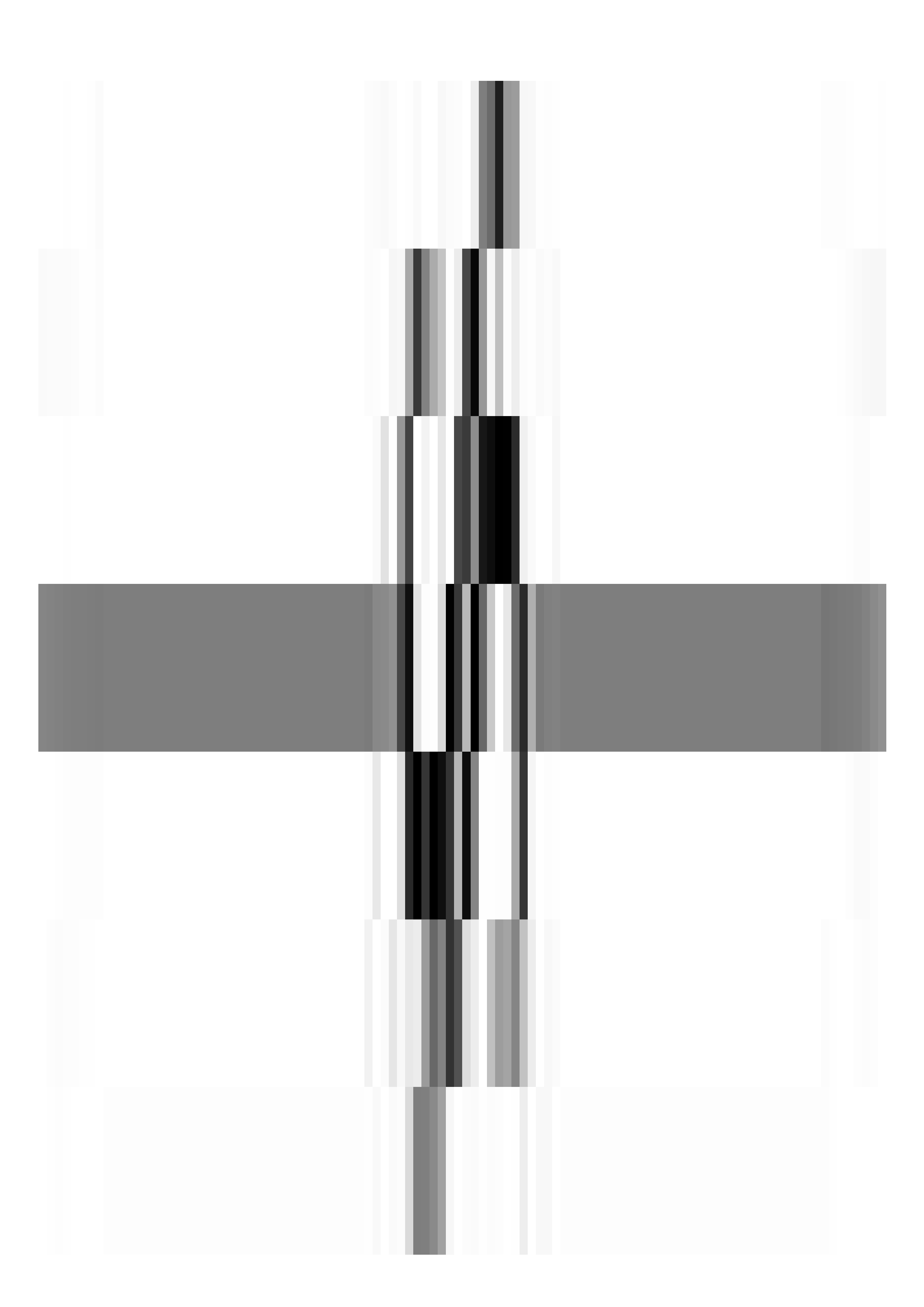
Para cerrar. El gran tema planteado en 1970, y que se va a desarrollar dramáticamente entre 1970 y 1973, es por qué razón no hubo fuerzas sociales, intelectuales, espirituales, políticas, que le dijeran a los dos actores principales que iban a hacer los cambios —digo el centro y la izquierda, que eran los actores ejes del cambio— que les dijeran que esos cambios no eran posibles, sin una coalición. Que esos cambios no eran posibles con una minoría intentando desarrollarlos, porque la fuerza de oposición que desatan esos cambios solo es controlable o por las armas —y se había renunciado a ello— o por las mayorías políticas. Y no se fue capaz de construirlas.

1 Ver presentación de Julio Pinto, pp. 132-139.

2 Ver presentación de Genaro Arriagada, pp. 27-37.

3 Presidente del Partido Nacional entre 1970 y 1973, principal partido de la derecha desde 1965.

MOVIMIENTOS SOCIALES HISTÓRICOS

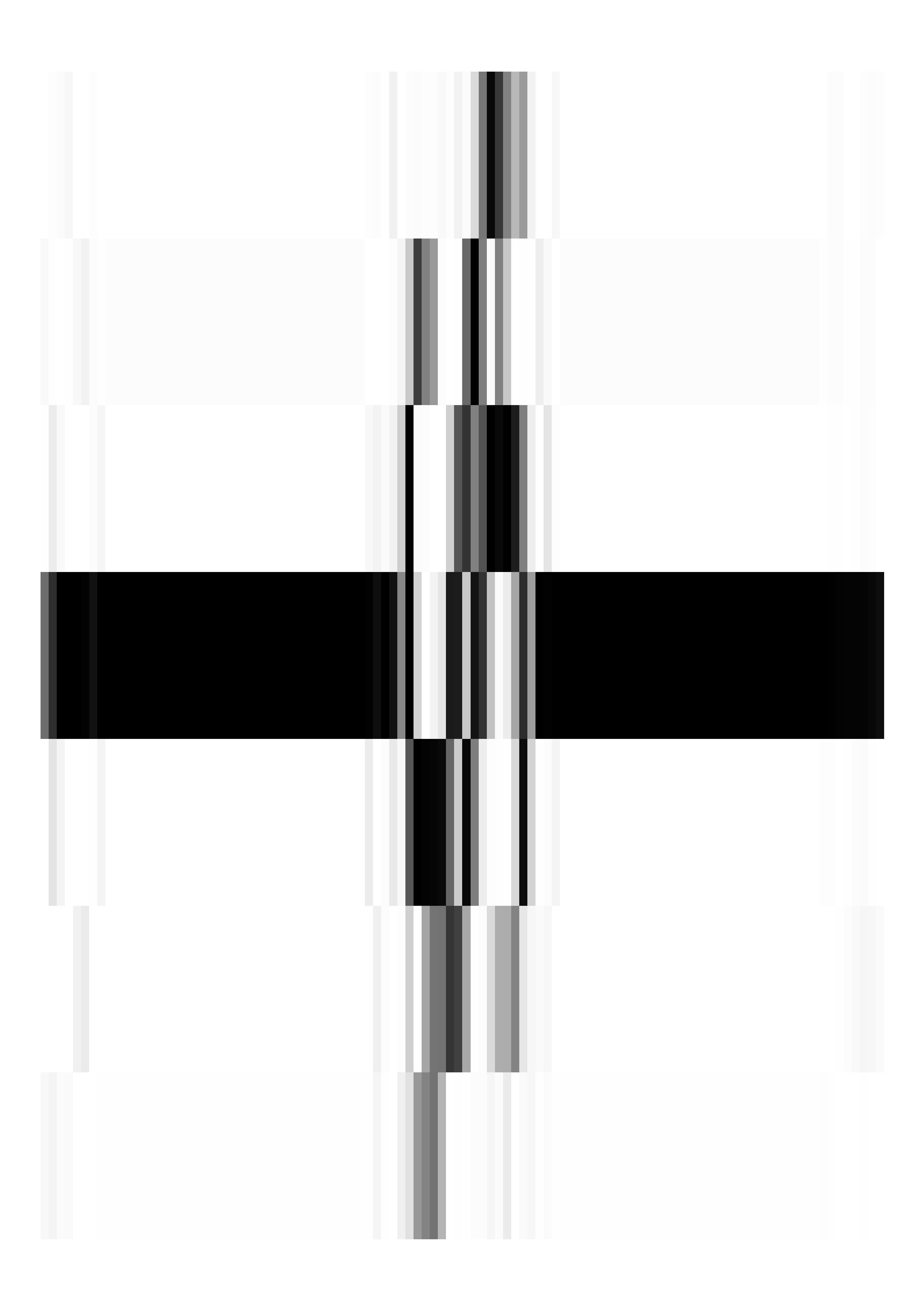


Manuel Gárate

Mario Garcés

Francisco Tapia

PRESENTACIÓN DE MANUEL GÁRATE



Intentaré, en esta presentación, conectar y profundizar dos temas relevantes en el período y en la actualidad: revueltas estudiantiles y cambio social.

Antes quiero hacer un breve paréntesis: creo ser el primero de los expositores que no había nacido en 1970, eso ya hace una pequeña diferencia, aunque yo nací dos años después, lo que hace que no sea tan joven. Normalmente, cuando se habla de este período, a los que no nacimos en la época se nos dice: “Mira, tu opinión no vale mucho porque tú no vivías en la época, tú no sabías lo que realmente estaba pasando”. Pienso que esa es una gran falacia; nosotros debemos y podemos entrar en todos los ámbitos, en todos los espacios del pasado. Si no fuera así, nadie podría hablar de la Colonia, ni de ningún otro tiempo lejano, porque nadie había aún nacido. Por lo tanto, ese argumento uno debe dejarlo de lado desde la partida.

Quiero ahora hablar sobre la importancia que tuvieron los movimientos sociales en el ámbito estudiantil. No vamos a hablar de los grandes colectivos sociales, sino de grupos más pequeños, que tienen que ver con organizaciones estudiantiles, con movimientos de jóvenes, sobre todo a nivel universitario. Esto está relacionado con lo que los sociólogos más dedicados al tema han denominado como ‘nuevos movimientos sociales’. Es decir, que son el origen de movimientos que en los años 70 y 80 van a tener gran importancia en todo el mundo occidental, pues luchan por un tipo de reivindicación bastante particular. No buscaban la revolución social en el sentido tradicional, sino que se planteaban reivindicaciones de carácter feminista, por los derechos civiles, anticoloniales, de liberación sexual, ecologistas, antiimperialistas, incluso antisiquiátricos, antibélicas también. Es decir, vamos a ver una serie de movimientos que surgen a fines de los cincuenta, pero sobre todo a inicios de los sesenta, y que van a desembocar en los setenta en distintos núcleos que se van a agrupar en lo que hoy podría llamarse ‘izquierda alternativa’, por ponerle un nombre, aunque no me satisfaga del todo.

Ahora bien, uno de los momentos donde este tipo de pensamiento comienza a tomar forma, es durante el periodo de los movimientos estudiantiles de la década de 1960. Y aquí el caso chileno es particularmente interesante, no por hacer hincapié en la eterna excepcionalidad de Chile, sino justamente porque en Chile el movimiento estudiantil partió varios meses antes que el de mayo del 68 francés. Esto es muy importante decirlo, porque cuando personalmente sostuve esto en París, los franceses, digámoslo claramente, se negaban a creerlo. Para ellos, mayo del 68 había sido el único comienzo, ahí partía todo. A lo más, ellos hacían referencia a movimientos en la Universidad de Berkeley en California, pero lo que pasaba en América Latina no lo tomaban mayormente en cuenta. Por lo tanto, hacer hincapié en la importancia y originalidad ideológica de los movimientos latinoamericanos me parece una cuestión esencial.

Así, no voy a entrar en la disputa o en la polémica en torno al carácter revolucionario de los movimientos estudiantiles de la década del sesenta, sino que me interesa hacer hincapié en el tema del cambio social y ver este otro tipo de reivindicaciones, que hoy en día forman parte de algo que es esencial en el debate político: la famosa ‘agenda valórica’. Resulta que ella aborda todos los temas que surgieron a partir de estos años; no es casualidad que tales movimientos estudiantiles tuvieran importancia también en el pensamiento de muchos de los líderes juveniles de la década de 1970, y que aparecieron simultáneamente en diferentes lugares. Estamos hablando de California en Estados Unidos; el movimiento en Argentina, en la ciudad de Córdova; en Santiago de Chile; en Berlín; en Praga; en Ciudad de México; Yakarta en Indonesia; en Bogotá; en Londres. Es decir, estamos frente a un fenómeno general de reivindicación de nuevos derechos.

Lo interesante es que detrás de estos movimientos, y sobre todo mayo del 68, está la idea de que más allá de la revolución hay un cuestionamiento muy fuerte a todas las formas del poder. Se trata, finalmente, de un cuestionamiento a la autoridad, que va desde la familia hasta las autoridades a nivel político nacional. Pero también las autoridades que se dan a nivel universitario. Y en esto el caso chileno es bastante evidente. Yo recuerdo que todo el movimiento de la reforma universitaria del año 1967, no se inició en Santiago sino que en Valparaíso, y va a tener formas distintas en los diferentes centros educacionales. En Concepción,

por ejemplo, va a tener una dinámica muy distinta, en Santiago un desarrollo muy especial, también, pero —sobre todo— me voy a centrar en el caso particular de la Pontificia Universidad Católica de Chile, que hasta ese momento representaba el centro de reproducción social de la elite conservadora chilena. Esto es necesario de mencionar, porque justamente los hijos de esta elite —y también lo vamos a ver en un nuevo grupo de clase media, que se origina en hijos de familias de personas que forman parte de las profesiones liberales— van a empezar a cuestionar un modelo y una universidad que, precisamente, los beneficia a ellos mismos en la reproducción de su calidad de grupo dominante. Y a partir de esa misma universidad, va a aparecer el cuestionamiento dirigido originalmente a la autoridad universitaria, pero que después lo será al resto de las estructuras sociales.

Aquí hago una pequeña pausa porque considero necesario hacerse la siguiente pregunta: ¿Dónde se produce este cambio? ¿Dónde se produce esta transición entre la reivindicación propiamente universitaria, frente a la autoridad académica, y la reivindicación de tipo nacional? Eso va a ocurrir en un espacio temporal muy breve y tiene que ver, justamente, con el Chile de 1970. Hasta 1967, las reivindicaciones y el movimiento reformista eran extremadamente locales y apuntaban principalmente al cambio en la universidad. En solo tres años, buena parte de esa juventud, buena parte de esos líderes, entre ellos uno que se encontraba aquí hasta hace pocos minutos, Manuel Antonio Garretón, van a tener una participación directa en la concepción de cambios a nivel global y a nivel nacional.

Un tercer elemento que tiene la reforma en la Universidad Católica, es cómo en estos pocos años, 1967 —voy a ir un poco más adelante— hasta el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, se va a producir al interior de la universidad un movimiento que primero fue propiamente estudiantil y que después se va a convertir en un movimiento asesor del rector de la época, Fernando Castillo Velasco, conocido como el Movimiento de la Reforma. Este grupo, que va a participar en la toma de la universidad el año 67, que va a crear el famoso slogan “Chileno, El Mercurio miente”, va a ser un grupo de jóvenes que —por primera vez en la historia de Chile— va a tener una importancia tan radical en el gobierno de la universidad y, sobre todo, de un plantel tradicional

como era la Universidad Católica de Chile. Lo cito como una anécdota, pero en la época se decía que los estudiantes de la universidad o quienes tenían reunión con el rector, debían besarle el anillo. O sea, tenían que realizar un gesto que hasta ese momento se consideraba una cuestión banal al interior de la universidad.

Durante el año 1967, la toma de la Universidad Católica de Santiago, a pesar de que el movimiento venía de Valparaíso, va a tener un impacto comunicacional, mediático y en la juventud mucho mayor que lo que constituyó el evento mismo. Veremos que se trata de un evento bastante menor, comparado con lo que pasó en París en 1968. Pero sí nos va interesar el grupo que surge de este Movimiento de la Reforma y cómo justamente ahí —que creo es otro elemento vital para entender el Chile de hoy— en la Universidad Católica de la segunda mitad de la década del sesenta, se generan dos de los más importantes grupos de poder e intelectuales que van a tener influencia hasta el día de hoy en la política y sobre todo en la economía en Chile.

Vamos a ver que la disputa en la Universidad Católica por el control de la Federación y por el control de la Rectoría, va a reflejar dos tendencias muy marcadas: el grupo de la Reforma, liderado por un joven estudiante de medicina, Miguel Ángel Solar; y, también, el grupo de estudiantes gremialistas cuyo líder más conocido era Jaime Guzmán Errázuriz; quienes se van a transformar en dos elementos de enorme influencia en el Chile posterior a 1970. Baste decir que del grupo de la Reforma van a salir altos dirigentes del MAPU, pero también del grupo contrario, del grupo más conservador y del grupo de economistas que se van a unir a los gremialistas más tradicionales, que venían de la escuela de Derecho, va a surgir el futuro núcleo de la UDI[1]. Pero, también, esa posibilidad de unir política con economía va a permitir el tránsito de los economistas de la escuela de Chicago hacia el poder político.

Esto va a ser una especie de camino que se va a forjar al interior de la universidad, transformándola entre 1967 y 1973 en un microcosmos, que va a adelantar lo que pasaría en el país después. Fue una especie de representación de

las grandes divisiones que se produjeron en Chile posteriormente. Y todo esto, en una universidad que hasta ese momento no era la universidad más importante del país. Debemos recordar que hasta el golpe de Estado era la Universidad de Chile la que formaba a las elites, o al menos a las elites gobernantes. Debemos recordar que, prácticamente, todos los presidentes de Chile fueron formados en esa universidad, pero también todo lo que tenía que ver con la tecnocracia e incluso en términos de la elite política.

Ahora bien, quiero destacar que este grupo de estudiantes de la Universidad Católica, la mayor parte de ellos del grupo de la reforma, va a estar muy ligado con la Democracia Cristiana, es decir, si no son militantes muchos van a ser seguidores o simpatizantes de este partido político. Esto para decirles que en esa década, la idea de revolución no formaba parte solamente de la izquierda tradicional, sino que también la Democracia Cristiana manejaba, y con mucha fuerza, el concepto de revolución. En Latinoamérica se va a dar el influjo y la fuerza del Concilio Vaticano II, y vamos a tener en este continente un movimiento político de cristianos de izquierda muy fuerte. Muchas veces en Europa cuesta comprender que en América Latina congregaciones completas, incluso, van a estar muy jugadas por el cambio social, vinculadas con la Teología de la Liberación. Bueno, esto es un fenómeno en el cual Latinoamérica tiene un lugar muy destacado.

Estos jóvenes influidos por la Democracia Cristiana, se aglutinan en torno a la idea de revolución; baste decir que la escuela de Sociología de la Universidad Católica, a principios de la década de 1960, era conducida por un sacerdote jesuita, Roger Veckemans, que ya hablaba de revolución. Una revolución que no era una revolución como se entiende actualmente en el lenguaje de la izquierda marxista, sino una revolución que involucraba la convivencia de todos los actores sociales. Este concepto de revolución, donde el pueblo forma una comunidad, lo vamos a ver también reflejado en las ideas del Rector de la Universidad Católica, entre 1967 y 1973, el arquitecto Fernando Castillo Velasco. Él va a tener una importancia radical en la creación de esta nueva idea de comunidad universitaria. Durante estos años, la Universidad Católica va a ser un espacio de experimentación de esta idea de comunidad. Tanto es así, que hacia el año 1971 el propio Fernando Castillo Velasco va a invitar al grupo de

estos jóvenes, que formaron parte del movimiento reformista, a ser parte de una experiencia particular, ya no solamente al interior de la universidad, sino en una comunidad de vida real.

Fernando Castillo Velasco finalmente no podrá llevar a cabo su proyecto comunitario en la universidad, pues será abortado por el golpe de Estado. Sin embargo, él va guardando una pequeña esperanza de esta comunidad surgida del 67 chileno, del 68 francés, que daría forma a una comunidad de intelectuales que en su origen no es más que una comunidad habitacional, pero con el tiempo —esto yo lo pude comprobar a través de diversas entrevistas a las personas que vivieron en esta comunidad— fue realmente una especie de isla en libertad, una especie de refugio donde se vivieron los ideales de 1970 durante todo el período de la dictadura militar[2].

Entonces, este trayecto —quizás un poco desordenado que les he hecho— va desde estos movimientos estudiantiles de los años sesenta, pasa por esta experimentación de la comunidad al interior de una universidad, una universidad tradicional, jerárquica, pero que en estos pocos años va a sufrir una modernización y una democratización bastante aguda y va a ser también el espacio de creación de las elites, elites intelectuales y económicas que se van a disputar el poder en Chile por los siguientes 30 años.

Finalmente, yo hago un rescate de los movimientos estudiantiles de los sesenta, tanto en América Latina como en Europa, justamente porque algunas de sus reivindicaciones, tratadas de maneras peyorativas en su época, son las que hoy forman parte de un espacio de reivindicación común, de una izquierda que busca reorganizarse. No se puede dejar de lado las reivindicaciones anteriores, aquellas de los movimientos sociales tradicionales, pero se pueden incorporar estas nuevas demandas como el gran legado de esta época. Es justamente ahí, en ese espacio, que resulta de particular interés estudiar los movimientos estudiantiles de la década del sesenta; cómo hoy las universidades o los mismos movimientos estudiantiles pueden rescatar y pueden ir a reconocer ese pasado. Buscar también una fuente de inspiración, en un pasado que —como dijo el profesor Julio Pinto[3]

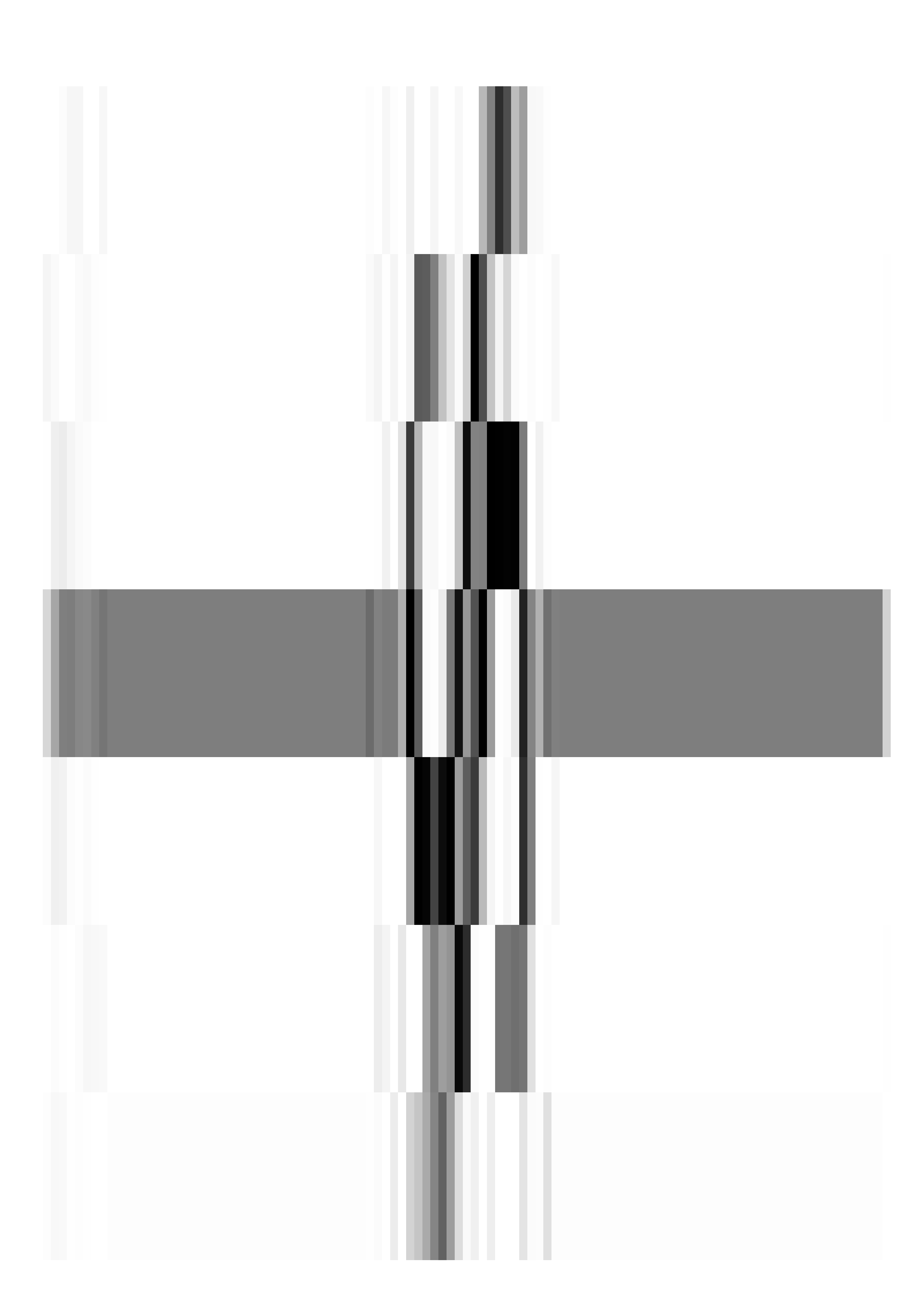
— no se puede recuperar, que ya es como otro planeta, para así construir un futuro a partir de este legado.

1 Unión Demócrata Independiente, partido creado por Jaime Guzmán en septiembre de 1983, canalizando buena parte del movimiento gremialista y pinochetista de la época.

2 Conjuntos habitacionales conocidos como ‘comunidades Castillo Velasco’.

3 Ver presentación de Julio Pinto, pp. 132-139.

PRESENTACIÓN DE MARIO GARCÉS



Es inevitable no hacer algunas referencias al contexto político, a propósito de los movimientos sociales y, en particular, a lo que podría representar el contexto político de los años setenta para el movimiento poblacional. Por otro lado, escuché la última parte de la mesa anterior y creo tener discrepancias con algunas de las afirmaciones que se hicieron. Entonces, voy a explicar cómo veo que el contexto influye o condiciona los movimientos, haciendo mención, cuando corresponda, a aquellas discrepancias.

En las actuales teorías de movimientos sociales, una de las categorías en la cual más se insiste es lo que se llama 'la estructura de oportunidades políticas'. Por lo tanto, la pregunta podría ser: ¿de qué manera el sistema político favorece o no las oportunidades para la acción colectiva? Dicho en buen romance: ¿En qué manera la situación política y el Estado colaboran o no en el desarrollo de un movimiento social?

En el caso del movimiento de pobladores, que es lo que yo más he trabajado y fue lo que se me pidió que expusiera hoy, es evidente que el año 70 representa una especie de año bisagra, porque es un año en que termina, por un lado, la revolución en libertad y se está abriendo, por otro, el espacio a la vía chilena al socialismo; es un año bastante paradigmático. En ese año, a mi juicio, hay dos rasgos que sin duda favorecen el desarrollo del movimiento de pobladores: por una parte, toda la fuerza social que libera el proceso de reformas iniciado por la Democracia Cristiana, todos los efectos que tiene sobre la sociedad esa reforma social, y, por otra parte, la expectativa que abre la Unidad Popular de un proceso que no solo radicalizará los cambios, sino que además inhibirá la acción represiva del Estado sobre los movimientos populares. Entonces creo que aquí hay dos aspectos muy importantes.

En el caso de las reformas promovidas por la Democracia Cristiana, es obvio que algunas fundamentales como la Reforma Agraria o la Promoción Popular afectaban directamente a dos de los movimientos que más desarrollo alcanzan en

los años sesenta, como son el movimiento campesino y el movimiento de pobladores.

En el caso de los campesinos, es claro: se promulga la Ley de Sindicalización Campesina el año 67, que permite lo que decía Manuel Antonio Garretón en la mesa anterior, que de alrededor de unos 2.000 campesinos sindicalizados al principio de los sesenta, a la altura del 73 se hayan sindicalizado más de 200.000[1]. Por lo tanto, un crecimiento completamente explosivo. Y el número de tomas de fundos en el campo también se incrementó el año 67 hasta el 72. En el caso de los pobladores, evidentemente los programas de la DC fueron muy importantes porque, primero, fueron uno de los programas más expansivos de construcción de viviendas, pero, al mismo tiempo, se trató de un programa acompañado de promoción popular, que significaba apoyo a la organización popular.

Quiero decir con esto que, en el fondo, el Estado, una cosa rara en la historia de Chile, está favoreciendo y estimulando de alguna manera la organización popular. Por ejemplo, el año 65 al postular a una vivienda, el estar organizado daba más puntos que si se postulaba individualmente, cosa que hoy día parece impensada. Es decir, si yo estoy en un colectivo y postulo tengo más puntaje, lo que no es el caso ahora.

Sin duda que este apoyo del Estado al movimiento también hay que discutirlo en cuanto a sus orientaciones, a las formas que asume, porque son zonas complejas. Hay que ver, por ejemplo, qué tipo de institución es la que se crea, quiénes son los funcionarios, los profesionales que participan de esas instituciones, etc. En el caso del gobierno de la Democracia Cristiana, es evidente que el proceso de reformas es un proceso que tiene un claro contenido estatal o un claro origen estatal; el proceso de cambio se monitorea, se estimula y se dirige desde el Estado. Lo cual crea tentaciones, ya sea clientelistas o paternalistas de parte del Estado; y también tentaciones corporativistas. En alguna etapa cuando se discutía la Ley de Juntas de Vecinos, por ejemplo, se pensaba que estas podían depender directamente del Ministerio del Interior, lo cual era indicativo de una

lógica corporativa. Hacer depender la organización vecinal del Ministerio del Interior significaba un control del Estado, de su aparato de seguridad interna, sobre los vecinos. Por supuesto que la izquierda y el Partido Radical en el Senado, impidieron que la ley tomara ese camino y tomó un rumbo distinto.

Hay vocación de apoyo desde el Estado, pero, al mismo tiempo, esto tiene un cierto carácter, una cierta naturaleza; no es inocente, eso quiero decir. O sea, quiero salir un poco al paso de esta idea de que ‘todo Chile tenía que cambiar’, esa fue la consigna de la DC a principios de los sesenta, profundizada luego por la izquierda: ojo, que no siempre está claro qué dirección puede tomar el cambio.

Hay otro problema asociado a las orientaciones que podía tomar el cambio desde el Estado, qué es lo que pasaba con el propio personal de Estado. Estoy pensado en los funcionarios de la Promoción Popular, en los funcionarios de la CORA, del Indap[2], es decir, de las instituciones, de las agencias que se crean desde el Estado para apoyar a los campesinos y a los pobladores. La percepción que uno tiene es que, en el desarrollo de estos funcionarios se fue produciendo crecientemente una crisis de lealtad entre la fidelidad a las orientaciones que surgían del Estado y la relación que iban tejiendo con los propios movimientos sociales. Por lo tanto, de alguna manera esta crisis de lealtades en el campo de las propias instituciones del Estado y de esos profesionales, provocan la crisis que, por ejemplo, da origen al MAPU el año 69; y, en otros casos, cristianos revolucionarios de esa época que terminarán en el MIR.

Pero no solo están los límites en ese campo, sino que también están los que van a poner los propios movimientos a la acción del Estado. O sea, en la medida en que los movimientos son favorecidos por el Estado y que alcanzan desarrollo, van a buscar poner en práctica sus propios saberes acerca del cambio social o impulsar sus propias orientaciones respecto al cambio. Con esto estoy diciendo que es muy interesante ver, en los sesenta, cómo el Estado apoya pero, al mismo tiempo, tiene límites. Y el Estado, por su propia acción, genera contradicciones que son contestadas por la propia sociedad.

En el caso de los movimientos populares en Chile, por sus tradiciones de autonomía —este es uno de los países donde los movimientos sociales tienen mayor tradición de autonomía, en contrario a lo que se dice, que todo lo hace el Estado o los partidos— pienso que esa imagen de los 30 a los 70, como una sociedad construida desde el Estado y monitoreada por los partidos, es bastante discutible.

Esta vocación estatal de la Democracia Cristiana de alguna manera tiene continuidad en la Unidad Popular. La Unidad Popular en sus definiciones más fundamentales, por ejemplo a la luz de su Programa de Gobierno el año 70, es tan estatista como la DC; lo que diferencia la Unidad Popular son las orientaciones que le da al cambio. Ahora, el cambio quiere ser socialista, pero quiere ser estimulado, dirigido y monitoreado por el Estado. Y los que conocemos la historia y los que han leído la historia de la Unidad Popular, saben que, justamente, la crisis de la izquierda es la crisis entre el Estado y la sociedad civil. La crisis de la izquierda en ese momento es si debía seguir solo las orientaciones del Estado, muchas de las cuales eran necesarias, versus si la lealtad de la izquierda se producía respecto de los propios movimientos.

El texto de Peter Winn Tejedores de la revolución[3], que es un estudio sobre la empresa textil Yarur durante el inicio de los setenta, es tremendamente expresivo de esto. Lo que se sostiene en este texto es que, en realidad, en la UP confluyeron dos revoluciones. Él dice, la revolución desde arriba, la de los planificadores, la de los partidos, en fin, y la revolución desde abajo, que es el modo en que las bases populares se apropian de la idea del cambio. Y ese modo de apropiación del cambio, tiene que ver con las tradiciones de autonomía de los movimientos populares en Chile. La tragedia de la UP no es tanto, a mi juicio, o no es solo la tragedia de no haberse encontrado con la Democracia Cristiana, que es la tesis de Manuel Antonio Garretón en un libro escrito hace 20 años y que sigue siendo reproducida como la única tesis posible de explicación de la UP en otras versiones. A mi juicio, la crisis de la UP, junto con la crisis en el Estado, tiene que ver con la crisis del Estado con la sociedad. Porque lo que efectivamente provocan los sesenta, tanto en el caso de la DC como de la UP, es

un estímulo y una apertura o, si ustedes quieren, un proceso de democratización que comienza a hacer visible y a hacer oír a los sectores populares de la sociedad. Eso es la Unidad Popular al ganar las elecciones de 1970[4].

El año 70 es el año de mayores movilizaciones poblacionales. Discutimos con distintos autores si las tomas de sitio en Santiago y provincias son 352 o 320, solo ese año. Las tomas se inician el año 1957 con La Victoria, incluso antes, el año 47 en La Legua, pero el ciclo de tomas más importante se inició el año 67. La estimación que uno puede hacer para Santiago debe ser cercana a unas 350 tomas en todo ese período; pero el año de mayores tomas es el año 1970, con 103 tomas en Santiago y 200 y tantas a nivel nacional. Hay muchas razones que explican por qué ese año es un año tan activo; en parte, como lo dije al principio, porque es un año bisagra, un año en que confluyen el fin de la Revolución en Libertad y el inicio de la Vía Chilena al Socialismo; pero, además, es una coyuntura electoral y estas siempre favorecieron los movimientos de tomas de sitios.

A principios del año 70 el Ministro de la Vivienda declaraba a la prensa que ese año había todavía 32.000 familias inscritas a la espera de sitios y de casas donde vivir en la capital. El movimiento de tomas alcanzó tal magnitud, que al año 72 se estima que en Santiago había 275 campamentos, que no son lo que hoy conocemos como campamentos, ya que, en ese tiempo, los campamentos eran lo que se producía después de una toma, lo que surgía con la toma de terreno. En Santiago había, entonces, 275 campamentos que aproximadamente agrupaban a unas 83.000 familias, o sea cerca de medio millón de personas, que representaban el 16 por ciento de la población de Santiago. Si eso no es movimiento es difícil encontrar algo que se le parezca, es decir, casi medio millón de personas, que habían modificado su modo de vivir en la ciudad producto de una movilización social y política.

La pregunta que corresponde plantearse es: ¿Qué hace posible esto que hemos descrito?

Lo primero, que a mi juicio es clave, es que no se trata solo de las oportunidades políticas que abrió la coyuntura a fines de los sesenta, sino que, principalmente, son las tradiciones organizativas de los propios trabajadores. O sea este pueblo —y sobre todo el más pobre— tiene grandes tradiciones organizativas. Eso está en el ADN de la cultura popular chilena, es decir, fue un recurso permanente el aprender a organizarse. Y si uno sigue las tradiciones organizativas, hay que remontarse al mutualismo; hay que ir a los motines de principios de siglo XX; hay que ir al movimiento de arrendatarios de los años 20; a las juntas de adelanto y a los comités de pobladores de los años 50; para, finalmente, rematar en los comités de los sin casa de los años 60.

A partir de lo anterior, quiero hacer una segunda afirmación, discutir lo que alguna vez dijo mal Manuel Castells —quien hizo muy buenos trabajos pero unos también muy al paso—, por ahí por los años 80: "En realidad los movimientos de pobladores en Chile fueron producto de los partidos políticos, fueron una creación de los partidos políticos". Y como los intelectuales se citan unos con otros, muchos después han seguido afirmando que en realidad el movimiento de pobladores fue una creación de los partidos y que, al acabarse los partidos, se acabó el movimiento. Creo que esa es una tesis que hay que discutir, ciertamente, porque las tradiciones organizativas son anteriores a los partidos y, en muchos casos, superan a los partidos.

Creo, para terminar, que el tercer problema que hay que plantearse es el impacto de esta movilización sobre los propios pobladores, ya que modificó sus modos de auto percibirse en la ciudad. Dicho de otra manera, una movilización de esta magnitud implicó cambios fundamentales en la subjetividad popular y, por lo tanto, en la manera en que los más pobres se percibieron a sí mismos. No es causal, en este sentido, que, más tarde, el principal actor democrático, el que más resiste a la dictadura y el que más sufre en las luchas contra la dictadura de los años 80, haya sido el mundo de las poblaciones. O sea, el mundo de las poblaciones, que se configuró en los sesenta e inicios de los setenta, transformando la ciudad, configurando lo que un arquitecto en la época llamó una verdadera 'revolución urbana'. Este mundo social modificó la forma de auto

percibirse del propio pueblo. Así como tampoco es casual que este pueblo no forme parte de los procesos de transición política ni democrática que hemos vivido en los últimos años.

Notas del debate

Como decía Armando De Ramón, Chile se funda, la elite se funda, en el miedo a los indios, que fue el primer miedo, al que luego sigue el miedo a los pobres. Porque cuando los pobres no están participando se les teme y el problema con la UP es que abrió tales expectativas que, la verdad, es que estaba en curso una revolución, una transformación fundamental de las relaciones sociales. Aunque con muy poca violencia, que es una cosa impresionante. Chile no tiene los estándares de violencia, en términos comparativos, por ejemplo, de Argentina, en donde grupos revolucionarios como Montoneros eran mucho más radicales que el MIR chileno; esos grupos tomaban regimientos, asaltaban aeropuertos, combatían con grupos de cien hombres armados, en fin. Eso en Chile no existió nunca. En Chile el carácter social de las luchas es impresionante. O sea, aquí los mayores agravios son a la propiedad, que han sido históricos. La Reforma Agraria, ese es un agravio enorme, como fue un agravio también que los campamentos, después del 70, ya no solo se produjeran en la zona sur, norte y poniente de Santiago, sino que en Las Condes misma.

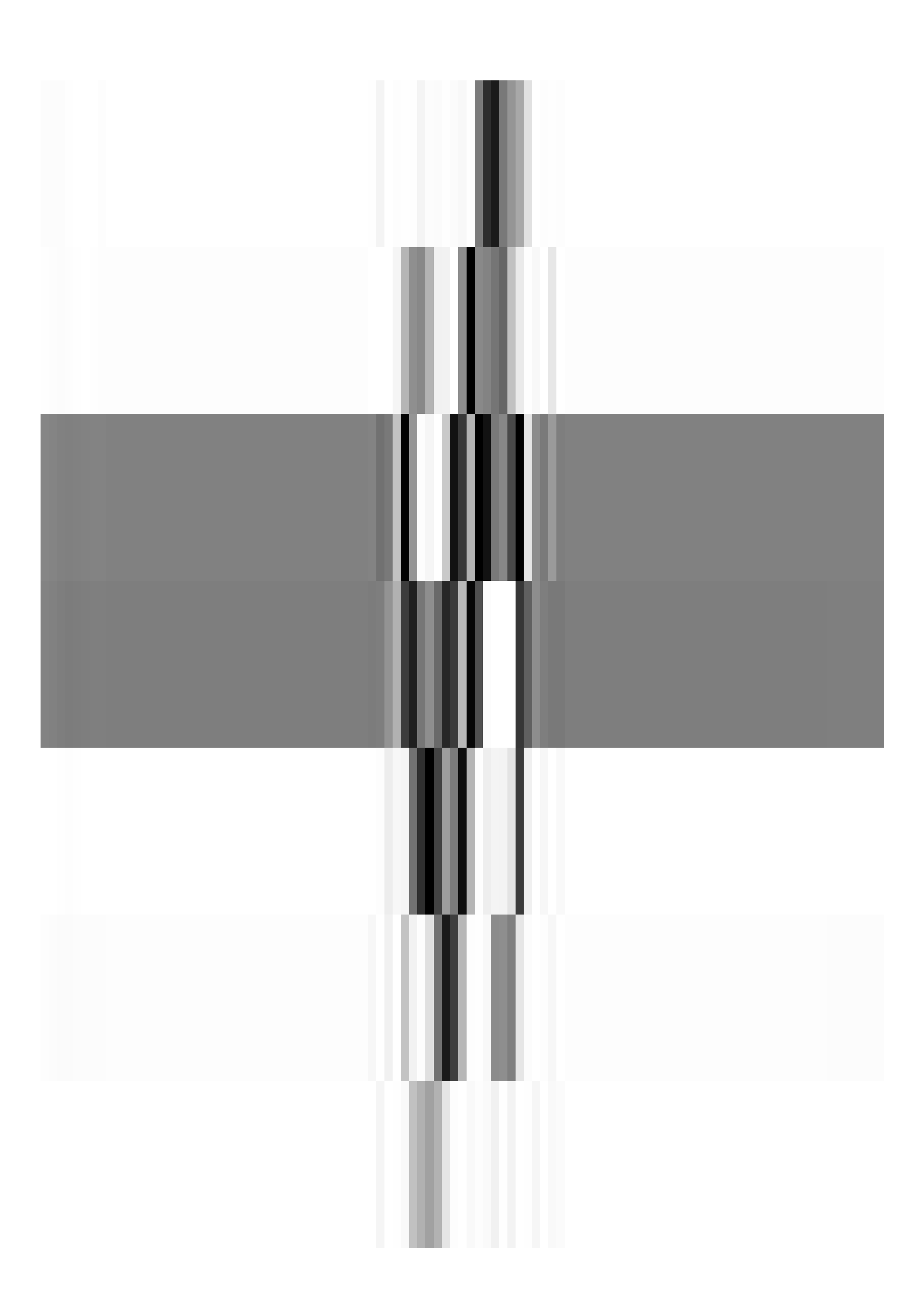
1 Ver presentación de Manuel Antonio Garretón, pp. 140-147.

2 Corporación de la Reforma Agraria e Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario.

3 Publicado en 2004, LOM.

4 Este planteamiento, que discute la tesis del cambio como producto de la acción de las instituciones y no, fundamentalmente, como resultado de los acción colectiva, el autor lo ilustra tanto en relación al golpe de Estado –que, sostiene, no fue solo contra las instituciones sino contra las personas que encarnaban los movimientos– y en relación a la transición de los 90 –que, afirma, se propuso reconstruir el sistema político sin participación popular.

PRESENTACIÓN DE FRANCISCO TAPIA



Me siento un poquito aislado entre tantos historiadores. Desde luego no voy a hacer un aporte desde la historia, voy a hablar desde el Derecho; digamos, insertar el Derecho en la historia y principalmente el derecho del trabajo dentro de lo que es el período hasta el año 1970. Es una visión más bien de un abogado antes que de un historiador, así es que me excuso por ello.

Lo primero que quisiera decir es una definición personal. Me parece que hay dos grandes momentos en la historia de Chile desde el Derecho del Trabajo, desde el punto de vista de la norma: uno es el período del 64 al 70; y el otro es el período 2001-2006.

Curiosamente, y esto debe ser una tarea para los historiadores que vengan, la diferencia entre el período del 64 al 70 y el período del 2001 al 2006 es que si bien, en este último, hay también grandes avances normativos, existe una percepción —particularmente en los trabajadores— de una mayor desprotección. Y probablemente eso no tiene que ver solamente con el efecto de las normas, sino que con otras consideraciones, otros elementos, como puede ser la organización económica, por ejemplo, que hace que muchos de los avances que se establecen desde la norma, queden de alguna forma trabados por otros factores.

Y digo 64-70 porque me parece que desde el punto de vista jurídico-laboral se producen las transformaciones más importantes de las principales instituciones del Derecho Laboral, vistas también desde el trabajador, no solamente desde la ciencia jurídica. Porque el Derecho es valórico pero también es político; es valórico desde que está definiendo ciertas normas y principios, la forma en que la sociedad se ve y se regula; pero también es político porque depende de las formas de relación de poder que existen en la sociedad. Entonces, el Derecho se está expresando, por un lado, como lo que queremos ser pero también lo que somos capaces de determinar, y esto desde la institucionalidad.

En esa época, lo que se produjo fue la llegada de nuevas ideas, ideas que, por mucho tiempo, algunos habían perseguido o esperado. Como ha sido propio de esta historia en Chile, al menos lo digo desde el punto de vista jurídico, ella ha estado muy expuesta a la existencia de corrientes y contracorrientes, particularmente ideológicas. Después de sufrir una serie de vaivenes, entonces, la llegada del 64 significa traer a la legislación una serie de reivindicaciones, que los trabajadores tenían y que ciertamente no se sostienen totalmente, pero en las que hay profundos avances; particularmente porque existían, desde el punto de vista jurídico, muchas limitaciones a la organización sindical. Se señalaba hace algunos minutos el tema de la legislación sindical campesina, bueno, yo creo que esa es una de las claves que permite constituir un movimiento sindical distinto al que había antes. Efectivamente, la Ley 16.625, y esta es otra tarea para los historiadores, se da en un contexto donde también se está realizando la Reforma Agraria y, por lo tanto, hay ahí procesos sociales que se van acompañando y que van generando una forma organizativa distinta de la que existía previamente[1].

Fíjense que en el mensaje del Presidente de la República, Eduardo Frei Montalva, cuando envía el proyecto de la Ley 16.625 al Congreso, para su tramitación, se señala que existían en esa época unos pocos miles de trabajadores agrícolas y 25 organizaciones sindicales existentes. Y eso tiene un origen: la Ley 8.811 del año 47[2], que coexiste con la Ley de Defensa de la Democracia, es decir, con todo un sentido de norma represiva de la organización de los trabajadores. La ley 16.625 tiene mucha importancia, porque da cuenta también de las tensiones que había al interior de los propios partidarios del gobierno de la época. La ley, primitivamente, era una ley de sindicalización, pero terminó siendo una ley de sindicalización campesina, probablemente por esta relación más directa que tenía el partido de gobierno con los sectores campesinos. Aunque también porque estaba la necesidad de derogar o eliminar la Ley 8.811; pero el sentido inicial de la ley era mucho más amplio, era traer la libertad sindical, cuestión que para nosotros, los laboralistas, es muy importante, traer la libertad sindical al Derecho chileno. Pero en esa época no había una adhesión plena a la libertad sindical. Hoy, yo creo que eso ha cambiado, pero en esa época se sostenía mucho el sindicato único y la afiliación obligatoria. Y eso significaba que en la propia Democracia Cristiana hubiese una oposición general y, entonces, la Ley de Sindicalización Campesina pasa a ser, al modo de

transacción, una ley para un sector de la actividad que está muy vinculado al Partido Democratacristiano, pero, además para un sector que había sido muy castigado. En efecto, porque ya en el año 24, cuando se promulgan las leyes sociales del 8 de septiembre, se generó una discusión si la ley de sindicatos de ese momento era aplicable o no a los trabajadores campesinos. Probablemente, eso también tiene otras explicaciones, que dan cuenta de las estructuras de poder de los sectores latifundistas en esa época.

Entonces, en suma, una primera cuestión clave, en la legislación del 60, es la organización de los trabajadores, lo que significa un cambio porque de alguna forma repercute en los demás sectores de la actividad productiva y, desde luego, creo, genera un gran cambio en la actividad de los trabajadores en el campo, acompañando a ese otro proceso que mencionábamos, el de la Reforma Agraria.

Una segunda ley que también me parece clave para entender por qué avanza el movimiento sindical y por qué es capaz de ser un actor político en esa época, es la Ley 16.455 de estabilidad en el empleo[3]. Y si uno mira para atrás —y mira para adelante y mira hoy día, y esto va a ser siempre así— vemos que las personas, los individuos, buscamos tener algunos grados de seguridad. Y probablemente los que son dependientes aquí, ahora, y los que lo van a ser más adelante, lo que desean es trabajar tranquilos y tener algún grado de seguridad, en el sentido de tener, por un lado, un trabajo que dignifique y, por otro lado, una retribución al trabajo que alimente. Todo eso significó una de las leyes más importantes que ha habido en la historia de Chile, en la historia del derecho laboral, que es la Ley 16.455. Significó pasar del dominio absoluto del empleador, del empresario sobre el puesto del trabajo, a una limitación que la ley le imponía. No es que se evitaran los despidos, pero se sabía que el despido era más difícil. Con una retribución legislativa que hoy día no existe: el trabajador podía ser reincorporado al trabajo, norma que, por cierto, derogada años después. El cambio significaba que el trabajador tenía confianza en que tenía un amparo, tenía una tutela desde el punto de vista de la ley, tenía un amparo desde el punto de vista del sindicato, tenía un amparo desde la ley.

Esas dos leyes, a mi modo de ver, generan un marco adecuado para el desempeño y desarrollo de la actividad sindical en esos años, a fines de los sesenta. Y generan también una actividad sindical que se va reproduciendo, que va generando nuevos movimientos que hacen posible reconocer al sindicato como un actor político. Y también permite que, admitiéndose la organización y el conflicto, la huelga sea considerada como un instrumento propio de la lucha social, de la lucha sindical. En consecuencia, la huelga pasa a ser una cuestión natural en la forma de vida de las personas. Incluso, con la reforma constitucional de 1971, la huelga pasa a ser un derecho constitucional establecido y reconocido en el artículo 5º de la Constitución de 1925. Curiosamente, años después —esto a modo anecdótico— la discusión en la comisión de estudio de la nueva Constitución, que dio origen a la Constitución de 1980, la huelga es considerada, por la mayoría de la comisión, como un acto expropiatorio; es decir, se estima que la huelga constituye una forma de expropiación. Ciertamente, gracias a Dios, eso no quedó consagrado en la letra, sino tendríamos que estar pidiendo disculpas, como chilenos, al resto del mundo.

Tenemos, entonces, el marco adecuado para que haya una actividad sindical profunda, que signifique una reivindicación, pero sobre todo que la gente tenga confianza en las instituciones. Creen en el sindicato, creen también en que son capaces, o al menos tienen la posibilidad, de defender su destino; creen en la ley, creen en el derecho que estaba reconocido y —yo diría— que cumplía con darles la adecuada tutela a las personas. Esto, ciertamente, ha sido uno de los temas que ha sido objeto de profundo cambio.

La lección que yo siempre he extraído de este período, es que el derecho puede actuar como un mecanismo de transformación social, a la vez que también es reactivo y reacciona frente al cambio social. Y me parece que, particularmente, la Ley 16.625 y la Ley 16.455 significaron, desde la perspectiva del cambio social, elementos que permitieron, entre otros factores, que se pudiera avanzar en distintos aspectos, a partir de la reivindicación de los trabajadores y de los sectores populares. Ciertamente que el derecho es también expresión de las corrientes y contracorrientes ideológicas y eso hace que así como tiene grados de avance tenga grados de retroceso, como se ha visto claramente reflejado en la legislación posterior.

Los cambios señalados permitieron, además, que el movimiento sindical tuviera expresión en los distintos sectores de la actividad económica, lo que constituye un tema clave y es una de las cosas que nos diferencia con esa época: el papel de las organizaciones sindicales en la economía. En esos años, estaba establecida y reconocida la negociación por área de actividad, había comisiones tripartitas en las distintas áreas de actividad y había —yo diría— un colectivo laboral que tenía presencia en las áreas de la economía, cuestión que ciertamente hoy en día no lo hay. Eso marca una diferencia fundamental. Ha sido, además, un tema de reivindicación permanente. Pero, sobre todo, diría que se trataba de la aceptación del conflicto, del conflicto económico hasta de modo natural; del conflicto que es posible reconocerlo en las distintas instancias, en las distintas instituciones, en las familias, en las relaciones personales, en la relaciones económicas y, también, en lo que son las relaciones laborales.

De este modo, tenemos que el movimiento sindical en esa época pasa a ser entonces un sujeto político, es actor político. No le es indiferente lo que pasa. El movimiento sindical coloca temas en la agenda y eso se vería después, en los años siguientes, por ejemplo, en el convenio CUT-Gobierno, dentro del proceso de participación en la constitución del área social de la economía.

De manera que estaban dadas las bases para que, por un lado, el movimiento sindical tuviera peso y, segundo, tuviera interlocutores. Interlocutores en los partidos políticos. Yo comparto la afirmación de Mario Garcés[4], en el sentido que no me parece legítimo decir: “Mire, los partidos políticos determinaban el curso de la historia”. Pero, evidentemente, había una interrelación y una integración con los partidos políticos y eso es parte también de la libertad sindical; el tema se complica cuando hay instrumentalización, pero no cuando hay un movimiento sindical que también actúa en el ámbito de lo político. Había un sentido de pertenencia, la gente tenía conciencia de ser trabajador y ser sindicalista, la CUT se relacionaba con los partidos políticos y los partidos políticos tenían departamentos sindicales. Hoy día, pregunten ustedes si algún partido político tiene un departamento sindical, entiendo que no. Y, sobre todo, había un Estado interlocutor, un Estado que aceptaba el diálogo, que entraba en

diálogo con los trabajadores. Yo diría que ese es también un elemento diferenciador, en el sentido que al ser el sindicato un sujeto político el Estado necesariamente también, a través del Gobierno, por cierto, debe entrar a una relación política con la organización sindical.

Probablemente, una mirada crítica debiera decirnos, al menos la que yo tengo de este período, que el movimiento sindical no tenía una mirada de ser sociedad, admitiendo una dimensión distinta a la de los trabajadores. Había una tendencia, a mi juicio, a absolutizar el tema de los trabajadores, sin reconocer que los ciudadanos no somos solamente trabajadores; somos trabajadores pero somos también consumidores, tenemos otras facetas de nuestra personalidad, que no dependen solamente del trabajo. Y también, posiblemente, uno podría tener una mirada crítica desde la economía. Está bien, los recursos son escasos, es cierto, y el tema de la política, el problema de la política es la redistribución de los recursos; pero también, muchas veces, las demandas desmedidas pueden generar algún tipo de dificultades al resto de la sociedad. Entonces, claro, se avanza por un lado, satisfaciendo ciertas necesidades, pero es un avance que va generando problemas.

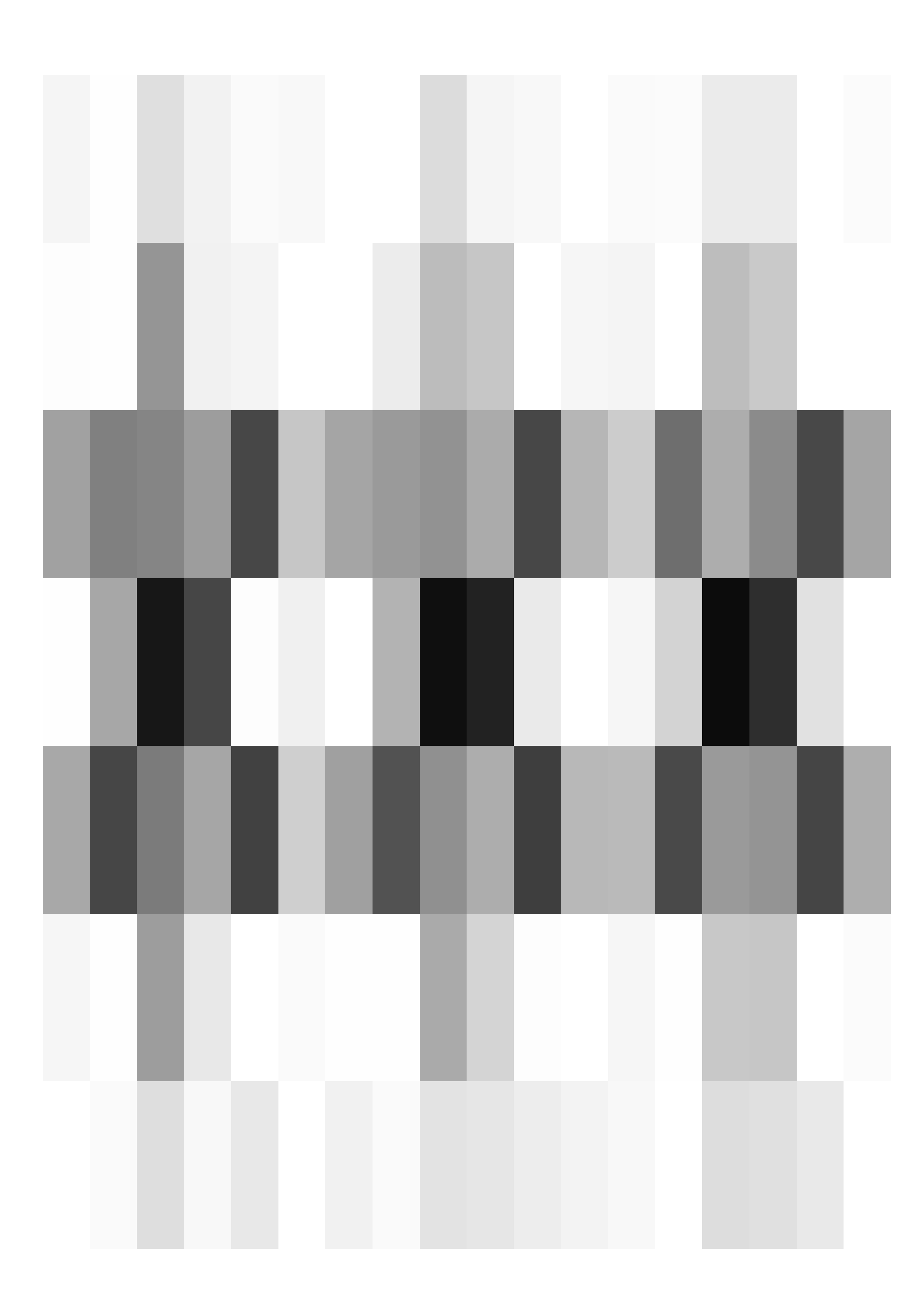
Sin duda alguna, yo creo que este período es un período que marca y me parece realmente fantástico tener la oportunidad de recordarlo y reflexionar. Porque, al final, hay que mirar hacia atrás y aprender de lo que pasó; mirar hacia adelante pero tomando las lecciones que haya que tomar. Y es a partir de hoy, del presente, mirando en perspectiva cuando tiendo a pensar en hacer el símil, establecer estos paralelos entre 64-70 y el 2001-2006. Es cierto, probablemente hoy día hemos avanzado en muchos temas, que no es el caso analizarlos, pero creo que también las diferencias están en que la economía ha cambiado, nos cambió el escenario.

Fíjense, antes teníamos protección con un Estado presente, con una economía que, de alguna forma, no estaba solamente sujeta a los vaivenes del mercado o a quienes actúan en el mercado. Hoy día tenemos serias dificultades, no obstante las tutelas. Porque, a pesar que hay estabilidad en el empleo, el empleo es

precario; porque a pesar que hay libertad sindical, los trabajadores no tienen la estabilidad suficiente como para formar sus organizaciones, en fin. Todo eso, de alguna forma, va conjurando los avances que se van produciendo en materia de derechos laborales y derechos fundamentales.

Notas del debate

En relación a que si era predecible o no, en 1970, que se estaba generando un proceso que apostaba a una institucionalidad que no iba a ser capaz de responder a las expectativas y necesidades, diría que el tema de la institucionalidad siempre va a estar reflejando lo que son las relaciones de poder en una sociedad. Por lo tanto, el control del poder va a determinar también el camino que la institucionalidad vaya tomando. Sin duda, hay cuestiones que no se sienten bien dentro de la institucionalidad y que modifican la institucionalidad. Por ejemplo, el desarrollo de la economía, que a veces pasa por el lado de la institucionalidad, desbordando las regulaciones que dan en la sociedad, baste pensar en el tema del mercado del trabajo versus las protecciones. Lo mismo opera también al revés, cuando las expectativas superan lo que pueden ser las posibilidades y es evidente que algo de eso puede haber pasado acá también en ese momento.



Si hay una crítica que se le puede hacer a ese período es que se miraba mucho hacia adentro y no hacia el resto. Y, por lo tanto, las demandas sindicales muchas veces eran desmedidas o no correspondían a las posibilidades que se tenían para responder a ellas. Eso va generando, entonces, una serie de problemas que al final terminan por lesionar la institucionalidad.

1 Ley de Sindicalización Campesina, promulgada en el mes de abril de 1967, que fue seguida por la Ley 16.640 de Reforma Agraria.

2 Ley de Organización sindical de los obreros agrícolas, conocida también como la 'ley de las trabas', por las condiciones que exigía para este tipo de organización.

3 Ley de Inamovilidad de empleados y obreros, promulgada en abril de 1966.

4 Ver presentación de Mario Garcés, pp. 159-166.

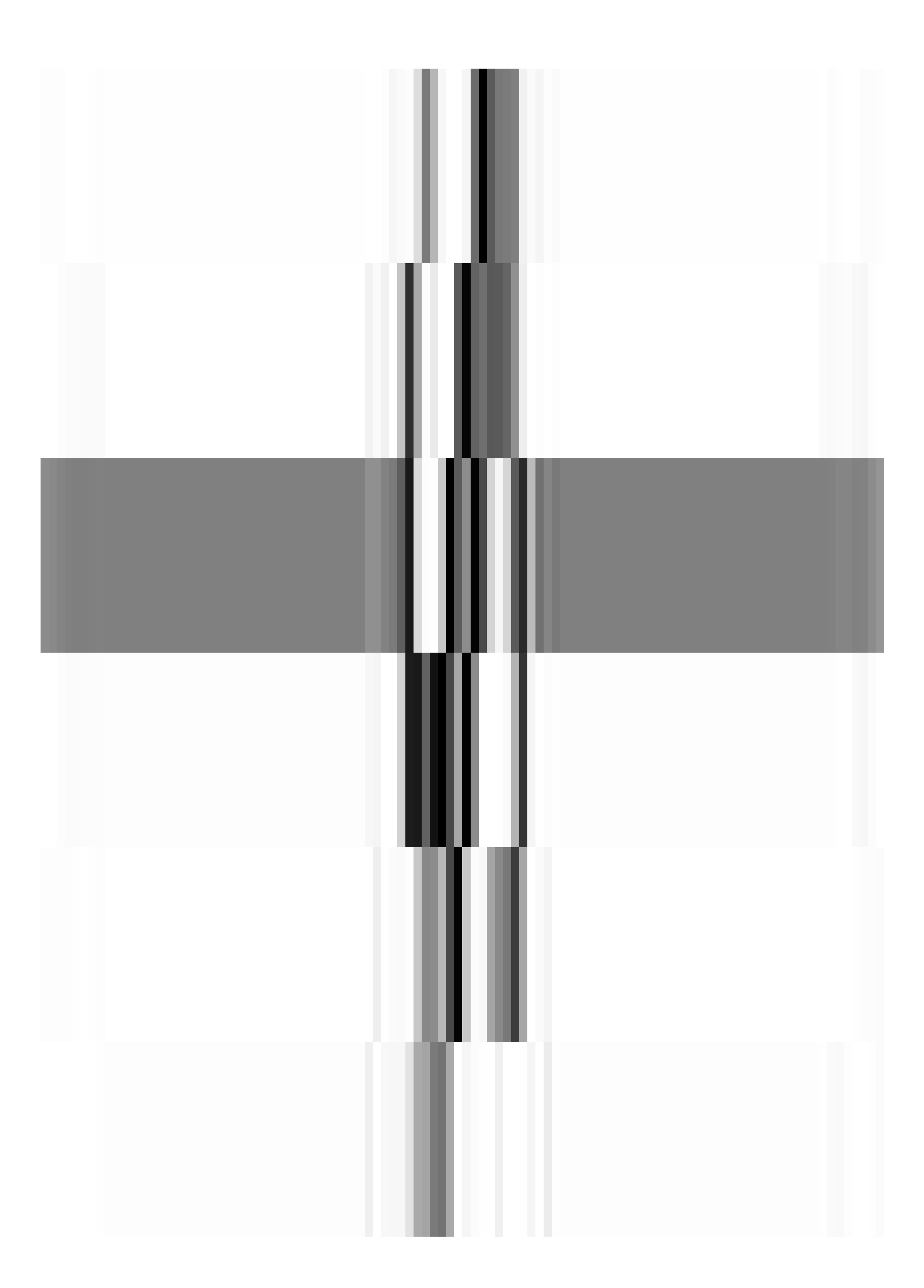
LA CAMPAÑA ELECTORAL DE 1970



Marcelo Casals y Joaquín Fernández

Claudio Rolle

PRESENTACIÓN DE MARCELO CASALS Y JOAQUÍN FERNÁNDEZ



Analizando los años sesenta y las campañas presidenciales de Salvador Allende, así como recogiendo investigaciones que hemos hecho con anterioridad, hemos constatado la relevancia historiográfica que tiene estudiar momentos políticos como puede serlo una elección presidencial, ya que allí salen a relucir las diferencias políticas entre distintas corrientes o los conflictos al interior de cada sector. Además, estudiándolas en conjunto, nos parece que son una buena manera de analizar el desarrollo político, ya sea general del país o de un sector en particular.

De lo que vamos a hablar nosotros es de las candidaturas presidenciales de la izquierda, y específicamente de Salvador Allende, entre 1952 y 1970[1]. Y retomando una práctica que muchas veces ha caído en desuso, en este caso nos vamos a centrar en la figura de Allende.

En general, los estudios historiográficos tienden, sobre todo cuando apuntan al estudio de corrientes políticas, a centrarse en ideologías, estudios de lineamientos estratégicos, más recientemente culturas políticas, relaciones entre política y género. Dichos estudios han enriquecido el campo de la historia política y han logrado que este se transforme, pasando de una mera crónica lineal, como era usualmente la historiografía decimonónica que aporta evidentemente mucho pero que no problematiza, a niveles de complejidad mayor. Sin embargo, se ha olvidado un aspecto y es el aspecto que tiene que ver, principalmente, con los liderazgos políticos. Finalmente, dentro de la política los liderazgos también generan adhesiones, adhesiones que en muchos casos son personalistas y que han tendido a ser un poco olvidados en los estudios más recientes.

En este caso, nosotros nos vamos a centrar específicamente en Allende, en la figura de Salvador Allende como candidato presidencial. Tenemos que tener en cuenta que Salvador Allende Gossens se presentó como candidato a la Presidencia de la República en cuatro ocasiones. En las elecciones de 1952,

1958, 1964 y 1970, Allende compitió por la primera magistratura del país representando a la izquierda.

En la primera de estas ocasiones, participó solamente como abanderado del Partido Comunista y de una pequeña facción de los socialistas. Las veces siguientes, fue el candidato del conjunto de las fuerzas de izquierda. Por esta razón, el estudio de la figura de Allende es un modo de aproximarse al estudio de la evolución de la izquierda durante el período. Allende, como candidato del Frente del Pueblo, primero, y luego del Frente de Acción Popular, tuvo un rol fundamental en los procesos de unidad y crecimiento de la izquierda marxista. Posteriormente, como aspirante a la presidencia de la Unidad Popular, fue parte activa de su ampliación hacia otras corrientes de la izquierda. Su rol como candidato, ejercido en reiteradas ocasiones, lo transformó en un líder carismático, capaz de generar adhesiones personales que superaban a los partidos.

La corriente generada en torno a la figura de Allende, que podríamos denominar como allendismo, tuvo características peculiares. Privilegió la unidad de la izquierda marxista en torno a un programa de profundas reformas sociales, que generarían las condiciones para una transición al socialismo, al mismo tiempo que logró atraer a otros sectores del electorado, enarbolando un discurso nacionalista y popular, pero al mismo tiempo cargado de elementos propios de la tradición republicana y liberal. Si bien este liderazgo generó tensiones con los partidos que lo apoyaban, y especialmente con su propia colectividad, el Partido Socialista, Allende no se mostró como un líder caudillista enfrentado a las instituciones. Por el contrario, estas características de Allende, en cuanto candidato presidencial, explican en parte el potencial de crecimiento de la izquierda en esa etapa, al mismo tiempo que algunas de sus características ideológicas, estratégicas y programáticas.

Como antecedente a la cuarta candidatura de Salvador Allende, en 1970, se puede señalar que la segunda parte de la década de los sesenta se caracterizó —tanto en el plano político, como en el social y cultural— por un cierto ethos

compartido, tendiente a la ruptura con los moldes establecidos y la radicalización de las propuestas de cambio social, sumado a un progresivo descrédito de las posturas conservadoras y defensoras del orden imperante. La izquierda chilena participó también de este ambiente generalizado. Durante este período sus líneas estratégicas comenzaron a sufrir modificaciones importantes, que condicionarían los términos tanto de la candidatura de Allende como también del Gobierno de la Unidad Popular, instalado gracias a esa justa electoral.

El influjo del modelo cubano impactó fuertemente en sectores de la izquierda chilena. El Partido Socialista, en su congreso de 1967[2], se inclinó explícitamente por el camino armado, aunque nunca tuvo siquiera atisbos de capacidad militar para llevar dicha línea a cabo, manteniéndose, por el contrario, dentro de los marcos de la institucionalidad democrática. Además, parte del centro político comenzó un proceso de izquierdización. El Partido Radical expulsó a sus dirigentes más conservadores e inició un amplio viraje político, que incluía declaraciones en favor de un régimen socialista. Por su parte, el ala izquierda de la DC, desencantada con las limitaciones del proyecto reformista del Gobierno de Frei, se desprendió de dicha colectividad para formar el MAPU y, también, unirse a la izquierda. Todo ello provocó que, en 1969, el FRAP se rearticulara en la Unidad Popular, cumpliendo así el deseo siempre frustrado de ampliar la base política y social del tradicional pacto de izquierda.

El Programa de Gobierno de la Unidad Popular en 1970 se basó en los principios que animaron a las campañas de 1958 y 1964. En él se encontraron presentes las mismas ‘tareas’ de corte antiimperialista, antioligárquicas y antimonopólicas, que históricamente había planteado la izquierda. Se denunciaba, además, las principales consecuencias del desarrollo capitalista chileno: concentración de la riqueza y la propiedad, la miseria generalizada, la desnutrición, las carencias en materia de vivienda y servicios básicos y el estancamiento del crecimiento económico[3].

Ante ese escenario, en la perspectiva izquierdista, el proletariado en alianza con otros sectores sociales afines, era el único capaz de transformar la sociedad y la

economía en beneficio de las mayorías, para lo cual debían hacerse del poder estatal, profundizar el régimen democrático y modificar los equilibrios de poder del país. Max Nolff, uno de los artífices del programa de 1964, señala que el programa de 1970 fue más sintético y, en algunos casos, más moderado que en las campañas anteriores. Así, por ejemplo, mientras en 1964 se fijaron 100 medidas de acción inmediata, en 1970 solo se indicaron 40, entre las cuales figuraba la celebrada iniciativa del medio litro de leche diario por niño. Por otro lado, en 1970 se planteó la creación del Área de Propiedad Social (APS), a la cual ingresarían las grandes empresas extranjeras que se esperaba nacionalizar, relacionadas con la extracción de minerales, además de 91 monopolios locales. En el plano internacional, al igual que en las campañas anteriores, se abogó por la apertura y mantención de relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países, sin distinción, fomentando, además, las tentativas de integración latinoamericana, principalmente en el área económica.

La elección del candidato fue, esta vez, más difícil. El PS, luego de varias tratativas y negociaciones, escogió a Allende como precandidato, con más abstenciones que votos a favor en el Comité Central. Además, varios otros candidatos le salieron al camino, como Alberto Baltra, Rafael Tarud e incluso Pablo Neruda. La situación, a principios de 1970, comenzaba a tornarse crítica: Alessandri y Tomic ya habían iniciado sus campañas algunos meses atrás, mientras que el pacto de la izquierda se distraía en interminables negociaciones poco resolutivas. Ante esta situación, Allende decidió renunciar a sus pretensiones, para obligar así a una decisión rápida. La estratagema dio resultados: el PC finalmente decidió apoyarlo, presionando para que Baltra y Tarud bajasen sus candidaturas. El Partido Socialista, finalmente, rechazó la renuncia de Allende, siendo investido como candidato único el 22 de enero de ese año, 1970.

La izquierda, una vez definida su carta presidencial, comenzó su campaña organizando instancias locales de participación electoral, buscando con ello expandir su base de apoyo tradicional e incorporar activamente a sus adherentes a los trabajos propagandísticos. Así, durante los meses de campaña se crearon más de quince mil ‘Comités de la Unidad Popular’ (CUP), que le dieron una base territorial a Allende para lograr la victoria y, además, le otorgaron un

carácter nacional a su candidatura. El optimismo, por esta y otras razones, era palpable al interior de la Unidad Popular. Las elecciones de 1970 fueron las primeras en las cuales las encuestas jugaron un rol público relevante, y estas comenzaron a favorecer a Allende, tal y como convenientemente lo hizo saber el mismo comando. Además, la estructuración del sistema de partidos en tres bloques poco dados al diálogo y a la negociación entre sí, hacía posible un triunfo de la izquierda. Aún pesaba, sin embargo, a este respecto, el fantasma de 1964 y la posibilidad de ser derrotados por una coalición centro-derechista.

La elección a tres bandas —con Radomiro Tomic por la DC y Alessandri por la derecha— y las posibilidades que ello le otorgaba a la Unidad Popular, fue complementada con una campaña electoral que enfatizó el carácter lúdico, festivo y popular, mezclándolo con continuas invocaciones a la justicia social, la equidad y la profunda transformación de la economía y la sociedad.

Las brigadas muralistas —Ramona Parra, del PC, y Elmo Catalán, del PS— lograron conjugar las necesidades de difusión y persuasión política con el arte callejero, imprimiéndole un sello y una estética propia al proyecto de la Unidad Popular. Asimismo, los más relevantes cantautores y agrupaciones folklóricas chilenas del momento —como, entre otros, Víctor Jara, Isabel y Ángel Parra, Patricio Manns, Quilapayún e Inti Illimani— aportaron con su música, dándole un nuevo atractivo a las concentraciones de la izquierda. El mismo Allende fue partícipe de esto, agregándole, además, un acendrado nacionalismo a sus discursos y a la puesta en escena de las concentraciones de campaña. Sus apelaciones a la “chilenidad” y a las formas tradicionales de la cultura popular buscaban, entre otras cosas, evidenciar el arraigo social de las propuestas de izquierda y el carácter vernáculo de su propia existencia, haciendo frente con ello, de paso, a las críticas antimarxistas del centro y la derecha, que acusaban la naturaleza extranjera e internacionalista de la Unidad Popular. Tanto la distribución espacial de los grupos sociales participantes como la misma retórica allendista apuntaban en esa dirección: los nombres de O’Higgins, Balmaceda y Aguirre Cerda fueron presentados como los antecesores del proyecto revolucionario, apelando a su triple naturaleza de constructores de la nación, reformistas sociales y ‘antiimperialistas’, estableciendo una línea de continuidad directa con Allende y el proyecto de la Unidad Popular. Las reuniones políticas,

de ese modo, adquirieron un carácter carnavalesco a la vez que ritual, en donde los cuestionamientos al orden social imperante se complementaron con un complejo entramado simbólico nacional-popular, centrando en la figura de Allende las ansias de cambio social.

Con el correr de los meses, el lenguaje esgrimido por las candidaturas y los medios de prensa fue progresivamente deteriorándose. Grupos de derecha, reeditando la experiencia de 1964, dieron rienda suelta a una extendida campaña anticomunista a través de afiches, inserciones de prensa, folletos, panfletos y avisos radiales. Surgieron grupos especializados en estas tareas, como 'Chile Joven' y 'Acción Mujeres de Chile', que incluso merecieron una investigación en la Cámara de Diputados para dilucidar sus fuentes de financiamiento. Los argumentos esgrimidos fueron semejantes a aquellos de 1964: la izquierda implantaría una dictadura de clase que atentaría contra la existencia de la nación, la propiedad, la familia y la religión, sumiendo al país en un escenario de caos social motivado por el odio y las ansias de destrucción inherentes al marxismo. Desde la izquierda, por lo demás, la respuesta fue hostil. La prensa motejó a Alessandri como "La Señora", haciendo una velada referencia a su soltería y al significado de ambigüedad sexual que entonces se le atribuía. Además, tal como se hacía desde los círculos democratacristianos, se cuestionaron las capacidades mentales del expresidente, en virtud de su avanzada edad. Allende, desde una perspectiva más doctrinaria, acusaba a Alessandri de demagogia y politiquería, además de representar los intereses de los sectores más poderosos de la sociedad.

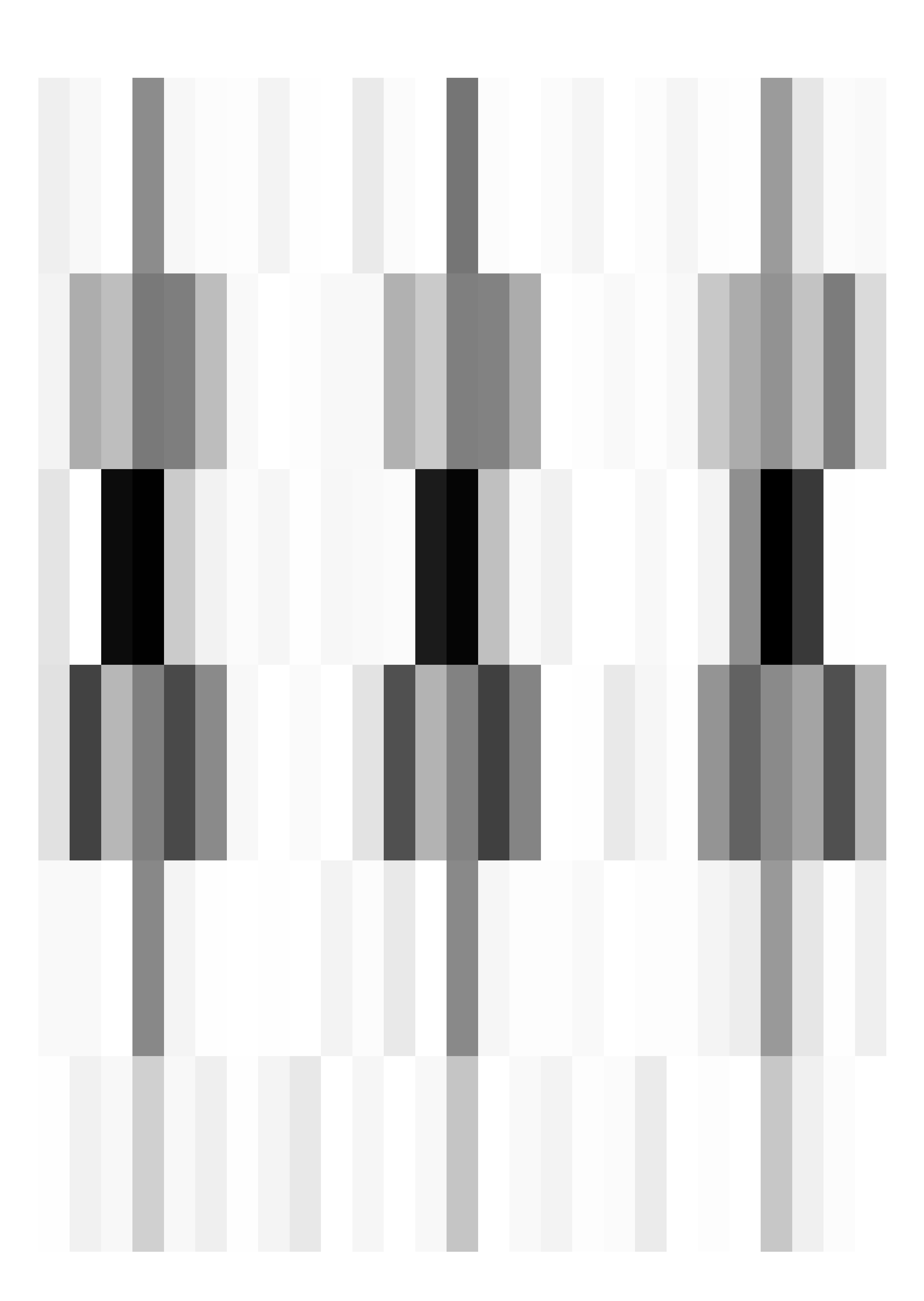
La campaña de Allende terminó con un multitudinario mitin, ante más de un millón de personas que repletaron la Alameda desde Plaza Italia a Plaza Bulnes, acompañado por los versos y acordes de los más destacados exponentes de la Nueva Canción Chilena, que actuaron en los diversos escenarios dispuestos para la ocasión. En varias oportunidades se entonó el "Venceremos", himno oficial de la candidatura compuesto por Sergio Ortega y Claudio Iturra, un llamado directo a la unidad de fuerzas y, de ser necesario, a la defensa social del triunfo de la Unidad Popular.

El 4 de septiembre de 1970, en una jornada relativamente tranquila, Chile escogió por estrecho margen a Salvador Allende (36,2%), por sobre Jorge Alessandri (34,9%) y relegando al tercer puesto a Radomiro Tomic (27,8%). Aún faltaba, sin embargo, para llegar a la ratificación por parte del Congreso, conseguida luego de intensas negociaciones con la Democracia Cristiana y, desde ya, intentos sediciosos de grupos nacionalistas ultraderechistas, ligados informalmente con la derecha política[4].

Finalmente, el sábado 24 de octubre de 1970, tras cuatro campañas presidenciales, Salvador Allende fue investido como Presidente de la República de Chile por el Congreso Pleno, por 153 a 35 votos. Ese día comenzaba la revolución chilena, la misma que tres años más tarde, sucumbiría en un violento golpe de Estado.

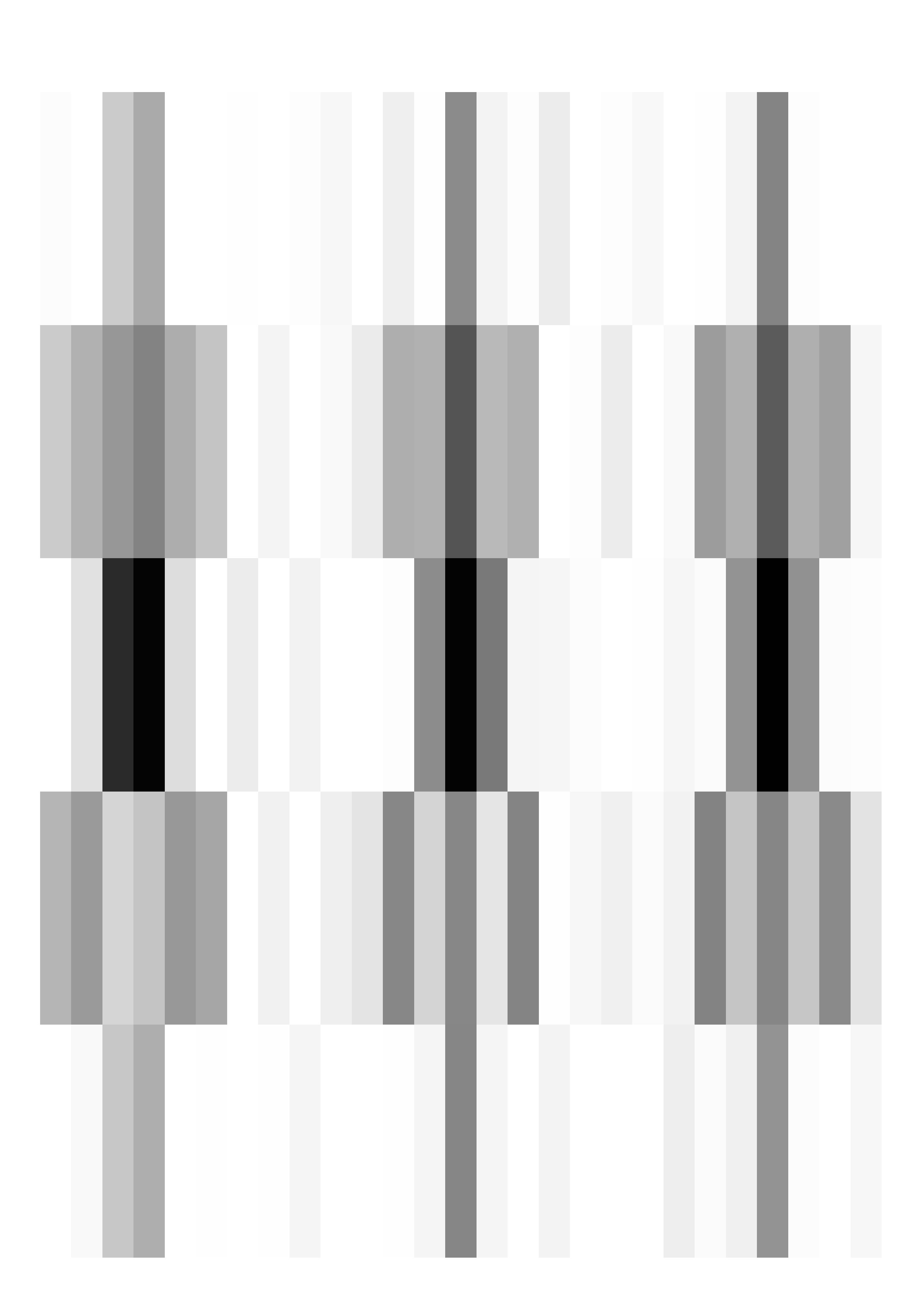
Notas del debate

Marcelo Casals: Con respecto a las elecciones de Allende, en particular, la verdad es que no veo una diferencia esencial en el discurso a la mujer entre la izquierda y la derecha. Evidentemente hay diferencias en los contenidos, en los mecanismos que se ocupan para poder difundir esa imagen, pero ambas, ya sea derecha o izquierda, apelan –al menos en estos años– a una idea de mujer que va acompañando al hombre, que se entiende como el sujeto por excelencia. Veo una incapacidad de la izquierda por articular un discurso hacia la mujer de otro sentido. Me parece que también se refleja en el hecho que la izquierda nunca pudo tener un desempeño electoral muy alto de la mujer, en el electorado. La elección de año 58 Allende la va a perder especialmente por eso. Y eso se va a reiterar en los otros comicios.

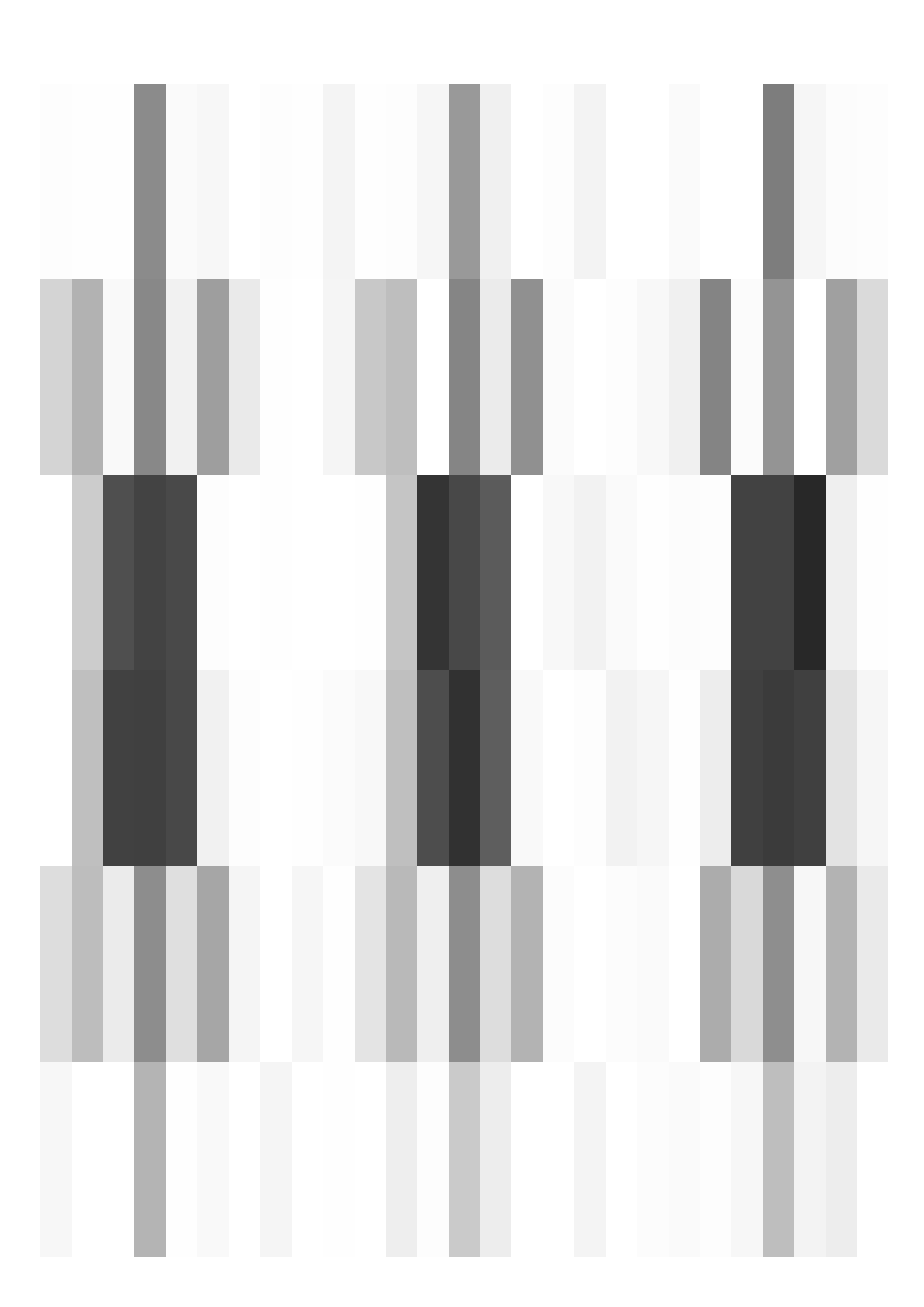


Joaquín Fernández: Yo diría que el factor identitario que utiliza la izquierda para interpelar al electorado en esta época es la clase. Y el resto de las identidades se subsumen y son variantes de la clase; es decir, el mapuche en cuanto campesino, no en cuanto reivindicación cultural mapuche; la mujer en cuanto mujer obrera, o el famoso tópico –que se utilizaba bastante en la época– de la madre obrera, por ejemplo. Pero el factor primordial es la clase. Dentro del discurso clasista se mantiene, efectivamente, una tendencia a apelar a la mujer desde un rol tradicional. Y no es extraño que en concentraciones, especialmente destinadas al electorado femenino, incluso con los movimientos feministas de izquierda, se cambien los tópicos; si se habla a un electorado obrero, se va a referir a problemas más generales, a las reivindicaciones sociales o los problemas del desarrollo, que son tópicos muy importantes para Allende. En cambio, si se dirige a las mujeres va a hablar: de la protección la infancia y, sobre todo, del tema de los controles de precios y la subsistencia; en el fondo, cómo pueden arreglársela las dueñas de casa u obreras para poder sobrevivir.

Creo que, aparte de los factores político-culturales más amplios, también influyen, un poco, las obsesiones del mismo Allende, en cuanto médico dedicado a la salud pública, formado a fines de los 20 y comienzo de los 30. En el fondo, para Allende el problema de la protección a la maternidad va a ser un tópico fundamental, eso no lo va a transar. De hecho, él va a pugnar por considerar esos tópicos con mucha fuerza al interior de los programas.



Hay una relación entre las campañas de izquierda y la juventud, que tiene algunas contradicciones en el período. Me refiero a que, por un lado, tienden a darle un rol protagónico a los jóvenes pero por otro lado también cuestionan muchas de las formas emergentes que estaban adquiriendo sus prácticas culturales. Esta es la época, por ejemplo, donde comienza a aparecer el hipismo y este es visto claramente como una amenaza. De hecho, hay una crónica de El Siglo que se refiere a él como: “Peligroso contrabando ideológico foráneo”; en el fondo es visto como un producto del imperialismo y sobre todo en los sectores que desarrollaron un marxismo un poco más culturalista e intelectual en esta época. La idea de que estas serían manifestaciones propias de las culturas de masas, por un lado, y, por otro, que serían manifestaciones alienantes. Por lo mismo se cuestiona ese tipo de juventud. Pero también hay otra juventud de los sesenta y que es la que más peso tuvo en Chile en esta época: la juventud de los partidos o la juventud más comprometida políticamente. En este caso, hay claramente un llamado a la juventud como agente de cambio social. Pero esto también tiene causas que son muy prácticas; es la época donde se amplía el sufragio y se desciende de los 21 hasta los 18 años, es decir, pasan a ser también para los partidos una especie de mercado electoral relativamente relevante. A esta juventud se le da un rol muy importante en cuanto agente de transformación social, aunque siempre con tensiones. Yo recuerdo las memorias de Clodomiro Almeyda, donde él relataba, con un poco de condescendencia, cuando era director de Sociología en la Universidad de Chile en esa época y decía: “Bueno, llegan los estudiantes acá, con chalas, con mantas, se sientan en el suelo y creen que la Facultad de Ciencias Sociales es la Sierra Maestra”. Es decir, se ve a la juventud como un mercado electoral y se la ve también como un agente de cambio social, pero desde las generaciones mayores la ven también, a veces, con un poco de condescendencia.



Con respecto a los equipos de las campañas, sobre todo hacia el año 58, con la campaña de Jorge Alessandri, se introduce en ellas claramente un elemento de profesionalización. En Chile tenemos campañas de masas desde comienzos del siglo XX, desde la década del 20, sobre todo. Sin embargo, recién será a fines de los 50 cuando se va a introducir la idea del marketing político, tomado de Estados Unidos, la idea de contratar agencias de publicidad. Esto va a significar también un desafío para las campañas de izquierda, que si bien van a evitar hablar de marketing político, por razones obvias, en cierto modo van a comenzar a imitar sus prácticas. Van a ser un poco más artesanales que las candidaturas de la derecha o incluso que las de la propia Democracia Cristiana, que eran armadas por Germán Becker, pero sí van a empezar a desarrollar equipos. Equipos de prensa que se van a encargar de difundir la información, ver qué contenidos dan y cómo los muestran. Con la campaña del 58 en adelante comienza a darse eso y estos equipos de prensa van a ser constituidos principalmente por periodistas de los partidos del FRAP, después de la Unidad Popular o independientes de izquierda. Y por otra parte, a su vez en la década del sesenta van a comenzar a tener un rol cada vez más creciente los cientistas sociales, sobre todo por la introducción de encuestas. Aunque esto va a ser todavía muy precario, porque por lo general las encuestas fueron introducidas por los sociólogos funcionalistas, que seguían las corrientes norteamericanas, y que eran detestados por los sociólogos marxistas de la época. En el fondo, la izquierda va a seguir de manera un poco más artesanal, rezagada, estas tendencias, pero yo diría que sobre todo los periodistas tienen un rol fundamental.

1 En efecto, la presentación realizada por los autores en el Seminario se detuvo en esas cuatro campañas, analizándolas como partes de un proceso más largo, que llevaría, finalmente, a Allende a la presidencia. Así, la presentación se dividió en dos partes: ‘1952-1964: La acumulación de fuerzas’ y ‘1970: La hora de la victoria’. Para efectos de esta publicación —por razones de foco temático y de espacio— hemos tomado solo la segunda parte, precedida de la parte introductoria.

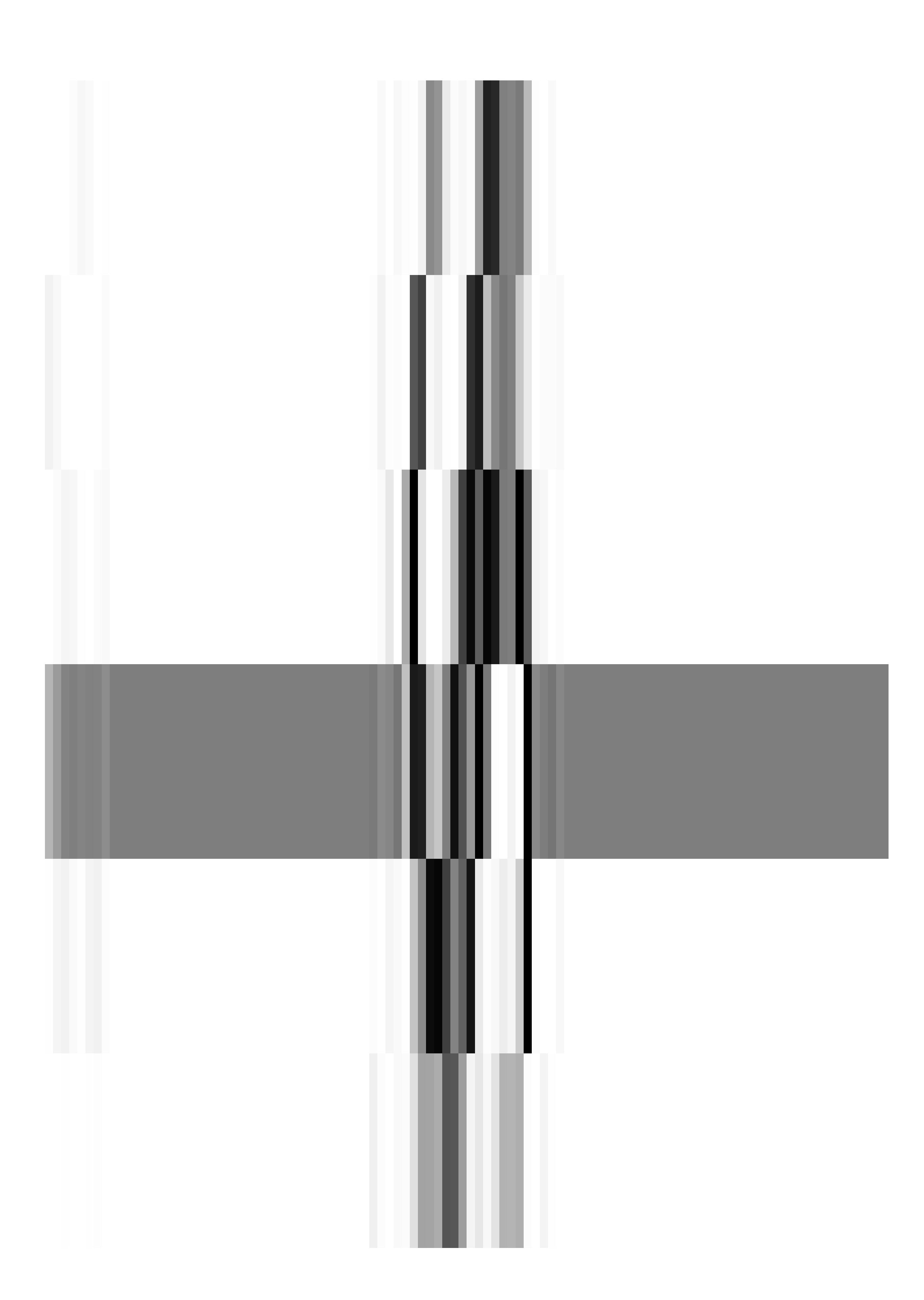
2 En referencia al XXII Congreso del Partido Socialista de Chile realizado en

noviembre de 1967, en la ciudad de Chillán.

3 Texto del Programa de Gobierno de la Unidad Popular en Documento pp. 207-235.

4 En alusión al Estatuto de garantías constitucionales que la Democracia Cristiana hizo suscribir a Salvador Allende, como condición para su apoyo en el Congreso y al intento de secuestro del general René Schneider, Comandante en Jefe del Ejército, que terminó con su muerte.

PRESENTACIÓN CLAUDIO ROLLE



Deseo comenzar excusándome porque, en esta ocasión, voy a hacer algo de trampa: voy a hablar muy poco y voy, en cambio, a privilegiar el contacto con la fuente. En este caso, con las fuentes musicales[1].

La campaña de 1970 es una campaña muy atractiva desde el punto de vista de los medios de comunicación y de la cultura popular de masas. Es una campaña donde la televisión, por ejemplo, pasa a tener una relevancia fundamental, sea por la transmisión del debate, sea por la forma en que se entregaban las noticias. Hay una fuerte crítica, por ejemplo, de parte de los responsables de la candidatura de Jorge Alessandri, a la forma en que Televisión Nacional —que se había creado en septiembre del 69— transmite la información sobre la última concentración de la campaña de Alessandri. También lo fue en el plano de la gráfica, de los afiches. Hay, como lo mencionaban recién Joaquín Fernández y Marcelo Casals[2], una gran cantidad de elementos atractivos en esta campaña.

Luego, el cine va a contribuir de manera muy significativa, dejando registros que son muy notables de esta campaña de 1970. Destaco, particularmente, Venceremos de Pedro Chaskel, una película breve, de unos 25 minutos, pero muy notable en su montaje. Y, también, una película que se llama 4 de septiembre; se trata de un documental testimonial sobre el 4 de septiembre, que se hace inmediatamente después del triunfo electoral, en que Salvador Allende obtiene la mayoría relativa de los votos, y antes de la decisión del Congreso pleno del 24 de octubre del 70. Y que ofrece, justamente, un registro en que varias personas dan testimonio a favor del reconocimiento de la mayoría relativa lograda por Allende. Entre ellos, empresarios, por ejemplo, personas que aparentemente debieran haber estado en el bando opuesto, como también Hernán Larraín, sacerdote jesuita entonces director de la revista Mensaje, que da su testimonio, muy claro, diciendo que valía la pena y no había que tener temor a que el pueblo chileno decidiera por Salvador Allende.

En la campaña, dado por el lugar que ocuparían en la papeleta de votación, los

candidatos tenían el número 1, Radomiro Tomic; el número 2, Jorge Alessandri; y el número 3, Salvador Allende; y cada uno de estos grupos o comandos electorales eligió cierto tipo de consigna, cierto tipo de discurso que va a caracterizar sus campañas. En el caso de la candidatura del número 1, de Radomiro Tomic, se insistió mucho en lo que ya se había conquistado: era el candidato de continuidad, el candidato que si bien estaba a la izquierda de la Democracia Cristiana y quería —en cierta forma— promover una radicalización de lo que se ha venido haciendo, al mismo tiempo aspiraba a mantener la línea de continuidad con el Gobierno de la Democracia Cristiana. Y por eso es que el himno de la campaña insiste en el concepto de “ni un paso atrás”, que es el gran eslogan llevado a adelante por la campaña de Radomiro Tomic. A continuación escucharán este sorprendente himno. Sorprendente, digo, por la orquestación que tiene, por el acompañamiento musical de banda de guerra. Después seguimos con los otros.

(Audición)

En este himno de la campaña de Tomic hay referencias a una práctica que viene desde la Revolución francesa, con el canto de la partida, con esto de hacer desfilar a distintos actores de la sociedad y hacerlos cantar, primero a los jóvenes, luego a las mujeres, los hombres, pobladores, campesinos, etc. “Fue la callampa un mal sueño”, en fin, toda la idea de continuar la obra de la Democracia Cristiana. Esta imagen de continuidad, de que no se pierde lo conquistado.

Luego aparece la campaña de Jorge Alessandri que, a pesar de la fuerte crítica que había tenido la derecha hacia el mesianismo de la Democracia Cristiana en los años sesenta, tiene un tono fuertemente mesiánico. Alessandri es el hombre que se las sabe todas, es el gran Doctor, es la persona que puede solucionar los males de Chile. Hay varias canciones, una que se llama Salvemos a Chile cantando el Cielito lindo, haciendo referencia a “El León”[3] también. Hay un juego con Violeta Parra, en fin. Pero el tema principal, el himno de campaña no lo tengo. Tengo el otro himno, el segundo himno que se llama Alessandri

volverá, y que está centrado muy fuertemente en la exaltación del personaje sabio, del personaje que puede dar soluciones al país, que tiene un carácter, justamente, insisto, un poco mesiánico. Hay otra canción, también, que se llama El que volverá, como una gran solución. Escuchemos entonces este segundo himno de Alessandri.

(Audición)

Esta idea del hombre bueno, independiente y que es el único capaz, está reiterada en varias de las canciones de la campaña. Por ejemplo, hay un disco que se edita que se llama Señor, usted será mi Presidente y que se basa en extractos de discursos de Alessandri, convertidos en canciones. Era una cosa muy rara —y muy latera también— pero que tiene que ver con esta idea del culto, de alguna forma, a este hombre sabio que es capaz y que ha estado callado.

El discurso de la Unidad Popular, en tanto, es distinto. Tiene un himno de campaña muy notable, que es el Venceremos. Nosotros hemos escuchado, probablemente, mucho más la versión no de campaña, sino que la versión/canción que ha sobrevivido gracias a grupos como Inti Illimani y Quilapayún. La versión original, la electoral, tiene un estribillo que enfatiza justamente la campaña, tiene septiembre como eje. Pero, al mismo tiempo, tiene un discurso que está fuertemente centrado en la idea, como señalaban recién Joaquín Fernández y Marcelo Casals, del candidato de unidad. Este himno además circuló en disco de 45 revoluciones por minuto, un disco chico que tenía un tema por lado. Definir el lado B del Venceremos era un problema, qué se ponía, en ese disco, que resultara una canción equivalente al sentido de unidad que tenía el Venceremos. Y la opción que se tomó, fue grabar por Quilapayún una versión de La Carta de Violeta Parra, que en alguna forma es la canción fundante de la Nueva Canción Chilena, pero haciendo una alteración en el texto original. Violeta Parra, cuando graba esto el 63, dice: “Son todos comunistas con el favor de mi Dios”, pero ahora no se podía decir eso, porque era una candidatura de unidad; entonces, se cambia por: “Son todos revolucionarios con

el favor de mi Dios", y ahí quedan todos contentos porque, en alguna medida, esa es la lógica de la Unidad Popular.

Al mismo tiempo, ya desde la música popular había habido una opción clara de favorecer esta línea de unidad y de alternativa electoral. El año 1969 Víctor Jara había grabado el Son a Cuba, ese que tiene el estribillo: "Cuba, Cuba, dime si quieres tomar ron pero sin Coca-cola. A Cuba, a Cuba, a Cuba iré", y ahí terminaba diciendo: "Nuestra sierra es la elección". Nosotros no somos cubanos, no somos guajiros, nosotros hacemos las cosas de otra forma. Y que entiendan nuestros hermanos cubanos que si ellos optaron por las sierra para conquistar el poder, nuestra sierra, los chilenos optamos por la elección, la elección del año 70.

Entonces en ese clima surge este himno que es el Venceremos y que ahora vamos a escuchar. La grabación es la versión electoral del Venceremos.

(Audición – Ver letra en página 196)

Hay en esta versión electoral un acento en lo colectivo, el candidato del pueblo de Chile, así comienza. Hay siempre la tendencia a hacer una lista de participantes en la campaña: "La mujer se ha unido al clamor". La izquierda chilena ha tenido una relación con el mundo femenino algo curiosa y siempre la agrega después, es una cosa que llama un poco la atención, también en la otra versión del Venceremos sucede lo mismo.

Se insiste en el tema del antiimperialismo, "la victoria será la tumba del yanqui opresor", este es un tema muy recurrente en la campaña del 70. En parte, se puede explicar por la experiencia con la campaña del 64, por la ayuda norteamericana a esa campaña fuertemente anticomunista.

Pero, por sobre todo, llama la atención en el Venceremos esta dimensión de utopía y promesa, pero al mismo tiempo un cierto criterio de realidad, en la última parte, diciendo: “Si la justa victoria de Allende la derecha quisiera ignorar, todo el pueblo resuelto y valiente como un hombre se levantará”. Y en ese sentido, es un himno que, fundamentalmente, apelaba a la participación popular.

Junto a estas canciones, que son las canciones de himnos oficiales de las tres candidaturas, aparecen otras voces. En algunos casos un poco ‘outsider’, como es el caso de los Amerindios con una canción que se llamaba Juan Verdejo y que es muy representativa de este momento.

I

Aquí va todo el pueblo de Chile

aquí va la Unidad Popular

campesino, estudiante y obrero

compañeros de nuestro cantar

II

Rosa ardiente de nuestra bandera

la mujer ya se ha unido al clamor

la Unidad Popular vencedora

¡Será tumba del yanqui opresor!

Coro

¡Venceremos! ¡Venceremos!

con Allende en septiembre a vencer

¡Venceremos! ¡Venceremos!

la Unidad Popular al poder (bis)

III

Con la fuerza que surge del pueblo

una Patria mejor hay que hacer

a golpear todos juntos y unidos

¡Al poder! ¡Al poder! ¡Al poder!

IV

Si la justa victoria de Allende

la derecha quisiera ignorar

todo el pueblo resuelto y valiente

como un hombre se levantará.

(Audición)

Esta síntesis que hacen los Amerindios, con Julián Numhauser, es bien notable por la referencia a las fotografías, las 'fonolas', los marginales, es decir, de callamperos a marginales, etc. Con fuerte ironía, van presentando esta visión crítica, desde fuera de las tres candidaturas.

Quiero terminar con una canción que me parece particularmente atractiva, que escribe Isabel Parra y que se llama El gallo cantará en septiembre, que en alguna forma sintetiza las esperanzas mesiánicas, también de la izquierda, y la esperanza que se pone en la figura de Salvador Allende. Ella —no creo que alcancemos a escucharla— tiene otra canción, que compone después de la elección, que se llama Llegó la libertad que es como la continuación de El gallo cantará en septiembre. Vamos entonces a terminar con Isabel Parra y esta canción.

(Audición)

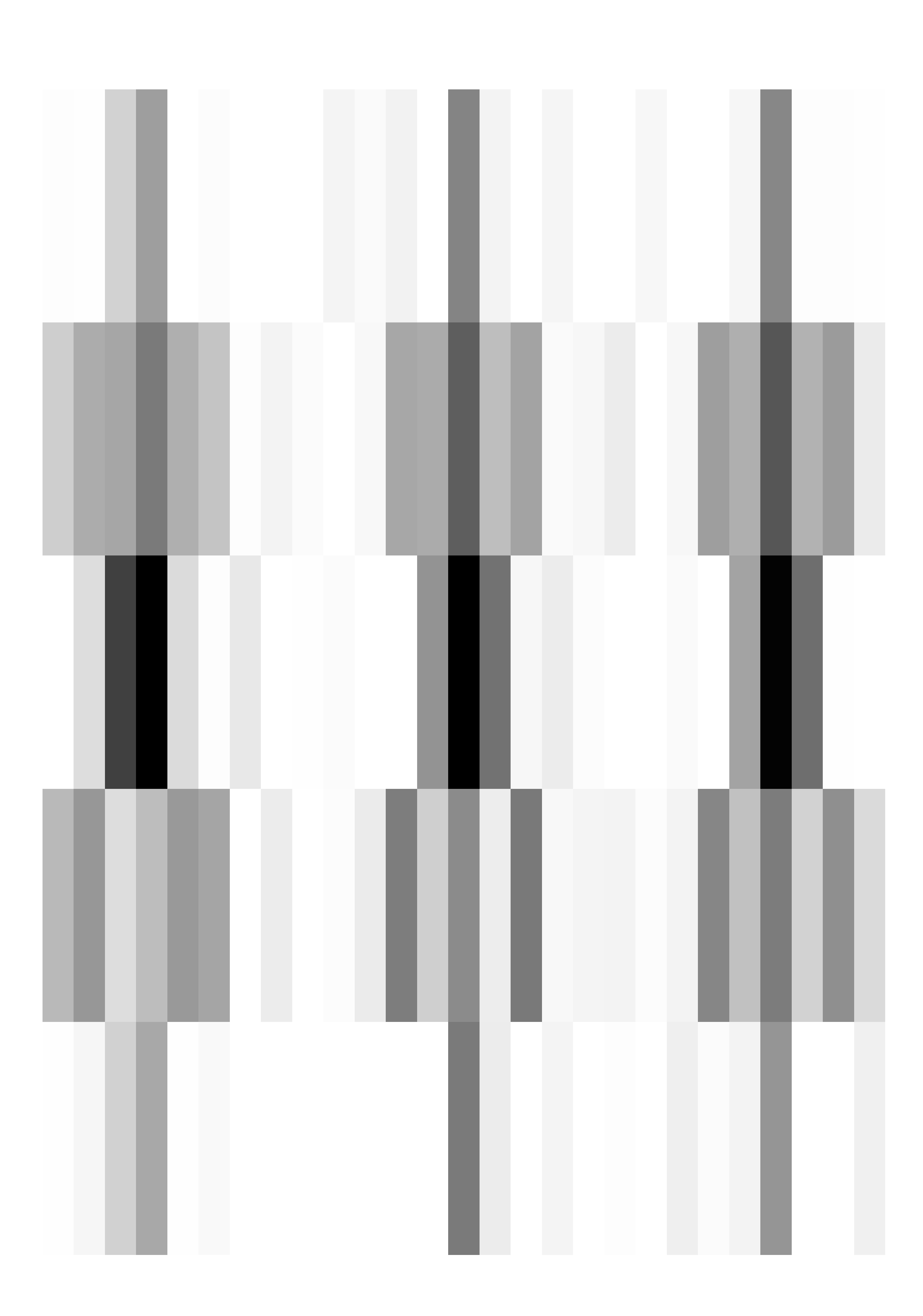
Así, la elección del 70 es una elección que plantea un escenario diferente a los anteriores, por la incidencia que tienen los medios de comunicación de masas y por la riqueza de la producción de música estrictamente electoral. Hay una buena cantidad de otros ejemplos que no alcanzamos a ver ahora.

He preferido privilegiar la relación directa con las fuentes, porque, por una parte, son más difíciles de encontrar y, por otra parte, para quienes somos más viejos aquí, algunos de nosotros tenemos el recuerdo de lo vivido.

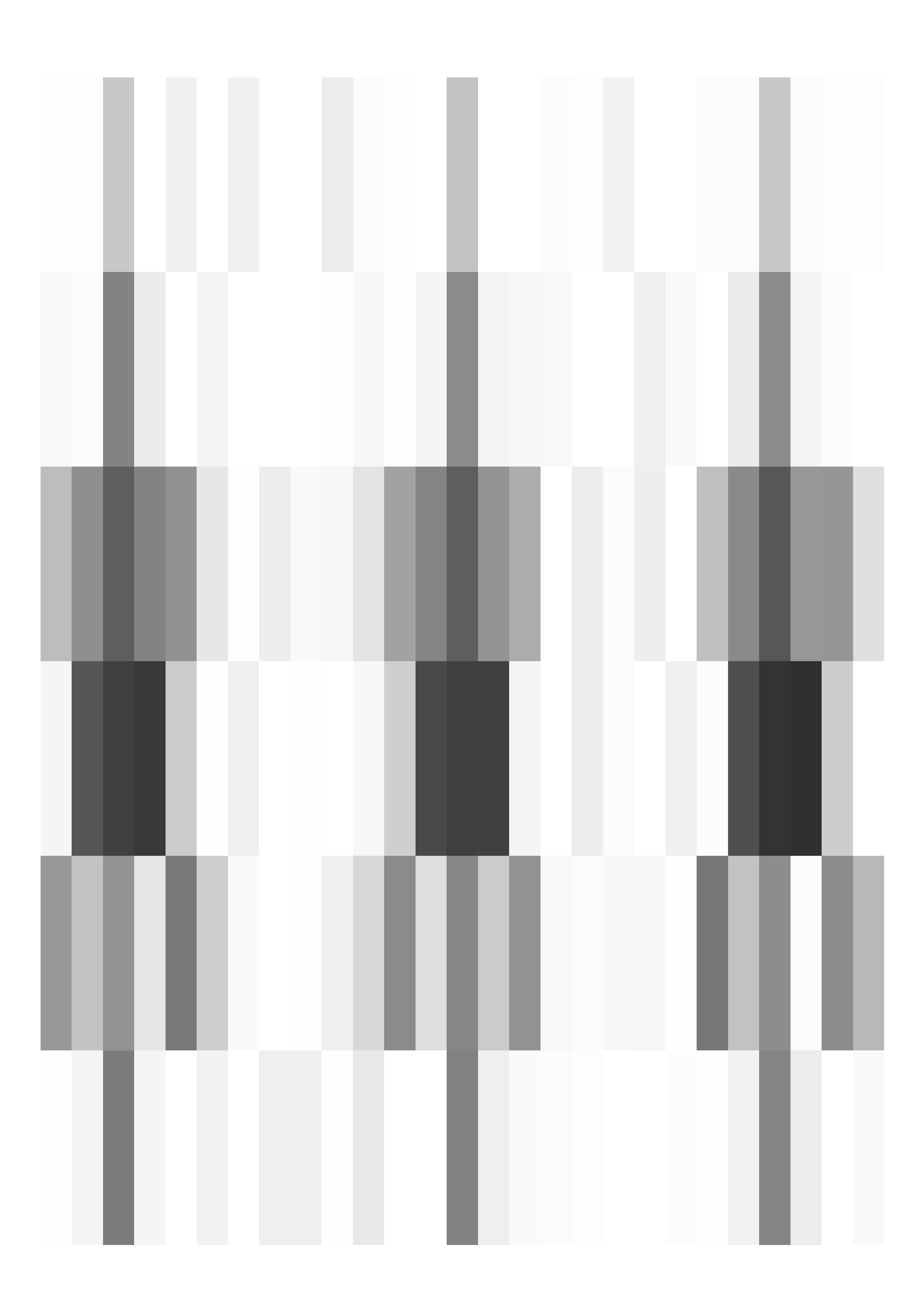
La apelación a la memoria resulta ciertamente emocionante.

Notas del debate

El tema de la cultura de la izquierda con las mujeres es complejo porque si bien se va integrando a la mujer proletaria, además se les asigna el rol de madres, en un momento que va a ser caracterizado por la promesa de que los niños son el futuro de Chile, los únicos privilegiados. Las mujeres quedan de alguna forma en ese ámbito. Y hay un dato más –esto se da en el período del Gobierno de la Unidad Popular y también en la campaña– que me parece interesante, que es el cruce jóvenes/mujeres. Creo que la juventud femenina comienza a tener un papel bastante significativo y las mujeres, desde el ámbito de la juventud, comienzan a ganar espacio en la participación, en el entusiasmo que ponen en la campaña, en la distintas formas de búsqueda de espacios para participar y eso va ir haciendo que el papel relativamente pasivo que se le asignaba a las mujeres en el período de campaña vaya cambiando en sucesivo. No hay que olvidar, por ejemplo, que en esa época la jefa de las Juventudes Comunistas va a ser Gladys Marín, elegida diputada muy joven. Pero, insisto, no se había pensado todavía el discurso sobre la mujer más que como complemento o como una tarea específica.



La canción El pueblo unido nace de una composición de Sergio Ortega con Quilapayún. Sergio Ortega y Quilapayún trabajaron muy estrechamente durante el período de la Unidad Popular, juntos componen las canciones contingentes. Están, por ejemplo, La Olguita, canciones de campañas electorales y, si volvemos atrás, una larga producción de canciones que tienen que ver con la contingencia. Pero el caso de El pueblo unido jamás será vencido, es una canción que se compone a mediados del 73 y me tocó la suerte de preguntarle a Sergio Ortega, personalmente antes de su muerte, cómo había surgido esta canción. En esa época, Sergio Ortega era un funcionario de gobierno –no recuerdo en qué ministerio trabajaba– y dice que un día pasó frente a la Plaza de la Constitución y había un grupo de personas que estaba apoyando a Allende, que gritaban esta consigna clásica de la izquierda. Entonces él decía: 'Me fui caminando y me di cuenta que había una especie de ola y no podía frenar y comencé a pensar que al mismo tiempo estaba trabajando en el Conservatorio –porque él era profesor en el Conservatorio–, y se me fue componiendo solo esto; lo que estaba haciendo en el Conservatorio más la combinación que escuché en la calle, me resultó una obra irresistible y surgió muy rápidamente'. Y se convirtió en una canción muy emblemática del año 1973.



En los años sesenta, particularmente el 68, los movimientos juveniles de la izquierda tienen manifestaciones muy significativas; se había hecho, por ejemplo, esa marcha entre Santiago y Valparaíso dentro de las Juventudes Comunistas en protesta contra la Guerra de Vietnam. La juventud se moviliza fundamentalmente en las brigadas muralistas, que son integradas fundamentalmente por gente muy joven, que de alguna manera articula un discurso visual que apela también a ilustrar a quienes no saben leer, es una especie de catequesis visual del programa socialista. Hay también una participación significativa de jóvenes en los actos de campaña, que toman el slogan 'no hay revolución sin canciones'. Si ustedes hacen memoria y recuerdan el último discurso de Salvador Allende, cuando hace los agradecimientos, él hace referencia a los jóvenes que cantaron, hace el recuerdo de los momentos de campaña y después cómo se unieron al Gobierno[1].

1 Efectivamente, la presentación estuvo estructurada en base a una serie de bandas sonoras, con canciones y melodías utilizadas durante la campaña presidencial de 1970, que fueron escuchadas por los asistentes y comentadas por el autor. En esta publicación hemos retomado los comentarios indicando, en cada momento, las partes de audición.

2 Ver presentación de Marcelo Casals y Joaquín Fernández, pp. 179-190.

3 En alusión al 'León de Tarapacá' como se nombraba a Arturo Alessandri Palma, padre de Jorge Alessandri, en su campaña de 1920.

1 En el discurso final del 11 de septiembre, el Presidente Allende dice: "Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron la alegría y su espíritu de lucha".

LOS AUTORES

Genaro Arriagada

Abogado, militante desde 1963 y dirigente de la Democracia Cristiana. Participó de la candidatura de Radomiro Tomic. Ex Ministro Secretario General de la Presidencia entre los años 94-96. Dirigente en el comando por el No en el año del plebiscito.

Jacques Chonchol

Ex Ministro de Agricultura del Gobierno de Salvador Allende. Responsable de las políticas agrarias de ese período. Militante del MAPU en la época.

Actualmente es profesor emérito de la Escuela de Altos Estudios de París.

Ricardo Núñez

Miembro del Partido Socialista, en la época. Fue Director de Planificación en la Consejería Nacional de Desarrollo Social entre el año 71-72. Secretario General de la Universidad Técnica del Estado y ex Senador de la República.

Carmen Gloria Aguayo

Participó activamente en el Gobierno de Eduardo Frei Montalva en la formación de los Centros de Madres. Durante el Gobierno de Salvador Allende, entre los años 70 y 73, fue encargada de la Consejería Nacional de Desarrollo Social que tuvo rango de Ministerio. En el exilio fue asesora del Ministerio de la Mujer en Francia y de regreso en Chile crea la Red de Información de los Derechos de la Mujer.

Iván Núñez

Superintendente de Educación Pública entre los años 70 y 73, lugar desde el cual gestionó el conocido proyecto de Escuela Nacional Unificada (ENU). Historiador de la educación en Chile, investigador especializado en las políticas educacionales. Ex asesor educacional del Mineduc entre los años 1990 y 1997. En el año 2003 publica La ENU entre dos siglos, por la Editorial LOM.

Eduardo Carrasco

Cantautor y filósofo, fundador del conjunto Quilapayún y su Director Musical desde 1969 hasta nuestros días. Ejecutante de quena, viento y una de las voces características del grupo. Caballero de las Artes y las Letras por Francia, se ha destacado como filósofo y profesor de la Universidad de Chile.

Manuel Cabieses

Periodista. Formó parte del Comité Central del MIR y es creador y director de la Revista Punto Final, fundada en el año 1965 y que hasta el día de hoy sigue

circulando en medios nacionales.

Arturo Navarro

Sociólogo y Periodista. Funcionario de Editorial Quimantú entre 1970 y 1973, donde dirigió la Colección Cuncuna. Director del Centro Cultural Estación Mapocho, autor del libro Cultura ¿quién paga? (RIL editores, 2006). Profesor del Máster en Gestión Cultural de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile.

Claudio Di Girolamo

Artista que se ha caracterizado por sus trabajos en el área de la arquitectura, del teatro y de la educación. Director Ejecutivo de Canal 13 en el año 1970. Luego, en democracia, fue Jefe de la División Cultural del Ministerio de Educación entre los años 1997 y 2003 donde, además, se le entregó por gracia la nacionalidad chilena.

Óscar Muñoz

Ingeniero Comercial de la Universidad de Chile, Doctorado en Economía por la Universidad de Yale, académico, ex Coordinador del Programa de Economía de Flacso Chile y Director Ejecutivo y Presidente entre 1990 y 1994 de la Corporación de Estudios para Latinoamérica, Cieplan. Actualmente se desempeña como profesor de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica.

Julio Pinto

Historiador, Profesor de Historia. Obtuvo su Máster y Doctorado en Historia de América Latina en la Universidad de Yale. Actualmente es director del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, y sus investigaciones tienen que ver con Historia Social y Económica de Chile. Coordinador de la publicación Cuando hicimos historia, colección de ensayos sobre la experiencia de la Unidad Popular, publicada por LOM.

Manuel Antonio Garretón

Sociólogo y politólogo, formado en la Universidad Católica de Santiago y Doctorado por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales en París. Fue Presidente de la FEUC en el año 1964. En el año 2007 recibió el Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales.

Manuel Gárate

Historiador y Magíster en Ciencia Política, Doctor de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París en una tesis que él dedica al estudio del neoliberalismo en Chile. Ha investigado sobre los procesos culturales, las nuevas tecnologías de la comunicación y los movimientos sociales de las décadas del ochenta y 1990.

Mario Garcés

Doctor en Historia de la Universidad Católica, profesor de la Universidad de Santiago de Chile. Dirige la Organización ECO, Educación y Comunicaciones. Su trabajo profesional se orienta hacia la Historia de los Movimientos Sociales, la Memoria Histórica, y la Historia de América Latina y Chile en el siglo XX.

Francisco Tapia

Es abogado, cursó sus estudios superiores en la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica, y en 1996 se in–corporó como profesor del Derecho del Trabajo a esta misma universidad. Es abogado laborista e integrante de la Corte de Apelaciones, ha sido Presidente de la Sociedad Chilena del Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social, y consultor externo de la Organización Internacional del Trabajo OIT.

Marcelo Casals

Estudiante de Doctorado en Historia University Wisconsin-Madison y Magister en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Autor del libro El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la vía chilena al socialismo. 1956-1970, publicado por LOM.

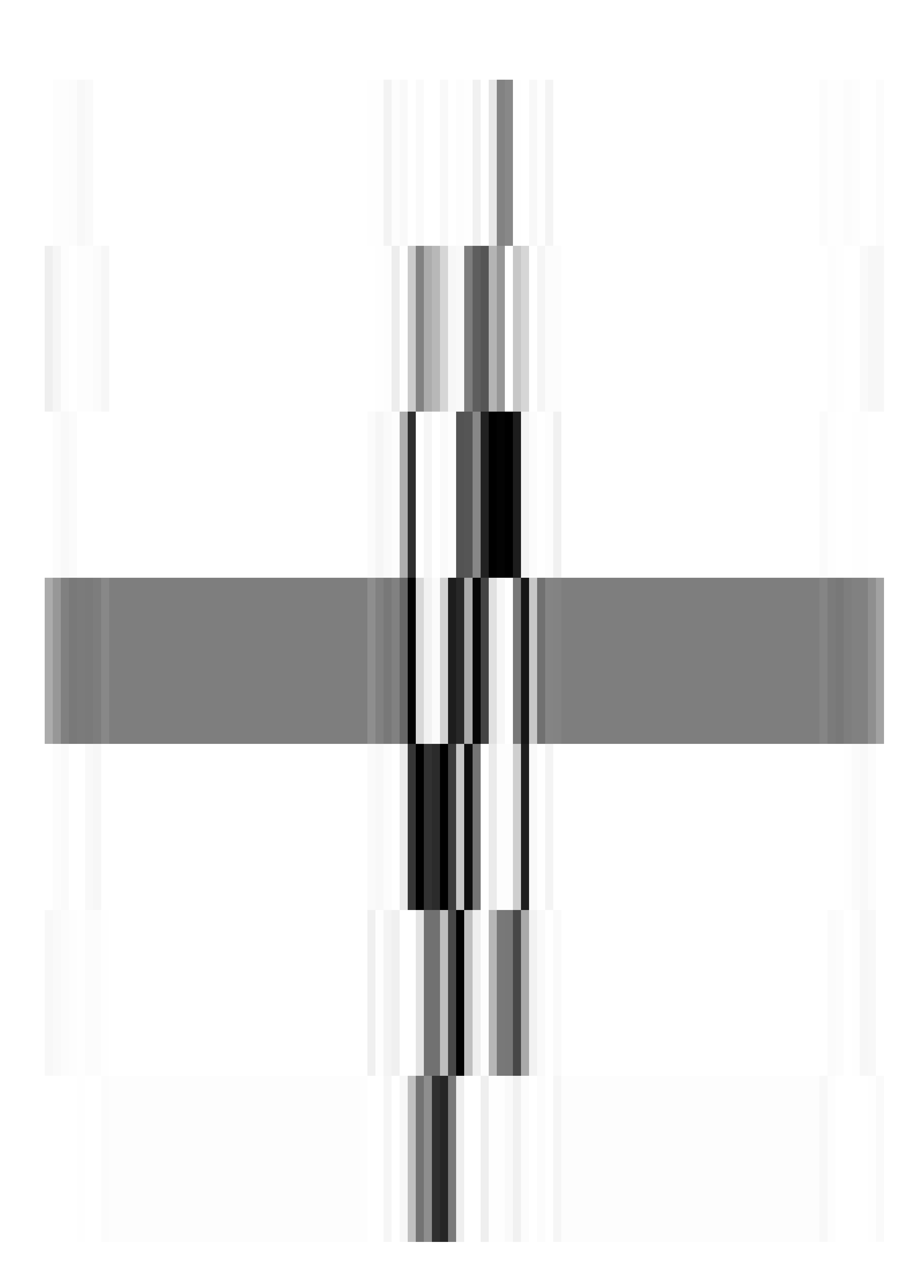
Joaquín Fernández

Magister en Historia de la Pontificia Universidad Católica. Investigador y profesor de la Universidad Finis Terrae y también del Centro de Investigación y Documentación de dicha universidad. Profesor de la Universidad Alberto Hurtado.

Claudio Rolle

Doctor en Historia por la Universidad de Pisa, académico e investigador de la Pontificia Universidad Católica de Chile y miembro del Programa de Estudios Históricos Musicológicos de la Universidad Alberto Hurtado.

DOCUMENTO



PROGRAMA DE LA UNIDAD POPULAR

Introducción

Los partidos y movimientos que integran el Comité Coordinador de la Unidad Popular, sin perjuicio de mantener cada cual su propia filosofía y sus propios perfiles políticos, coinciden plenamente en la caracterización de la realidad nacional expuesta a continuación y en las proposiciones programáticas que serán la base de nuestra acción común y que entregamos a consideración del pueblo.

Chile vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones de todo orden que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas, así como en las crecientes dificultades que enfrentan empleados, profesionales, empresarios pequeños y medianos y en las mínimas oportunidades de que disponen la mujer y la juventud.

Los problemas en Chile se pueden resolver. Nuestro país cuenta con grandes riquezas como el cobre y otros minerales, un gran potencial hidroeléctrico, vastas extensiones de bosques, un largo litoral rico en especies marinas, una superficie agrícola más que suficiente, etc.; cuenta, además, con la voluntad de trabajo y progreso de los chilenos, junto con su capacidad técnica y profesional. ¿Qué es entonces lo que ha fallado?

Lo que ha fracasado en Chile es un sistema que no corresponde a las necesidades de nuestro tiempo. Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país, los que se derivan precisamente de sus privilegios de clase a los que jamás renunciarán

voluntariamente.

Más aun, como consecuencia misma del desarrollo del capitalismo mundial, la entrega de la burguesía monopolista nacional al imperialismo aumenta progresivamente, se acentúa cada vez más en su dependencia su papel de socio menor del capital extranjero.

Para unos pocos, vender a diario un pedazo de Chile es un gran negocio. Decidir por los demás es lo que hacen todos los días.

Para la gran mayoría en cambio vender a diario su esfuerzo, su inteligencia y su trabajo es un pésimo negocio, y decidir sobre su propio destino es un derecho del cual, en gran medida, aún están privados.

En Chile las recetas “reformistas” y “desarrollistas” que impulsó la Alianza para el Progreso e hizo suyas el gobierno de Frei no han logrado alterar nada importante.

En lo fundamental ha sido un nuevo gobierno de la burguesía al servicio del capitalismo nacional y extranjero, cuyos débiles intentos de cambio social naufragaron sin pena ni gloria entre el estancamiento económico, la carestía y la represión violenta contra el pueblo. Con esto se ha demostrado, una vez más, que el reformismo es incapaz de resolver los problemas del pueblo.

El desarrollo del capitalismo monopolista niega la ampliación de la democracia y exacerba la violencia anti-popular.

El aumento del nivel de lucha del pueblo, a medida que fracasa el reformismo, endurece la posición de los sectores más reaccionarios de las clases dominantes que, en último término, no tienen otro recurso que la fuerza.

Las formas brutales de la violencia del Estado actual, tales como las acciones del Grupo Móvil, el apaleo de campesinos y estudiantes, las matanzas de pobladores y mineros, son inseparables de otras no menos brutales que afectan a todos los chilenos.

Porque violencia es que junto a quienes poseen viviendas de lujo, una parte importante de la población habite en viviendas insalubres y otros no dispongan siquiera de un sitio; violencia es que mientras algunos botan la comida, otros no tengan cómo alimentarse.

La explotación imperialista de las economías atrasadas se efectúa de muchas maneras: a través de las inversiones en la minería (cobre, hierro, etc.), y en la actividad industrial, bancaria y comercial; mediante el control tecnológico que nos obliga a pagar altísimas sumas en equipos, licencias y patentes; de los préstamos norteamericanos en condiciones usurarias que nos imponen gastar en Estados Unidos y con la obligación adicional de transportar en barcos norteamericanos los productos comprados, etc.

Para muestra un solo dato. Desde 1952 hasta hoy, los norteamericanos invirtieron en América Latina 7 mil 473 millones de dólares y se llevaron 16 mil millones de dólares.

De Chile el imperialismo ha arrancado cuantiosos recursos equivalentes al doble del capital instalado en nuestro país, formado a lo largo de toda su historia.

Los monopolios norteamericanos, con la complicidad de los gobiernos burgueses, han logrado apoderarse de casi todo nuestro cobre, hierro y salitre. Controlan el comercio exterior y dictan la política económica por intermedio del Fondo Monetario Internacional y otros organismos. Dominan importantes ramas industriales y de servicios; gozan de estatutos de privilegio, mientras imponen la devaluación monetaria, la reducción de salarios y sueldos y distorsionan la actividad agrícola por la vía de los excedentes agropecuarios.

Intervienen también en la educación, la cultura y los medios de comunicación. Valiéndose de convenios militares y políticos tratan de penetrar las Fuerzas Armadas.

Las clases dominantes, cómplices de esta situación e incapaces de valerse por ellas mismas, han intensificado en los últimos diez años el endeudamiento de Chile con el extranjero.

Dijeron que los préstamos y compromisos con los banqueros internacionales podrían producir un mayor desarrollo económico. Pero lo único que lograron es que hoy día Chile tenga el récord de ser uno de los países más endeudados de la tierra en proporción a sus habitantes.

En Chile se gobierna y se legisla a favor de unos pocos, de los grandes capitalistas y sus secuaces, de las compañías que dominan nuestra economía, de los latifundistas cuyo poder permanece casi intacto.

A los dueños del capital les interesa ganar siempre más dinero y no satisfacer las necesidades del pueblo chileno. Si producir e importar automóviles de alto precio, por ejemplo, es un buen negocio, se desvían hacia ese rubro valiosos recursos de nuestra economía, sin tener en cuenta que solo un porcentaje ínfimo de chilenos están en condiciones de adquirirlos y que hay necesidades mucho

más urgentes que atender; desde luego, en este mismo rubro, la de mejorar la locomoción colectiva, dotar de maquinaria a la agricultura, etc.

El grupo de empresarios que controla la economía, la prensa y otros medios de comunicación; el sistema político, y que amenaza al Estado cuando éste insinúa intervenir o se niega a favorecerlos, les cuesta muy caro a todos los chilenos.

Para que ellos se dignen seguir “trabajando”, pues solo ellos pueden darse el lujo de poder trabajar o no, es preciso:

* Darles toda clase de ayuda. Los grandes empresarios estrujan al Estado bajo la amenaza que no habrá inversión privada si las ayudas y garantías que piden no se les otorgan;

* permitirles producir lo que ellos quieran con el dinero de todos los chilenos, en lugar de elaborar lo que necesita la gran mayoría del país;

* dejarlos llevarse las ganancias que obtienen a sus cuentas bancarias en el extranjero; U dejarlos despedir obreros si éstos piden mejores salarios;

* permitirles manipular la distribución de alimentos, acapararlos para provocar escasez y de esta manera subir los precios a fin de continuar enriqueciéndose a costa del pueblo.

Mientras tanto, buena parte de los que efectivamente producen experimentan una difícil situación:

* Medio millón de familias carecen de viviendas y otras tantas o más viven en pésimas condiciones en cuanto a alcantarillado, agua potable, luz, salubridad.

* La necesidad de la población en materia de educación y salud son insuficientemente atendidas.

* Más de la mitad de los trabajadores chilenos reciben remuneraciones insuficientes para cubrir sus necesidades vitales mínimas. La desocupación y el trabajo inestable se sufren en cada familia. Para innumerables jóvenes la posibilidad de empleo se presenta muy difícil e incierta.

El capital imperialista y un grupo de privilegiados que no pasa del 10% de la población, acaparan la mitad de la renta nacional. Esto significa que de cada 100 escudos que los chilenos producen, 50 van a parar a los bolsillos de 10 oligarcas y los otros 50 deben repartirse entre 90 chilenos, del pueblo y de la clase media.

El alza del costo de la vida es un infierno en los hogares del pueblo y, en especial, para la dueña de casa. En los últimos 10 años, según datos oficiales, el costo de la vida ha subido casi en un mil por ciento.

Esto significa que todos los días se les roba una parte de su salario o de su sueldo a los chilenos que viven de su trabajo. Igual como les ocurre a los jubilados y pensionados, al trabajador independiente, al artesano, al pequeño productor, cuyas exiguas rentas son recortadas a diario por la inflación.

Alessandri y Frei aseguraron que pondrían término a la inflación. Los resultados

están a la vista. Los hechos demuestran que la inflación en Chile obedece a causas de fondo relacionadas con la estructura capitalista de nuestra sociedad y no con las alzas de remuneraciones como han pretendido hacer creer los sucesivos gobiernos para justificar la mantención del sistema y recortar los ingresos de los trabajadores. El gran capitalista, en cambio, se defiende de la inflación y más aún se beneficia con ella. Sus propiedades y capitales se valorizan, sus contratos de construcción con el Fisco se reajustan, y los precios de sus productos suben llevando siempre la delantera a las alzas de remuneraciones.

Un alto número de chilenos están mal alimentados. Según estadísticas oficiales, el 50% de los menores de 15 años de edad están desnutridos. La desnutrición afecta su crecimiento y limita su capacidad de aprender, de instruirse.

Esto demuestra que la economía en general y el sistema agrícola en particular, son incapaces de alimentar a los chilenos, pese a que Chile podría sustentar ahora mismo una población de 30 millones de personas, el triple de la población actual.

Por el contrario, debemos importar cada año centenares de miles de dólares en alimentos de origen agropecuario.

El latifundio es el gran culpable de los problemas alimentarios de todos los chilenos y responsable de la situación de atraso y miseria que caracteriza al campo chileno. Los índices de mortalidad infantil y adulta, de analfabetismo, de falta de viviendas, de insalubridad son, en las zonas rurales, marcadamente superiores a los de las ciudades.

Estos problemas no los ha resuelto la insuficiente Reforma Agraria del gobierno democratacristiano. Solo la lucha del campesinado con el apoyo de todo el

pueblo puede resolverlos. El actual desarrollo de sus combates por la tierra y la liquidación del latifundio abren nuevas perspectivas al movimiento popular chileno.

El crecimiento de nuestra economía es mínimo. En los últimos lustros hemos crecido, en promedio, apenas a razón de un 2% anual por persona; y desde 1967 no hemos crecido, más bien hemos retrocedido, según las cifras del propio Gobierno (ODEPLAN). Esto quiere decir que en 1966 cada chileno tenía una mayor cantidad de bienes de la que tiene hoy. Ello explica que la mayoría esté disconforme y busque una alternativa para nuestro país.

La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile.

La unidad y la acción del pueblo organizado

El crecimiento de las fuerzas trabajadoras en cuanto a su número, su organización, su lucha y la conciencia de su poder, refuerzan y propagan la voluntad de cambios profundos, la crítica del orden establecido y el choque con sus estructuras. En nuestro país son más de tres millones de trabajadores cuyas fuerzas productivas y su enorme capacidad constructiva no podrán, sin embargo, liberarse dentro del actual sistema que solo puede explotarles y someterles.

Estas fuerzas, junto a todo el pueblo, movilizando a todos aquellos que no están comprometidos con el poder de los intereses reaccionarios, nacionales y extranjeros, o sea, mediante la acción unitaria y combativa de la inmensa mayoría de los chilenos, podrán romper las actuales estructuras y avanzar en la tarea de su liberación.

La unidad popular se hace para eso.

Los imperialistas y las clases dominantes del país combatirán la unidad popular y tratarán de engañar una vez más al pueblo. Dirán que la libertad está en peligro, que la violencia se adueñará del país, etc. Pero las masas populares creen cada vez menos en estas mentiras. Diariamente crece su movilización social que hoy se ve reforzada y alentada por la unificación de las fuerzas de izquierda.

Para estimular y orientar la movilización del pueblo de Chile hacia la conquista del poder, constituiremos por todas partes los Comités de la Unidad Popular, articulados en cada fábrica, fundo, población, oficina o escuela por los militantes de los movimientos y de los partidos de izquierda e integrados por esa multitud de chilenos que se definen por cambios fundamentales.

Los Comités de Unidad Popular no solo serán organismos electorales. Serán intérpretes y combatientes de las reivindicaciones inmediatas de las masas y, sobre todo, se prepararán para ejercer el Poder Popular.

Así, pues, este nuevo poder que Chile necesita, debe empezar a gestarse desde ya, donde quiera que el pueblo se organice para luchar por sus problemas específicos y donde quiera que se desarrolle la conciencia de la necesidad de ejercerlo.

Este sistema de trabajo común será un método permanente y dinámico de desarrollo del Programa, una escuela activa para las masas y una forma concreta de profundizar el contenido político de la Unidad Popular en todos sus niveles.

En un momento dado de la campaña los contenidos esenciales de este Programa, enriquecidos por la discusión y el aporte del pueblo y una serie de medidas inmediatas de gobierno, serán señalados en un Acta del Pueblo que se constituirá, para el nuevo Gobierno Popular y el Frente que lo sustenta, en un mandato irrenunciable.

Apoyar al candidato de la Unidad Popular no significa, por tanto, solo votar por un hombre, sino también pronunciarse en favor del reemplazo urgente de la actual sociedad que se asienta en el dominio de los grandes capitalistas nacionales y extranjeros.

EL PROGRAMA

El Poder Popular

Las transformaciones revolucionarias que el país necesita solo podrán realizarse si el pueblo chileno toma en sus manos el poder y lo ejerce real y efectivamente.

El pueblo de Chile ha conquistado, a través de un largo proceso de lucha, determinadas libertades y garantías democráticas por cuya continuidad debe mantenerse en actitud de alerta y combatir sin tregua. Pero el poder mismo le es ajeno.

Las fuerzas populares y revolucionarias no se han unido para luchar por la simple sustitución de un Presidente de la República por otro, ni para reemplazar a un partido por otros en el Gobierno, sino para llevar a cabo los cambios de fondo que la situación nacional exige sobre la base del traspaso del poder, de los antiguos grupos dominantes a los trabajadores, al campesino y sectores progresistas de las capas medias de la ciudad y del campo.

El triunfo popular abrirá paso así al régimen político más democrático de la historia del país.

En materia de estructura política el Gobierno Popular tiene la doble tarea de:

* preservar, hacer más efectivos y profundos los derechos democráticos y las conquistas de los trabajadores; y

* transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo Estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el real ejercicio del poder.

La profundización de la democracia y las conquistas de los trabajadores

El Gobierno Popular garantizará el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales de todo el pueblo. La libertad de conciencia, de palabra, de prensa y de reunión, la inviolabilidad del domicilio y los derechos de sindicalización y de organización regirán efectivamente sin las cortapisas con que los limitan actualmente las clases dominantes.

Para que esto sea efectivo, las organizaciones sindicales y sociales de los obreros, empleados, campesinos, pobladores, dueñas de casa, estudiantes, profesionales, intelectuales, artesanos, pequeños y medianos empresarios y demás sectores de trabajadores serán llamadas a intervenir en el rango que les corresponda en las decisiones de los órganos de poder. Por ejemplo, en las instituciones de previsión y de seguridad social, estableceremos la administración por sus propios imponentes, asegurando a ellos la elección democrática y en votación secreta de sus consejos directivos. Respecto de las empresas del sector público, sus consejos directivos y sus comités de producción deben contar con mandatarios directos de sus obreros y empleados.

En los organismos habitacionales correspondientes a su jurisdicción y nivel, las Juntas de Vecinos y demás organizaciones de pobladores dispondrán de mecanismos para fiscalizar sus operaciones e intervenir en múltiples aspectos de su funcionamiento. Pero no se trata únicamente de estos ejemplos, sino de una nueva concepción en que el pueblo adquiere una intervención real y eficaz en los

organismos del Estado.

Asimismo, el Gobierno Popular garantizará el derecho de los trabajadores al empleo y a la huelga y de todo el pueblo a la educación y a la cultura, con pleno respeto de todas las ideas y de las creencias religiosas, garantizando el ejercicio de su culto.

Se extenderán todos los derechos y garantías democráticas entregando a las organizaciones sociales los medios reales para ejercerlos y creando los mecanismos que les permitan actuar en los diferentes niveles del aparato del Estado.

El Gobierno Popular asentará esencialmente su fuerza y su autoridad en el apoyo que le brinde el pueblo organizado. Ésta es nuestra concepción de gobierno fuerte, opuesta por tanto a la que acuñan la oligarquía y el imperialismo que identifican la autoridad con la coerción ejercida contra el pueblo. El Gobierno Popular será pluripartidista. Estará integrado por todos los partidos, movimientos y corrientes revolucionarias. Será así un ejecutivo verdaderamente democrático, representativo y cohesionado.

El Gobierno Popular respetará los derechos de la oposición que se ejerza dentro de los marcos legales.

El Gobierno Popular iniciará de inmediato una real descentralización administrativa, conjugada con una planificación democrática y eficiente que elimine el centralismo burocrático y lo reemplace por la coordinación de todos los organismos estatales.

Se modernizará la estructura de las municipalidades reconociéndoles la autoridad que les corresponde de acuerdo a los planes de coordinación de todo el Estado. Se tenderá a transformarlas en los órganos locales de la nueva organización política, dotándolas de financiamiento y atribuciones adecuadas, a fin de que puedan atender, en interacción con las Juntas de Vecinos y coordinadas entre sí, los problemas de interés local de sus comunas y de sus habitantes. Deben entrar en funciones con este mismo propósito las Asambleas Provinciales.

La policía debe ser reorganizada a fin de que no pueda volver a emplearse como organismo de represión contra el pueblo y cumpla, en cambio, con el objetivo de defender a la población de las acciones antisociales. Se humanizará el procedimiento policial de manera de garantizar efectivamente el pleno respeto a la dignidad y a la integridad física del ser humano. El régimen carcelario, que constituye una de las peores lacras del actual sistema, debe ser transformado de raíz, con vista a la regeneración y recuperación de los que hayan delinquido.

Un nuevo orden institucional: el Estado Popular

La organización política

A través de un proceso de democratización en todos los niveles y de una movilización organizada de las masas se construirá desde la base la nueva estructura del poder.

Una nueva Constitución Política institucionalizará la incorporación masiva del pueblo al poder estatal.

Se creará una organización única del Estado estructurada a nivel nacional, regional y local que tendrá a la Asamblea del Pueblo como órgano superior de poder.

La Asamblea del Pueblo será la Cámara Única que expresará nacionalmente la soberanía popular. En ella confluirán y se manifestarán las diversas corrientes de opinión.

Este sistema permitirá suprimir de raíz los vicios de que han adolecido en Chile tanto el presidencialismo dictatorial como el parlamentarismo corrompido.

Normas específicas determinarán y coordinarán las atribuciones y responsabilidades del Presidente de la República, ministros, Asamblea del Pueblo, organismos regionales y locales de poder y partidos políticos, con el fin de asegurar la operatividad legislativa, la eficiencia del gobierno y, sobre todo, el respeto a la voluntad mayoritaria.

A fin de establecer la debida armonía entre los poderes que emanan de la voluntad popular y de que ésta pueda expresarse de un modo coherente, todas las elecciones se efectuarán en un proceso conjunto dentro de un mismo lapso de tiempo.

La generación de todo organismo de representación popular deberá realizarse por sufragio universal, secreto y directo, de los hombres y mujeres mayores de 18 años, civiles y militares, alfabetos y analfabetos.

Los integrantes de la Asamblea del Pueblo y todo organismo de representación popular estarán sujetos al control de los electores, mediante mecanismos de

consulta que podrán revocar sus mandatos.

Se establecerá un riguroso sistema de incompatibilidades que conduzca al término del mandato o la privación de su cargo cuando un diputado o un funcionario de altas responsabilidades se desempeñen como gestor de intereses privados.

Los instrumentos de la política económica y social del Estado constituirán un sistema nacional de planificación, tendrán carácter ejecutivo y su misión será dirigir, coordinar y racionalizar la acción del Estado. Los planes con que opere deberán ser aprobados por la Asamblea del Pueblo. Los organismos de los trabajadores tendrán una intervención fundamental en el sistema de planificación.

Los organismos regionales y locales de poder del Estado Popular ejercerán autoridad en el radio geográfico que les corresponda y tendrán facultades económicas, políticas y sociales. Podrán, además, entregar iniciativas y ejercer la crítica a los organismos superiores.

Sin embargo, el ejercicio de las facultades de los organismos regionales y locales deberá ajustarse a los marcos fijados por las leyes nacionales y por los planes generales de desarrollo económico y social.

En cada uno de los niveles del Estado Popular se integrarán las organizaciones sociales con atribuciones específicas. A ellas les corresponderá compartir responsabilidades y desarrollar iniciativas en sus respectivos radios de acción, así como el examen y solución de los problemas de su competencia. Estas atribuciones no implicarán limitación alguna a la plena independencia y autonomía de las organizaciones.

Desde el día mismo que asuma el mando, el Gobierno Popular abrirá canales a fin de que se exprese la influencia de los trabajadores y del pueblo, por intermedio de las organizaciones sociales, en la adopción de decisiones y en la fiscalización del funcionamiento de la administración estatal.

Éstos serán pasos decisivos para la liquidación del centralismo burocrático que caracteriza al sistema de administración actual.

La organización de la justicia

La organización y administración de la justicia debe estar basada en el principio de la autonomía, consagrada constitucionalmente y en una real independencia económica.

Concebimos la existencia de un Tribunal Supremo, cuyos componentes sean designados por la Asamblea del Pueblo sin otra limitación que la que emane de la natural idoneidad de sus miembros. Este tribunal generará libremente los poderes internos, unipersonales o colegiados, del sistema judicial.

Entendemos que la nueva organización y administración de justicia devendrá en auxilio de las clases mayoritarias. Además, será expedita y menos onerosa.

Para el Gobierno Popular una nueva concepción de la magistratura reemplazará a la actual, individualista y burguesa.

La Defensa Nacional

El Estado Popular prestará atención preferente a la preservación de la soberanía nacional, lo que concibe como un deber de todo el pueblo.

El Estado Popular mantendrá una actitud alerta frente a las amenazas a la integridad territorial y a la independencia del país alentadas por el imperialismo y por sectores oligárquicos que se entronizan en países vecinos y que junto con reprimir a sus pueblos alientan afanes expansionistas y revanchistas.

Definirá una concepción moderna, patriótica y popular de la soberanía del país basada en los siguientes criterios:

a) Afianzamiento del carácter nacional de todas las ramas de las Fuerzas Armadas. En este sentido, rechazo de cualquier empleo de ellas para reprimir al pueblo o participar en acciones que interesen a potencias extrañas.

b) Formación técnica y abierta a todos los aportes de la ciencia militar moderna, y conforme a las conveniencias de Chile, de la independencia nacional, de la paz y de la amistad entre los pueblos.

c) Integración y aporte de las Fuerzas Armadas en diversos aspectos de la vida social. El Estado Popular se preocupará de posibilitar la contribución de las Fuerzas Armadas al desarrollo económico del país sin perjuicio de su labor esencialmente de defensa de la soberanía.

Sobre estas bases, es necesario asegurar a las Fuerzas Armadas los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, promociones y jubilaciones que garantice a oficiales, suboficiales, clases y tropas la seguridad económica durante su permanencia en las filas y en las condiciones de retiro y la posibilidad efectiva para todos de ascender atendiendo solo a sus condiciones personales.

La construcción de la nueva economía

Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política reemplazar la actual estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo.

En la nueva economía la planificación jugará un papel importantísimo. Sus órganos centrales estarán al más alto nivel administrativo; y sus decisiones, generadas democráticamente, tendrán carácter ejecutivo.

Área de propiedad social

El proceso de transformación de nuestra economía se inicia con una política destinada a constituir un área estatal dominante, formada por las empresas que actualmente posee el Estado más las empresas que se expropien. Como primera medida se nacionalizarán aquellas riquezas básicas que, como la gran minería del cobre, hierro, salitre y otras, están en poder de capitales extranjeros y de los monopolios internos. Así, quedarán integrando este sector de actividades nacionalizadas las siguientes:

1) La gran minería del cobre, salitre, yodo, hierro y carbón mineral;

2) El sistema financiero del país, en especial la banca privada y seguros;

3) El comercio exterior;

4) Las grandes empresas y monopolios de distribución;

5) Los monopolios industriales estratégicos;

6) En general, aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país, tales como la producción y distribución de energía eléctrica; el transporte ferroviario, aéreo y marítimo; las comunicaciones; la producción, refinación y distribución del petróleo y sus derivados, incluido el gas licuado; la siderurgia, el cemento, la petroquímica y química pesada, la celulosa, el papel.

Todas estas expropiaciones se harán siempre con pleno resguardo del interés del pequeño accionista.

El área de propiedad privada

Esta área comprende aquellos sectores de la industria, la minería, la agricultura y los servicios en que permanece vigente la propiedad privada de los medios de producción.

Estas empresas en número serán la mayoría. Así, por ejemplo, en 1967, de las 30.500 industrias (incluyendo la industria artesanal), solo unas 150 controlaban monopólicamente todos los mercados, concentrando la ayuda del Estado, el crédito bancario y explotando al resto de los empresarios industriales del país, vendiéndoles cara la materia prima y comprándoles barato sus productos.

Las empresas que integran este sector serán beneficiadas con la planificación general de la economía nacional. El Estado procurará las asistencias financiera y técnica necesarias a las empresas de esta área, para que puedan cumplir con la importante función que desempeñan en la economía nacional, atendiendo el número de las personas que trabajan en ellas como el volumen de la producción que generan.

Además, se simplificarán los sistemas de patentes, aranceles aduaneros, contribuciones y tributos para estas empresas y se les asegurará una adecuada y justa comercialización de sus productos.

En estas empresas se deberán garantizar los derechos de obreros y empleados a salarios y condiciones de trabajo justos. El respeto de estos derechos será cautelado por el Estado y los trabajadores de la empresa respectiva.

Área mixta

Este sector será mixto porque se compondrá de empresas que combinen los capitales del Estado a los particulares.

Los préstamos o créditos concedidos por los organismos de fomento a las empresas de esta área podrán serlo en calidad de aportes para que el Estado sea socio y no acreedor.

Lo mismo será válido para los casos en que dichas empresas obtengan créditos con el aval o garantía del Estado o de sus instituciones.

Profundización y extensión de la Reforma Agraria

La Reforma Agraria es concebida como un proceso simultáneo y complementario con las transformaciones generales que se desea promover en la estructura social, política y económica del país, de manera que su realización es inseparable del resto de la política general. La experiencia ya existente en esta materia y los vacíos o inconsecuencias que de ella se desprenden, conducen a reformular la política de distribución y organización de la propiedad de la tierra en base a las siguientes directivas:

1) Aceleración del proceso de Reforma Agraria expropiando los predios que excedan a la cabida máxima establecida, según las condiciones de las distintas zonas, incluso los frutales, vitivinícolas y forestales, sin que el dueño tenga derecho preferencial a elegir la reserva. La expropiación podrá incluir la totalidad o parte de los activos de los predios expropiados (maquinarias, herramientas, animales, etc.).

2) Incorporación inmediata al cultivo agrícola de las tierras abandonadas y mal explotadas de propiedad estatal.

3) Las tierras expropiadas se organizarán preferentemente en formas

cooperativas de propiedad. Los campesinos tendrán títulos de dominio que acrediten su propiedad sobre la casa y el huerto que se les asigne y sobre los derechos correspondientes en el predio indivisible de la cooperativa. Cuando las condiciones lo aconsejen, se asignarán tierras en propiedad personal a los campesinos, impulsando la organización del trabajo y de la comercialización sobre bases de cooperación mutua. También se destinarán tierras para crear empresas agrícolas estatales con la tecnología moderna.

4) En casos calificados se asignarán tierras a los pequeños agricultores, arrendatarios, medieros y empleados agrícolas capacitados para el trabajo agropecuario.

5) Reorganización de la propiedad minifundaria a través de formas progresivamente cooperativas de trabajo agrícola.

6) Incorporación de los pequeños y medianos campesinos a las ventajas y servicios de las cooperativas que operen en su área geográfica.

7) Defensa de la integridad y ampliación y asegurar la dirección democrática de las comunidades indígenas, amenazadas por la usurpación, y que al pueblo mapuche y demás indígenas se les aseguren tierras suficientes y asistencia técnica y crediticia apropiadas.

Política de desarrollo económico

La política económica del Estado se llevará adelante a través del sistema nacional de planificación económica y de los mecanismos de control, orientación, crédito a la producción, asistencia técnica, política tributaria y de

comercio exterior, como asimismo mediante la propia gestión del sector estatal de la economía. Tendrá como objetivos:

1) Resolver los problemas inmediatos de las grandes mayorías. Para esto se volcará la capacidad productiva del país de los artículos superfluos y caros destinados a satisfacer a los sectores de altos ingresos hacia la producción de artículos de consumo popular, baratos y de buena calidad.

2) Garantizar ocupación a todos los chilenos en edad de trabajar con un nivel de remuneraciones adecuado. Esto significará diseñar una política que genere un gran empleo proponiéndose el uso adecuado de los recursos del país y la adaptación de la tecnología a las exigencias del desarrollo nacional.

3) Liberar a Chile de la subordinación al capital extranjero. Esto lleva a expropiar el capital imperialista, a realizar una política de un creciente autofinanciamiento de nuestras actividades, a fijar las condiciones en que opera el capital extranjero que no sea expropiado, a lograr una mayor independencia en la tecnología, el transporte externo, etc.

4) Asegurar un crecimiento económico rápido y descentralizado que tienda a desarrollar al máximo las fuerzas productivas, procurando el óptimo aprovechamiento de los recursos humanos, naturales, financieros y técnicos disponibles a fin de incrementar la productividad del trabajo y de satisfacer tanto a las exigencias del desarrollo independiente de la economía como las necesidades y aspiraciones de la población trabajadora, compatibles con una vida digna y humana.

5) Ejecutar una política de comercio exterior tendiente a desarrollar y diversificar nuestras exportaciones, abrir nuevos mercados, lograr una creciente independencia tecnológica y financiera y evitar las escandalosas devaluaciones

de nuestra moneda.

6) Tomar todas las medidas conducentes a la estabilidad monetaria. La lucha contra la inflación se decide esencialmente con los cambios estructurales enunciados. Debe, además, incluir medidas que adecúen el flujo de circulante a las reales necesidades del mercado, controle y redistribuya el crédito y evite la usura en el comercio del dinero. Racionalice la distribución y el comercio. Estabilice los precios. Impida que la estructura de la demanda proveniente de las altas rentas incentive el alza de los precios.

La garantía del cumplimiento de estos objetivos reside en el control por el pueblo organizado del poder político y económico, expresado en el área estatal de la economía y en la planificación general de ésta. Es este poder popular el que asegurará el cumplimiento de las tareas señaladas.

Tareas sociales

Las aspiraciones sociales del pueblo chileno son legítimas y posibles de satisfacer. Quiere, por ejemplo, viviendas dignas sin reajustes que esquilmen sus ingresos; escuelas y universidades para sus hijos; salarios suficientes; que terminen de una vez las alzas de precio; trabajo estable; atención médica oportuna; alumbrado público, alcantarillado, agua potable, calles y aceras pavimentadas; una previsión social sin privilegios, justa y operante, sin pensiones de hambre; teléfonos, policías, jardines infantiles, canchas deportivas; turismo y balnearios populares.

La satisfacción de estos justos anhelos del pueblo –que en verdad constituyen derechos que la sociedad debe reconocerle– será preocupación preferente del Gobierno Popular.

Puntos básicos de esta acción de gobierno serán:

a) Definición de una política de remuneraciones, procediendo a crear de inmediato los organismos que con participación de los trabajadores, determinarán cifras que efectivamente constituyan sueldos vitales y salarios mínimos en las diversas zonas del país. Mientras subsista la inflación se procederá a establecer por ley reajustes automáticos, de acuerdo con el alza del costo de la vida. Estos operarán cada seis meses o cada vez que el costo de la vida supere un nivel de 5% de crecimiento. En todos los organismos del Estado, y en primer en los cargos de confianza del Ejecutivo, se limitarán los sueldos altos a una cifra compatible con la situación de nuestro país. Se procederá en un plazo que será definido técnicamente, a establecer un sistema de sueldos y salarios mínimos de niveles iguales para trabajos iguales, cualquiera sea la empresa donde estos trabajos se realicen. Esta política se iniciará en el área estatal para irla extendiendo a toda la economía, sin perjuicio de las diferencias derivadas de productividad dispares en distintas empresas. Del mismo modo se eliminará toda discriminación entre el hombre y la mujer o por edad en materia de sueldos y salarios.

b) Unificar, mejorar y extender el sistema de seguridad social, manteniendo todas las conquistas legítimas alcanzadas, eliminando los privilegios abusivos, la ineficiencia y el burocratismo, mejorando y haciendo expedita la atención de los interesados, extendiendo el sistema previsional a los sectores de trabajadores que aún no lo tienen, y entregando a los imponentes la administración de las Cajas de Previsión, las que funcionarán dentro de las normas de la planificación.

c) Asegurar la atención médica y dental, preventiva y curativa a todos los chilenos, financiada por el Estado, los patrones y las instituciones de previsión. Se incorporará la población a la tarea de proteger la salud pública. Los medicamentos, sobre la base de un estricto control de costos en los laboratorios y la racionalización de la producción, se entregarán en cantidad suficiente y a bajo

precio.

d) Se destinarán fondos suficientes a fin de llevar a cabo un amplio plan de edificación de viviendas. Se desarrollará la industrialización de la construcción controlando sus precios, limitando el monto de las utilidades de las empresas privadas o mixtas que operan en este rubro. En situaciones de emergencia se asignarán terrenos a las familias que los necesiten, facilitándoles ayuda técnica y material para edificar sus viviendas. El Gobierno Popular tendrá como objetivo de su política habitacional que cada familia llegue a ser propietaria de una casa habitación. Se eliminará el sistema de dividendos reajustables.

Las cuotas o rentas mensuales que deban pagar los adquirientes de viviendas y arrendatarios, respectivamente, no excederán, por regla general, del 10% del ingreso familiar. Llevar adelante la remodelación de ciudades y barrios, con el criterio de impedir el lanzamiento de los grupos modestos a la periferia, garantizando los intereses del habitante del sector remodelado como del pequeño empresario que allí labore, asegurando a los ocupantes su ubicación futura.

e) Se establecerá la plena capacidad civil de la mujer casada y la igual condición jurídica de todos los hijos habidos dentro o fuera del matrimonio, así como una adecuada legislación de divorcio con disolución del vínculo, con pleno reguardo de los derechos de la mujer y los hijos.

f) La división legal entre obreros y empleados será suprimida, estableciendo para ambos la calidad común de trabajadores y extendiendo el derecho a sindicalizarse a todos aquellos que actualmente no lo tienen.

Cultura y educación

Una cultura nueva para la sociedad

El proceso social que se abre con el triunfo del pueblo irá conformando una nueva cultura orientada a considerar el trabajo humano como el más alto valor, a expresar la voluntad de afirmación e independencia nacional y a conformar una visión crítica de la realidad.

Las profundas transformaciones que se emprenderán requieren de un pueblo socialmente consciente y solidario, educado para ejercer y defender su poder político, científica y técnicamente para desarrollar la economía de transición al socialismo y abierto masivamente a la creación y goce de las más variadas manifestaciones del arte y del intelecto.

Si ya hoy la mayoría de las intelectuales y artistas luchan contra las deformaciones culturales propias de la sociedad capitalista y tratan de llevar los frutos de su creación a los trabajadores y vincularse a su destino histórico, en la nueva sociedad tendrán un lugar de vanguardia para continuar con su acción. Porque la cultura nueva no se creará por decreto; ella surgirá de la lucha por la fraternidad contra el individualismo; por la valoración del trabajo humano contra su desprecio; por los valores nacionales contra la colonización cultural; por el acceso de las masas populares al arte, la literatura y los medios de comunicación contra su comercialización.

El nuevo Estado procurará la incorporación de las masas a la actividad intelectual y artística, tanto a través de un sistema educacional radicalmente transformado como a través del establecimiento de un sistema nacional de cultura popular. Una extensa red de Centros Locales de Cultura Popular impulsará la organización de las masas para ejercer su derecho a la cultura.

El sistema de cultura popular estimulará la creación artística y literaria y multiplicará los canales de relación entre artistas o escritores con un público infinitamente más vasto que el actual.

Un sistema educacional democrático, único y planificado

La acción del nuevo Gobierno se orientará a entregar las más amplias y mejores oportunidades educacionales.

En el cumplimiento de estos propósitos influirá el mejoramiento general de las condiciones de vida de los trabajadores y la consideración, en el nivel que corresponde, de las responsabilidades de los educadores. Además, se establecerá un Plan Nacional de Becas lo suficientemente extenso como para asegurar la incorporación y la continuidad escolar a todos los niños de Chile, especialmente a los hijos de la clase obrera y del campesinado.

Por otra parte, el nuevo Estado desarrollará un plan extraordinario de construcción de establecimientos escolares, apoyado en recursos nacionales y locales movilizados por los órganos básicos de poder. Se expropiarán las edificaciones suntuarias que se requieran para habilitar nuevos establecimientos escolares e internados. Por estos medios se tenderá a crear por lo menos una escuela unificada (básica y media) en cada comuna rural, en cada barrio y en cada población de las ciudades de Chile.

Con el fin de atender a las necesidades de desarrollo propias de la edad preescolar y para posibilitar la incorporación de la mujer al trabajo productivo, se extenderá rápidamente el sistema de salascuna y jardines infantiles, otorgando prioridad a los sectores más necesitados de nuestra sociedad. Por efecto de esta

misma política, la niñez obrera y campesina estará más apta para ingresar y permanecer provechosamente en el sistema escolar regular.

Para hacer efectiva una nueva enseñanza se requiere la aplicación de métodos que pongan énfasis en una participación activa y crítica de los estudiantes en su enseñanza, en vez de la posición pasiva y receptiva que ahora deben mantener.

Para liquidar rápidamente los déficits culturales y educacionales heredados del actual sistema, se llevará a cabo una amplia movilización popular destinada a eliminar a breve plazo el analfabetismo, a elevar los niveles de escolaridad de la población adulta.

La educación de adultos se organizará principalmente en función de los centros laborales, hasta hacer posible el funcionamiento permanente de la educación general, tecnológica y social para los trabajadores.

La transformación del sistema educacional no será obra solo de técnicos sino tarea estudiada, discutida, decidida y ejecutada por las organizaciones de maestros, trabajadores, estudiantes y padres y apoderados, dentro de los marcos generales de la planificación nacional. Internamente, el sistema escolar se planificará respetando los principios de unidad, continuidad, correlación y diversificación de la enseñanza.

En la dirección ejecutiva del aparato educacional habrá efectiva representación de las organizaciones sociales ya señaladas, integradas en Consejos Locales, Regionales y Nacional de Educación.

Con el objeto de hacer realidad la planificación de la educación y la escuela

única, nacional y democrática, el nuevo Estado tomará bajo su responsabilidad los establecimientos privados, empezando por aquellos planteles que seleccionan su alumnado por razones de clase social, origen nacional o confesión religiosa. Esto se realizará integrando al sistema educacional el personal y otros medios de la educación privada.

La Educación Física

La educación física y las prácticas de todos los deportes, desde los niveles básicos del sistema educacional y en todas las organizaciones sociales de jóvenes y adultos, serán la preocupación constante y metódica del Gobierno Popular.

Democracia, autonomía y orientación de la Universidad

El Gobierno de Unidad Popular prestará un amplio respaldo al proceso de la Reforma Universitaria e impulsará resueltamente su desarrollo. La culminación democrática de este proceso se traducirá en importantes aportes de las universidades al desarrollo revolucionario chileno. Por otra parte, la reorientación de las funciones académicas de docencia, investigación y extensión en función de los problemas nacionales será alentada por las realizaciones del Gobierno Popular.

El Estado asignará a las universidades recursos suficientes para asegurar el cumplimiento de sus funciones y su efectiva estatización y democratización. Consecuentemente, el gobierno universitario corresponderá a sus respectivas comunidades.

A medida que en el conjunto del sistema educacional se eliminen los privilegios

de clases se hará posible el ingreso de los hijos de los trabajadores a la Universidad y permitirá también a los adultos, ya sea mediante becas especiales o a través de sistemas de estudio y trabajo simultáneo, ingresar a cursos de nivel superior.

Los medios de comunicación masiva

Estos medios de comunicación (radio, editoriales, televisión, prensa, cine) son fundamentales para ayudar a la formación de una nueva cultura y un hombre nuevo.

Por eso se deberá imprimirles una orientación educativa y liberarlos de su carácter comercial, adoptando las medidas para que las organizaciones sociales dispongan de estos medios eliminando de ellos la presencia nefasta de los monopolios.

El sistema nacional de cultura popular se preocupará especialmente del desarrollo de la industria cinematográfica y de la preparación de programas especiales para los medios de comunicación masiva.

Política internacional del Gobierno Popular

Objetivos

La política internacional del Gobierno Popular estará dirigida a afirmar la plena

autonomía política y económica de Chile.

Existirán relaciones con todos los países del mundo, independientemente de su posición ideológica y política, sobre la base del respeto a la autodeterminación y a los intereses del pueblo Chile.

Se establecerán vínculos de amistad y solidaridad con los pueblos dependientes o colonizados, en especial aquellos que están desarrollando sus luchas de liberación e independencia.

Se promoverá un fuerte sentido latinoamericanista y anti-imperialista por medio de una política internacional de pueblos antes que de cancillerías.

La defensa decidida de la autodeterminación de los pueblos será impulsada por el nuevo Gobierno como condición básica de la convivencia internacional. En consecuencia, su política será vigilante y activa para defender el principio de no intervención y para rechazar todo intento de discriminación, presión, invasión o bloqueo intentado por los países imperialistas.

Se reforzarán las relaciones, el intercambio y la amistad con los países socialistas.

Más independencia nacional

La posición de defensa activa de la independencia de Chile implica denunciar la actual OEA, como un instrumento y agencia del imperialismo norteamericano y

luchar contra toda forma de panamericanismo implícito en esa organización. El Gobierno Popular tenderá a la creación de un organismo realmente representativo de los países latinoamericanos.

Se considera indispensable revisar, denunciar y desahuciar, según los casos, los tratados o convenios que signifiquen compromisos que limiten nuestra soberanía y concretamente los tratados de asistencia recíproca, los pactos de ayuda mutua y otros pactos que Chile ha suscrito con los EE.UU.

La ayuda foránea y empréstitos condicionados por razones políticas, o que impliquen la imposición de realizar las inversiones que deriven de esos empréstitos en condiciones que vulneren nuestra soberanía y que vayan contra los intereses del pueblo, serán rechazados y denunciados por el Gobierno. Asimismo se rechazará todo tipo de imposiciones foráneas respecto a las materias primas latinoamericanas, como el cobre, y las trabas impuestas al libre comercio que se han traducido durante largo tiempo en la imposibilidad de establecer relaciones comerciales colectivas con todos los países del mundo.

Solidaridad internacional

Las luchas que libran los pueblos por su liberación y por la construcción del socialismo recibirán la solidaridad efectiva y militante del Gobierno Popular.

Toda forma de colonialismo o neocolonialismo será condenada y se reconocerá el derecho a la rebelión de los pueblos sometidos a esos sistemas. Asimismo toda forma de agresión económica, política y/o militar provocada por las potencias imperialistas. La política internacional chilena debe mantener una posición de condena a la agresión norteamericana en Vietnam y de reconocimiento y solidaridad activa a la lucha heroica del pueblo vietnamita.

Del mismo modo se solidarizará en forma efectiva con la Revolución cubana, avanzada de la revolución y de la construcción del socialismo en el continente latinoamericano.

La lucha antiimperialista de los pueblos del Medio Oriente contará con la solidaridad del Gobierno Popular, el que apoyará la búsqueda de una solución pacífica sobre la base del interés de los pueblos árabe y judío.

Se condenará a todos los regímenes reaccionarios que promueven o practiquen la segregación racial y el antisemitismo.

Política latinoamericana

En el plano latinoamericano el Gobierno Popular propugnará una política internacional de afirmación a la personalidad latinoamericana en el concierto mundial.

La integración latinoamericana deberá ser levantada sobre la base de economías que se hayan liberado de las formas imperialistas de dependencia y explotación. No obstante, se mantendrá una activa política de acuerdos bilaterales en aquellas materias que sean de interés para el desarrollo chileno.

El Gobierno Popular actuará para resolver los problemas fronterizos pendientes en base a negociaciones que prevengan las intrigas del imperialismo y los reaccionarios, teniendo presente el interés chileno y el de los pueblos de los países limítrofes.

La política internacional chilena y su expresión diplomática deberán romper toda forma de burocratismo o anquilosamiento. Deberá buscarse a los pueblos con el doble fin de tomar de sus luchas lecciones para nuestra construcción socialista y de ofrecerles nuestras propias experiencias de manera que en la práctica se construya la solidaridad internacional que propugnamos.

Nota: El Programa de la Unidad Popular fue aprobado, el 17 de diciembre de 1969, en la ciudad de Santiago, por los partidos Comunista, Socialista, Radical y Socialdemócrata, el Movimiento Acción Popular Independiente (API) y el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU).